SAMANTHA JOYCE

HOY NO, SATÁN



A veces, para alcanzar el cielo,
hay que encender un infierno

MOLINO

SAMANTHA JOYCE

HOY NO, SATÁN



A veces, para alcanzar el cielo,
hay que encender un infierno

MOLINO

SAMANTHA JOYCE

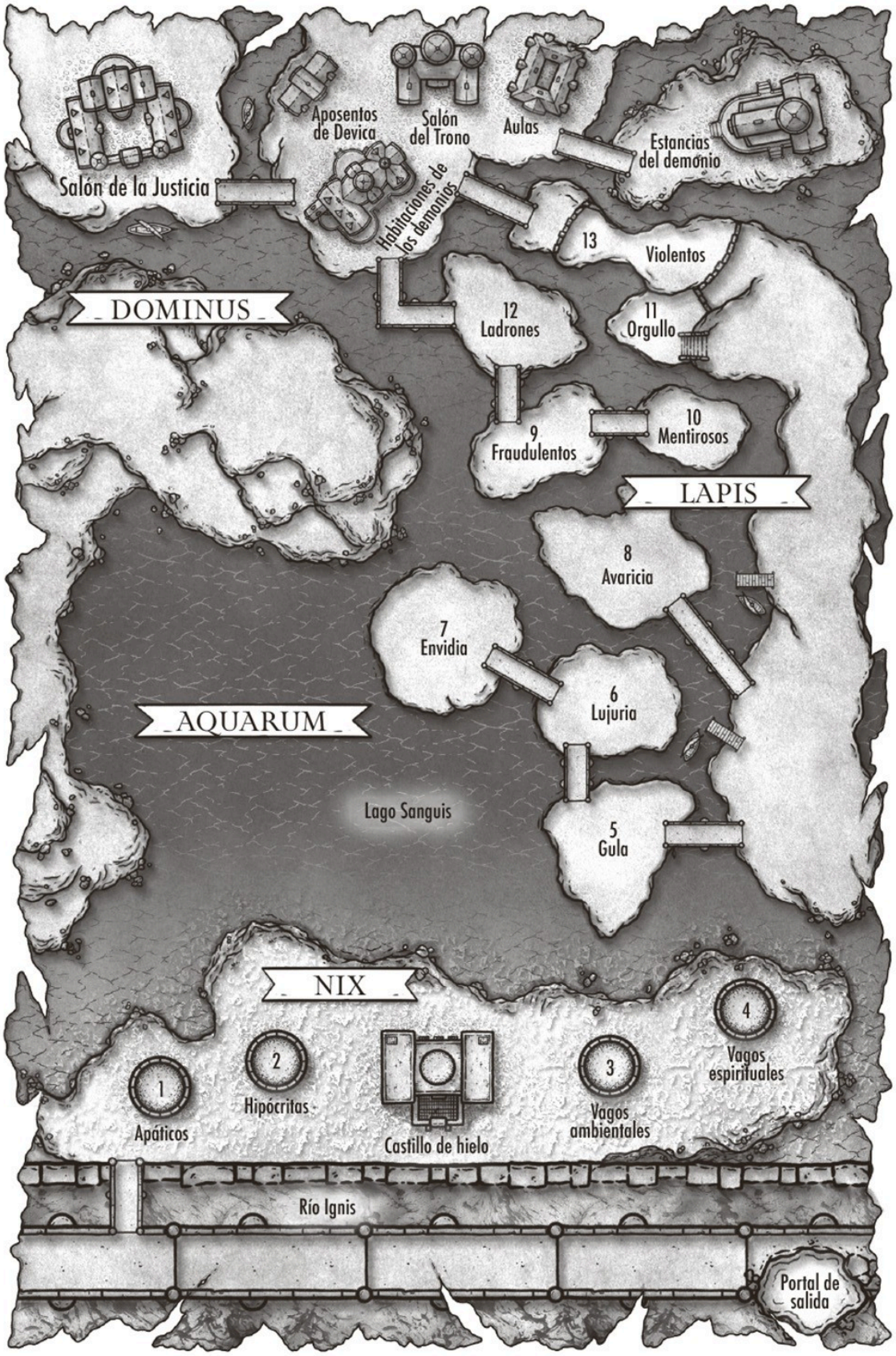
HOY NO, SATÁN



Traducción de Beatriz García Alonso

MOLINO

Para Rochelle, que ha ido y ha vuelto del infierno conmigo más veces de las que jamás podré contar. Perdón por no escribir sobre sitios más bonitos.


Salón de la Justicia
Aposentos de Devica
Salón del Trono
Aulas
Estancias del demonio
Habitaciones de los demonios
13
Violentos
DOMINUS
12
Ladrones
11
Orgullo
9
Fraudulentos
10
Mentirosos
LAPIS
8
Avaricia
7
Envidia
6
Lujuria
AQUARUM
Lago Sanguis
5
Gula
NIX
1
Apáticos
2
Hipócritas
Castillo de hielo
3
Vagos ambientales
4
Vagos espirituales
Río Ignis
Portal de salida

NOTA DE LA AUTORA

Hoy no, Satán es una audaz e ingeniosa reinterpretación del *Infierno* de Dante que combina el humor afilado con un descenso vertiginoso a un inframundo que conduce a un final de cuento de hadas. Por mucho que los protagonistas terminen felices y comiendo perdices, la historia que sigue incluye elementos que podrían no ser adecuados para todos los lectores. Y es que en la novela se exploran y describen sutilmente situaciones de tortura, desmembramiento, autolesiones, agresión sexual, muerte, abandono paterno, acoso y humillación corporal. Así pues, sirva lo anterior como aviso para los lectores más sensibles.

PARTE 1: FUEGO

Por mí se va a la ciudad doliente,
por mí se ingresa en el dolor eterno,
por mí se va con la perdida gente.
La justicia movió a mi alto hacedor:
hízose la divina potestad,
la suma sabiduría y el primer amor.
Antes de mí ninguna cosa fue creada,
solo las eternas, y yo eternamente duro:
¡Perded toda esperanza los que entráis!

El *Infierno* de Dante, Canto III

I

Te contaré lo que sucede cuando tu vida se va al infierno. Una vez que cruzas esa línea de la que no hay retorno. Que te atenaza el miedo. Que te vence la confusión. Y si ahora mismo estás frente a mí, es porque, literalmente, te has ido al Infierno.

Aun así, y es la quincuagésima vez que lo pienso desde que comencé hoy mi turno en el Salón de la Justicia hace ya seis horas, eso no te da ningún derecho a comportarte como un auténtico imbécil conmigo.

Sin embargo, aquí tengo delante de mis narices a un muerto grosero y desagradable que no para de dar puñetazos sobre mi mesa y que es tan irritante y repulsivo que hasta me ha provocado dolor de cabeza. Una auténtica migraña.

—¡Que yo no estoy muerto! ¡Deja de decir eso! —Se inclina sobre la mesa y se acerca tanto a mí que casi pierdo el conocimiento por el tufazo a alcohol de su aliento.

Me paso el dorso de la mano por la mejilla para quitarme sus babas y reprimo como puedo las ganas de restregárselas por la cara. Pero esto me habría obligado a volver a tocarlo, y el simple hecho de pensar en la humedad de su saliva me da ganas de vomitar. Apenas consigo contener la arcada.

—Lo lamento en el alma —le espeto sin inmutarme—. Estás

muerto. Falleciste en un accidente de tráfico.

—Imposible —me rebate, y hace un gesto de desdén con la mano —. Yo nunca he tenido un accidente.

Entorno los ojos ante su descarada mentira.

Si algo caracteriza a los humanos es que no son de fiar. Ninguno. De hecho, no hay uno solo que no intente mentir despiadadamente para huir de aquí. Y lo que no alcanzan a comprender es que yo no tengo la última palabra sobre su destino final. Eso es cosa de mi padre.

Le doy la vuelta a la carpeta para que pueda leer lo que aparece escrito.

—Aquí dice que ibas bebido.

—Me tomé una o dos copas como mucho —farfulla—. Pero soy un excelente conductor. Domino el volante incluso después de una copa de vino.

Fijo la vista en el techo de piedra y ahogo un suspiro. Este absurdo trabajo que me toca hacer después de clase es idea de mi papaíto. Según él, estar aquí me ayudará a entender a qué se dedica. Forjará mi carácter. Me pregunto si acaso aspira a tener una hija amargada y aburrida.

—Pues aquí dice que te pimplaste seis copas de vino. —Alzo su expediente, que pesa una tonelada por tantísimos pecados—. Y que luego te estampaste contra un árbol después de estar a punto de llevarte por delante a una anciana.

—Pero no llegué a atropellarla. Logré frenar en la última décima de segundo.

Lanzo la carpeta sobre la mesa y me pongo de pie para estar a su altura. No hay más que decir. A fin de cuentas, no estoy aquí para

discutir con los muertos. Mi labor es cerciorarme de que reciban el castigo que merecen por su mal comportamiento en vida.

Le digo entre gruñidos:

—La pobre mujer sufrió un infarto por culpa del susto y murió a los dos minutos.

Sus ojos oscuros se abren como platos y retrocede unos pasos, momento que yo aprovecho para tomar una bocanada del aire que me ha estado robando con su exagerada cercanía.

—No me pueden culpar a mí por eso. Es evidente que a la mujer le llegó su hora.

—Y mucho me temo que a ti también te llegó la tuya. Mírate, si ya tienes el sello y todo.

Le señalo la parte interna de la muñeca derecha: se ve una marca que ondea como una serpiente y le recorre la piel antes de convertirse en una sucesión de letras y números escarlata.

Frunce el ceño y sacude el brazo en un intento de hacer desaparecer la tinta.

—¿Qué mierda es…?

Fuerzo la vista para distinguir los dígitos.

—Tienes asignada la parcela número 10. Estarás allí con los otros mentirosos. —Arqueo las cejas y escudriño lo que se especifica en sus hojas—. Por lo que pone aquí… a lo largo de tu vida hiciste más que beber y conducir temerariamente. Fuiste un muchacho problemático.

—P-p-pero… Eso no es cierto —tartamudea.

Se queda más blanco que la pared, y yo sonrío satisfecha.

Por lo general podría decirse que no me gusta mi trabajo, pero de vez en cuando soy capaz de entender por qué a mi padre le

apasiona tanto lo que hace.

—No puedo estar muerto. Y mucho menos puedo estar aquí.

Garabateo una marca en mi portapapeles, me doy la vuelta y agarro el primer mono color carmesí de una enorme pila en el suelo. No hace falta buscar la talla: aquí el atuendo se ajusta al cuerpo de quien debe llevarlo en cuanto se lo pone.

—Por última vez —me acomodo en la silla—, te aseguro que todo lo que consta aquí es correcto. Estás muerto. Has sido juzgado y has acabado en este sitio. Asúmelo, no te queda otra. —Dejo el traje en la mesa, justo enfrente de él, y señalo a mi izquierda—. Sigue a Nefas por allí. Él te llevará a la parcela número 10. Te pasarás toda la eternidad enfundado en esa prenda, así que permíteme darte un consejo: cuídala bien.

El hombre me mira boquiabierto y continúa anclado donde está.

Deslizo la mirada hacia el demonio alto y de color medianoche que aguarda pegado al muelle, asintiendo y mirándome fijamente.

Las llamas de la pared parpadean y dejan entrever las escamas de ónice que cubren su cuerpo colosal. Unos cuernos en tono verde esmeralda le salen de la frente y forman una U sobre su cabeza.

Nefas tiene una figura imponente, ensalzada por unas robustas pezuñas que estampa contra el suelo lo bastante fuerte como para hacer retumbar todo a su paso. Es el encargado de transportar las almas a sus parcelas desde que mi padre fue desterrado a este sitio. Creo que desempeña genial su trabajo, pero, a decir verdad, yo no me imagino haciendo algo tanto tiempo. Ya me cuesta sobrevivir tras ocho horas a la semana aquí, así que…

—Vámonos —indica Nefas, y apoya sus afiladas uñas en el hombro del tipo.

Este abre los ojos de forma desmesurada y vocifera cuando se lo llevan a rastras de mi mesa, sin ser consciente de la huella que dejan en la grava los tacones de sus zapatos de vestir negros.

—¡Bienvenido al Infierno, buen hombre! —le suelto en tono melódico—. Me encantaría decirte que disfrutes de tu estancia, pero es muy probable que no lo hagas. Y en eso consiste estar aquí.

Nefas le da un empujón para hacerlo subir a un pequeño barco amarrado a un muelle junto con otros cientos de caminantes oscuros, mientras yo firmo con un «Devica» en la línea de «Comprobado por» que está en la parte de abajo del informe.

Cierro a toda prisa su carpeta, la pongo sobre el montón de «hecho» y observo la fila interminable que tengo ante mí. Refunfuño.

—¿Cómo narices los humanos pueden dar tanto por saco incluso estando fiambres?

Tomo otra carpeta de la pila que está a mis espaldas, la abro y llamo al siguiente sin tan siquiera alzar la cabeza.

—¡Siguiente!

—Ejem. Creo que soy yo. Pero aquí debe de haberse producido un error.

—¿En serio? —Me froto las sienes porque cada vez siento más presión en la cabeza—. ¿Acaso no has oído lo que le he dicho al tipo que estaba delante de ti? Aquí no cometemos errores.

Escaneo la información que aparece en el informe con la vista borrosa.

¿Qué he hecho yo para que me sigan tocando todos los quejicosos? Se los tendría que endilgar a mi compañero Ferus, pues, aunque tiene fama de ser el demonio más temido y de odiar a los

humanos todavía más que yo, lo cierto es que tiene buena mano con ellos. Tanto es así que al final todos acaban pensando que les ha hecho un favor al enviarlos a su parcela.

—No me entiendes —persiste la voz—. Yo no pertenezco a este sitio, no he hecho nada malo.

Estudio concienzudamente el informe. Una mujer mayor de pelo canoso y gafas me sonríe desde la fotografía que mi padre solía utilizar para emitir sus juicios. Por su tono jocoso, la voz no parece pertenecer a un ciudadano entrado en años.

Levanto la mirada y enarco las cejas.

El muchacho que tengo delante no se parece en nada a la mujer de la foto. Los ojos que tengo clavados en mí son de ese azul que solo he visto en los pósters de los océanos terrestres que mi padre me ha enseñado alguna vez. Su profundidad me provoca un escalofrío.

Mi padre ya me advirtió de que los océanos son tan peligrosos como los caminantes oscuros. Y es que, aunque en la superficie parecen calmados y bonitos, en el fondo sus monstruos siempre están al acecho.

Un mechón de color marrón arena le cae sobre el ojo derecho. Parece joven, calculo que de mi edad más o menos. Sin duda, demasiado joven para estar aquí ahora delante de mí. Normalmente, los humanos de su edad permanecen en un lugar intermedio hasta que se ganan su ascenso o su descenso.

Pero si lo tengo ante mí es porque ha tenido que hacer algo horrible.

—Tú no tienes pinta de ser Ethel Tofflemeyer —le espeto al tiempo que leo el nombre que aparece mecanografiado justo debajo

de la foto de la mujer.

—Me lo dicen mucho. —Se ríe por lo bajo.

Entrecierro los ojos.

—Apuesto a que has averiguado dónde estás, ¿no?

—A ver, a ver… Fuego…, azufre…, demonios espeluznantes… Voy a arriesgarme y a decir que esto no es Disneylandia —suelta—. Digamos que por aquí no voy a toparme con ningún cartel que me diga: BIENVENIDO AL LUGAR MÁS BONITO DE LA TIERRA.

Su sonrisa de medio lado me desmonta. Y no solo porque ni tan siquiera recuerde la última vez que un caminante oscuro me sonrió, sino porque, por algún extraño motivo, mi corazón se acelera al ver cómo la comisura de sus labios se arquea hasta casi llegarle a los ojos.

Trago saliva.

Este tío es idiota. Por algo está aquí.

—Confieso que yo nunca he pisado Disneylandia —le suelto, y mi mirada se cruza con la suya—. Pero, efectivamente, ese no es nuestro lema.

Hasta donde estamos llega el grito agónico de uno de los caminantes oscuros que van en el barco que avanza a nuestra derecha. En ese momento, a mi interlocutor le desaparece cualquier mínimo atisbo de humor del rostro.

—Ya lo voy comprendiendo todo.

—¿Qué has hecho con Ethel Tofflemeyer?

—¿Con quién?

Le muestro la foto de la anciana, y sus ojos se abren de forma exagerada al reconocerla.

—¡Ah, esa mujer! Estaba justo delante de mí en la cola. Me vio

tan agobiado que me ofreció ocupar su lugar en la fila. Después me regaló un caramelo duro de esos de azúcar y mantequilla, y desapareció. —Saca el envoltorio dorado y se restriega la mejilla con él—. Tómalo si quieres.

Cierro la carpeta, dejo escapar un suspiro y abro mi rotulador negro para trazar una X gigante en la primera página del expediente. Una vez tachada, la apilo en el fajo de ascensiones de última hora.

Estas cosas suceden a veces. De tanto en tanto aparece alguien que está a las puertas del Paraíso y al final se gana su ascenso. En el tiempo que llevo aquí, ya lo he visto una o dos veces, aunque no es en absoluto lo más habitual, puesto que ya se sabe que los humanos son los humanos.

Acerco hacia mí el montón de carpetas pendientes y las hojeo a la velocidad del rayo.

—¿Cómo te llamas?

—Reynolds —contesta, asomándose para mirarme por encima de los papeles—. Nate Reynolds. Bueno, eeeh, llámame Nathan mejor.

—Señor Reynolds, quisiera ver el sello de la muñeca. ¿Puedo?

—¿Qué sello? Yo no tengo n… —Entonces echa un vistazo a la parte interna de su brazo y jadea al descubrir la marca que lleva grabada en la piel. Abre la boca para decirme algo, pero, por primera vez desde que se ha puesto en la fila, Nathan Reynolds parece haberse quedado sin palabras.

Extiendo la mano, pero él sigue como petrificado, con la mirada perdida, pero fija en su muñeca.

Esto también lo he visto antes. Caminantes oscuros tan sorprendidos por estar aquí que de repente se bloquean y dejan de

funcionar. Me muerdo el interior de la mejilla. Me da que hoy ya me puedo ir despidiendo de salir pronto. A este paso, me tocará hacer horas extra.

Levanto el culo de la silla y le agarro la muñeca. Se sobresalta con el roce de mi piel, y yo suelto un grito ahogado. Ya se me había olvidado lo fría que es su carne en comparación con la mía. Me resulta lisa como el marfil y suave como el terciopelo. Me aclaro la garganta y garabateo los números en una hoja en blanco.

Aparta la mano en cuanto siente que aflojo el agarre.

Mi cara debe de haber delatado mi sorpresa, porque murmura un «lo siento» y vuelve a tenderme el brazo. Lo veo temblar bajo la tenue luz del Salón de la Justicia en el que estamos.

—¿Ya?

—Sí, un momento solo. Déjame ver si encuentro tu expediente. —Me paso un buen rato rebuscando entre los papeles. No me había equivocado: somos de la misma edad. Nathan Reynolds tiene (tenía) diecisiete años. Es un huérfano de Los Ángeles cuyos padres murieron en un accidente de coche cuando él solo tenía seis años. Desde entonces se ha pasado casi toda la vida yendo de un hogar de acogida a otro.

Hasta hoy. El día en que ha acabado con la vida de su padre de acogida.

La policía lo ha encontrado sobre el cuerpo con el arma del crimen en la mano. Y como no ha hecho lo que le decían y se ha negado a soltar la pistola, los agentes le han pegado un tiro. Ha muerto antes de llegar al hospital.

Estudio a Nathan Reynolds desde detrás de la carpeta. Me cuesta creer que esos ojos que se le arrugan cuando sonríe escondan una

mente asesina. Pero yo sé mejor que nadie que puede ser así.

Mi casa es la mejor prueba de que los humanos son capaces de hacer cosas horrendas. En especial aquellos de los que menos sospechas. Por eso mismo la cola que tengo delante nunca termina. Los humanos no saben ser buenos.

—¿Y bien? —pregunta, con la esperanza floreciendo en su rostro al igual que una rosa de fuego emerge entre toda la basura del jardín de mi padre.

—Pues eso, que este es tu sitio —le espeto, y tras mis palabras se aprecia un tono tan frío como un témpano de hielo—. Eres un asesino.

—Los hechos no han ido así. —Se inclina hacia mí y me obligo a mantenerle la mirada, aun cuando trato de apartarla por instinto—. Me han tendido una trampa.

—Mira —me esfuerzo en explicarle—. Yo no tengo nada que ver con esto. Por mucho que me supliques, no puedo ayudarte. Mi labor es simplemente registrar tu entrada aquí y tu salida hacia la parcela que te corresponde. A ti ya te han juzgado y, por lo que veo, te han juzgado de manera correcta. —Le dejo el mono en la mesa—. Aquí tienes la que será tu vestimenta a partir de ahora. Irás a la parcela número 13, junto con el resto de los asesinos.

Me rodea la muñeca con los dedos, y pego un bote ante el contacto. Claro que yo antes lo he agarrado del brazo, pero se supone que los caminantes oscuros a mí no pueden tocarme. Y esa norma no suele plantear ningún problema, ya que la mayoría de ellos están demasiado asustados como para ni tan siquiera intentarlo.

—¡Suéltame! —gruño.

—¡Lo siento! —Me suelta la muñeca de golpe y chasquea los dedos—. Disculpa, no quería hacerlo. Espero no haberte hecho daño. Pero, por favor, necesito tu ayuda. Yo no pertenezco a este lugar.

—¿Algún problema?

Ninguno de los dos nos hemos percatado de la presencia de Nefas, y ambos nos sobresaltamos al verlo de repente junto a mi mesa.

Nathan Reynolds se queda pálido, y yo casi siento lástima por él. Casi.

—Ningún problema, Nefas. El señor Reynolds estaba aquí a punto de subir a tu barco rumbo a la parcela 13. Deberías echarle una mano para que no se pierda.

Veo a Nefas escoltar a Nathan Reynolds en dirección al río que sale de Dominus, la capital, y se adentra en las ciudades del pecado. El humano me lanza una última mirada suplicante por encima del hombro.

En ese momento, un fortísimo dolor me atraviesa el pecho.

La parcela 13 es un lugar horrendo. Uno de los peores. A don Bromas no le irá nada bien allí.

Pero a mí me da igual. Cada cual tiene lo que se merece.

Sin excepción.

II

Me aclaro la garganta y trago el nudo que se me está formando.

—¿Todo bien, princesa?

Una voz grave me saca de mi ensimismamiento. Sin pensar, me meto la foto de Nathan Reynolds en el bolsillo de mi vestido negro, y así, ni me toca estrecharle la mano a nadie, ni tengo que volver a mirar esos ojos tan traicioneros como un océano que no se cansan de suplicarme.

Ferus me sonríe dándose aires de superioridad desde su mesa, que está a dos de la mía, y se me revuelve el estómago. A diferencia de casi todos los demás demonios que se ocupan de la cola de registros, él prefiere no camuflarse bajo su forma humana. Le fascina el miedo que su verdadera apariencia provoca en los pecadores.

Sus afilados dientes son tan blancos que no me extrañaría nada que resplandecieran en la oscuridad si nos pusiéramos a soplar y apagáramos todas las antorchas. La intensidad de su brillo solo es comparable a la de su cabellera de color naranja neón, que parece que va a ponerse a soltar chispas de un momento a otro. Su piel es del mismo rojo carmesí que la sangre y sus músculos están tan hiperdefinidos que las venas le sobresalen como líneas dentadas.

Con todo, no es su apariencia lo que me incomoda, sino lo que se esconde tras ella.

Ferus trabaja aquí solo para ganarse el beneplácito de mi padre (digamos que esto es un trampolín en su carrera), y va prosperando en su empleo. Pero tiene un lado oscuro que me retuerce las entrañas. Como todos los demonios mayores que viven aquí abajo, Ferus habitó en el Paraíso antes de ponerse de parte de mi padre en la guerra que los abocó al descenso. Y a todos los que estaban en el bando de mi progenitor los desterraron aquí para siempre para cumplir su pena.

Lo que sucede es que, en el caso de Ferus, este lugar no es un castigo. Para él, es algo así como su sitio de recreo.

—Sí, estoy bien —respondo mientras cierro el expediente de Nathan Reynolds y lo coloco en el montón con los otros—. Ya sabes, otro caminante oscuro insistiendo sobre su inocencia.

Ferus deja escapar una risilla gutural que reverbera en las paredes de granito. El eco resuena con tanta fuerza que algunos de los humanos que aguardan en la fila estallan en gritos de terror.

—Típico de esos sacos de piel que no saben hacer nada más que pecar. Sigo sin comprender cómo aún existe el Paraíso. Debe de tener los días contados.

Hago oídos sordos y coloco sobre mi mesa el cartel de CERRADO PARA LA ETERNIDAD. ¡Por fin ha acabado mi turno!

Mi mejor amigo, Attero, acaba de registrar a un pecador que llora desconsolado. De pronto, alza la mirada desde la mesa que está justo detrás de la mía.

—Deberíamos salir a pillar una buena borrachera esta noche —propone.

Sorprendida por su invitación, estoy a punto de tirar al suelo mi montón de carpetas perfectamente alineadas.

Attero y yo somos amigos desde hace… ¡ni me acuerdo! Al contrario que Ferus, que es tan viejo como mi padre, Atty es de mi edad. Sus padres fueron ayudantes del mío, y él solía acompañarlos al trabajo.

Sin embargo, desde que mi padre anunció su inminente jubilación e hizo público su deseo de que yo lo sustituyera nada más cumplir los dieciocho, Attero me ignora. Es como si no me conociera. Ni tan siquiera acudió a mi fiesta de cumpleaños la semana pasada. De hecho, solo estuvimos mi padre, yo y algunos de los superinsoportables demonios a los que pagaron por estar allí y que desaparecieron en el mismísimo instante en que soplé las velas.

Papá tampoco se quedó mucho más.

Si acepto su invitación, puedo aprovechar para preguntarle a Attero qué le pasa conmigo. Por qué me evita de esa manera.

—Perfecto. —Jugueteo con las carpetas para que no vea la sonrisa que dibujan mis labios—. Suena divertido.

Los ojos verdes de Attero me miran sin poder abrirse más.

—Ay, lo siento, Dev. Estaba hablando con Ferus.

La presión me asciende por el pecho hasta las mejillas, y centro toda mi atención en los nombres que aparecen en cada uno de los archivos que estoy manipulando para que no vea el dolor reflejado en mi rostro. Si ya es horrible perder a mi mejor amigo, perderlo y que encima te cambie por Ferus no tiene comparación.

Trato de que las palabras encuentren la salida sorteando el nudo que tengo en la garganta.

—Ah. Oh.

—Lo siento, princesa —me dice Ferus, pero no hay ni un ápice de arrepentimiento en su sonrisa socarrona—. Ya sabes. Esto es cosa de solo-demonios-trabajadores. Te aburrirías. Además, si te pasara algo por ahí fuera, tu padre acabaría con nosotros en un suspiro humano.

No me veo con fuerzas de mirar a ninguno de los dos, así que clavo la mirada en el anillo con un rubí que adorna el dedo anular de mi mano derecha. Un regalo de cumpleaños de mi padre.

—No lo haría.

—Sabes bien que sí —me replica—. Ya viste lo que le pasó a Quasso cuando accidentalmente te prendió fuego en el pelo. Y eso que solo pasó por tu lado. No es culpa suya que su cuerpo esté hecho de llamas. Y ahora el pobre vive en la Tierra transformado en chimenea.

—Soy consciente de que mi padre puede ser estricto. —Ferus y Attero farfullan y yo me limito a encogerme de hombros—. Bueno, vale. Puede llegar a ser demasiado estricto, pero Quasso solo tendrá que vivir como una chimenea durante los próximos cien años más o menos, luego ya podrá regresar a casa.

En realidad no sé por qué estoy defendiendo a mi padre. Si nunca atiende a razones.

Claro que yo le había suplicado que no expulsara a Quasso, pero hay una gran diferencia entre que yo muestre mi desacuerdo a mi padre en privado y que Ferus lo utilice para apartar a mis amigos de mí.

Ferus rechina los dientes.

—Bueno, sea como sea, lo siento, princesa. Nosotros preferimos no correr ese riesgo. Al margen de eso —sus ojos escanean mi

cuerpo de arriba abajo—, tal vez deberías dejar el vino de sangre si de verdad quieres ser princesa.

Noto que me sonrojo. Y no son las palabras de Ferus las que me avergüenzan. Sé de sobra que es un ser miserable que disfruta metiéndose conmigo, especialmente desde que se ha enterado de que seré yo quien ocupe el lugar de mi padre y no él. Lo que más me abochorna es que todos los demonios y pecadores del Salón de la Justicia, sin excepción, han escuchado el insulto.

Y estén de acuerdo con él o no, ha llamado la atención de todos sobre algo que considera un defecto, y lo ha amplificado por toda la sala para que el personal lo analice a modo de pasatiempo.

Me pongo de pie sobre mis piernas temblorosas y coloco los brazos en jarras.

—Te he dicho mil veces que dejes de llamarme princesa. Además, me sorprende que sepas cómo debería ser una princesa, teniendo en cuenta que eres incapaz de ver más allá de tu propio reflejo. Más te vale que te fijes en tus imperfecciones, que son muchas, y que te olvides de mi genética.

Abre la boca y vuelve a cerrarla. Es la primera vez desde que lo conozco que parece no tener nada que decir.

La satisfacción me sube por el pecho al tiempo que le devuelvo la sonrisa chulesca suya de antes.

—¿Qué pasa, Ferus? ¿Te ha comido la lengua el demonio?

No se digna a contestar. En vez de ello, llama a la siguiente caminante oscura a la que le ha llegado el turno de registrarse. La mujer tiembla visiblemente mientras se aproxima a la mesa de Ferus, y el desdén regresa a los labios de este.

Me doy la vuelta y estudio a Attero, que se esconde detrás de su

apariencia humana: piel oscura y melena azul a la altura de los hombros.

—¿Y tú eres de la misma opinión respecto a lo de quedar un día para salir juntos, Atty?

Evita mirarme a la cara.

—Lo lamento, Dev. Me resulta incómodo salir contigo ahora. Ya sabes, vas a ser nuestra jefa.

Sus palabras no hacen sino confirmar mis peores presagios. Atty fue el único niño que no tenía miedo de pasar tiempo conmigo cuando éramos pequeños. Pero ahora me ve exactamente igual que como en su día me veía todo el mundo en nuestra clase: como alguien a quien temer, alguien con quien guardar las distancias.

Se me tensa la mandíbula y me hundo en la silla mientras las piernas me amenazan con hacerse añicos.

Observo las paredes de granito. Llegan hasta tan arriba que resulta imposible ver lo más alto. De vez en cuando, un pecador desconsolado y fuera de sí trata de escalarlas y, tras el esfuerzo, cae en la cuenta de que no tienen final y que lo único que ha conseguido es quedarse atrapado en ellas. En ese instante tratan de resbalarse hacia abajo o de saltar, con la esperanza de hallar otra salida para poner fin a las cosas, pero de nuevo terminan en la misma cola de registros como si nada hubiera pasado.

Sobre mí, el cielo está cubierto del negro carbón propio de las noches cerradas. Un vacío inconmensurable en el que quiero gritar. A fin de cuentas, yo estoy tan atrapada como estos caminantes oscuros, y hasta Atty es consciente de ello.

Respiro hondo y vuelvo la vista a Attero.

—Por mucho que vaya a sustituir a mi padre, lo cual tú sabes bien

que no quiero, las cosas seguirán siendo igual entre nosotros. Eres mi mejor amigo, Atty. Llevamos juntos desde niños.

—Ese es precisamente el problema. —Se aclara la garganta—. Ya no somos niños, Devica. Y debemos empezar a comportarnos como los adultos en que nos hemos convertido.

La frialdad de su tono de voz hace que un escalofrío me recorra la espalda de arriba abajo. Trato de apartar la cara para que no vea el temblor de mi labio inferior.

—Si de verdad eso es lo que sientes…

Atty sigue sin levantar la mirada de su mesa.

—Sí, lo es.

Cargo con mi pila de carpetas y, con manos nerviosas, las apretujo todas en el armario archivador que hay detrás de mí. Cierro el cajón de golpe. Attero balbucea mi nombre, pero no quiero seguir escuchándolo y me aparto de él.

Las puertas del Salón de la Justicia son demasiado pesadas para los humanos, pero yo las abro sin ningún esfuerzo. Se cierran detrás de mí, y el portazo reverbera en los muros de piedra que delimitan mi camino hacia mis aposentos.

Me quedo de pie en medio de mi habitación, respirando profundamente en un esfuerzo por aliviar el dolor que me empieza a consumir todo el cuerpo. Me tiro sobre la cama, me cubro la cara con la almohada y empiezo a gritar.

—¡Odio estar aquí! —vocifero a la tela del almohadón—. Y lo odio a él por tenerme aquí encerrada.

Ruedo para quedarme boca arriba y contemplar el cielo añil repleto de estrellas que Atty y yo pintamos en el techo de mi dormitorio hace tiempo. Me he pasado horas observándolo absorta,

imaginando que estaba en cualquier otro sitio que no fuera esta habitación.

Algo me pincha en el muslo, y se me escapa una mueca. Me llevo la mano al bolsillo del vestido. Nathan Reynolds me sonríe desde la fotografía que todavía sigue ahí guardada. Su expresión facial es casi tan reconfortante como las estrellas que tengo encima. Es cálida y tentadora, le ilumina todo el rostro.

Se le veía segurísimo de su inocencia. Y yo estuve a un tris de creerlo. Eso era algo que jamás me había sucedido. No entiendo qué me está pasando con este caminante oscuro, por qué tiene ese poder sobre mí desde el mismo momento en que se presentó ante mi mesa. Suspiro y escondo la foto bajo mi almohada.

Da igual, no importa. Él ahora mismo está ya en su parcela, y yo no volveré a verlo jamás.

Dejo de nuevo la mirada perdida en el cielo dibujado sobre mí y me empeño en sacar a Nathan Reynolds de mi mente con la misma fuerza con la que abrí el cajón del armario archivador.

No tardo en caer en un sueño agitado, en el que fantaseo con que las estrellas que están sobre mí son reales y con que he dejado de estar atrapada entre estas cuatro paredes de piedra.

III

Aparte de atender la larga fila de entradas, mi padre insiste en que debo recibir clases para aprender a utilizar los poderes que están emergiendo en mí. Son sus poderes; imagino que los he heredado porque llevo su sangre.

No obstante, he de decir que, hasta ahora, solo he sido capaz de hacer saltar chispas de los dedos cuando me enfado.

Esta manipulación del fuego es precisamente uno de los dones de mi padre. Él creó todos los castigos que infligimos aquí abajo valiéndose solo del poder de su mente. Arriba en la Tierra, mi padre lograba que los humanos se quedaran petrificados de miedo al presentarse ante ellos en su verdadera forma. Además, es todo un experto a la hora de convencerlos para que hagan cosas que, de otro modo, evitarían.

Por el momento, yo aún no he conseguido adoptar ninguna otra forma más allá de la que suele devolverme el espejo. Por mucho que intente acobardar a los humanos que esperan su turno en la cola de registro, ninguno se acojona ante mi presencia como sí les ocurre con Ferus. Decepcionante como poco.

Puesto que soy su primer y único retoño, no tengo ningún precedente que pueda seguir. Y tampoco estoy segura de los poderes que crecerán en mí ni de lo fuertes que llegarán a ser.

De todos modos, la obsesión de mi padre es que adquiera su poder más importante: la habilidad de juzgar pecadores. Y sé que lo necesito para desempeñar su puesto, pero, por más que lo intento, no me sale de manera natural.

Y las clases tampoco me están ayudando mucho que digamos.

Disimulo un bostezo mientras miro con atención la foto de un hombre pegada a la pizarra que preside la clase. Según mi profesor, el señor Bellum, debería ser capaz de averiguar los pecados de una persona con solo observar su fotografía. Es lo que mi padre llama mi «buena vista», y es en eso y solo en eso en lo que se basa para juzgar.

Al parecer, y por lo que el señor B me enseñó, nadie recuerda el momento de su enjuiciamiento. Todo empieza en ese lugar intermedio en el que unos observadores imparciales revisan la vida de quien tienen enfrente y lo envían arriba o abajo. A continuación, reciben la sentencia final de mi padre o de los ángeles del Paraíso, con la cual se corrobora que están en el lugar adecuado, y se les asigna una parcela.

Antes, mi padre emitía su juicio en persona, pero ahora los pecadores son tantísimos que le resulta imposible dedicarles ese tiempo. Y siempre insiste en que con una fotografía es más rápido e igual de fácil juzgar a alguien.

Personalmente, tengo mis dudas, puesto que la imagen que tengo delante está más vacía de contenido que la pizarra blanca en la que está pegada.

—¿Se trata de un asesino? —cuestiono.

—Para nada. —El señor Bellum se quita las gafas, echa el aliento sobre los cristales y los limpia con la manga—. El asesinato no puede

ser tu pecado por defecto, Devica.

—¿Por qué no? ¿Es que toda esta gente no está aquí por eso?

—Huelga decirte que no. —Vuelve a ponerse las gafas mientras hace una mueca—. Además, ese no es el objetivo de esta clase. Tu padre está obsesionado con que aprendas a dominar tu vista, así que, venga, mira esta imagen otra vez y concéntrate en ella. ¿Cuál crees que es el pecado de este hombre?

Me llevo los dedos a la frente, presiono y dibujo círculos sobre mi piel sin apartar la mirada de la fotografía de un hombre coreano con sonrisa forzada. Pero no saco nada en claro más allá de un ligero dolor de cabeza, resultado de la interminable hora que me he pasado dándole vueltas a lo mismo.

—¿Engañó a su mujer?

—No.

—Entonces, defraudó a Hacienda. ¿Es eso?

—No, no. —El señor Bellum aprieta los dientes—. Venga, Devica, esfuérzate más.

—No lo sé, no tengo ni idea —me quejo—. Puede que él… ¿tuviera un número desorbitado de gatos?

—¡Devica! Pero si eso ni siquiera es un pecado.

Arrugo la nariz.

—¿Está seguro? ¿Acaso no eran gatos los demonios peludos que mi padre envió a la Tierra para castigar a los vivos?

El señor Bellum rezonga con desesperación. Había sido profesor durante su vida humana y mi padre lo sacó de su parcela solo para que me enseñara. *A priori* eso suena como si el hombre hubiera subido de categoría aquí abajo, pero, por cómo me mira, no me cabe duda de que prefiere su castigo original y vivir para la

eternidad colgado bocabajo y agarrado al techo por las uñas de los dedos de los pies.

—Vamos, inténtalo una vez más —ordena—. Tómatelo en serio e intenta conectar a través de sus ojos.

Sigo las instrucciones del señor Bellum, y casi llego a hacer agujeros en la pizarra, pero, más allá de los puntitos blancos que nadan por mi visión, la foto permanece idéntica.

—Nada. Nada de nada. —Lanzo el boli a la mesa y me cruzo de brazos—. Tal vez yo no valga para esto.

El señor Bellum me dedica una de sus escasas sonrisas.

—Por una vez has acertado, Devica. No deberías ver nada en este hombre. No ha cometido ningún pecado y lo enviarán al Paraíso. —Suspira y levanta los ojos al techo, sin duda preguntándose cómo habría sido su vida de haber corrido una suerte similar.

—Pero eso es imposible. Todo el mundo peca. Quizá no toda la gente termina aquí abajo, pero los humanos pecan constantemente. —Vuelvo a agarrar mi boli y lo señalo con él—. Incluso usted. Por eso está aquí.

Carraspea. El señor Bellum nunca habla de lo que lo condujo hasta aquí, y tampoco tiene que hacerlo.

Una vez, durante mis horas de trabajo, cotilleé su expediente. Sé que robó dinero de la recaudación de fondos de una escuela para saldar las deudas que tenía por su adicción al juego. Sin embargo, los billetes llegaron muy tarde. Su corredor de apuestas ya había enviado a alguien para que pusiera «punto final al problema» y saldara cuentas.

El pobre señor B ni lo vio venir. Murió sosteniendo con fuerza los billetes de diez dólares que sus estudiantes habían conseguido a

base de chocolatinas puerta por puerta. Supongo que el viaje de la banda de música tendría que esperar aquel año.

El señor Bellum fija la mirada en el suelo.

—En efecto, todo el mundo peca. Incluso aquellos que tienen la mejor intención. Pero hay pecados lo suficientemente pequeños como para perdonarlos y enviar a la persona al Paraíso. Nunca podrás ver los pecados de la gente que alberga buenos sentimientos en su interior. Pero a aquellos que son condenados (ya sabes, los que están destinados) a estar aquí, les verás el alma con claridad, con la misma claridad que observas en esta fotografía.

Analizo la imagen de nuevo.

—Si este muchacho era tan maravilloso, ¿por qué no puedo ver ni una gota de esa bondad? ¿Es que sí veo sus pecados, pero no sus buenas intenciones? Eso no suena nada justo.

—Eso es por quien eres —explica el señor Bellum—. La vista de tu padre alcanza únicamente el pecado. Las buenas intenciones solo son visibles para los ángeles que toman las decisiones en el Paraíso. No tiene sentido que tú puedas verlas.

Paso el dedo por la quemadura que hay en la madera de roble de mi mesa. La hice yo hace unos días, en un arrebato de ira por fallar todas las preguntas que me hacía el señor B para poner a prueba mis poderes. Aún desprende un ligero olor a azufre.

—O sea, que o veo algo o no veo nada. ¿Eso no convierte esta clase en una pérdida de tiempo?

El señor Bellum se masajea las sienes.

—Ojalá tu padre me hubiera hecho caso cuando intenté decírselo. Tus poderes se irán volviendo más fuertes a medida que los vayas utilizando. —Me mira por encima de la montura de sus gafas—. Y

siempre y cuando aprendas a controlar tus emociones.

Reprimo otro bostezo y estudio el aula que mi padre construyó para mi educación. El señor B, acostumbrado a enseñar a niños pequeños en la Tierra, la ha decorado de una manera excesivamente infantil. De ahí los conejitos dibujados retozando a lo largo de cada una de las letras del alfabeto que da vida a las paredes. En la esquina hay una caja en la que ya no caben más juguetes. A mi espalda, una hilera de perchas vacías pegadas a la pared, y, en el centro de la clase, una alfombra rosa de esas que parecen tan esponjosas que dan ganas de tumbarse.

En definitiva, no se asemeja en nada a las aulas que compartí con otros niños demonios en mi infancia. Las anteriores siempre fueron oscuras y lúgubres, con paredes de acero de las que colgaban armas e instrumentos de tortura.

Yo jamás había pensado en esto de graduarme en El Arte de Torturar a Humanos antes de que mi padre se empeñara en cambiar mis planes de la noche a la mañana. Hace seis meses, por unanimidad, mi queridísimo decidió desapuntarme de mis clases y meterme aquí con calzador. Según él, quería que descubriera si tenía habilidades para esto y que las potenciara.

Suelto el boli.

—Llevo ya unos cuantos meses haciendo esto, y no he ganado mucha destreza, como puede comprobar. Sé que mi padre empezó tocando a los humanos para visualizar sus pecados. ¿Por qué no probamos eso mismo nosotros?

—Tienes toda la razón. El tacto amplifica tu visión. Es cierto que el contacto directo con el pecador te mete en su alma. Con ello, verías los pecados tal y como se cometieron. Pero tú aún no estás

preparada para ello, Devica. El tocar a alguien te conecta íntimamente con sus pecados. Y te aseguro que puede llegar a ser abrumador. Y tú de por sí tiendes a… —mientras lo dice, observa el cúmulo de cenizas de lo que en su día había sido un contenedor hasta que yo, en nuestra única clase, fuera de mí por la frustración que sentía, lo calciné— prender fuego a todo lo que te rodea cuando algo te sobrepasa.

Sé que me estoy poniendo roja como un tomate, así que aprieto la mandíbula antes de contestar. No se equivoca. De hecho, basta con mirar a nuestro alrededor para comprobarlo: hay conejitos chamuscados por las paredes y pilas y pilas de cenizas donde, en principio, tendría que haber pupitres. Aun así, no pienso darle la razón. Va contra mis principios.

El señor B despega la fotografía de la pizarra y la deja sobre su mesa.

—Además, hace tiempo que tu padre dejó de recurrir al tacto para juzgar. Esta técnica es igual de precisa.

En ese momento viene a mi mente la cara del muchacho al que mandé a la parcela 13. Lo insistente que fue con lo de que lo había enviado al lugar equivocado. Me apuesto el pellejo a que a ese chaval le encantaría tener unas palabritas con mi padre respecto de la precisión de su nuevo método.

—Pues quizá fuera buena idea volver a lo de antes —replico.

El señor Bellum se dispone a pegar otra fotografía en la pizarra, pero, al oírme, se da media vuelta. Me doy cuenta de que se tensa.

—¿Cómo dices?

—Nada. —Hago girar el boli entre los dedos y me encojo de hombros—. Pues que puede que mi padre también se equivoque

alguna vez. Si el mirar una fotografía no arroja un juicio tan claro como el tocar a quien peca, pues puede que mi padre esté pasando por alto cosas.

Los ojos del señor Bellum se clavan como dardos en la puerta.

—Devica, tu padre lleva toda la vida haciendo esto. Te aseguro que no se equivoca. Es imposible. Venga, volvamos a nuestras clases. Para ti tampoco es posible ponerte a hacer eso ahora. —Señala con el dedo la foto pegada a la pizarra. En esta ocasión se trata de una mujer de mediana edad—. A ver, ¿cuál es su pecado?

Sé bien cuándo tengo que tirar la toalla. Si algo caracteriza al señor B, es su cabezonería en lo referente a las clases. Suspiro con desidia.

Cierro los ojos y trato de dejar la mente en blanco para concentrarme única y exclusivamente en la sala en la que estamos. Cuando vuelvo a abrirlos, los entorno para enfocar la imagen, hago una mueca al sentir que se me desenfoca, y consigo mantener la atención en la mujer mayor que me mira desde el papel fotográfico.

Se me escapa otro suspiro cuando el señor Bellum me mete prisa para que responda.

—Los gatos —suelto, convencida—. Fijo que esta mujer tenía demasiados mininos.

IV

Nada más terminar la clase, el sonido oscilante de una sirena me devuelve a mi realidad. Contengo un gemido. Ese pitido ensordecedor significa que alguien se ha escapado de su parcela.

Oootra vez.

Muy a mi pesar, es bastante habitual que, como poco una vez al día, a algún caminante oscuro se le ocurra la genial idea de tratar de huir de aquí. Y claro, lo que no anticipan esas cabezas pensantes son las sirenas, el hecho de que podemos buscarlos ni tampoco la agonía que sigue a ese instante en que añadimos la palabra «fugitivo» a su castigo.

Uno de los soldados satánicos de mi padre avanza a toda velocidad salón abajo, por lo que me meto en la habitación más próxima que veo para despistarlo y librarme de él. Noto el cuerpo más relajado al darme cuenta de que estoy en el Salón del Trono.

Por fin mis labios se curvan en una sonrisa. Sí, este es mi rincón favorito aquí en Dominus. Las cuatro paredes son de un cristal resplandeciente, tan grueso que impide ver lo que hay al otro lado. Los colores resbalan por el cristal como si estuvieran derritiéndose en él: rojos chispeantes, naranjas intensos y amarillos brillantes que infunden en los visitantes la ferocidad del fuego que reside en ellos, y amenazan con acabar con quien ose entrar en la sala.

Sigo la alfombra roja de felpa que se extiende entre las filas y filas de sillas negras y sube los cinco escalones que van a dar al trono, el cual se ubica justo al frente de la estancia.

Ese trono quita el hipo a cualquiera. Es impresionante.

Está elaborado en oro puro y duro, y parece a punto de fundirse en las llamas que rodean el espacio. El oro cae desde la parte de atrás hasta el suelo, y, aunque parece líquido, en realidad es sólido. Es como si alguien estuviera rociando la silla con un calor desmesurado antes de meterla como sea en un congelador.

Rodeo el trono y paso la palma de la mano por los reposabrazos, que tienen rubíes incrustados.

El dedo índice se me cuela en una pequeña hendidura en la que, se ve, falta una de las gemas.

Bajo la mirada y la detengo en mi anillo. Algo dentro de mí se rompe al darme cuenta de que el rubí mágico que luzco en el dedo encaja a la perfección en ese hueco. En cuanto cumpla los dieciocho y devuelva ese pedrusco a su lugar, el inframundo será todo mío.

Ese regalo fue cosa de mi padre: me regaló un pedazo de su trono para recordarme que dentro de un año sería mío. Como si pudiera olvidarlo. Digamos que estoy unida y predestinada a este sitio, que me toca pagar el precio de sus pecados en lugar de tener la oportunidad de labrarme mi futuro.

Me subo al escalón situado justo delante del trono y me impulso hacia el asiento, aún admirada por su tamaño, pese a que llevo viéndolo ahí mismo todo este tiempo. La silla es tan ancha que me podría tumbar en ella y no llegaría a tocar el extremo con los dedos de los pies.

Cuando mi padre está en su verdadera forma, el tapiz de

terciopelo apenas es capaz de abarcarlo. A mí nunca me ha dejado verlo en toda su magnitud, pero no le cuesta nada alardear de su tamaño colosal para guiar a los soldados desde esta sala o para condenar a los caminantes oscuros rebeldes. De niña me parecía que era un buen truco. Ahora, sin embargo, lo considero más una forma de intimidación, una de las muchas maneras que tiene mi padre de controlar las cosas. La misma con la que está controlando mi futuro ahora mismo.

—Te queda bien.

Casi me caigo del gigantesco asiento al ver entrar a Attero. Enseguida echo mano del reposabrazos y me agarro para incorporarme. Noto que la mandíbula se me tensa en un gesto de enfado. En mi piel aún palpita la herida que hace unos días me hicieron sus palabras, que soy incapaz de sacar de mi cabeza.

—¿Qué se supone que haces aquí? ¿Cómo es que no andas por ahí con tu nuevo mejor amigo?

—No quería dejar las cosas así entre nosotros. Me siento fatal por lo que te dije. —Lo veo estudiar la alfombra bajo nuestros pies—. Por favor, acepta mis disculpas, alteza. —Hace una reverencia, pero aún sin despegar los ojos del suelo.

—Devica. —Me bajo de la silla resbalándome y desciendo la escalera, dando un sonoro pisotón en cada escalón con mis pesadas botas—. ¿Es que ya no te acuerdas de todo el tiempo que pasamos en este lugar de niños, Atty? ¿Te has olvidado de todas las veces que correteábamos por aquí y jugábamos al escondite mientras mi padre daba órdenes a su ejército?

Sonríe mientras sigue mi mirada y los dos recorremos con los ojos las brillantes paredes.

—Siempre hacías trampas.

Aprieto los labios para no dejarle ver mi sonrisilla.

—No, ¿yo? ¡Jamás!

—Sí, tú. ¡Siempre! —repite—. Siempre te escondías detrás del trono, porque sabías que yo no me atrevía a acercarme cuando tu padre estaba allí sentado.

Ambos retrocedemos a la par sobresaltados por un grito agónico procedente del pasillo. Acto seguido, la alarma va perdiendo intensidad. Al igual que yo, Attero detesta a los caminantes oscuros gritones. Sus berridos exceden todos los decibelios posibles. Y aquí abajo, el griterío es constante. En nuestra infancia, Atty y yo solíamos quedarnos despiertos toda la noche en mi habitación, y nos tapábamos las orejas con almohadas para intentar bloquear el ruido.

—Si de verdad algún día llego a gobernar este sitio —le decía entonces—, lo primero que haré será regular las horas de gritos.

—¿Quéééé? —me preguntaba Attero entonces, a todo volumen para hacerse oír.

La tristeza se apodera de mis hombros y los tensa. Las cosas eran tan fáciles por aquel tiempo.

Yo solía gastar bromas con lo de heredar el trono porque me parecía algo imposible. Estaba convencida de que mi padre reinaría para siempre. No olvidemos que este es su castigo, no el mío. Y de niña confiaba en que algún día sería lo bastante mayor como para hacer lo que yo quisiera. Incluso para visitar el mundo humano sin tener que volver en dos días, como mi padre.

Le doy un apretón en el hombro y le obsequio con una pequeña sonrisa. Quién sabe, a lo mejor aquí abajo somos capaces de salvar algo. Intuyo que no tengo que sentirme sola si tengo a alguien al

lado con quien compartir lo que me pasa. Attero observa mis dedos antes de bajar el brazo y pegarlo al cuerpo.

Se me cae el alma a los pies.

—Attero, ¿qué ha pasado?

—¿Qué quieres decir?

A estas alturas, aún no se ha atrevido a mirarme a los ojos. Aunque estoy muy tentada, resisto la necesidad de zarandearlo y gritarle a la cara.

—¿Qué ha pasado entre nosotros? De niños no sabíamos estar el uno sin el otro. Pero luego, de repente, me echaste de tu vida. Dejaste de hablarme, y solo te dirigías a mí cuando no tenías escapatoria. Me esquivabas en las comidas. Y el otro día, de todos los demonios posibles, escogiste a Ferus en vez de a mí. ¿Qué te he hecho para que me odies tantísimo?

Alza la cabeza y su mirada por fin se encuentra con la mía. La sorpresa inunda todo su rostro.

—No te odio, Devica.

—¿Y entonces? —Levanto los brazos—. Eras mi mejor amigo. Nos contábamos absolutamente todo. Eras la única persona a la que recurría cuando las cosas iban mal. Y ni siquiera apareciste por mi fiesta de cumpleaños. No estuviste a mi lado cuando mi padre me soltó el bombazo. Y yo necesito tu amistad ahora más que nunca.

—Tú no has hecho nada. Yo quería ir a tu fiesta, te lo juro. Pero llegué al salón de recepciones, vi allí a tu padre tan serio y tan… tan… No sé. De pronto sentí que no debía estar allí, que no pintaba nada en ese sitio, así que me fui. Lo lamento mucho. —Está dibujando círculos en la alfombra con el pie derecho—. Y tenía pensado disculparme al día siguiente, pero fue justo cuando tu

padre hizo público que en un año ocuparías su lugar, y… no me pareció adecuado…

—¿El qué? ¿Ser mi amigo? —balbuceo.

—Ser cualquier cosa tuya. —Respira hondo y su tono se ablanda —. Mira, Dev, tienes ante ti un futuro increíble. Y estoy superorgulloso de ti. No me cabe duda de que serás una gran gobernante. Pero tienes que entender que eso también significa que los demonios se distancien de ti. Ya sabes que en ese trono solo hay sitio para uno.

Observo la gigantesca silla, y a continuación le lanzo a él una mirada mordaz.

—Eso no es verdad. Ahí caben como poco veinte demonios.

Attero no hace ni ademán de sonreír.

—Sabes bien a lo que me refiero.

—Sí, claro que lo sé. —Trago saliva—. Pero aun así te echo de menos. ¿Es que no recuerdas todas las cosas que soñábamos con hacer juntos? ¿Todos esos sitios más allá de Dominus que íbamos a recorrer?

—¿Cómo no voy a acordarme? —Baja la voz hasta hablar casi en susurros y vuelve a fijar la vista en el suelo—. Pero todo eso no eran más que fantasías infantiles. Ahora todos tenemos responsabilidades, y tú más que nadie.

Responsabilidades que yo nunca he pedido, dicho sea de paso.

Lleva los hombros a las orejas y, de pronto, reparo en una placa con una S grande que tiene prendida en la pechera de su camisa de cuello negro. Abro los ojos todo lo que puedo.

—Un momento. ¿Te estás formando para ser soldado? Eso es genial, Atty. ¿Por qué no me lo contaste?

Se sonroja tanto que parece que le van a salir llamas.

—Tú tienes tus ambiciones, y yo tengo las mías. Por eso llevo un tiempo saliendo con los otros demonios después del trabajo. Sé que tú lo odias, pero tu padre confía ciegamente en Ferus, y él será el que se ponga al mando de todos los soldados ahora que Primice va a jubilarse. Así que, ya sabes, necesito caerle bien, ser uno de los suyos.

—Dudo bastante que a Ferus le caiga bien alguien.

—Tú ya me entiendes. —Attero arrastra el pie izquierdo—. Te lo suplico, no me odies por esto.

Me muerdo la lengua. Decirle que no se junte con ese patán solo lo apartará más de mí, y sigue siendo mi único amigo. Por mucho que me repatee que ande por ahí con Ferus, sería todavía peor que dejara de hablarme de nuevo.

—Yo nunca podré odiarte —le confieso—. Me parece genial. Y, oye, eso significa que, cuando yo suba al trono, tú podrás trabajar a mi lado. Solo te pido una cosa: ten cuidado, ¿vale? Sobre todo con Ferus. Ándate con mil ojos. No me gusta un pelo.

—Lo haré. —Me hace otra reverencia—. Adiós, alteza.

—Devica.

—De acuerdo. Nos vemos. —Se marcha sin darme tiempo a reprenderlo por no decir mi nombre.

Tomo aire y lo suelto, y con él se va también la tristeza que sigue a su partida antes de mirar con desprecio el trono de mi padre y salir de la sala.

La fotografía de Nathan Reynolds me mira desde mi mesilla de noche. Aún no he tenido ocasión de devolverla a su expediente. La

despego de la madera azul, me tumbo de lado en la cama y sostengo en la mano la imagen para que capte la luz de la lámpara de cristal que está junto a mí.

Estudio con detenimiento sus ojos, tan azules que podría navegar en ellos (si supiera nadar). Ese mechón de pelo que se le escapa de detrás de la oreja y le cae picaronamente sobre la mejilla. Es un tipo muy atractivo para ser un caminante oscuro. Pero también es humano y un pecador. Y por adorable que sea su sonrisa, no puede ocultarlo.

Perfilo su cara con el dedo, y trato de poner en práctica todo lo que el señor Bellum me enseñó sobre mi visión para recrear el momento exacto en que asesinó a su padre de acogida.

Me concentro tanto en la foto que empiezo a sentir un dolor de cabeza horrible por detrás de los ojos.

El rostro sonriente de Nathan Reynolds no cambia.

Meto la foto bajo la almohada y me dejo caer encima, gruñendo con frustración. No consigo mejorar, y ya solo tengo hasta mi próximo cumpleaños para dominar la técnica. Para entonces dará igual que me sienta o no preparada.

Y ahora mismo, desde luego, no lo estoy.

V

La segunda sirena llega en mitad de la noche.

Me cubro con fuerza las orejas con la almohada y me doy media vuelta en la cama. Pero algo se me clava entre las escápulas y hago una mueca.

Contorneando el tronco, hago fuerza contra el colchón y el objeto penetra aún más en mi piel. Me giro otra vez y compruebo con detenimiento la cama, tratando de buscar algún muelle roto que sobresalga. Pero no, allí no hay nada.

—Jolín, ¿qué pasa?

Me levanto y voy medio adormilada hacia el espejo ovalado ubicado en un rincón de mi dormitorio. Voy en camisón, así que me basta con ladearme un poco y apartarme el pelo que me cae sobre la espalda para vérmela bien. Entonces me doy cuenta: de los hombros me salen una especie de triángulos puntiagudos. Se me corta la respiración.

Son alas.

O, como poco, el inicio de ellas.

Mi padre ya me advirtió de que podría heredar sus alas, pero tampoco quiso entrar mucho en detalles cuando me lo dijo. Las suyas se dañaron considerablemente durante su descenso aquí, al parecer, un castigo adicional a su destierro a este lugar. Y ahora las

tiene colgadas de las paredes de sus aposentos, como si soñara con volver a verse con ellas algún día. Mi padre llora su pérdida como los humanos derraman lágrimas por la de sus seres queridos. Yo diría que esas alas son su mayor pesar.

Bueno, y también se arrepiente de haberse enamorado de mi madre, de quien nunca hablamos.

La puerta se abre y se cierra de un portazo.

Salgo de mi ensimismamiento frente al espejo, me doy la vuelta y pego un respingo ante el rostro familiar que tengo delante.

—¡¿Nathan Reynolds?!

Está pegado a mi puerta, con una bata roja sucia y desgastada que lleva abierta por el pecho y deja entrever un trozo de piel. Por el rostro le caen gotas de sangre procedentes de un buen tajo que tiene sobre el ojo izquierdo.

—Tú eres la chica que… la que me registró a mi llegada.

Asiento con la cabeza, y de repente me doy cuenta de que no llevo nada más que un ligero camisón. Me cubro el pecho con los brazos.

—Soy Devica. ¿Qué estás haciendo en mi habitación? No puedes estar aquí. —Avanzo dando zancadas hacia él, con el brazo extendido para empujarlo hacia el pasillo.

—Por favor, no me hagas regresar ahí. —Se pega aún más si cabe contra la puerta—. ¿Es que no sabes lo que nos hacen en ese sitio?

—Puedo hacerme una idea. —Me encojo de hombros—. Pero ese es el lugar de los asesinos. Supongo que, si lo cubriéramos de arcoíris y muñequitos, se perdería la finalidad del infierno.

Oímos unas fuertes pisadas que se acercan por el pasillo, y los dos miramos en la dirección de la que parecen venir.

Se limpia el reguero de sangre que le rodea la boca.

—Te juro que, cuando yo me desperté, Gabe ya estaba muerto. Al verlo, cogí el arma porque no sabía qué hacer, pero yo no lo maté. Lo juro. Tiene que haber algo que puedas hacer para ayudarme.

Analizo la puerta siguiendo con los ojos las oscuras aristas que recorren de arriba abajo la madera de cerezo. Lo cierto es que nunca antes me he topado con un caminante oscuro tan insistente respecto de su inocencia. La mayoría suelen negar su culpa al principio, pero no tardan en darse cuenta de que sus ruegos son inútiles. Sin embargo, Nathan Reynolds se mantiene fiel a su historia.

Me muerdo la parte interior de la mejilla y en silencio me maldigo a mí misma por lo que estoy a punto de hacer.

—Si soy yo quien se adentra en ti y veo el crimen que cometiste, ¿me dejarás en paz?

—¿Cómo? —Me mira expectante—. ¿En serio podrías hacerlo?

—Sí. Bueno, digo yo. Aún estoy aprendiendo, pero podría intentarlo. —Le doy un pequeño empujón en el pecho, pero me hago daño en el dedo por lo musculoso que está.

Nathan Reynolds entrena (o entrenaba).

Bien, porque en eso es en lo que debería centrarme en este momento.

Se le relaja la cara.

—¿Y qué pasará cuando compruebes que soy inocente? ¿Me podré ir a mi casa?

—Me temo que eso no pasará. Los tipos como tú nunca son inocentes. Ven aquí, anda. —Extiendo la mano, pero él se estremece y a mí se me tensa la mandíbula—. Decídete: ¿quieres que lo intente

o no?

—Sí, sí —contesta, inclinándose unos centímetros hacia delante—. Perdona.

—No hay duda de que eres el maestro de las disculpas —mascullo —. Ahora estate quieto. Necesito poder tocarte para que me salga bien.

—Okey. —Coge aire profundamente, relaja el cuerpo y nuestras miradas se encuentran—. Confío en ti.

Sus palabras me conmueven, pero procuro que no se me note. Nadie ha confiado en mí en mucho tiempo, y menos un caminante oscuro. Todas mis interacciones con ellos suelen concluir con Nefas arrastrándolos por el suelo mientras gritan.

Coloco una mano en su mejilla, y en esta ocasión ya no se aparta. Está húmeda por la sangre, pero, por debajo de todo el hollín que la cubre, tiene la piel como besada por una ligera capa color bronce, presumiblemente pintada por el sol de California. Noto su textura suave bajo mis dedos callosos y ásperos por culpa de todo el trabajo con espada que me toca hacer con el señor Bellum.

«Es evidente que no estás lista, Dev».

Me aclaro la garganta y presiono mi mano contra su piel.

—Tranquilo, esto no te dolerá. O tal vez sí. Honestamente, no tengo ni la más remota idea de lo que sentirás.

Se cae hacia atrás y se da con la puerta en la cabeza, y el golpe lo obliga a soltar un quejido.

—¿Esto es seguro? No me borrarás de un plumazo todos mis recuerdos o algo parecido, ¿no?

Hago un gesto de indiferencia.

—De ser así, no tendrás ni idea de por qué estás aquí abajo, así

que te olvidarás de mí. Oye, suena bien, saldremos ganando los dos.

Se humedece los labios agrietados.

—Tú, en todo caso.

—Exacto. —Le agarro las sienes y le estiro la cabeza—. Ahora no te muevas.

Cierro los ojos, apretando con energía, para tratar de penetrar en él. Miro más allá del verde azulado de su iris y continúo profundizando más y más.

—Tus ojos —suelta de pronto Nathan Reynolds, y hace saltar por los aires mi concentración.

—¿Qué sucede? —pregunto apretando los dientes.

—Que son morados. Cuando nos conocimos, pensaba que eran de color azul oscuro. Pero ahora con esta luz me parecen violetas.

Su mirada me atraviesa y se me hace un nudo en el estómago. Es como si estuviera viendo mi alma con mucha más claridad que yo la suya.

Lo que pasa es que yo no tengo alma. Y da igual lo que ese muchacho vea en mí, porque estará fuera de mi vida más pronto que tarde.

Rompo el contacto visual y me centro en sus pies descalzos.

—¿Y?

—Que nunca he visto nada así. —Se contiene—. Y que son muy bonitos.

El rubor me sube por el cuello y se instala en mis mejillas. Se me seca la boca, y soy incapaz de responder.

Sucumbo a una tosecilla antes de volver a colocar los dedos a un lado de su cara para mantenerlo inmóvil. Cojo aire de nuevo y hago el esfuerzo de permanecer en su mente. Mi cuerpo recibe una

sacudida más atenazadora que un rayo. Me habría caído de no ser por lo fuerte que me estoy agarrando a su cráneo. La habitación en la que estamos da vueltas y vueltas, y todo adquiere un color blanquecino.

Me conecto a su alma al instante. Es como si me lanzara una cuerda, invitándome a amarrarme a ella para ir más y más allá de su subconsciente. Me agarro y avanzo, y pongo todo mi empeño para que no me pase desapercibido ningún detalle. Pero tampoco parece haber nada.

En vez de las respuestas que el señor Bellum me prometió que hallaría, aquí solo veo un espacio vacío antes de ser expulsada de su mente.

Y retorno a mi habitación, rodeada por las familiares paredes azules y los muebles con ribetes dorados que me acompañan desde que tengo uso de razón.

Pues, a ver, esto nunca me había pasado antes.

Nathan Reynolds me mira fijamente, con la preocupación rondándole por la cabeza.

—¿Has visto algo?

—No estoy muy segura. —Hablo despacio, con el cuerpo aún temblando por la energía acumulada—. Me he metido en tu mente y he llegado hasta donde he podido, pero estaba vacía.

—Eso me resulta insultante —bufa—. Puede que no sea un cerebrito, pero tampoco creo que tenga la cabeza de adorno.

—No he querido decir eso. —Lo miro de reojo—. Yo he buscado en tu alma, no en tu cerebro. Aunque tampoco estoy muy segura de que el último te funcione, la verdad. Alguien con sentido común no se arriesgaría a intentar escaparse de su parcela en el Infierno.

Se ríe entre dientes, hace una mueca de dolor y se agarra las costillas.

—¿Y qué significa eso? Me refiero a lo de tener el alma vacía.

Doy pequeños pasos por mi dormitorio mientras me limpio la punta del pulgar.

—Para ser sincera, no tengo ni la más remota idea. Mi profesor me explicó una vez que, si no ves nada, es porque esa persona no ha cometido un pecado lo suficientemente grande como para que la envíen aquí. Pero soy novata en esto. Y puede que aún no controle bien el tema.

Se recuesta contra la puerta.

—Pero, aunque todavía estés aprendiendo, el hecho de que no puedas ver nada ya demuestra que soy inocente, ¿no?

Me detengo en seco y miro su reflejo en el espejo de mi dormitorio. Lo de que siga estando tan bueno debajo de toda esa sangre y esos golpetazos me confunde tanto como la *tabula rasa* que veo en su alma.

—Las cosas no son así de sencillas.

—¿Por qué no? Has sido tú la que has dicho que deberías ser capaz de ver algo. Y si no has visto nada, es porque yo no hice nada.

—Mira. —Cruzo la habitación y me paro frente a él. Termino fijando la mirada sobre su hombro, y me pierdo en el patrón de vetas de madera de mi puerta—. Por muchas dudas que pueda albergar respecto de tu estancia aquí, yo no soy nadie para opinar. Es mi padre el que tiene la última palabra. Y yo no puedo contradecirlo.

—¿Es que no le puedes decir lo que has visto? —Gesticula con los

brazos—. ¿O, en este caso, lo que no has visto?

Dejo escapar una risita ahogada.

—Sí, claro. Podría ir a donde está mi padre, ponerme delante y decirle: «Hola, papá, ¿qué tal? Verás… aunque lleves milenios dirigiendo este sitio, creo que te equivocaste con el humano que irrumpió en mi habitación anoche». Apuesto a que le encantaría oírlo.

—Alto ahí. —Va palideciendo por momentos—. O sea que… ¿es tu padre el que lleva este sitio? Eso significa que él es… Lo que a ti te convierte en…

Nuestras miradas se cruzan. Y puedo ver que, donde antes había confianza, ahora hay pavor. Mi corazón se hace añicos. Debería darme lo mismo lo que pensara de mí ese humano. No es más que un pecador destinado a pasar una eternidad pudriéndose con los otros.

Solo que, por un momento, no tenía miedo de mí, y no parecía que fuera a echar a correr como solían hacerlo todas las personas que entraban en mi vida. Solo me faltaba que se diera cuenta de quién era yo y reaccionara como el resto de los pecadores.

Abro la boca para contestar.

Y justo en ese instante alguien aporrea mi puerta.

VI

Nos quedamos inmóviles, con los ojos clavados en la puerta.

—¡Alteza! —La voz de Attero llega a nosotros amortiguada por la madera—. ¿Puedes abrirme la puerta? Estamos buscando a un caminante oscuro que se ha escapado, y pensamos que se dirigía hacia aquí.

Suelto el aire despacio. Por suerte, solo es Atty.

Nathan me agarra las manos, suplicándome con los ojos.

—Por favor, Devica. Por favor. No permitas que vuelvan a llevarme allí.

Dudo. Attero es mi salvación. Él no me hará preguntas. También puedo entregar a Nathan Reynolds, decir que me amenazó, y mi padre se asegurará de que no vuelva a verlo jamás.

Pero repaso el tiempo que he estado en su mente, los minutos en que he observado su fotografía con atención. Recuerdo lo conectada a él que me he sentido cuando lo he tocado. Y me fijo en lo fuerte que se está agarrando a mis manos ahora mismo, como si no le importara lo más mínimo quién es mi padre.

La puerta se abre de golpe.

Nathan Reynolds sale volando, yo me caigo en la cama y mi almohada se va al suelo sin remedio. El muchacho se cae sobre mí. El calor se apodera de mi cuerpo cuando sus piernas se entrelazan

con las mías. Ambos jadeamos, y su respiración me da directamente en la cara.

—¡Alteza!

Attero no da crédito a lo que tiene delante.

Y tampoco lo culpo. A ver, uno no ve todos los días a la hija del diablo medio desnuda con un caminante oscuro encima.

De hecho, es la primera vez que alguien puede verme así.

Atty parpadea, agarra a Nathan Reynolds para quitármelo de encima y le pone una espada en el pecho.

—¿Todo bien, alteza?

Me levanto de la cama y bajo el brazo armado de mi amigo con la mano.

—Estoy bien, Atty. Este caminante oscuro solo quería hablar un momento. Nos hemos caído cuando has abierto así la puerta.

Attero entorna los ojos mientras arrastra a un suplicante Nathan Reynolds hacia la puerta.

—Siento mucho que te molestara. No te preocupes, será castigado seriamente por ello.

Me muerdo el labio inferior. Si Atty lo lleva ante mi padre, Nathan Reynolds no saldrá vivo. Y ya está todo magullado y sangrando.

—Espera, por favor. —Las palabras salen a borbotones de mi boca antes de que pueda detenerlas—. Te lo ruego, no le digas nada de esto a mi padre. Este humano cometió un error, pero no me ha hecho ningún daño. Y ya está en la parcela 13. Ese ya es castigo suficiente, ¿no crees?

—Alteza…

—Devica.

Attero esposa a Nathan Reynolds antes de escrutar mi cara.

—¿Estás segura?

—Del todo. —Me llevo la mano a la cintura, y me prometo a mí misma que de ahí en adelante me acostaré con algo más que un camisón medio transparente. O colocaré un buen cerrojo en mi puerta—. Ya pagará por lo que hizo en la Tierra durante toda la eternidad. No hace falta añadirle una pena mayor a eso.

Attero resopla.

—De acuerdo. No le contaré nada. Lo excusaré diciendo que sufrió una conmoción cerebral y que se puso a deambular y se salió de su parcela por accidente.

Trato de relajarme y recobrar la compostura apoyada en la pared.

—Gracias, Atty. Te lo agradezco mucho.

—Gracias. —Nathan Reynolds también se muestra agradecido.

Attero le suelta un bufido.

—No estaba hablando contigo. —Empuja al caminante oscuro hacia la puerta y luego se dirige de nuevo a mí—: Voy a llevarlo para allá. En un rato vuelvo para ver cómo estás.

La calidez resurge en mi pecho y le dedico la primera sonrisa sincera que he esbozado en meses. Puede que Atty solo haya venido a mi habitación pensando que estaba en peligro, pero, sea como sea, me las ingeniaré para recuperar a mi amigo.

Nathan Reynolds se contrae de dolor mientras Atty lo arrastra fuera de mi habitación.

Pronuncia un «Devica, por favor» antes de doblar la esquina y desaparecer, y la sonrisa muere en mi garganta.

Me pongo una bata y me la cierro bien ceñida alrededor del cuerpo. Devuelvo la almohada a la cama, me siento sobre ella y trazo líneas imaginarias por encima del edredón mientras aguardo el

regreso de Attero.

No tenía más opción que volver a enviar a Nathan Reynolds a su parcela. Lo sé, tenía que ser así. Se merece estar allí, por mucho que yo no logre verlo.

Además, al menos lo he librado de que mi padre le infligiera una tortura mayor. He hecho lo correcto.

Unos veinte minutos después, cuando vuelve a llamar a mi puerta, Attero lleva una bandeja con un par de bebidas.

—Aquí tienes. —Y me tiende un vaso transparente lleno de vino de sangre, un famoso refresco de fresa muy demandado aquí abajo —. Me sentía horriblemente mal por lo de la otra noche. Es lo menos que puedo hacer por ti.

Se me dibuja una sonrisa de oreja a oreja. Este es el Atty que yo conozco.

—Muchas gracias.

En mi dormitorio no hay sillas, por lo que me siento con las piernas cruzadas sobre la cama y me muevo para hacerle hueco. Bebo un sorbo de la bebida dulzona, y las burbujas me hacen cosquillas en la lengua.

Los dos disfrutamos de nuestro refrigerio en silencio. Bueno, para ser exactos, en el silencio que nos permite mi habitación, pues los gritos y gemidos, por lejanos que estén, traspasan las paredes. Entre todo el griterío, percibo el gimoteo de Nathan Reynolds. La suma de tantos llantos da lugar a un coro, sin duda, el peor de todo el universo, y soy incapaz de distinguir las súplicas de ese muchacho de entre las de la muchedumbre.

Levanto la cabeza y examino a mi mejor amigo. Atty siempre ha tenido mi confianza. Es esa persona que ha demostrado estar a mi

lado pase lo que pase. Y aunque las cosas hayan cambiado tanto entre nosotros, nuestra amistad jamás cambiará.

Respiro hondo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro. Todo lo que quieras. —Se coloca en la cama para mirarme a la cara, y deja un pie bajo la rodilla.

Recorro con el dedo el borde del vaso. Miles de burbujas escarlatas flotan en la superficie de mi bebida y, al romperse, impregnan el aire de su dulce olor a fresa.

—¿Tú crees que mi padre se equivoca alguna vez? Quiero decir al juzgar. ¿Crees que puede juzgar a alguien de manera equivocada?

Parece crisparse.

—Tu padre lleva haciendo esto mismo, literalmente, desde siempre. ¡Hasta podría juzgar dormido!

—Por eso mismo lo digo —insisto—. Lleva tantísimo tiempo haciendo lo mismo que podría estar aburrido. Date cuenta de que incluso está a punto de jubilarse. A lo mejor ahora ya no se esfuerza tanto porque en el fondo ya le da igual. ¿No crees que la desidia podría estar turbando sus sentencias?

Attero se muestra indiferente.

—¿En serio lo crees? Yo no lo sé, pero, si tienes dudas, deberías hablarlo con él.

Apuro la bebida, apoyo con fuerza el vaso vacío sobre la mesa y arrugo la nariz.

—¿Acaso crees que me escucharía?

—En mi opinión, si le explicas que no lo estás cuestionando a él, sino que simplemente quieres saberlo para poder desempeñar bien su trabajo en un futuro cercano… apuesto a que estaría encantado

de conversar. Incluso podría celebrar un par de juicios contigo delante para que veas bien cómo se hace.

—Reconozco que no lo había pensado así. —Siento que se me relajan los hombros por primera vez desde que Nathan Reynolds ha entrado por sorpresa en mi habitación. Si mi padre accede a enseñarme cómo juzga, quizá puedo volver a colarle la fotografía de Nathan Reynolds para que le eche un segundo vistazo. Así por fin podré quitarme de la cabeza al atractivo don Bromas. Bueno, atractivo no. Eso es, ni atractivo ni nada—. Tienes razón. Hablaré con él mañana. Gracias, Atty. Eres un amigo increíble.

Me inclino hacia él para abrazarlo, y esta vez por fin me devuelve el gesto. La almohada sobre la que he estado sentada se me escurre, pero no quiero romper el contacto con él solo para colocarla de nuevo. Lo he echado tanto de menos. Cierro los ojos, pero el cuerpo de Attero enseguida se torna rígido.

Se pone de pie a toda prisa y yo salgo disparada y me golpeo la cabeza con la pared.

—Debo marcharme. Ya sabes, tengo cosas de soldados que atender. Tú me entiendes.

—Oh, sí, sí, claro. —Frunzo el ceño mientras me froto el chichón que me empieza a salir en la parte de atrás de la cabeza.

El brusco cambio en su actitud también ha hecho que Atty perdiera su apariencia humana. Mi amigo lleva su disfraz tan a menudo que casi he llegado a olvidar al demonio que existe bajo su piel. Su piel escamada de color azul bebé, delineada por un ribete índigo. Esos ojos negros que te adentran en un vacío infinito. Sus afiladísimos dientes, capaces de partirme en dos. Y su cola dentada, la cual golpea con semejante violencia el suelo que hasta los botes

de pintaúñas que tengo guardados en mi vestidor empiezan a vibrar.

Respiro, agitada.

—¿Va todo bien?

Attero me mira, y su forma humana se hace visible de nuevo.

—Sip. Solo que tengo que marcharme. —Se pasa la lengua por los dientes—. Buenas noches, alteza.

—¿Atty? —Alargo la mano hacia él, pero evita el contacto. Y mi mirada.

Me doy golpecitos con los dedos en el muslo.

¿Cómo hemos podido pasar de un abrazo a esto?

Attero ni tan siquiera se lleva la bandeja con nuestros vasos vacíos. Hace un amago de reverencia antes de salir escopetado de mi habitación con un trozo de papel en la mano.

En cuanto me doy cuenta de lo que lleva, la sangre se me va de los pies a la cabeza.

«No puede ser».

—¡No, no, no!

Tiro la almohada al suelo, hago un gurruño con el edredón que cubre la cama. Rebusco entre las sábanas, miro entre los muelles del colchón y pego un vistazo al suelo. Desarmo todo mi dormitorio con la esperanza de estar equivocada. Rezo a quien sea y pido que todo sea un error. Pero no, no cabe duda.

La fotografía de Nathan Reynolds ha desaparecido.

VII

Attero no regresa a mi habitación.

Espero durante más de una hora sin dejar de preguntarme por su paradero, pero ninguno de los demás soldados me dirá adónde ha ido, y tampoco lo veo en su cuarto cuando voy a comprobar si está.

Hago lo posible por dormirme, pero todo mi cuerpo es un nudo gigante ahora mismo. Cada vez que me tumbo y cierro los ojos, veo a Nathan Reynolds sobre mí, suplicándome una y otra vez que lo ayude. Ruedo hacia un lado y hacia otro, me cubro la cabeza con la almohada, pero no hay nada que detenga ese monólogo interior que me bombardea recordándome que he perdido a mi mejor amigo y he cabreado a mi padre. ¡Y todo a la vez!

Suena la alarma, y yo me quedo mirando al techo, esperando a que la galaxia me trague.

Presiono el botón del despertador y gruño.

Se supone que mi clase de manipulación de fuego comienza en veinte minutos. No obstante, se me hace imposible aguantar sentada mientras el señor Bellum divaga sobre lo importante que es que controle mis emociones, justo ahora que no puedo parar de pensar en Attero, en esa foto y en si se la habrá mostrado a mi padre.

Me enfundo en un vestido rojo de terciopelo arrugado, y me miro en el espejo.

Afortunadamente mi melena aún cubre lo suficiente mis alas incipientes, por lo que me libraré de que me pregunten por ellas. Saco pecho frente al cristal y cojo aire.

«Puedo hacerlo».

Los aposentos de mi padre están al otro lado del puente, a veinte minutos andando (colina arriba) de los míos. Su casa está rodeada por un jardín de rosas rojas con llamas titilantes en el centro, y se sitúa en el punto más alto del Infierno.

Subir la colina es agotador, y mis piernas y mis pulmones se resienten cuando llego arriba.

Por lo menos la caminata hace que me olvide de los nervios que desgarran mi garganta.

Llevo sin ver a mi padre desde el día de mi cumpleaños. Tiende a evitarme todo lo posible. La única razón por la que me organizó esa fiesta fue para decirme que iba a dejarme aquí sola por mi bien. Muy típico de él.

Las estancias de mi padre se ven más y más grandes a medida que me aproximo. El cielo rojo ensombrece los picos de piedra que conforman su castillo retorcido. Sus soldados están distribuidos en fila a uno y otro lado del camino, pero no me prestan ninguna atención cuando paso por delante de ellos. Permanecen firmes e inmóviles como los pedruscos que nos rodean.

Estoy ya casi en la puerta, resollando y limpiándome el sudor de la nuca, cuando uno de los soldados da un paso al frente hacia mí.

—Él no está aquí ahora, alteza. Está fuera, trabajando. —El casco amplifica su voz, que me resulta familiar.

Me cuesta respirar.

—¿Attero?

Se sube el visor negro y frunce el ceño.

—¿Es que no tienes clase?

—¿Qué? —Cierro el puño—. Todo esto fue idea tuya, ¿ya no te acuerdas? Fuiste tú quien insistió en que hablara con mi padre.

Intento rodearlo, pero bloquea mi camino.

—Fue idea mía cuando pensaba que te estaba costando entender tu trabajo, Devica. Antes de enterarme de que estabas ayudando a un caminante oscuro.

Sus palabras se me clavan en el pecho con la fuerza de un puñal. Salta a la vista que sigue cabreado conmigo. Y que él solito ha llegado a la conclusión de lo que significa esa foto.

—Yo no estoy ayudando a nadie, Attero. Su foto terminó en mi bolsillo por accidente, y hasta me olvidé de que estaba allí. Luego, después de que entrara en mi habitación, recordé que la tenía. Iba a traérsela a mi padre para tener una segunda opinión. Eso es todo.

Attero me agarra del codo y me aleja de los demás soldados satánicos. Me habla en voz baja y sosegada. Nunca antes lo he oído hablar así.

—Devica, encontré al prisionero en tu dormitorio. Tú estabas tirada en la cama, y en camisón, un detalle importante en mi opinión. Y ese tipo estaba encima de ti.

Escapo de su agarre y aparto la mirada, para que no pueda ver cómo me sonrojo.

—Sé lo que parece, pero te juro que se cayó encima de mí. Yo simplemente trataba de demostrarle que es culpable para que así me dejara en paz de una vez por todas. No tengo nada que ver con

él. Ni con él ni con cualquier otro caminante oscuro.

Attero suspira. Me estudia de pies a cabeza y luego mira por encima del hombro. Cuando se asegura de que ninguno de los demás soldados le está prestando atención, saca la foto de su bolsillo y la deja caer entre mis dedos.

—Iba a mostrársela a tu padre y a contarle lo que vi anoche, pero, cuando llegué, no estaba. Y, para ser honesto, no estoy seguro de que hubiera sido capaz de presentarme ante él con eso. Yo no soy Ferus, Devica. No quiero tener ningún poder sobre ti. Solo quiero que estés a salvo. Y confío en ti. Sé que harás lo correcto.

Las rodillas me tiemblan de alivio.

Aún puedo arreglarlo.

—Gracias, Atty. —Me echo hacia delante para abrazarlo, pero me detengo al sentir la rigidez de su cuerpo. Mira a los soldados que nos rodean, y que ahora sí que nos observan fijamente. Me escondo la foto en el corpiño del vestido antes de llevar la mirada hacia mi amigo, asintiendo—. Te lo agradezco. Y te prometo que ese caminante oscuro no volverá a acercarse a mí ni a merodear por mi habitación nunca más. Voy a entrar y a esperar a mi padre ahí dentro. Me da igual lo que tarde. Ya que he subido esa horrible colina… no quiero tener que subirla otra vez.

Attero agacha la cabeza.

—Buena suerte, Dev. Espero que tu padre te brinde su ayuda.

Mi amigo vuelve a la fila de soldados y yo subo los peldaños que me conducen a la puerta principal. El acero es pesado y parece protestar cuando abro la puerta.

Estoy en un pasillo desierto hecho de ónice. Una sola antorcha ilumina el centro de la estancia, rodeada por altos pilares que

desaparecen por encima de mi cabeza. Mis pasos retumban en las paredes mientras desciendo hacia el vestíbulo que precede a la habitación de mi padre.

Su alcoba tiene cinco veces el tamaño de la mía. El olor a nogal americano de la madera carbonizada y de los escombros en llamas perfuma el aire cálido. Y eso que no hay llamas visibles en las proximidades. Solo el persistente aroma del ser que ocupa este espacio.

Me quedo de pie en mitad de la habitación con los brazos en jarras. Si algo tengo claro, es que redecoraré ese espacio en cuanto asuma el mando. Si es que llego a asumirlo. Las paredes son tan negras que da la sensación de que estoy presa en un agujero enorme. Es difícil ver dónde terminan y empieza el suelo.

De niña, había correteado entre esos muros miles de veces. E incluso hice que mi padre colgara mis dibujos en ellos para dejar de magullarme la nariz. Y ahora todas esas obras de arte ya no están por ninguna parte.

Me duele ver lo rápido que mi progenitor se ha deshecho de mí, pero, a estas alturas, tampoco me sorprende. Intuyo que los miles de años que se ha pasado castigando a pecadores no lo han enseñado a ser muy amable y cariñoso por así decirlo.

Los únicos colores que parecen tener cabida en esa habitación son el dorado de los adornos del cabecero de la cama, las dañadas alas carmesí de mi padre que ahora cuelgan de la pared encima de su cama, y la mesa de madera que tiene en una de las esquinas. Sin duda, yo prefiero los tonos azul mar de mis paredes.

No estoy segura de cuánto tendré que esperar hasta que mi padre regrese. Cuando no está en la Tierra o en algún juicio, está en

su habitación.

Creo que su mente ya ha dejado el Infierno. Le queda menos de un año por aquí, pero pienso que lo que de verdad le costará será dejar este lugar. Una vez le pregunté a dónde tenía intención de ir cuando me legara el trono, pero no me quiso responder. Recuerdo que me miró con cierta extrañeza y me dijo que eso no eran cosas de niños.

Vamos, que resulta que soy lo bastante mayor como para dirigir el inframundo, pero no lo suficiente como para conocer los planes que tiene mi padre para su jubilación.

Me siento en uno de los extremos del colchón y jugueteo con la borla dorada de su almohadón. Muevo la rodilla arriba y abajo, pego un salto y me levanto de la cama para ir hacia la puerta, aunque enseguida me doy la vuelta y me siento otra vez.

Si me marcho ahora, jamás averiguaré la verdad sobre Nathan Reynolds. Y necesito saberla. Porque, si por un casual mi padre se ha equivocado con él, ¿con quién más le podría haber pasado?

Me despatarro como una estrella de mar sobre la cama de mi padre y suspiro. He dormido muchas siestas aquí antaño, cuando mi padre siempre estaba fuera trabajando. Puedo asegurar que su colchón es el más cómodo del inframundo. Por supuesto, me quedaré con esta cama en cuanto herede el trono.

El no haber pegado ojo me pasa factura en los huesos, y me hundo todo lo posible en el colchón. Escondo la mano bajo el almohadón de seda, y me estremezo cuando noto algo deslizarse por mi piel.

—¡Ay! —Pego un brinco y me meto en la boca el dedo, que me sangra.

Con la mano que me queda libre, tiro para sacar lo que parece un libro de cuero en color negro. Tiene pinta de tratarse de un diario o de algún tipo de álbum de fotos.

Pero ¿qué…?

Le doy la vuelta y siento que me paralizo. En la cubierta aparece una única palabra en oro con relieve. Y no es una palabra cualquiera, sino un nombre. Un nombre que conozco demasiado bien:

DINA

Se me pone la piel de gallina, y eso que en la habitación se nota calor (manías de mi padre): cincuenta y cinco grados concretamente. Llevaba años sin oír ni ver el nombre de mi madre.

Mi padre siempre se niega a hablar de ella. Solo sé lo que me han contado otros demonios. Que, justo después de que yo naciera, la arrojó al río Ignis —que es el río de fuego en el que solía matar a los demonios que lo molestaban— por ser una traidora.

Nadie jamás ha sido capaz de contarme lo que ella le hizo; solo sé que lo traicionó de la peor manera posible y que se merecía morir. Esa historia explica en gran parte por qué le he temido tanto durante toda mi vida. Si no le costó nada deshacerse de la mujer a la que amaba, ¿qué podría llegar a hacer si una hija a la que ni tan siquiera aguanta lo contradijera?

«Pero ¿por qué extraña razón a día de hoy tiene debajo de su almohada un libro con el nombre de la persona que más lo hirió?».

Repaso una a una las letras que aparecen en la cubierta, apretando con fuerza para que su nombre quede marcado en mi

piel. Me tiemblan las manos. Si lo abriera y lo mirara, estaría siendo desleal a mi padre.

Pero si ahí dentro están las respuestas de lo que le pasó a Dina, merezco saberlas. Al fin y al cabo, era mi madre. Por eso, con la respiración agitada, abro el libro.

VIII

Tal y como sospechaba, es un álbum de fotos.

La primera imagen me deja boquiabierta. Por un instante, estoy convencida de estar mirándome en un espejo. Cuando se sacó esa fotografía, mi madre no debía de ser mucho mayor que yo ahora mismo. Y es exactamente igual que yo, incluso tenemos las mismas curvas, la misma cabellera larga y los mismos labios de un tono rojo oscuro natural.

La única diferencia entre las dos reside en sus ojos. El corazón está a punto de salírseme del pecho cuando me encuentro con su mirada por primera vez en mi vida. Mientras que mis ojos son violetas, los de mi madre se ven tan dorados que casi resplandecen a la luz. En la imagen aparece riéndose, con la boca abierta relajada y las mejillas sonrojadas.

La fecha que consta es de hace dieciocho años. Y al lado hay otra palabra que enseguida identifico con un lugar en la Tierra del que hace poco da la casualidad que he conocido a alguien: Los Ángeles, California.

Me muerdo el labio y frunzo el entrecejo al ver la foto. Mi padre la debió de sacar en uno de sus muchos viajes a la Tierra. Fijo que se la llevó con él. Qué afortunada, porque a mí jamás me ha llevado.

La joven de la imagen parece feliz y libre, no se la ve encadenada

a este lugar como lo estoy yo. Me cuesta creer que traicionara tanto a mi padre como para merecerse una muerte así. Antes de ello debió de amarlo con locura.

Hasta que dejó de hacerlo.

Me trago el nudo que tengo en la garganta y me sumerjo aún más en el libro. Mi madre envejece un poco en cada página, pero el sitio en el que está es siempre el mismo. No cambia. Se la ve foto tras foto en el mismo parque, en el mismo banco, rodeada por los mismos setos verdes cuidadosamente podados. A medida que las fechas se van acercando al día de hoy, las imágenes giran a la misma velocidad a la que yo hago el cálculo en mi cabeza.

La mayoría de las fotografías se tomaron después de que yo naciera. Y después de que supuestamente ella muriera. El temblor de mis manos se va haciendo extensible al resto de mi cuerpo, y casi se me cae el libro.

—¿Qué se supone entonces que…? —pregunto a la habitación vacía en la que estoy.

Me voy a la última página y el aire me empieza a salir a chorro de los pulmones. Mi madre aparenta unos treinta y algo. Se observan unas diminutas arrugas en torno a sus ojos y su boca, apenas visibles bajo la sombra del árbol. Luce una media melena que roza los hombros de su jersey de color marfil.

Yo siempre he dado por sentado que mi madre fue un demonio como yo. Pero la gran particularidad de los demonios es que nosotros no envejecemos como los humanos. En nuestro caso, una vez que llegamos a la adultez, adquirimos la forma permanente que tendremos durante toda la eternidad. Así, la edad exacta de un demonio solo puede saberse cuando lo conoces personalmente o por

el número de cicatrices que acumule en el cuerpo por batallar junto a mi padre durante todos esos años.

Puede ser que ella hubiera preferido adoptar esta forma humana con la que va dejándose ver cada vez más mayor, pero, por mucho que me esfuerzo en mirar, no logro distinguir al demonio que esconde debajo, lo cual sí soy capaz de descubrir en el resto de los demonios que ocultan su verdadera forma a los demás.

Vuelvo a tragar la bilis que me sube por la garganta. Solo hay una explicación para ello, y al darme cuenta me entra una arcada.

Es humana.

Lo que significa que… Dejo caer el libro y observo mi cuerpo. Un cuerpo que solo se parece al de los otros demonios cuando ellos adoptan su forma humana. Mis piernas, mi tronco y mi rostro, los cuales yo nunca he escogido para mí, a diferencia de todo el mundo que conozco. Me muevo, alterada, y hago un esfuerzo por no vomitar sobre el edredón de mi padre.

O sea que yo soy mitad humana.

—¡Lo que me faltaba!

Agarro el álbum y me lo acerco a la cara. Quiero asegurarme de haber mirado bien. Intentar descubrir la forma de demonio de mi madre una vez más. Pero la imagen no vacila ni un segundo.

Entonces es la fecha la que se adueña de mis ojos y me cuesta respirar.

Es de hace una semana.

Del día de mi cumpleaños, para ser exactos.

Mi padre mencionó que subiría a la Tierra después de su lamentable excusa para marcharse de mi fiesta, pero supuse que se trataría de otro de sus viajes de negocios. Sin embargo, está claro

que esa no era la razón. Y es posible que tampoco fuera nunca la verdadera causa de sus escapadas a la superficie. Se iba a visitar a mi madre. Una humana. Y se ha pasado toda mi vida mintiéndome sobre ello.

La habitación se difumina y comienza a dar vueltas a mi alrededor. Mi visión amenaza con volverse más negra que las paredes. Cierro los ojos y trato de controlar mi respiración como el señor B me enseñó. Cojo aire contando hasta diez, y lo suelto contando hasta diez otra vez.

Cuando ya tengo la certeza de que no voy a caerme redonda, analizo otra vez la imagen, desesperada por encontrar alguna pista que pueda darle sentido a todo esto.

Mi madre está leyendo una novela en un banco que ahora ya me resulta familiar. No mira a la cámara.

Es más, vuelvo para atrás y ojeo de nuevo la segunda parte del álbum, y me doy cuenta de que en ninguna de las fotos aparece mirando al objetivo. Solo lo hace en unas cuantas del principio. Es como si esas fotos se las hubieran hecho sin que ella lo supiera.

Me masajeo la frente.

No solo mi madre lleva viva todos estos años, sino que además está en la Tierra.

¿Había alguien más que supiera la verdad aquí abajo, o todo el mundo era víctima de las mentiras de mi padre? ¿Y por qué me dice que está muerta? ¿Será porque no quiere que vaya a buscarla? ¿Porque está seguro de que iría a buscarla?

Tal vez por eso me enseñó que el ser humano es lo peor en lo que podría convertirme. Esperaba mantenerme alejada de ella, lejos de lo humano. Sin embargo, formaba parte de mi ADN. Y lo único

que había hecho era enseñarme a odiarme a mí misma.

Agarro el libro con tanta fuerza que el papel me corta la punta de los dedos, pero en este momento hasta agradezco el dolor de la herida.

Puede que mi madre hubiera escogido abandonarme aquí. O que le hubiera rogado a mi padre para llevarme con ella lejos de este sitio. A lo mejor con solo mirarme una vez se dio cuenta de que yo pertenecía al Infierno.

Mis nudillos se tornan blanquecinos al agarrar con más ímpetu aún el álbum. ¿Mi padre me alejó despiadadamente de mi madre o es que trataba de protegerme de ella? Fuera cual fuera la respuesta, debería habérmelo contado. No tiene ningún derecho a ocultármelo. A eliminarla de mi vida como si fuera un sucio secreto. Tendría que haberme dado la oportunidad de decidir.

Se me escapa un grito gutural que me araña la garganta y rebota en las paredes. Menos mal que la habitación de mi padre está insonorizada porque, si no, todo el batallón de soldados habría llegado corriendo. Siento un calor horrible y las lágrimas cubren mis pestañas, pero grito hasta que me duele el pecho y me quedo afónica.

Nada de lo que pensaba de mi vida es cierto. ¿Cómo ha podido hacerme esto?

El olor a papel ardiendo me tapona la nariz y me obliga a dejar de gritar. Bajo la mirada y maldigo mi suerte. El señor Bellum ya me advirtió respecto de mi temperamento en el pasado, y me avisó muy mucho de que mis emociones van directamente unidas a mi habilidad para controlar el fuego. Y me insistió en que el enfado era la emoción más fuerte de todas.

Y en este momento mi furia está devorando a mi madre. Respiro hondo una vez tras otra, y obligo a mi cuerpo a calmarse hasta que las llamas desaparecen de las palmas de mis manos. Tiro el álbum al suelo y lo pisoteo, pero ya es demasiado tarde. Toda la cubierta se ha fundido. Las letras del nombre de mi madre han dado lugar a una masa de oro ilegible, y las páginas ahora están negras del todo. Algunas incluso se han destruido de tal manera que cuesta reconocer lo que había en ellas.

Mi padre me matará.

«¿Y si no se da cuenta?».

«Puede ser. Un demonio con cero sentimentalismo no se dará cuenta de que el único libro que guarda bajo su maldita almohada está reducido a cenizas».

Recojo lo que queda del álbum con manos temblorosas, tratando de hallar la manera de salvarlo. Lo único intacto es la última página. La fotografía más reciente de mi madre tiene los bordes un poco teñidos de marrón, pero ella sigue viéndose con claridad.

Arranco la fotografía de la página y me la meto en el mismo bolsillo en el que guardo la imagen de Nathan Reynolds.

El estómago casi se me vuelve a salir por la boca cuando me miro los dedos negruzcos y mi vestido pintado con ceniza. Puedo enfadarme con mi padre todo lo que quiera, pero eso nunca podrá borrar todo lo que yo he hecho, y su ira ha puesto en evidencia la mía. Mi padre ni olvida ni perdona. No hay nada más cierto sobre él.

Las paredes tiemblan cuando la puerta se abre de golpe y se oyen unas fuertes pisadas acercándose por el pasillo. Mi corazón casi se detiene de golpe. Conozco esos andares. Nadie anda como mi padre.

No tengo adónde ir. En esta habitación no hay ni un triste

armario. Mi progenitor guarda su ropa en un aparador inmenso que hay en el pasillo de abajo. Se me entrecorta la respiración y mi corazón se bate en duelo con las zancadas de mi padre para ver quién se apodera de mis oídos.

No puede verme aquí. No hasta que se me ocurra cómo arreglarlo.

Me tiro al suelo y me escondo bajo su cama con un gruñido, arrastrando conmigo todas las cenizas que puedo.

Las bisagras de la puerta chirrían cuando entra en la habitación. Avanza tambaleándose con unos pasos tan fuertes que el suelo tiembla a su paso. Contengo la respiración. La cama se lamenta y se curva hacia mí cuando él se tumba, por lo que me estiro y me pego a la alfombra todo lo posible para evitar ser pillada *in fraganti*. Me muerdo los labios cuando las costillas me aplastan las tetas.

«Por favor te lo pido, no busques el álbum, no busques el álbum, no se te ocurra buscar el dichoso álbum».

Si se da cuenta de que no está antes de que yo logre salir de aquí, adiós. Hará trizas su dormitorio para tratar de encontrarlo, y, en vez del álbum, me encontrará a mí. A esa hija a la que se ha pasado la vida mintiendo. Esa hija que lo traicionó a él quemando las únicas pruebas que existen. Esa hija que es la mitad de lo que él más odia.

Sin embargo, debe de estar demasiado cansado como para acordarse de nada, puesto que en cuestión de segundos sus ronquidos inundan la habitación. La cama se agita sobre mí y hace vibrar todo mi cuerpo. Espero unos minutos más, y después salgo arrastrándome y muy despacio de mi escondite, haciendo muecas porque la alfombra me está quemando las rodillas y los antebrazos.

De pie, respiro hondo varias veces hasta que la habitación por fin se vuelve nítida para mí.

Dormido, mi padre bufa y se gira en la cama, y a mí casi me da un infarto. Los restos del álbum continúan bajo la cama, pero no seré yo la que vuelva a por ellos.

Salgo apresurada de la habitación, y me detengo solo para cerrar la puerta. A continuación, echo a correr.

Recorro casi volando el camino hasta mi dormitorio, y nunca mejor dicho, porque a punto he estado de caerme y bajar la colina rodando. Hago oídos sordos cuando los soldados me preguntan a voces si estoy bien. No pienso parar hasta llegar a mi habitación.

Ya de pie frente al espejo, uso el bajo de mi vestido para limpiarme un poco la porquería que tengo en la cara y en las manos antes de dejarme caer en la cama.

Cierro los ojos y respiro despacio hasta que por fin mi corazón deja de amenazarme con escapar de mi pecho.

Las dos fotos continúan en mi bolsillo, así que las saco y las coloco una al lado de la otra sobre la cama.

Aún me cuesta creer lo muchísimo que mi madre se parece a mí.

Noto que los músculos se me contraen mientras examino la fotografía en busca de cualquier otra pista sobre ella. Sin embargo, la imagen continúa congelada en el tiempo sobre esa hoja de papel.

Y encima, ahora que he quemado todo rastro de ella, mi padre no accederá a hablar conmigo nunca más. No voy a acercarme a él y decirle como si nada: «Eh, papito. ¿Te acuerdas de ese libro lleno de fotos de mi madre humana? Pues, verás, en un momento de cabreo, lo calciné entero. Mil perdones por el desastre. Para olvidarlo, ¿nos vamos a tomar un superhelado de limón por ahí los dos juntos?».

La única forma que tengo de averiguar algo de mi madre, y, en consecuencia, de mí misma, es hablando directamente con ella.

Quiero saber de dónde vengo en realidad. Pero, para eso, lo primero que necesito es encontrarla.

Mi mirada se posa sobre la segunda fotografía y entorno los ojos.

Esta foto de mi madre está tomada en Los Ángeles, el mismo sitio del que procede Nathan Reynolds. Es probable que él sea capaz de reconocer el parque. El fotógrafo debía de estar lejos, pero, bueno, Nathan seguro que se sabe la Tierra de memoria. Podría ayudarme a encontrarla. O, al menos, podría enseñarme las tradiciones de los humanos para que pueda pasar desapercibida entre ellos.

Me mordisqueo el labio superior. Lo convenceré de que voy a ayudarlo a escapar porque creo que es inocente.

Y una vez que haya localizado a mi madre, lo enviaré aquí de vuelta para que se las vea con mi padre.

Me tiemblan las manos al colocar las fotos al borde de la mesa.

Lo haré esta noche, cuando todo el mundo duerma. Me escabulliré de mi cuarto y me adentraré en las ciudades del pecado.

Y sacaré a Nathan Reynolds del Infierno.

IX

Me paso el resto del día trazando el inframundo en mi cabeza.

El Infierno se divide en las ciudades de Dominus, Lapis, Aquarum y Nix. Y en ellas, a lo largo de una vasta área rectangular, hay un total de trece parcelas que están a rebosar de pecadores. Dominus es la única sin parcelas. Está situada en el punto más septentrional, y acoge mi casa, la de mi padre y la de los demás demonios.

Desde Dominus se puede llegar al resto del Infierno por carruaje volador, barco o atravesando un puente.

El carruaje y el barco están descartadísimos. Aunque son los medios de transporte más rápidos, son los más y mejor custodiados. Así que no nos quedará otra que ir a pie.

Lapis, la ciudad de piedra, está puerta con puerta con Dominus. Es la ciudad más grande con diferencia y consta de cinco parcelas que parten del pecado de la ira, para todos aquellos que ejercen la violencia contra sus semejantes, los ladrones, los orgullosos, los mentirosos y los fraudulentos. Lapis está formada por granito oscuro y consta de toda una serie de acantilados infinitos y cuevas.

Si avanzamos por allí, nos tocará escalar demasiado, pero esa zona también nos permitirá ocultarnos mejor. Una vez que haya conseguido sacar a Nathan Reynolds de su parcela, si es que llego a

conseguirlo, Lapis debería resultarnos la zona más sencilla de atravesar. Siempre y cuando seamos capaces de sortear las parcelas. Esos lugares encierran un enorme peligro, incluso para mí.

Nathan Reynolds estará en la parcela más próxima y, en teoría, no debería costarme llegar a él, aunque imagino que los soldados estarán al acecho.

Tengo un nudo en el estómago desde que he tomado la decisión de pirarme de aquí. Llevo un rato dudando entre engullir lo que hay en la nevera o vomitar hasta mi primera papilla.

Miro el reloj, frotándome las manos y deseando con todas mis fuerzas que las agujas avancen rápido.

La espada con forma de media luna que cuelga de la pared parece que me guiña un ojo. Al bajarla me pesa y centellea en tonos naranjas y rojizos a la luz de mi habitación. Una mezcla de plata pura y sangre de demonio; de hecho, esta espada es una de las pocas armas que pueden herir a un demonio. Es otro de los regalos de mi padre, en esta ocasión me lo otorgó al nacer. Un recordatorio de que cualquiera que traspase la línea será castigado duramente.

Nunca la he usado, pero sí que he recibido clases de lucha con una versión en madera para aprender a asestar golpes letales.

Blandiendo la espada en el aire, practico las posturas que me han enseñado. Esta es más pesada que la de madera, pero tampoco es muy difícil de empuñar.

Ojalá no tenga que recurrir a ella (ninguna parte de mí quiere enfrentarse a la gente con la que he crecido), pero se me revuelve el estómago de nuevo al darme cuenta de que no podré evitarlo si mi padre descubre lo que me traigo entre manos. Los demonios a los que en su día se les encomendó la labor de cuidarme de pronto

pasarán a ser sicarios a mi caza y captura bajo sus órdenes. Está claro que su lealtad es a mi padre, no a mí.

Sin apenas esfuerzo, engancho la vaina de la espada al cinturón de mi vestido y enfundo la espada. Cojo la capa con capucha que cuelga detrás de la puerta de mi habitación y me la coloco alrededor de los hombros con dedos temblorosos.

Cuando logre sacar a Nathan Reynolds de la parcela 13, tendremos que dirigirnos hacia las afueras de Lapis, un lugar que no he vuelto a pisar desde niña, cuando mi padre me llevó volando hasta allí en su carruaje. Como el resto del Infierno, solo lo he visto desde arriba; tendré que confiar en mi memoria y apañarme con el croquis que conservo en mi mente para encontrar la salida.

El reloj marca las once en punto, y casi me caigo de la cama. Me esfuerzo para que mi cuerpo deje de temblar antes de meterme la foto de mi madre en el corpiño del vestido y cubrirme la cabeza con la capucha. Sé de sobra que no es el mejor disfraz del mundo, pero me vale con que me tape para que no se me vea huir de Dominus.

Echo mano de la bandolera que he llenado antes de comida y agua, y me deslizo hacia el pasillo, que a esas horas de la noche está vacío. El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que me acabará delatando.

Mientras sigo todo recto a hurtadillas, aguzo el oído para escuchar cualquier mínimo ruido.

Llego a la altura de los dormitorios de los demonios y hago una pausa para coger aire. Me tiemblan tanto las piernas que siento que me voy a ir de bruces contra el granito. Me aproximo a la pared en busca de un punto de apoyo mientras, de puntillas, me adentro en los pasajes oscuros que se abren ante mí. Aún hay alguna que otra

antorcha iluminando el recorrido, pero la mayoría se han apagado ya. Si hay algo que los demonios odian con todas sus fuerzas, es precisamente la luz.

Todas las habitaciones de los demonios son idénticas desde fuera, con una robusta puerta de madera y un pomo de plata. Los ronquidos que llegan del interior retumban y hacen chirriar las bisagras. Los ronquidos de los demonios son inigualables. Nadie es capaz de roncar como ellos, y todos roncan. De niña, me gustaba jugar a adivinar qué sonaba más alto, si el grito de los caminantes oscuros o los ronquidos de quienes los castigaban.

Con sigilo, dejo atrás las habitaciones cerradas a cal y canto, y no puedo evitar acordarme de que Nathan Reynolds también pasó por estos mismos pasillos antes de ir a parar a mi cuarto, y de que nadie lo detuvo.

Quizá deberíamos plantearnos reforzar la seguridad.

Mis pensamientos se ven interrumpidos de golpe por dos voces que irrumpen en la oscuridad. Me quedo petrificada, y el corazón me late a mil por hora.

—Te entiendo perfectamente —oigo decir a una voz masculina que enseguida identifico como la de un soldado—. Mi mujer no entiende para quién trabajo. Nunca puedo cogerme un día libre cuando me apetece.

—Exacto. —La otra voz se muestra de acuerdo. Suena más grave que la primera—. Le pedí descansar el día de nuestro aniversario, y te prometo que pensé que me tiraba al río Ignis. Al final tuve que fingir que le estaba gastando una broma.

Trato de encontrar un escondite, pero en esas habitaciones no hay ni un triste elemento decorativo. Es incuestionable que los

demonios no tendrían ningún futuro como decoradores de interiores.

Las voces se oyen cada vez más cerca, así que me pego a la pared todo lo que puedo hasta que me clavo algo en la parte baja de la espalda. El pomo de una puerta. No llega ningún ronquido del otro lado de la pared, por lo que el demonio que vive dentro con toda seguridad estará patrullando.

Tomo aire para sosegarme. Me giro y agarro el pomo, y aprieto los dientes como queriendo disimular el chirrido del metal. Entro en la habitación y cierro la puerta con cuidado justo en el instante en que los soldados pasan por donde yo estaba hace un momento. Su conversación continúa mientras dejan atrás el pasillo.

Apoyo la frente contra la puerta y cierro los ojos, casi sin sentir las piernas.

—Bueno, bueno. Menuda sorpresa.

Se me revuelve el estómago nada más escuchar esa voz que, por desgracia, me resulta conocida.

—¿Ferus?

—¿Qué pasa, acaso esperabas encontrar a otra persona, princesa? Te recuerdo que este es mi dormitorio.

Me enfado conmigo misma.

«Mierda, con todas las puertas que hay, y he tenido que abrir esta».

La estancia de Ferus, como la de mi padre, es oscura como la noche, con paredes y muebles de color negro, y solo tiene una antorcha en una esquina. El único color que se distingue es el rojo carmesí propio de su figura de demonio, que yace en la cama, con su cabellera de un color naranja brillante resaltando sobre la funda de la almohada satinada. Esboza una sonrisa abierta y sus dientes

relucen a la luz del fuego.

—Vaya —digo en una voz tan apagada que no parece ni mía—. Me he equivocado de habitación.

Ferus sale disparado de la cama y se desliza hacia mí.

—¿A quién estás buscando, princesa? A estas alturas pensé que te conocías bien este sitio.

Sus ojos me repasan de arriba abajo y yo instintivamente me doy contra la puerta.

Me estiro en un intento fallido de ponerme a su altura.

—Estos pasillos son demasiado oscuros. Pensaba que estaba en el dormitorio de Atty.

Se ríe entre dientes y el aroma a vino de sangre y ceniza inunda el aire.

—No te creo, princesa. Sabes mejor que yo que la habitación de Attero está en el otro extremo del pasillo.

Ferus me pone las manos sobre los hombros y me acorrala contra la puerta.

Ya podía haberme arriesgado a que me vieran los soldados.

Intento escapar, pero mi cuerpo se niega a colaborar, y fuerzo la cara para parecer indiferente. Si me ve débil, se aprovechará de ello.

—El modelito que llevas no es el más adecuado para irte a la cama. —Ferus juguetea con mi capucha con una mano antes de deslizarla por debajo de la capa y recorrer mi cuerpo hasta llegar a la cadera. Apoya los dedos en la empuñadura de mi espada—. ¿Siempre te acuestas armada, princesa?

Aparto su mano.

—No tendría que darte explicaciones, pero, como te veo tan interesado, te diré que vengo de entrenar.

—Oooh, ya, seguro. —Ferus coge aire, se yergue y quita la mano que tenía apoyada junto a mi cabeza—. Claro, vienes de entrenar para robarle el trono a tu papaíto. Menuda pérdida de tiempo. ¿De verdad crees que serás capaz de desempeñar la labor de tu padre? Nadie escuchará a la niñata mimada y consentida que llegó al poder sin hacer nada por merecérselo.

La ira empieza a bullir en mi interior, me pongo roja y bajo la mirada al suelo.

—Yo no soy ninguna niñata mimada y consentida.

—¿Que no? —Me mira con lascivia sobre su nariz afilada—. ¿Qué has hecho tú, aparte de entrometerte en mi camino? Yo me gané mi sitio aquí abajo. He librado batallas junto a tu padre como el resto de sus soldados. Me sacaron de mi casa, acabaron con mis alas y mi cuerpo está lleno de heridas de guerra. Y tú, princesa, tú no has hecho nada para merecerte tu sitio aquí. Finges luchar con una espadita de madera, pero nunca has vivido una batalla de verdad. Dime en qué momento te has hecho merecedora del trono.

Gruñe las últimas palabras, y doy un respingo antes de erguir el cuerpo.

Ferus puede haber luchado mucho junto a mi padre, pero yo tengo las heridas y cicatrices de la batalla diaria. Por la distancia de mi padre, por su ira y por sus mentiras, que me han llevado a creer que estoy completamente sola.

Y si ni siquiera Ferus es capaz de verlo, es porque me aseguro de esconderlas para que nadie pueda encontrarlas. A poder ser, ni yo misma.

—No tengo que demostrarte nada, Ferus. —Doy un paso hacia él, y aprieto los puños mientras el calor que empiezo a sentir en la cara

me recorre todo el cuerpo—. Yo también trabajo duro, maldita sea. Cuando no estoy registrando la entrada de caminantes oscuros, estoy en clase. Tengo cero libertad para hacer lo que yo quiero. Solo hago lo que él quiere que haga. —Noto las venas a punto de estallar, y aprieto los puños tan fuerte que me clavo las uñas en la piel hasta que sangro.

—Bueno, princesa. Tú puedes engañarte como quieras. —Ferus se sienta en su mesa y pasa una pierna sobre la otra—. Controla esos fuegos artificiales. Sé que te pongo caliente, pero ese no es motivo para que prendas fuego a mis dominios.

Sigo su mirada hacia mis puños, que echan humo.

«Oh, no. Mierda».

Cierro los ojos y cuento hasta diez como el señor B me enseñó. El calor se disipa en las palmas de mis manos. Respiro hasta que se me despeja la cabeza y mi temperatura corporal vuelve a normalizarse.

—No pretendía enfadarte. —Ferus pega un empujón a su mesa y se aproxima hacia mí a tal velocidad que lo único que se distingue es un borrón rojo y naranja. Sus caderas me dejan aprisionada contra la puerta, y me estremezco cuando mi culo se golpea contra la madera.

Ferus suelta una risilla y me roza la mejilla con sus gélidos dedos.

—Yo lo único que quería era decirte que puedes contar conmigo para ese trono. Ya sabes, tú y yo hacemos un buen equipo. Tú aportas el linaje, y yo, la fuerza y mi buena presencia. Además, soy consciente de cómo me miras.

—Con asco, ¿no?

Se ríe entre dientes.

—Esa ironía es lo que más me pone de ti. —Ferus recorre mi pelo

con sus dedos y a mí me cuesta reprimir las ganas de vomitar. Cada vez que una parte de su cuerpo me roza, solo quiero correr a la ducha y frotarme hasta arrancarme la piel—. Nos gusta mantenernos alerta el uno al otro, ¿a que sí, princesita?

Le pego un manotazo para quitarme su brazo de encima, reniego y empuño la espada.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Te estoy diciendo que deberías casarte conmigo, Devica. —Me resulta repugnante su aliento cálido contra mi mejilla—. Cásate conmigo y hazme tu rey. Gobernaremos este lugar juntos.

—¿Quéééé? —Llevo la cabeza hacia atrás, asombrada, y el dolor se apodera de mi cuando me golpeo contra la puerta. Mientras veo las estrellas, estudio su cara tratando de encontrar un mínimo retazo de humor. Pero en su desagradable rostro no hay cabida para la vis cómica.

—No me creo que estés hablando en serio. Primero, porque, literalmente, eres miles de años mayor que yo, y eso por sí solo ya es bastante. Y en segundo lugar, ¿por qué iba a querer casarme con alguien que se pasa el día insultándome?

Su sonrisa se amplía y saca a la luz aún más dientes igual de afilados. Me estremezco.

—Princesa, yo solo bromeo contigo. Ambos sabemos que eres increíble a pesar de tu tamaño. Serás una reina impresionante, y yo te haré sentir cosas que jamás pensaste poder llegar a sentir.

Abro la boca para llamarlo de todo, pero la cierro de golpe al verlo inclinarse para besarme.

«De eso ni hablar».

Ladeo la cabeza para esquivarlo y, en vez de con mis labios, su

boca se encuentra con la puerta. Profiere un grito, confundido, y aprovecho para clavarle la empuñadura de la espada en el estómago justo antes de rematarlo con un rodillazo en la entrepierna. Lo tiene bien empleado. Me suelta y cae al suelo, gimoteando y agarrándose sus partes.

Lo miro y me enderezo mientras él se retuerce a mis pies.

—Para empezar, soy increíble, y punto. Y para seguir, preferiría nadar en el río Ignis antes que casarme contigo. Te auguro muchas más posibilidades con esa puerta que conmigo.

Me limpio las caderas con manos sudorosas, como si así pudiera eliminar por completo el rastro de sus manos sobre mí. Después, me doy media vuelta.

—Que te vaya bien, Ferus.

Abro la puerta y salgo al pasillo, con el corazón aún desbocado. Los soldados de antes se han ido hace rato.

—Me las pagarás, princesa. —Ferus sisea desde el suelo a modo de respuesta—. No te sentarás en ese trono tan fácilmente.

Me tapo la cara con la capa para que no vea cómo me tiemblan los labios, y, con voz grave, le digo, intentando mostrarme impasible:

—Apáñatelas con mi padre, estúpido.

Cierro de un portazo y me aventuro en la oscuridad.

X

Dominus conecta con Lapis a través de un largo puente que no queda lejos de los dormitorios de los demonios.

Sacudo la cabeza para deshacerme de la imagen de Ferus mirándome mientras me abro camino por el agua turbia, y luego me paro frente a la puerta. Debería estar nerviosa, pero la ansiedad que sentía al huir de mi habitación se ha convertido en determinación.

No sé qué me espera en la Tierra, pero, sea lo que sea, será mejor que lo que me rodea aquí abajo.

Dando golpecitos con los pies en el suelo, intimido con la mirada a los dos soldados apostados allí haciendo guardia y espero a ver si se apartan. Como no parecen dispuestos a hacerse a un lado, me pongo la capucha y me muerdo los labios.

—Dejadme pasar.

—¡Alteza! —El soldado de la izquierda inclina la cabeza al verme y el que está a su lado sigue el ejemplo—. ¿No debería estar en sus aposentos?

Cruzo los brazos sobre el pecho y levanto la mandíbula haciendo un esfuerzo por mostrarme impasible.

—Estoy aquí para interrogar a un caminante oscuro. A Nathan Reynolds. ¿Os acordáis de él? En un descuido de vuestros hombres salió de su parcela, entró a la fuerza en mi dormitorio y me atacó

salvajemente. Tendré secuelas de por vida gracias a su incompetencia.

El primer soldado abre los ojos hasta no poder más.

—Lo lamento, alteza. No debería haber pasado. Me encargué yo mismo en persona de arrojar al río Ignis a esos guardias negligentes que estaban de servicio. Su ineptitud y torpeza la pusieron en peligro. Ya no es necesario que vuelva a ver al prisionero. Nos estamos ocupando de él.

La cara se me descompone al enterarme de que esos pobres demonios han muerto por mi culpa, pero enseguida trato de ocultar el bochorno para que no se den cuenta y arqueo las cejas.

—Perfecto, gracias por tu buen hacer. No obstante, muy pronto estaré al cargo de todo esto, y me gustaría conversar con Nathan Reynolds. Así que, o me dejas pasar de inmediato, o le diré a mi padre que has hecho caso omiso de las órdenes de tu futura reina. Dime, ¿qué prefieres?

Tartamudea y mira a su compañero, quien enseguida mueve afirmativamente la cabeza.

—P-p-por supuesto, adelante, alteza.

Bien, más fácil de lo que pensaba.

Los miro, asintiendo.

—Mejor así.

Se marchan, pero, justo cuando doy un paso entre ellos, el primer soldado me agarra con firmeza de la muñeca. El corazón me da un vuelco.

—¿Qué haces ahora?

—Preferiría escoltarla, alteza. —Me suelta el brazo y levanta la cabeza—. Me quedaré más tranquilo si uno de nosotros dos va con

usted.

A duras penas reprimo las ganas de soltar un bufido. No soy una niña. Y estaría bien que todo el mundo parara de tratarme como si lo fuera.

Me subo la capa para dejar la espada al descubierto y lo miro con desprecio.

—Sé cuidarme solita. Así que limítate a hacer tu trabajo y a vigilar para que nadie se escape.

Retrocede antes de hacer otra reverencia.

—Sí, alteza. Mis disculpas de nuevo.

Hago lo posible por quedarme quieta mientras me abren las puertas y me ven entrar en la parcela. Me cuesta horrores no girarme para mirarlos.

Cuando las puertas de la parcela 13 se cierran tras de mí, siento que se me hiela la sangre.

«Con razón se oye tanto grito».

Y yo que pensaba que estaba preparada para esto. El Infierno ha sido mi hogar desde siempre. Pero, por oscura y triste que sea mi ciudad, no tiene nada que ver con el horror que me rodea ahora mismo.

La parcela 13 es inmensa. Y no solo en anchura y longitud, sino también en profundidad. Aunque no he bajado mucho durante mi viaje hasta aquí, ahora mismo estoy en una especie de hondonada. Arriba, el cielo es tan negro como el de Dominus, un vacío infinito de desesperanza.

A uno y otro lado no veo más que acantilados de piedra con paredes pintadas con la sangre de los caminantes oscuros. A mis pies hay hoyos que están a rebosar de sangre, y noto que hasta me

cuesta tragar. La sangre salpica y mancha todas y cada una de las rocas, cada minúsculo grano de arena, y el pestazo a ácido y a óxido me tapona la nariz. Los gritos hacen temblar hasta el aire como la traca final de unos fuegos artificiales.

Tengo todos los sentidos tan saturados que soy incapaz de distinguir uno del otro. Me rodeo a mí misma con los brazos para intentar amortiguar los escalofríos que me recorren el cuerpo.

En Dominus estoy sola todo el tiempo, aunque en realidad nunca lo estoy del todo. Y es que, aunque no se dirijan a mí, los soldados de mi padre no me quitan la vista de encima. Sin embargo, aquí, en este sitio oscuro y tétrico, por primera vez en mi vida me siento verdaderamente en soledad. Y justo he tenido que escoger la parcela que alberga lo peor de la humanidad para disfrutar de esa independencia.

«Vaya ojo tienes, Devica».

Exploro lo que me rodea, inquieta por cómo me las ingeniaré para encontrar a un caminante oscuro entre toda la piel, los huesos y los dientes que hay por todas partes. Me cubro otra vez la cara con la capa mientras un caminante oscuro encadenado a una roca deja escapar un sonido inhumano que me hace estremecer.

Toco la punta de la espada con la mano y cierro los dedos en torno a ella a medida que me voy adentrando en la parcela, forzándome a ver más allá de la agonía de los rostros que me rodean y centrándome solo en sus rasgos. No logro analizarlos demasiado tiempo sin sentir su pánico, su culpa y su ingente dolor.

No sé por qué, pero este sitio hace que me duelan las entrañas. A mi padre y al resto de los demonios no les afecta en absoluto pisar este lugar, o al menos no permiten que les afecte. Tal vez sea por mi

lado humano. Ahora entiendo por qué mi padre quiere acabar con él.

Teniendo en cuenta sus horrendos gritos, dudo muy mucho de que esta gente derroche simpatía. Todos fueron lo peor de lo peor en la Tierra. Asesinos, violadores, pedófilos. O sea que, si algún humano se merece estar aquí, es evidente que son ellos. Pongo todo mi empeño en desoír sus llantos y sigo recorriendo la parcela.

Suspiro al verme las suelas de las botas manchadas de sangre. Estos caminantes oscuros se merecen esto y más, pero mis botas nuevas no.

Después de horas y horas (se me hacen eternas) buscando y escondiéndome de los soldados que patrullan la parcela, por fin consigo dar con Nathan Reynolds, que está maniatado a una pared. Por mucho que haya visto aquí, me rompo por dentro al toparme con él, y me tapo la boca para ahogar un grito.

Está sin camiseta, y no para de sangrar por las innumerables heridas abiertas que tiene en el torso y en las muñecas. Las heridas tienen pinta de ir a cerrarse solas pronto, por lo que los demonios volverán y se las abrirán de nuevo. Ese es precisamente su castigo: sentir la muerte muy muy cerca, sin alcanzar la paz que aporta el final.

La cabeza le cuelga sobre el pecho y tiene los ojos cerrados, pero sus quejidos indican que no ha perdido la consciencia. Vaya si está consciente. Mi padre no le concedería a nadie el lujo de descansar en paz aquí para siempre.

He observado tantísimo su fotografía que he llegado a olvidar que el Infierno encontraría la manera de borrar la sonrisa de medio lado de su rostro. He pasado entre caminantes oscuros amputados y con

las tripas por fuera, pero puedo asegurar que nada me ha impactado tanto como ver en este tétrico sitio, y casi partido por la mitad, al chico que me sonrió en su primer día aquí.

—Nathan Reynolds —digo con voz temblorosa.

Alza la cabeza y mira de soslayo la sangre que le brota del rasguño que tiene sobre el ojo.

—¿Devica?

Frunzo el ceño y me alejo para que no vea su dolor reflejado en mis ojos.

«Mantente firme, Dev». Este muchacho no tiene nada de especial. Es tan perverso como el resto.

Tenso la mandíbula y llevo mi dedo índice a sus labios agrietados.

—Voy a sacarte de aquí, pero necesito que no abras la boca. ¿Serás capaz?

Asiente, susurrando contra mi dedo como si estuviera besándolo. Es más alto que yo, por lo que tengo que ponerme de puntillas y reclinarme sobre él para tratar de quitarle los grilletes. Cada parte de mi cuerpo que lo roza es sacudida por un calambrazo, como si ese tipo tuviera carga eléctrica. Lucho contra mí misma para centrarme en el candado en lugar de despistarme pensando en lo bien que encajamos el uno con el otro, como las piezas de esos puzles que mi padre una vez me trajo de la Tierra.

Apoya la cabeza en mi hombro y me susurra al oído:

—Gracias.

Un cosquilleo me recorre de arriba abajo y, sin querer, suelto el enganche que por fin había conseguido abrir y vuelve a estar atado. No me extraña que mi padre estuviera tan obsesionado con mantenerme alejada de los humanos. Su cercanía confunde. A su

lado ni mi propio cuerpo me obedece.

—No me des las gracias todavía —suelto entre dientes, poniendo otra vez los dedos alrededor del candado—. Y por el amor de todos los demonios, deja de hablar de una vez.

Mi padre dejó de poner candados en los grilletes cuando a los soldados les dio por perder las llaves. De todas formas, la mayoría de los caminantes oscuros de esta parcela son demasiado débiles como para tratar de desencadenarse ellos solos.

Al fin consigo mover el pesado enganche y sacarlo del pestillo para soltar a Nathan Reynolds, quien se viene hacia delante y termina cayendo sobre mí, que, cómo no, también me voy al suelo. Nos damos tal golpetazo que me quedo sin respiración por un momento.

Desde encima de mí, me mira con ojos de sorpresa, y a mi cabeza regresa el momento en que los dos estuvimos en esta misma posición en mi dormitorio. ¿Por qué narices este humano siempre termina sobre mí?

—¡Quita! —Le pego un empujón y rueda sobre su espalda. Cuando recobro el aliento, me pongo de pie y me sacudo el vestido. Él sigue resollando en el suelo, pero me fijo en sus heridas y me doy cuenta de que están empezando a cerrarse—. ¿Crees que puedes andar?

Dice que sí con la cabeza y me tiende la mano. Arqueo las cejas antes de comprender lo que me está pidiendo. Lo agarro y tiro de él rezongando. Se tambalea, así que paso su brazo por mi hombro.

Me da que voy a tener que andar yo por los dos.

Aunque no conozco esta parcela nada bien, lo que sí tengo claro es que la salida que necesitamos está en dirección contraria a por

donde entré. Nos balanceamos a la par. Nathan Reynolds pesa como un saco bien lleno de carbón.

Conseguimos llegar al otro lado de la parcela 13 sin que nadie nos detenga. Nos viene de perlas que los demonios aquí estén tan entretenidos con todos los caminantes oscuros que hay. Tristemente esta es una de las parcelas más abarrotadas, lo cual ahora mismo juega a nuestro favor.

La salida se asemeja mucho a la entrada: una enorme puerta de acero que va desde el suelo hasta el techo y que es tan pesada que ningún humano sería capaz de abrirla. No obstante, los demonios sí que podemos, lo que significa que nosotros podremos pasar por ella, a menos que se interpongan en nuestro camino los dos soldados que ahora mismo la custodian.

¡Mierda! Con todos estos guardias, ¿cómo se las arregló este humano de mierda para colarse en mi habitación?

Me muerdo el labio y lo empujo detrás de un peñasco, justo al lado de un caminante oscuro que está allí delante encadenado. Me agacho y le pregunto a Nathan:

—¿Cómo te las ingeniaste para escapar de aquí?

Sigue medio consciente y esboza una sonrisa ensangrentada.

—Soy un tipo malo como un demonio, ja, ja, ja. Lo pillas, ¿no? —Lo fulmino con la mirada y la risilla se le hace añicos en la garganta. Traga y la seriedad se instala en su rostro—. Además, a los guardias les caía bien. Decían que mis chistes eran muy graciosos, así que de vez en cuando me soltaban para darme un descanso. Justo ese día, vi que la puerta no estaba cerrada del todo. Así que primero les hice reír un poco, luego se pusieron a discutir tratando de resolver uno de mis acertijos… y yo aproveché lo distraídos que estaban

protestando porque no se ponían de acuerdo en la respuesta y, sin que se dieran cuenta, me piré.

Parpadeo. Si de verdad se escapó así, yo diría que esos soldados se merecen un buen castigo. Es más, para mí, el simple hecho de que se rían de las bromitas pesadas de Nathan Reynolds es motivo más que suficiente para arrojarlos al río. Yo misma lo haría encantada.

—Pues creo que nos toca distraerlos de nuevo. Aunque ahora tendrás que cambiar de estrategia, porque imagino que te estarán vigilando con mil ojos en estos momentos.

¿Con qué podría distraerlos?

Mis ojos se fijan en los grilletes que mantienen atado al peñasco al tipo que tengo enfrente. Al igual que los de Nathan Reynolds, están unidos entre sí por una especie de enganche de metal que pasa por detrás de la piedra. Frunzo el ceño, pensativa.

La verdad es que no estoy segura de que mi idea vaya a funcionar. Y si no funciona, conseguiré lo contrario: que se fijen en nosotros y sellen mi destino. Pero no he recorrido todo este camino para rendirme ahora.

Echo mano al enganche.

—Pero ¿qué estás haciendo? —murmura Nathan Reynolds.

A la vez que lo mando callar, tiro del enganche hasta lograr sacarlo del pestillo.

—Ya ves.

Cojo aire y espero, y siento el sudor caer por mi cuello.

Cuando las cadenas se le aflojan y caen al suelo, él va dando tumbos hacia los soldados, los mismos demonios que lo torturan a diario. Suelta un grito gutural y carga contra ellos. Ambos de-

senfundan la porra y echan a correr tras él hasta saltar sobre su espalda y aplastarlo en el suelo.

—¡Ahora! —digo.

La adrenalina se me dispara mientras voy a toda prisa hacia las puertas medio arrastrando a Nathan por la cintura. Tiro del pomo sin esfuerzo y nos colamos por el hueco de la puerta entreabierta antes de que se cierre del todo. Y al instante lo hace sin dar tiempo a los guardias a levantar la vista.

Nathan Reynolds se detiene para coger aire, pero tiro de él para que continúe.

—Ahora no, debemos seguir adelante.

Yo tampoco me paro a pensar en lo que he hecho mientras cruzo el puente que lleva al otro lado y comienzo a subir los peldaños hacia los acantilados de Lapis.

De todos modos, ya es demasiado tarde. He dinamitado la norma más importante de mi padre y he liberado a un caminante oscuro. Estoy acabada.

Una vez en lo más alto de la escalera, nos adentramos en la boca de una cueva que hace una curva alrededor del muro. Estamos ya casi al final cuando una voz procedente del otro lado me obliga a pararme en seco. Pongo la mano en el pecho de Nathan Reynolds.

—¿Qué es eso? —pregunta, jadeante.

—Chis. —Mi mano pasa de su pecho a su boca, para que no la abra. El corazón me late fuera de control—. Soldados.

—Recibido —concluye una voz ronca femenina que dobla la esquina.

Se oye el crepitar de un *walkie-talkie* y otra voz que contesta. No entiendo lo que dice, pero conozco ese timbre como si fuera el mío.

Es la voz que ha dirigido toda mi vida.

Siento un agujero en el estómago más profundo que la fosa de la parcela 13.

«¡Qué rapidez!».

Sigue una pausa y, acto seguido, el clic de un botón.

—Buscaremos a su hija, majestad. Y encontraremos también al caminante oscuro que se ha escapado con ella. No pueden estar muy lejos. Corto y cambio.

—¿Qué se supone que está pasando? —Nathan Reynolds balbucea contra mi mano. Lo aprieto para que se calle.

—Mi padre se ha enterado —confieso, y nuestras miradas se encuentran, y siento las manos tan frías como el hielo—. Somos oficialmente fugitivos.

XI

Todo a mi alrededor me da vueltas, y siento una fortísima presión en el pecho.

¿Cómo ha podido enterarse tan rápido? Si apenas habíamos salido de Dominus.

Sé que ya nunca seré bien recibida en mi casa. Aun cuando mi padre me dejara con vida, seré considerada una traidora. Ni siquiera Atty querrá volver a saber de mí.

—¿Estás bien? —me pregunta en susurros Nathan Reynolds—. No te irás a desmayar aquí, ¿no?

Su voz me saca de mis ensoñaciones. Parpadeo hasta que centro su imagen y el dolor del pecho desaparece. Me mira, y veo una preocupación sincera en sus ojos. Abro la boca para repetirle que estoy bien, pero no logro que me salgan las palabras. Me mira de una forma extraña. Como si de verdad le importara mi bienestar.

Pero apenas me conoce.

Probablemente lo único que le importe es que le he prometido que lo sacaría de aquí.

Asiento y aparto la mano de su boca.

—Solo necesito un minuto.

Pegada a la pared, avanzo despacio. No alcanzo a ver lo que hay al doblar la esquina, pero, por las voces, debe de haber como

mínimo tres soldados.

Aunque las heridas de mi acompañante están mejor, sigue débil. Y, por si eso fuera poco, es humano, lo que lo hace aún más inútil.

«Tres para uno. ¡Magnífico!».

—Espérame aquí —bisbiseo—. Y, por lo que más quieras, estate calladito.

Saco la espada de la vaina y la empuño con la mano sudorosa. En clase soy una luchadora decente, pero la mayoría de los soldados me sacan siglos de ventaja en entrenamiento. El metal que sostengo destella en la cueva y la inunda de estrellas danzantes mientras la blando a la luz del fuego.

Contengo la respiración y tomo posición en la esquina. Los soldados me dan la espalda. Están de pie al borde de un acantilado, con postura relajada.

Afortunadamente, cuento con el elemento sorpresa.

Usando ambas manos para mantener el arma firme, salgo de la cueva y asesto un golpe a la primera soldado. El filo la esquiva por unos milímetros, pero se asusta tanto que se va hacia atrás sin pensar y se cae acantilado abajo sin ni un simple grito.

Se me abren los ojos como platos.

«Ooops».

La caída no la matará. Si acaso, disfrutará de un par de días de vacaciones pagadas. Lo mismo hasta me da las gracias.

El segundo soldado comienza a vociferar. Me soplo el flequillo para apartármelo de la cara y me doy la vuelta.

Con la espada en alto, lo rodeo, con la capucha puesta para que no se me vea la cara. Se va hacia la izquierda y copio su movimiento. Mueve la porra en la mano y de pronto le veo la placa

que luce en el hombro, exactamente la misma que tiene Attero. La de soldado en prácticas.

Eso me facilita un poco las cosas. De entrada todo apunta a que yo he recibido más clases de lucha que este pobre. Casi hasta me da pena.

Me voy hacia atrás para empujarlo cuando algo me da en la cabeza y siento un fuerte dolor que me recorre desde la nuca hasta los ojos.

Me había olvidado del tercer soldado.

El suelo se precipita hacia mí y me caigo con un gruñido; el aire se me escapa de los pulmones y las piedras se me clavan en las palmas de las manos. Mi espada repiquetea y termina posándose en el límite del acantilado. Lo miro horrorizada.

—¿Quién eres tú? —El soldado me levanta por la fuerza agarrándome del codo y me aparta la capucha de la cara. Pone los hombros rígidos—. ¿Alteza?

Me baja el brazo y mi cuerpo se hunde cuando leo el nombre que figura en su uniforme.

«Diripo».

Es uno de los soldados más veteranos de mi padre, y me cuidó infinidad de veces de niña. Siempre tuvo predilección por mí.

Le hago el mismo puchero que solía hacerle cuando era pequeña y quería conseguir algo.

—Por favor, suéltame. Déjame marchar. Ha sido un error.

Pero no me suelta.

—Lo siento, alteza, pero hemos recibido órdenes de mandarla de vuelta a sus aposentos. Corre el rumor de que ha liberado a un caminante oscuro.

Noto palpitaciones en la cabeza, y me froto el chichón con un quejido.

—Lo único que estoy haciendo es dar un paseo por este sitio que muy pronto será mío. Como puedes ver, estoy sola. —Lo miro poniéndole ojitos de niña buena—. Lo último que haría es liberar a un caminante oscuro. Todos son unos malvados.

Hago un mohín y pongo la misma cara compungida que los caminantes oscuros que claman su inocencia ante mí semana tras semana.

No soy capaz de verle los ojos a través del visor, pero siento que relaja los dedos y me agarra menos fuerte. Carraspea y ladea la cabeza.

—Supongo que podríamos…

Un chillido atraviesa el aire y Nathan Reynolds sale volando de la cueva, con media pierna izquierda extendida. Me quedo pálida. Y lo insto a parar, pero es demasiado tarde.

Su pie golpea la frente del soldado en prácticas que está a mi lado, quien, mala suerte, justo se acababa de quitar el casco para sacarle brillo al visor con la manga. Se golpea la cabeza con uno de los salientes del muro de piedra y se desploma en el suelo, inconsciente.

Apenas tenemos tiempo para pensar. Diripo ya me ha soltado el brazo para dirigirse hacia el disturbio. Me lanzo en picado para recuperar la espada y doy una voltereta para atrás. Él echa a correr tras de mí y yo blando el arma. Se para justo cuando el afilado borde roza el dobladillo de su chaleco.

—No me obligues a hacerlo. —Se me quiebra la voz—. Sé que esto no te matará, pero te dolerá una barbaridad, y no quiero

hacerte daño.

—Alteza. —Diripo se aparta el casco y deja ver su cara en forma humana, en la que destacan sus prominentes pómulos, sus ojos rebosantes de cariño y la larga cicatriz que se dibuja entre ellos. Es el mismo rostro que de niña me calmaba de noche cuando tenía pesadillas y mi padre nunca estaba. Casi suelto la espada. No puedo herir a alguien que me ha cuidado tanto cuando nadie más lo hacía.

—Piense en lo que está haciendo —me insiste—. Lo está arriesgando todo por un caminante oscuro. Y un asesino ante todo. Déjeme que la devuelva a su padre. Le diré que el pecador la secuestró y que la ayudé a escapar. —Me tiende la mano, enfundada en un guante—. Por favor, alteza. He sido el sirviente más leal de su padre durante años. Me creerá, se lo aseguro.

—Devica —me llama Nathan Reynolds—. No lo escuches. Te está engañando.

Los ojos de Diripo me muestran lo contrario. Son auténticos. Después de todo, yo prometí que no le haría daño. Y él ahora me está devolviendo el favor.

Me muerdo el interior de las mejillas. Mi padre me perdonará si Diripo habla con él. Podré pasar página. Obligarán a Nathan Reynolds a volver a su parcela y seguro que recibirá un castigo aún peor, pero al menos no tendré que volver a verlo.

Bajo la espada y permito que Diripo me ayude a levantarme.

—Lo siento mucho —digo.

—No pasa nada, alteza. —Diripo sonríe, con esa misma sonrisa con la que me arropaba en la cama hace años.

—Devica —me suplica Nathan Reynolds, pero ni lo miro.

—Lo siento —le pido perdón de nuevo, y siento el dolor

clavándoseme en la garganta—. Por favor, discúlpame.

En ese momento, embisto a Diripo con la espada. Con un golpe certero, se la clavo en la cabeza. Al instante cae a mis pies, inconsciente. Me alejo de la sangre que le sale a chorro del cráneo.

Esa era la última cosa que quería hacer.

Nathan Reynolds se recuesta contra la pared. Respira con dificultad, y tiene las rodillas dobladas y los ojos cerrados.

—Casi me lo trago. Llegué a pensar que me entregarías.

La furia se apodera de mí y me nubla la vista. Lo pisoteo y le doy un golpe en el suelo.

—¿Por qué has sido tan poco cauteloso? Te he dicho que lo tenía todo bajo control. Pero nos has puesto en riesgo a los dos saliendo cuando te ha dado la gana.

—Bueno, pues lo siento. —Se restriega la huella rosa que he dejado en su piel—. Pensaba que necesitabas ayuda.

—Pues ya ves que no. —Enfundo la espada y me sacudo las manos en el vestido porque las tengo guarrísimas—. Y mucho menos de un caminante oscuro.

—Ya veo, ya. Me cuesta creer que despeñaras a uno de esos soldados por mí.

Entorno los ojos.

—Por mí querrás decir. Mi padre me matará si nos pilla. Además, esa soldado estará bien. Un poco magullada si acaso, pero sobrevivirá. La única forma de matar a un demonio es lanzándolo al río Ignis. Y ahora mismo no estamos muy cerca que digamos.

—Todavía. —Traga saliva—. Me muero de ganas de conocer ese lugar.

Como si no viera el charco de sangre que se ha formado junto al

cuerpo de Diripo, lo arrastro junto al del novato y comparo el tamaño de ambos cuerpos con el de Nathan Reynolds.

Salta a la vista que el del novato es demasiado pequeño, así que suspiro y empiezo a quitarle el uniforme a Diripo. No puedo evitar poner caras mientras desabrocho los botones y las cremalleras tratando de no ver lo que hay debajo. Contemplarlo desnudo no es algo que quiera guardar en mi memoria para la eternidad.

—¿Qué es esto que hay aquí dentro? —Le quito una bota y la lanzo al suelo al lado de Nathan Reynolds—. Esta cosa para dar patadas y hacer gritar.

Mira las botas con cara de sorpresa.

—Esto se usaba en kung-fu.

—No tengo ni idea de qué es eso.

—¿Es que aquí no tenéis películas de kung-fu? Pero, si esto *es* el Infierno. ¡No puede ser!

Agarra la bota y, al sacudirla, caen unas cuantas piedras.

—Kung-fu. Ya sabes, Bruce Lee. ¿No lo conoces? ¿Y a Jackie Chan? ¿A Jet Li?

Lo miro arqueando las cejas.

—¿Me tendrían que sonar de algo esas palabras?

La segunda bota de Diripo sale con un ¡chof! Por el apestoso olor del calcetín, es evidente que los soldados sudan la gota gorda con el pie ahí metido todo el día. Aleteo las fosas nasales, aliviada de que sea Nathan Reynolds el que tenga que meter ahí el pinrel y no yo.

—No son palabras —espeta—. Son personas; auténticas leyendas mejor dicho. ¿Qué estás haciendo?

Le doy el uniforme y la segunda bota, y me quedo ahí, de pie. Me duelen todas las articulaciones por la subida hasta aquí, así que

extiendo los brazos por encima de la cabeza y estiro el cuerpo todo lo que puedo.

—Necesitas una vestimenta adecuada. No puedes andar por ahí con ese medio mono. Esto te ayudará a pasar desapercibido.

—De acuerdo. —Lleva las manos a la cinturilla de su mono destrozado y, en ese momento, se detiene—. Um… eh… ¿No podría tener un poco de privacidad?

Me ruborizo y entrecierro los ojos antes de darle la espalda.

—Como si yo quisiera verte desnudo.

—Nadie podría culparte de que quisieras hacerlo.

El calor se apodera de mi rostro y desciende por el cuello. Sí, podríamos decir que es atractivo, pero, desde luego, lo que tiene es un ego del tamaño de mi padre. Está claro que tengo un don para elegir a mis compañeros de viaje.

—Si continúas diciendo cosas de este tipo, te mando de vuelta a tu parcela. Así allí podrás flirtear con los demonios mientras te clavan cuchillos.

—He de decirte que allí solo se usan espadas —masculla.

Su mono cae a mi vera y cojo aire antes de asegurarme de manera meticulosa de que mi espada continúa en su vaina y mi vestido no está todo desgastado.

Se aclara la garganta y me giro para verlo ya vestido. Me siento extrañamente aliviada y decepcionada al mismo tiempo.

—Deberíamos seguir —me insta mientras el cuerpo de Diripo se contrae involuntariamente entre nosotros—. El Dorito este de aquí me está poniendo nervioso.

Afirmo con la cabeza, y recopilo las armas y las esposas que cuelgan del cinturón del soldado en prácticas. Una vez que están

todas en mi bandolera, le digo:

—Sígueme.

Le echo una última mirada a los soldados, que yacen inconscientes, antes de doblar la esquina. El dolor me invade el pecho. En lo que llevo de huida, ya he traicionado a Attero y a Diripo, los únicos dos demonios de aquí abajo que de verdad alguna vez se han preocupado por mí. Si el encontrar a mi madre no era razón suficiente para irme, ahora ya me he dado a mí misma un motivo para no volver jamás.

XII

Cuando estoy segura de haber puesto distancia suficiente entre los dos soldados y nosotros, me detengo y extiendo la mano con la palma hacia arriba.

—Dame tu mano. Necesito destruir el rastreador que llevas en el brazo.

—¿El qué?

—Venga, no tenemos mucho tiempo para esto. —Le agarro el antebrazo, se lo giro para darle la vuelta a la mano y presiono los números en color rojo que tiene grabados bajo la muñeca—. Todos los caminantes oscuros tienen un rastreador incrustado en su sello. ¿No ves cómo brilla bajo la piel? Eso significa que han activado el tuyo. Por eso antes nos han encontrado tan rápido. Debemos librarnos de él. Y ahora mismo.

Su cuerpo se tensa.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? ¿Es que piensas cortarme el brazo? Yo estoy dispuesto a todo por salir de aquí, pero, la verdad, me gustaría hacerlo con todos mis miembros en su sitio.

Frunzo el ceño mientras estudio con detenimiento la luz que parpadea por debajo de su piel bronceada.

—Creo que podríamos provocar un cortocircuito.

—Bueno, supongo que suena mejor que la idea de amputarme

una extremidad.

Le rodeo la muñeca con mis cinco dedos, y lo miro desde debajo de mi capucha con las cejas levantadas.

—Te va a doler. Mucho. Muchísimo. Te lo aviso.

Mira por encima de mi hombro, y veo que la melancolía oscurece sus ojos.

—Después de todo lo que me han hecho estos últimos días, el dolor ya no me asusta. Lo soportaré.

Le aprieto el brazo ante la obvia angustia que reflejan sus palabras, como queriendo transmitirle calma instintivamente. Pone su mano sobre la mía y me devuelve el gesto. Parpadeo en cuanto me doy cuenta.

Pero ¿qué estoy haciendo?

No forma parte de mi trabajo lo de reconfortar a caminantes oscuros. De hecho, más bien al contrario. Alejo mis dedos de su piel y rebusco en mi bolso la porra que les he quitado a los soldados.

Se la doy.

—Prueba a metértela en la boca. Evitará que te pongas a gritar como un loco y nos descubran.

Le da la vuelta a la cachiporra, levanta los hombros y se la coloca entre los dientes.

Le sostengo la muñeca de nuevo y entrecierro los ojos para examinar el rastreador. No vamos a engañarnos: las posibilidades de que mi idea funcione son mínimas. Nunca antes he visto un chisme de estos desde tan cerca, y aún menos he tenido ocasión de desactivarlo. Noto la boca seca cuando coloco la palma de mi mano en su piel.

Cierro los ojos y pongo toda mi atención en mis venas. En el calor

que me recorre el cuerpo por dentro.

Invoco la imagen del fuego en mi mente.

Pero no pasa nada, y aprieto los dientes, cabreada.

Resulta que soy capaz de destruir el objeto más preciado de mi padre y de chamuscar mi ropa, pero no logro echar ni una chispa justo cuando más falta me hace.

—¿*Demca*? —me dice Nathan Reynolds con la porra en la boca—. ¿*Tás ben*?

—Chisss. Necesito concentrarme, por favor.

Cuanto más intensas son mis emociones, más fuertes resultan mis poderes. Sobre todo cuando se trata de las más negativas, como el miedo, el terror, el odio… Son las que más sacan el demonio que llevo dentro. Sí, las que me vuelven tan fornida como mi padre.

«Mi padre».

Me ha tenido apartada de mi madre toda mi vida. Me dijo que se había ido para siempre cuando él la sigue visitando en secreto en la Tierra. La enterró más hondo de lo que los humanos entierran a sus difuntos, y ni siquiera me dio una lápida ante la que poder llorar.

La furia me nace en el estómago y se apodera de mi pecho. Recorre mis brazos de principio a fin y se manifiesta a través de las palmas de mis manos. No siento dolor alguno cuando mi carne lo quema, más bien me alivia dejar salir de mí la cólera para transmitírsela a él.

Las manos de Nathan Reynolds se tensan en las mías, y ni siquiera la porra que tiene entre los dientes le impide soltar un berrido. Trata de apartarse inconscientemente, pero lo agarro más fuerte. Se le forman ampollas y la pestilencia a putrefacto se mezcla con el aire ya de por sí lleno de humo sucio y tóxico. Por suerte la

porra logra silenciar los demás gritos.

Su cuerpo es reemplazado por el de mi padre. Hago rechinar los dientes y lo sujeto cada vez más y más fuerte, transformando cada una de las cosas horribles que me ha dicho y hecho en un fuego capaz de abrasarlo vivo.

De repente se oye un estallido y el rastreador se cortocircuita bajo mi palma, pero sigo como si nada. Tengo la cara empapada en lágrimas y las mejillas me arden de la rabia contenida. Dejo salir todo el fuego que me invade, determinada a eliminarlo para dejar cabida a lo bueno.

—¡Devicaaa! —La voz de Nathan Reynolds perfora el aire desde lejos y me caigo hacia atrás contra la pared que está a mis espaldas. Las imágenes de mi padre se hacen añicos en el momento en que me golpeo la espalda contra la piedra y de nuevo vuelve a mi cabeza el chico de la parcela 13. Lo veo ahí, mirándome horrorizado y meciéndose el brazo con la porra a sus pies.

Me sigue saliendo humo de las palmas de las manos, pero las llamas han vuelto a encerrarse en lo más profundo de mi cuerpo. Estoy bañada en sudor y tengo el pelo completamente pegado a la nuca.

¿Qué ha sido eso?

Entre sonoros jadeos, aprieto las manos y, de nuevo, me cubro la cara con la capucha.

—Perdona, lo siento —me disculpo en un susurro—. No estoy muy segura de lo que ha pasado. Aún estoy aprendiendo a usar mis poderes.

Se sopla la carne del brazo, que la tiene calcinada.

—Tranquila, no pasa nada. Además, ha funcionado. Se han

acabado por fin esas lucecitas parpadeantes.

No quiero ni mirar la muñeca que me muestra. Si veo lo que le he hecho, apuesto a que vomito.

Y no es que me preocupe el hecho de herir a un humano. Estoy asqueada e indignada conmigo misma, sencillamente eso. El hecho de que en mi cabeza aún retumben sus agónicos gritos de dolor no significa nada.

Me da un suave toque en el hombro.

—Venga, no te preocupes, está todo bien. Solo estoy un poco más dorado de lo que suelo estar, pero ya me ves, todo en orden.

Alzo la cabeza para dejar caer la capucha y encontrarme con sus ojos. Ni un ápice de resentimiento en ellos. Ni una gota de miedo. He estado a punto de convertirlo en una barbacoa, y ni aun así parece tenerme miedo. Junto las cejas.

Está herido, y bastante.

—Gracias —mascullo al tiempo que arrastro el pie contra la grava que hay bajo nosotros. Meto las manos en mi bolso bandolera y saco dos cuchillos que le he arrebatado al soldado—. Toma. Llévalos tú, te harán falta.

Mira los filos, contrariado.

—Pensaba que habías dicho que no podemos matarlos, ¿no?

—No, no podemos. Pero si los herimos, los obligaremos a aminorar la marcha. —Acepta los cuchillos y se los guarda en el cinturón mientras recoge del suelo la porra que ha escupido cuando le he achicharrado la piel.

Avanzamos por la cueva en silencio.

Lo voy mirando cada poco por los lados de mi capucha. Tiene la cara contraída, como si estuviera absorto en sus pensamientos. Qué

repelús. Se hace superraro cuando un humano que no se calla de repente no abre la boca. Así es imposible llegar a conocerlo.

—¡Maldita sea! —Nathan Reynolds suelta todo el aire cuando al fin salimos al exterior por el otro extremo de la cueva—. ¡Esto es enorme!

Me entra taquicardia. Estamos más arriba que cuando entramos, pero hemos subido tan despacio que apenas nos hemos percatado de ello.

Lapis se extiende bajo nuestros pies, con salientes y puentes de piedra, y parcelas separadas por picos de granito que se elevan hasta el cielo. Charcos negros salpican las paredes como si fueran un cuadro, cuevas como la que acabamos de atravesar que zigzaguean entre las rocas.

Unas interminables escaleras entran por ellas y las rodean. Aquí no parece haber orden ni concierto, nada sigue un patrón fijo. Más bien todo es como un puzle diseñado para confundir a quien ose salir. Tan desconcertante como los propios picos. No hay nada que conecte un nivel con otro. Por eso, para llegar a uno, hay que bajar del todo y subir de nuevo.

Cuando mi padre diseñó este sitio, lo hizo así para que nadie se atreviera a salir de él, pero, evidentemente, no pensó en mí. Porque yo no me rindo así como así ante un desafío.

Abajo, las demás parcelas de esta ciudad descansan sobre elevados acantilados, conectados unos con otros por puentes de madera. La marea es más brava por aquí, y el agua azota las piedras y da lugar a un estallido blanco. Por el mar y por la arena hay repartidas antorchas con llamas de un rojo carmesí que iluminan la oscuridad.

Incluso desde esta altura es imposible ver el final de la ciudad. Se pierde en el horizonte, en un mar de tonos grises y rojizos.

—¿Qué hay ahí, por debajo de este lugar? —Nathan Reynolds se aproxima al reborde y mira con curiosidad.

Me pongo de pie a su lado, le sigo la mirada y me envuelvo con la capa.

—Caminantes oscuros.

—Escuché pronunciar esa misma palabra antes allí —añade—. Pero ¿qué quiere decir?

—Pecadores. Como tú. —Señalo hacia un barco que hay amarrado en una de las parcelas de abajo. Las almas rebosan de la embarcación como el agua lo hace de un vaso. Se mueven todas a la vez como si fueran una, serpenteando por el puente hasta llegar a su parcela. Aunque es imposible adivinar su expresión desde aquí, se ve que la derrota los hace andar encorvados y con la cabeza gacha. La desesperación se palpa en el aire como una nube bien cargada. Me aparto de la escena para no atragantarme al ver lo que veo—. Ya no son humanos. Se les ha arrebatado el alma. Ahora son solo una sombra de lo que un día fueron. De ahí que los llamemos «caminantes oscuros».

—Imagino que es más fácil pensar en ellos como cualquier cosa menos seres humanos.

Sus palabras me perforan y un escalofrío se adueña de mi cuerpo. Yo no puedo adentrarme en su cabeza, pero él sí que puede ver a través de mí como si fuera un trozo de vidrio transparente. Me aprieto la capa y comienzo a bajar el terraplén.

—Exacto. Ahora, vamos. Debemos seguir adelante.

Respiro más tranquila a medida que descendemos hacia Lapis. Si

somos capaces de mantener este ritmo, lograremos alejarnos lo suficiente de los soldados para que no puedan alcanzarnos.

—¿Hasta dónde debemos ir? —insiste en saber después de recorrer unos cuantos kilómetros en un maravilloso silencio.

Exhalo y rodeo una roca que está ahí apostada bloqueándonos el camino.

—Es un viaje largo. Hablamos de semanas como mínimo. O de meses, si prefieres contabilizar el tiempo a la manera de la Tierra. Aquí abajo el tiempo avanza a un ritmo distinto.

—Sí, de eso ya me he dado cuenta. Diría que he estado miles de años colgando de esa pared…

Como le estoy dando la espalda, no puedo ver la expresión de su rostro, pero no me cuesta distinguir el dolor que hay en su voz.

Me vienen flashes constantes, y mi cabeza me recuerda el instante en que lo vi maniatado con cadenas en la parcela 13 y sangrando profusamente de un sinfín de heridas. Y por mucho que esas heridas sangrantes de aquel momento sean ahora cicatrices rosadas que adornan su piel, el dolor me invade sin piedad cuando pienso en cómo lo encontré.

—En las parcelas se juega con el tiempo porque lo que quieren es prolongar tu castigo —le explico—. Por ese y por otros motivos, preferiría evitar todas las parcelas, pero tampoco estoy segura de tener otra opción si lo que queremos es pasar desapercibidos.

Me paro y observo con detalle el lugar que se abre ante nosotros.

Ahora sí que estamos más cerca del agua, y eso significa que debemos tratar de permanecer fuera de la vista de los barcos. La manera más fácil de bordear las parcelas está a nuestra izquierda, pasando a través de otra cueva y subiendo luego unas escaleras.

Echo un vistazo y reprimo un suspiro. La subida es considerable.

Se detiene a mi lado.

—Pareces perdida. Tienes claro hacia dónde vamos, ¿no? Supongo que ya habrás salido del Infierno antes.

Alzo la mandíbula antes de emprender la marcha hacia arriba.

—No estoy perdida. Y, para tu conocimiento, mi padre no me permite ir a la Tierra.

—Pero tú ocuparás su lugar algún día, ¿no? Eso es lo que te oí decirle a Dildo antes.

—¡A Diripo! —suelto a voces—. Y yo no quiero sustituir a mi padre. Lo que quiero es irme contigo.

Vuelve a pararse, y contengo un suspiro ante su extraña habilidad para enlentecer nuestro camino. A este paso y con un poco de suerte, creo que llegaré a conocer a mi madre por mi trigésimo cumpleaños.

—¿En serio quieres venir a California? No te veo en modo surfera ni acosando a famosos.

—No sé qué es nada de eso, pero te aseguro que yo tampoco me imagino como dices.

Dejo escapar una respiración ruidosa cuando compruebo que hemos llegado a lo más alto del terraplén y debemos tomar otra curva para adentrarnos en un nuevo túnel.

No le puedo hablar de mi madre. Si se llega a enterar de que tengo a alguien en la Tierra, se dará cuenta de que me estoy aprovechando de él. De que simplemente lo estoy usando y no tengo intención alguna de hacer que se quede allí.

Es mucho mejor que piense que quiero ayudarlo a él más que a mí misma.

Con el dorso de la mano, me limpio el sudor que se me acumula en las cejas.

—Sí, quiero conocer ese sitio mientras estoy allí echándote un cable para que recuperes tu libertad. Nunca he estado en California. Y, dicho esto, que sepas que mis planes a ti no te incumben.

—Bueno, bueno, está bien. —Acelera el paso para ponerse a mi altura y seguir caminando a mi lado—. Por el momento te dejo guardarte tus secretos. Pero te aseguro que llegará el día en que caerás rendida ante mis encantos.

Arrugo el ceño en la oscuridad.

—Lo dudo.

Dejamos atrás el túnel y me detengo tan de repente que Nathan casi vuelve a chocarse conmigo.

—¡Mierda!

El camino se bifurca en dos direcciones. La de la derecha conduce a otro terraplén en torno a las parcelas. Sin duda la ruta más asequible. Pero entonces un destello de metal revela la posición de los soldados. Cuento al menos diez.

Y antes ya nos ha costado esquivar a tres.

—¿Por dónde tiramos? —me pregunta.

—Si vamos por la izquierda, llegaremos a la parcela 11 —murmuro—. Allí es donde alojamos a los caminantes oscuros que han cometido el pecado del orgullo. Y si vamos a esa parcela, no nos quedará más remedio que someternos a su castigo. —Me entra un escalofrío. Después de haber pisado la parcela 13, reconozco que lo de adentrarme en otra parcela no es lo que más me apetece—. Si seguimos por el camino de la derecha, nos daremos de bruces con todos esos soldados, y a saber cuántos más habrá escondidos entre

ellos.

Sigue mi mirada y deja escapar una gran bocanada de aire que aparta el mechón de pelo que le roza la frente.

—Entonces vamos mejor hacia la izquierda, ¿no?

Empuño la espada y me armo de valor.

—Lo has pillado.

XIII

Cruzamos el puente sin ningún incidente, seguimos avanzando sobre el agua y nos quedamos en el centro de los tablones para que no puedan vernos los barcos que pasan por debajo. No hay soldados en el puente, y las puertas que dan acceso a la parcela 11 parecen estar sin vigilancia.

Unas puertas altas y plateadas nos devuelven nuestra imagen a medida que nos aproximamos, primero pequeña, y se va haciendo más grande cuanto más cerca estamos. El cristal magnifica el terror en nuestros ojos, y me giro y miro a todos los lados a mi alrededor. Me suenan las tripas, más bien me rugen.

—¿Por qué no hay nadie por aquí? —pregunta Nathan Reynolds—. ¿Es normal?

—No lo sé, la verdad. Tal vez todos los soldados me estén buscando por los aposentos reales. —Cuando me cercioro de que no hay ninguna emboscada aguardándonos, agarro la manija de la puerta—. Supongo que este es el último lugar en el que esperarían encontrarme, puesto que de este sitio es absolutamente imposible salir.

—Espera. —Coloca su mano en mi antebrazo—. Si es imposible salir, ¿por qué estás tan segura de que nosotros sí lo lograremos?

—No, no lo estoy. —Con la manija entre los dedos, pego un tirón

y la puerta se abre con lentitud. Me contraigo de dolor cuando las chirriantes bisagras se clavan en mis tímpanos—. Pero, una de dos: o nos la jugamos aquí o nos arriesgamos a que nos capturen los soldados en los acantilados.

—Menuda respuesta más elocuente. Decir eso es como no decir nada.

Nos colamos por el hueco y saltamos a la vez en el preciso instante en que la puerta va a cerrarse detrás de nosotros. Agarro con fuerza la empuñadura de la espada y estiro los hombros. Como me acobarde de este modo delante de cada puerta de este lugar, estamos destinados al fracaso.

—¡Guau! —exclama Nathan, y su voz se escucha con eco.

Estamos rodeados por espejos en suspensión. Lámparas circulares metálicas se balancean sobre nuestras cabezas, y sus bombillas centellean como las chispas de un fuego imposible de sofocar.

La parcela 13 estaba abarrotada de pecadores que proferían gritos ensordecedores, pero aquí estamos solos. A mis oídos solo llega el zumbido de las luces y el latido de mi corazón, que está fuera de sí. Noto los pelos de punta.

Prefiero los gritos, la verdad. Al menos sabía lo que esperaba de ellos.

—Este sitio se parece a las ferias a las que iba de niño —recuerda Nathan Reynolds al tiempo que toquetea uno de los cristales—. La sala de los espejos. Ya sabes, esa en la que unas veces te ves altísimo y delgado, y otras bajito y rechoncho.

Observo todo a mi alrededor, y percibo un creciente desasosiego en mi interior.

—Sí, se parece en todo menos en que… aquí diversión hay poca.

—Pues claro que la hay. —Suspira y se aparta del espejo—. Pero ¿qué pasa? ¿Es que ahora vamos a sufrir el ataque de un payaso terrorífico? ¿O acaso los demonios van a ponerse a salir de los espejos? Espera, espera. Ya sé. Payasos demoníacos. Sí, ese sería el infierno de mis sueños.

Repaso con el dedo índice la imagen que me devuelve el espejo y siento el frío del cristal bajo mi piel. Por fuera no es distinto al espejo de mi habitación.

—Aquí los espejos son el castigo. Es donde vienen los orgullosos, todas esas personas que en vida estaban obsesionadas con la imagen que proyectaban en los demás. Ahora en este sitio están condenadas a deambular por un laberinto de espejos que lo único que les muestran son las cosas que más odian de ellas mismas. Por eso aquí no hacen falta demonios, porque sus propias verdades son más que suficientes para torturarlas de por vida.

Se le escapa un silbido que rebota a nuestro alrededor.

—He de admitir que, aunque no querría vérmelas con ese hombre, tu padre hace unas cosas impresionantes. —Se mete las manos entre el pelo para apartárselo de la frente—. Por suerte, lo de aquí a mí no me afecta.

Intento con todas mis fuerzas reprimir las ganas de poner los ojos en blanco ante su apabullante reflexión. Nuevamente ese ego suyo del que ya he sido testigo.

—Te sorprendería. Eso que ves ahora es nuestro reflejo. Y te aseguro que las cosas se irán poniendo más feas según nos vayamos adentrando. Así que pégate bien a mí.

De la entrada pasamos a un vestíbulo forrado de espejos. Algunos se deslizan cuando les place, y otros se mueven cuando los tocamos.

Se fusionan, y luego se separan unos de otros sin un patrón aparente. Los espejos cubren toda la superficie: están por arriba de nuestras cabezas, a ambos lados de nosotros y por debajo de nuestros pies.

No puedo escapar a mi propia imagen.

Estoy más pálida que de costumbre, y tengo el bajo de la falda sucísimo por la pelea con Diripo. Se me ha bajado la capucha y me aliso el pelo con las manos.

Por detrás de mí aparece Nathan Reynolds. Menuda planta tiene enfundado en su uniforme con el casco de lado. Sobresalen sus mejillas sonrosadas por el sobreesfuerzo y, bajo esta luz, sus ojos se ven aún más azules.

Me guiña un ojo, y aparto enseguida la mirada. Estoy roja porque sé que me ha pillado.

—¿Te gusta lo que ves?

—Eres un caso perdido. —Gesticulo ante el espejo—. No entiendo que tengas ganas de hacer bromas de ese tipo en un sitio como este, en el que se castiga a la gente por ser tan presumida y vanidosa.

Abre la boca para protestar y decir algo en su defensa, pero enseguida la cierra para seguir mis pasos.

Caminamos en silencio durante un buen rato y esta vez soy yo la que lo pilla mirándome. Clavo los ojos en él.

—¿Qué pasa?

Se mete las manos en los bolsillos y sube tanto los hombros que casi llega a tocarse las orejas.

—Me he fijado en que los otros demonios unas veces tienen una apariencia humana como la tuya, pero otras se dejan ver en su

forma de demonio. Sin embargo, nunca he visto tu forma demoníaca. Y confieso que me gustaría saber cómo es.

Trago y miro al suelo, y mi reflejo sigue observándome con cautela.

Algo resplandece en mis pies, pero desaparece en un parpadeo.

Estúpidas luces, están todo el rato jugándome malas pasadas.

—No tengo ninguna. Al menos aún. No sé si será algo que iré adquiriendo o qué pasará, pero, por ahora… Soy así. —Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos en el espejo. Me obsequia con una de sus sonrisas.

Como siempre que me mira, me pongo colorada, así que me alejo, pero hago una pausa al llegar a una bifurcación en los espejos que desvela tres pasillos distintos pero igual de infinitos.

—Así que… —dice Nathan Reynolds—, ¿vamos para la izquierda o para la derecha? ¿O seguimos recto? Tenemos tres opciones de respuesta en el peor programa televisivo del mundo.

Frunzo el ceño. Los espejos cambian incesantemente sus patrones de giros y rutas infinitas, con el único fin de atrapar a los caminantes oscuros para toda la eternidad. No existe ni un solo mapa, ya que es imposible capturar su recorrido.

—Hemos girado a la izquierda al entrar —afirmo fingiendo más confianza de la que siento—. Así que ahora vamos a la derecha.

Nuestros reflejos nos escudriñan mientras continuamos por el laberinto. Nos guío basándome en mi instinto y me concentro en mis pies todo lo que puedo. El runrún de la electricidad crepita en mis oídos y me pongo la capucha intentando impedirlo.

No sé cuánto llevamos andando. En esta parcela el tiempo corre deprisa para desorientar a los caminantes oscuros, y los espejos

cambiantes se unen a semejante confusión. Aunque trato de mantener la vista apartada de los espejos, de tanto en tanto veo una sombra con el rabillo del ojo y, cada vez que me giro para echarle mano, resulta que detrás de mí solo está Nathan Reynolds, con la ceja levantada en actitud pensativa.

Marco con tiza las sombras hasta hartarme y me encojo de hombros.

Llevamos horas moviéndonos de un lado para otro, pero parecen días cuando él se pone a hablar de nuevo.

—¿Acaso lo ves demasiado fácil para ti?

Me detengo y ladeo la cabeza.

—¿A qué te refieres?

Gesticula ante los espejos, y sus muchos dobles imitan todos y cada uno de sus movimientos.

—Nuestros reflejos son normales. Al margen del laberinto en el que estamos inmersos, aquí no hay nada más que resulte amenazador para nosotros. Y tampoco hay nadie. ¿Dónde está toda la gente que está recibiendo su castigo?

—Aquí todos los caminantes oscuros van de un lado a otro en soledad para que nadie pueda decirles los cumplidos que tanto persiguieron en vida. —Me coloco bien la correa de la bandolera en el hombro y lo miro por encima de la nariz—: ¿Me estás queriendo decir que te gustaría que esto fuera más difícil?

Levanta las manos con las palmas hacia arriba, y veo que encima de la muñeca, donde antes tenía la quemadura, ahora ya no hay más que una cicatriz rosada.

—Yo no he dicho eso. Lo que digo es que este lugar está diseñado para la tortura, ¿no es así? Entonces ¿cómo vamos a poder caminar

por aquí sin que nos castiguen?

La inquietud me revuelve el estómago. Yo me he estado haciendo esas mismas preguntas, pero no hacía falta que él se enterara. Como tampoco hace ninguna falta que sepa de la existencia de esa sombra que no estoy muy segura de si nos está siguiendo. Se lo diré una vez que hayamos salido de aquí.

Si es que algún día conseguimos salir.

—Tal vez con nosotros las cosas no funcionen así —le sugiero—. Tú recibiste tu castigo en la parcela 13. Y ahí te espera aún. Y yo soy la hija del tipo que creó este sitio. Puede que todo esto solo afecte a los pecadores que hayan cometido este pecado en concreto.

—Supongo que será por eso. —Pone una mueca—. Pero tampoco me cuadra. Somos como toda esa gente de las películas de terror que dice: «En esta casa no sucede nada raro» y que luego se da cuenta de que hay un fantasma asesino escondido en el cuarto de baño.

Me aparto la capucha y lo miro perpleja.

—Creo que no me molarán nada de nada vuestras películas de la Tierra.

Tuerce el gesto, pero no dice nada, y continuamos por el laberinto, rodeados por nuestros reflejos frustrados y ese humo negro que parece perseguirme solo a mí. Me muerdo el labio para evitar admitir que sí, que estamos perdidos. Del todo.

Las sombras dan lugar a una forma alrededor de mis pies, y me quedo petrificada con la mano sobre la espada.

—Nathan Reynolds, ¿estás viendo esto?

—Por favor, deja de llamarme por mi nombre completo. Se me hace raro. Llámame Nate. —Entorna los ojos—. No, no veo nada.

Gira y avanza por el pasillo, pero yo me acerco al espejo. El objeto se mueve conmigo. Se distingue cada vez con más claridad, y me llevo la mano a la boca.

—Nathan Reynolds —le espeto. Él no se detiene. Me giro, con la esperanza de que lo que veo en el espejo desaparezca, pero gira también conmigo y se mueve cuando yo aminoro la marcha. Unos puntos negros me nublan la vista, pero parpadeo para espantarlos —. Nathan. Nate.

Se da media vuelta.

—¿Qué es eso?

—Yo… tengo… una… —La palabra me rasga la garganta y lucha por encontrar la salida entre mi lengua.

—¿Una qué?

—Me ha salido una cola.

XIV

—Lo siento, pero… ¿qué estás diciendo? —Hace una mueca, como si estuviera peleando consigo mismo para no soltar una carcajada.

—Mira. —Me doy la vuelta para que vea mi ofensivo apéndice. Se mueve arriba y abajo y le roza la pantorrilla.

Lleva mi capa a un lado y se dobla para ver bien la parte baja de mi espalda.

—Devica, aquí no hay nada.

Parpadeo rápido con el deseo de que desaparezca. Pero sigue ahí, en el espejo. Es negra, con pinchos rojos, y se desliza como una serpiente por el suelo.

—Pero ¿en serio no la ves? —insisto—. Si está ahí, justo ahí.

—No hay nada, Devica. Lo ves solo tú. —Me hace girar y darle la espalda al cristal, sostiene mi barbilla y lleva mi rostro hacia el suyo —. Este es uno de esos trucos de los que hablabas antes. Mírame. Concéntrate en mis ojos.

No había vuelto a fijar mi mirada en esos ojos desde la noche en que entró por sorpresa en mi habitación. Ese color índigo que una vez me puso de los nervios ahora es lo único que poco a poco baja la desenfrenada frecuencia de mi corazón. De todos los ojos humanos que he tenido delante, estos son, con diferencia, los más

atractivos. Aunque, todo hay que decirlo, la mayoría de los humanos con que me he topado no se mueren de ganas de entrecruzar su mirada con la mía. Porque están muertos.

—Vale, de acuerdo.

Me suelta el mentón. La decepción se adueña de mí cuando sus ojos se apartan de los míos.

—Ahora mírate por detrás. No en el espejo, contorsiónate y mírate a ti misma.

Sigo sus instrucciones y relajo la mandíbula al constatar que, en efecto, no me asoma nada por debajo de la falda.

—Muchas gracias, Nate.

—No hay mejor agradecimiento que el que por fin me hayas llamado Nate. —Recorre con ojos curiosos toda la sala—. Lo que es evidente es que me he pasado de listo y he hablado demasiado pronto. Los espejos *pueden* afectarnos también a nosotros.

Me froto los ojos.

—Yo diría que es por este juego de la luz. Con tanto destello tengo un dolor de cabeza horrible.

—Sí, por eso odio tanto las jaquecas que me dan. Porque hacen que me crezcan colas. —Se peina el pelo con los dedos y un mechón se le escapa y se le pone sobre el ojo—. Lo bueno es que creo que he encontrado la manera de salir de aquí. Ven, sígueme.

Nate atraviesa el hueco entre los dos espejos que hay a la izquierda antes de que pueda impedírselo.

—¡Espera, espera! —Intento alcanzarlo, pero llevo la mano hacia atrás cuando los cristales entre los que se ha abierto paso se fusionan y me devuelven una única imagen mía. Mis dedos se deslizan por el espejo mientras intento volver a separarlo en dos con

un gruñido. Pero no ceden, así que acabo dejando caer las manos y tragando saliva.

—¿Nate? —Mi reflejo confuso me observa mientras su nombre retumba a mi alrededor. Estoy completamente sola aquí. Y aunque mi padre estará buscándome, a nadie se le ocurrirá mirar en esta parcela. Además, y en caso de que lo hicieran, las posibilidades de encontrarme en mitad de este laberinto son irrisorias. Hasta Nate podría haber desaparecido para siempre.

—¿Nate? —Lo llamo una y otra vez, con la voz quebrada—. Nathan Reynolds, ¿me estás escuchando? Venga, sal ya. Esto no tiene ninguna gracia.

«Devicaaa…», me responde una voz. Un escalofrío me recorre la espalda. Ese no es Nate. Esa es mi voz.

Me tiemblan las piernas, pero soy incapaz de moverme. Me llevo las manos a las orejas y me las tapo, y cierro los ojos. La voz se irá si la ignoro.

«Devicaaa…». Mis manos no logran amortiguar el sonido. Es como si esa voz saliera de lo más profundo de mi cabeza.

Se me ponen los pelos de punta y mis rodillas amenazan con dejar de sostenerme. Muevo el cuello y grito:

—¡No te estoy escuchando!

«Devicaaa… Mírame. Mírate a ti misma. Fíjate bien en lo que nos estamos convirtiendo».

—¡No y no! —respondo con los dientes apretados—. Sé lo que estás intentando. Y no pienso caer en tu trampa.

Tengo que encontrar a Nate como sea. La cola desapareció cuando estaba a mi lado. Hará que esto desaparezca también.

«Venga, Devica. Avanza, sigue adelante».

Gotas de sudor me caen por la nuca, aprieto los dientes y levanto el pie contra la fuerza que sea que me esté reteniendo clavada al suelo. Un solo paso consume toda mi energía. Logro dar otro más con gran esfuerzo. ¡Hurra! Con los brazos extendidos, avanzo despacio hacia delante y grito cuando mis palmas chocan contra el espejo.

Recorro el frío cristal con los dedos hasta encontrar el borde del espejo. Maniobrando en la oscuridad, logro bajar a otro pasillo sin chocar con nada más y suelto el aire que he estado reteniendo todo el camino. Venga, puedo hacerlo. La voz ya no es más que un recuerdo.

«Devicaaa… Abre bien los ojos. Mira quiénes somos realmente».

—¡Lárgate! —le chillo—. ¡Te he dicho que no te estoy escuchando!

Me tapo otra vez las orejas y me golpeo la frente con el espejo. Me voy hacia atrás tambaleándome y termino cayéndome de culo con un ruido sordo.

—¡Oh, mierda! —Me toco la cabeza con la palma de la mano y abro los ojos para ver si tengo sangre. Nada. Dentro de todo, he tenido suerte. Aun así, miro mi reflejo para asegurarme. Sí que tengo algo en la frente, pero no es sangre. Noto las venas heladas.

—Pero ¿qué coñ…? —Me arrastro hasta el espejo y tomo aire.

Cuernos.

Brillantes y negros, esos objetos puntiagudos me salen de la frente y forman una especie de U sobre mi cuero cabelludo. Menos mal que no he comido mucho hoy, porque, si no, lo echaría todo.

No, ahí no hay nada. Pasa lo mismo que con la cola. Es cosa de esos espejos.

Me estiro para alcanzarlos y casi me quedo sin aire cuando mis dedos se encuentran con una superficie tan lisa y suave como el mármol. Paso el dedo por uno de ellos y presiono la yema contra la punta, y no puedo evitar un gesto de fastidio cuando el dolor atraviesa mi piel. No, en esta ocasión no es como cuando la cola. Ahora sí que es real.

No, no y no. En absoluto. Me niego. No pienso tener cuernos. Al menos todavía no. Bueno, nunca. No quiero tenerlos nunca. Mi padre una vez me prometió que, como no había nacido con ellos, ya nunca los tendría.

Bajo la mano y la llevo hacia atrás para posarla en mis glúteos. La cola de antes ahora se enrosca alrededor de mi pierna y me acaricia la parte alta del pie. En este momento es tan tangible como los cuernos. O sea, que nunca fue un truco. El truco estuvo en hacerla desaparecer cuando Nate la buscaba.

Se me acelera la respiración, y el corazón hace lo propio para seguirle el ritmo.

«Esto no puede ser posible. Yo no tengo cola. Yo no tengo cuernos».

Todo eso les está reservado a los demonios que cayeron hasta aquí abajo con mi padre. Esto es para los irredimibles. Pero no para mí.

Jadeando, me despego del suelo y miro hacia abajo en busca de mi reflejo, ansiosa por ver a mis nuevos accesorios batirse en retirada.

—¡Largaos! ¡Fuera de mí! Yo no soy mi padre.

«Sí lo eres —se mofa la voz—. ¿Es que no te reconoces a ti misma? Mírate más de cerca».

Una fuerza invisible me empuja hacia el espejo.

Ante el cristal, unos dedos que ya han dejado de ser míos me desabrochan todas las cuerdas de la capa y la dejan resbalar por completo de mis hombros. Unas alas se despliegan tras de mí. Son de un rojo carmesí, idénticas a las alas destrozadas de mi padre que cuelgan sobre su cama, y tan grandes que podría envolverme dos veces con ellas.

Algo oscuro tira de los labios de mi reflejo. Algo siniestro.

«No puedo moverme».

Sea lo que sea lo que me esté agarrando, me ha dejado como convertida en piedra donde estoy. Trato de rebelarme y soltarme, pero mi cuerpo no responde. No consigo cerrar los ojos por mucho que los fuerce.

«Ya entenderás por qué no tienes madre —me dice la voz—. Vio quién eras en realidad y no quiso saber nada de ti».

Esas palabras, que no hacen sino confirmar mi mayor temor, me cortan tan profundamente como el cristal de los espejos. Una lágrima me recorre la mejilla, y se duplica sobre mi propio reflejo en su descenso hacia mi barbilla.

—Esa que se ve no soy yo.

«Mírate bien de nuevo».

Los cristales desaparecen y de repente estoy de pie en el Salón del Trono delante de una multitud de soldados. Tengo una horca en la mano. Y frunzo el ceño.

Ni tan siquiera mi padre hace ya uso de esa herramienta. Según él, no es más que un estereotipo.

—Esto no es real, esto no es real.

Intento cerrar los ojos de nuevo, pero nada. Imposible.

Muy al contrario, lo único que consigo es ver a un caminante oscuro que marcha hacia mí cubierto de arriba abajo en sangre. Me cuesta distinguir sus rasgos bajo tantísimo rojo. Pero, cuando le veo los ojos, descubro quién es. He pasado ya mucho tiempo mirando esos ojos.

«Nate».

Batallo contra mis ataduras invisibles, pero no me sirve de nada. Ya no estoy en la parcela 11. Ahora estoy de vuelta en Dominus, en el Salón del Trono, y soy incapaz de controlar mi propio cuerpo.

Los soldados que tengo delante gritan palabras como «asesino» y «traidor». Miro a mi alrededor, pero sigo sin conseguir nada. No entiendo lo que se supone que tengo que hacer aquí.

Mi padre ocupa el trono, que está detrás de mí. Lleva el cuerpo hacia delante, tanto que su inmensa sombra bloquea casi toda la luz que entra en la sala.

—Hazlo, Devica. Hazlo. Que todo el mundo se entere de quién eres.

—No —me opongo en un susurro, y una segunda lágrima cae por mi mejilla. Me sabe salada a su paso por mis labios—. No lo haré. Yo no soy tú.

—Pero llevas mi sangre. —Su voz sacude el suelo y me retumba en el pecho—. Este es tu destino, Devica. Puedes hacerlo. Venga, acaba con él.

Entonces resulta que mi padre por fin cree en mí. Así que es mi oportunidad para demostrarle que no se equivoca.

Agarro la horca todavía con más fuerza. El calor se instala entre mis dedos y las púas de metal del arma se iluminan como velas.

Mi padre sonríe.

—Vamos, muy bien. Así se hace. Fíjate en el talento que tienes, hija. Tú llevas este lugar dentro al igual que este lugar te lleva a ti.

El tridente me arde en las manos, y justamente ese escozor es lo único que calma mis pensamientos. Tiene razón. Nací para esto.

Bajo los peldaños del Salón del Trono y quedo de pie frente a Nate.

Será mejor no llamarlo Nate.

Es Nathan Reynolds.

Un caminante oscuro. Un pecador. Un asesino.

—¡Devica! —me suplica con la sangre y las lágrimas manándole del rostro—. No lo hagas, por favor.

La angustia de su voz me saca del trance. Agito los brazos mientras hago cuanto puedo por aplacar el deseo de clavarle esa horca en el corazón.

«Venga, Devica. Vales mucho más que para esto».

—¡Hazlo ya! —me urge mi padre—. Hazlo de una vez y todo esto habrá acabado. Ya no tendrás que volver a pelear nunca más.

El arma me pesa demasiado cuando la levanto por encima de mi cabeza. Intento dejarla caer, pero es como si alguien me estuviera manejando. Y yo carezco de poder alguno frente a su fuerza.

—Lo lamento, Nate —gimo, y las lágrimas difuminan su imagen de tal manera que se convierte en un collage de rojos y azules—. Estoy siendo quien debo ser.

Bajo la horca.

—¡Devicaaa!

El Salón del Trono se hace añicos, y pequeños fragmentos de cristal saltan por el aire llenándolo todo. Tengo la mano vacía porque la horca se ha desintegrado.

Estoy de regreso en la parcela 11, con miles de cristalillos cubriéndome la cabeza.

Intento protegerme, pero los trozos de vidrio me hacen cortes en los brazos y en el rostro, y explotan al caer. Me pongo de rodillas y me abrazo, y mi cuerpo tiembla sin tregua.

Nate sale corriendo hacia mí con la porra en la mano. Me sobresalto al sentir cómo me sacude cristales de los hombros y me acaricia la mejilla.

—¿Devica? Devica, ¿estás bien?

—Yo… —Parpadeo y echo un vistazo inquisitivo a los espejos que están a mi alrededor mientras trato de dar forma a lo que ha sucedido. Todavía me duelen los brazos de enfrentarme con tanta fiereza a quien fuera que me estuviera controlando. Me abrazo y me froto los músculos—. He estado a punto de herirte. Casi te mato con una horca.

—Todo eso solo ha sucedido en tu cabeza —asegura—. Mira, ¿ves? Aquí no hay ninguna horca. —Me agarra las manos y recorre mis palmas con su pulgar. Todos los escalofríos que había estado teniendo por culpa del miedo ahora son reemplazados por una extraña sensación que no reconozco. Aparto los brazos.

—¿Cuernos? —le cuestiono.

—¿Me estás preguntando que si alguna vez le has puesto los cuernos a alguien? Porque me temo que a esa pregunta solo puedes responder tú. Y si lo que quieres saber es si yo alguna vez le he puesto los cuernos a alguien…, pues la verdad es que es un tema controvertido para un adolescente cachondo como yo.

Cierro los ojos y llevo la cabeza para atrás hasta apoyarla en el frío cristal. Estoy empapada en sudor y aún me tiemblan las piernas,

pero al menos ahora ya se mueven cuando se lo ordeno.

—Te acabo de decir que he estado a punto de matarte con una horca. ¿De verdad crees que es momento de andar con este tipo de bromas?

—Bueno, lo siento. Para mí el humor es un mecanismo de defensa. Recurro a él cuando estoy muerto de miedo. Y hablando de miedo…, debemos marcharnos de aquí. —Me ofrece su ayuda, pero aparto su brazo de un manotazo y me levanto sola del suelo.

Cojo también la capa y me quito los trozos de cristal que quedan antes de envolverme con ella.

—¿Sabes hacia dónde vamos?

—Mmm… sí, creo que he dado con la manera de salir de aquí. Pero tenemos que permanecer juntos. Así que venga, dame la mano.

Dudo antes de suspirar y, sin querer, vacilo al agarrarme a la mano que me tiende. Tiene las manos suaves y yo soy muy consciente de que las mías están sudadísimas. ¡Qué vergüenza! Bueno, si se ha dado cuenta, ni se ha quejado.

Me guía con una confianza que yo aún no tengo en él. Virando entre todos los espejos, solo hace una pausa una vez para asegurarse de en qué dirección ir, y enseguida logra ubicar nuestra posición en el laberinto sin dejar entrever el más mínimo atisbo de duda.

Mi corazón se agita y me oigo jadear mientras trato de seguirle el ritmo.

—¿En serio me estás diciendo que los espejos no te hicieron nada? —le pregunto entre una respiración y otra—. ¿De verdad que en ningún momento te mostraron la peor parte de ti mismo?

—Digo yo que será porque peor de lo que soy ya no podré ser. —Nate se encoge de hombros—. Supongo que debería sentirme ofendido.

No puedo evitar reírme. ¿Cómo puede ser tan seguro de sí mismo y autocrítico al mismo tiempo? A lo mejor no tiene más que una coraza. Sé bien lo que es eso.

Bajo la cabeza y me centro en mis pies mientras Nate nos dirige con éxito hacia la salida y esboza una sonrisilla triunfante. Intento devolverle la sonrisa, pero la mía muere en mis labios en cuanto veo mi reflejo otra vez justo antes de despedirnos de la parcela en la que estamos. Los cuernos y la cola son solo una sombra ya, un humo negro que rodea mi figura, pero siguen allí, todavía están presentes. Sigo a mi compañero de viaje hacia la puerta con la mirada fija en su nuca.

Este lugar me ha revelado a mí el monstruo que soy, sin embargo, no ha tenido ningún efecto en el chico enviado aquí por ser el monstruo que una vez fue.

De súbito ya no estoy segura de a quién de los dos debería tener más miedo.

XV

Cruzo el puente que parte de la parcela con piernas temblorosas. Nate me observa, y puedo ver la preocupación en su rostro. Me pongo otra vez la capucha y me esfuerzo en mirar al frente. Tampoco hace falta que vea lo mucho que esos espejos me han puesto de los nervios.

Atravesamos un segundo puente y poco a poco consigo relajarme al ver que nos acercamos a los muros de otra caverna.

No se ve a ningún soldado esperándonos y, además, las cuevas siempre nos brindan cobijo y nos ayudan a permanecer ocultos. Aún tenemos por delante otra subida, pero, una vez arriba, deberíamos estar ya casi del todo fuera de Lapis.

De pronto siento un fuerte dolor en la espalda y carraspeo.

«Devicaaa…».

El dolor me atenaza y la sangre me cae por el rostro. Esa voz. Es la misma que la del espejo.

—Nate —lo llamo, y me quito la capucha—. ¿Oyes eso?

Se para y trata de escuchar.

—¿Que si oigo el qué?

Espero un segundo, pero la voz se ha ido.

—Nada, nada. Déjalo. —Me rodeo a mí misma con los brazos. Nate me acaricia el pelo, pero rehúyo su roce y lo atravieso con la

mirada—. No necesito ningún consuelo.

—No tenía intención de consolarte. —Deja caer las manos a un lado—. Tienes trozos de cristal en el pelo. No debiera haber roto el espejo estando tú tan cerca, pero me angustiaste y reaccioné como pude.

Noto calor en las mejillas.

Se suponía que tenía que ser yo la que lo salvara a él, no al revés.

Sacudo de nuevo la cabeza y una miríada de cristalillos caen al suelo y chocan con la piedra que hay a nuestros pies, atrapando la luz como un bonito mosaico.

—Hiciste lo que tenías que hacer. Además, yo me curo enseguida.

Rodeamos el muro y nos metemos en una cueva tan profunda que es imposible averiguar dónde termina. En algunos tramos hay antorchas colgando de las paredes, las cuales crean unas zonas anaranjadas en mitad de la oscuridad que engulle a Nate cuando se aparta de la luz.

«Devicaaa…». La voz rebota en las paredes y noto que se me tensan los hombros. Pero aquí no hay nadie más.

Aprieto la mandíbula y reanudo el paso al ritmo de Nate.

«Es un pecador. Ya sabes lo que tienes que hacer».

Me tapo las orejas con las manos.

—¡Déjame en paz!

—¿Devica? —me pregunta Nate—. ¿Con quién hablas?

Quito las manos, me paro y cojo aire mientras trato de escuchar algo que se salga de lo normal. Pero solo oigo el eco de unos pasos a mis espaldas. Mi dolor va en aumento, y, de pronto, desaparece.

—Con nadie. —Doy un paso tras Nate mientras el camino ante nosotros se estrecha—. Estaba pensando en voz alta.

Avanzamos por la cueva, y echo un vistazo por encima del hombro siempre que pasamos por una zona con luz. No nos sigue nada más que nuestras sombras, las cuales danzan a una sobre las paredes con cada crujido de las llamas.

«Hazlo, Devicaaaa… Hazlo…». —La voz me perfora el cerebro, suena aún más alta que en la parcela 11. El calor vuelve a recorrer toda mi columna y, de pronto, un nuevo grito me sobrecoge:

«Tiene que pagar por lo q…».

Mi mente se quiebra al tomar conciencia, como los nubarrones que se disipan tras el paso de la tormenta.

¿Qué estoy haciendo? Él es un pecador. Y yo soy un demonio. Mi trabajo consiste en castigarlo. Me engañó para que lo ayudara aquella noche en que entró en mi dormitorio.

Será retorcido y listo este caminante oscuro.

Nate va solo un paso por delante de mí. Saco la espada y la levanto por encima de mi cabeza procurando no hacer ruido. Está tarareando una canción que no consigo reconocer.

«Devicaaa… —trona de nuevo la voz—. Dale una lección. Acaba con él».

No verá venir el golpe. Puedo convertirme en la heroína que lo lleve de vuelta en lugar de en la villana que lo libere.

Me abrasa el cuerpo. Las lágrimas me nublan la visión y me muerdo la lengua con tanta fuerza que la sangre me llena la boca. Agito el brazo mientras resisto la necesidad de asestarle un golpe certero. No lo haré. No le haré daño.

La espada repiquetea en el suelo. El dolor me recorre el cuerpo como si fuera a arrancarme la piel que me cubre los huesos. Me tiro al suelo de rodillas y voy hacia atrás y hacia delante, apretando los

dientes y plantando cara a mis ganas de empuñar la espada de nuevo.

—¿Devica? —Nate cae de rodillas ante mí y me agarra las manos —. ¿Estás bien?

Me apoyo en los talones y estudio con detenimiento mis brazos. Los trocitos de cristales me han arañado y me han dejado la piel roja, pero ninguno ha llegado a cortarme. El dolor me quema como el fuego entre las escápulas, y aprieto los dientes contra la cuerda.

—Creo que tengo un trozo de espejo dentro. Y que está intentando controlarme.

—¿Qué estás diciendo?

—En la espalda —susurro—. Creo que tengo un trozo clavado en la espalda.

Nate se coloca detrás de mí y me desabrocha la capa. Todo mi cuerpo se estremece con violencia, y mis dientes chocan unos contra otros. Nunca he sentido un dolor así. Si esto es lo que los humanos sienten en nuestras parcelas, ya entiendo por qué nos odian tanto. A mí tampoco me gustaría pasar por ello.

Nate suspira cuando mi capa cae al suelo.

—¿V-v-ves algo malo? —tartamudeo, enfrentándome a la negrura que amenaza con apoderarse de mí.

—De momento no veo nada. Sí, bueno… Aquí tienes… Son unas… Tienes alas.

Me clavo las uñas en las costillas y suelto un gruñido.

—Sí, eso lo sé. Pero ahora encuentra el cristal, Nate. A menos que quieras ser amable conmigo y estés dispuesto a quitarte la cabeza de tu cuerpo para dármela a mí.

—Eh, no, eso mejor no. La necesito. Mi cara es de las cosas más

bonitas que tengo. —Sus dedos rastrean la espalda de mi vestido rozando apenas mi carne ardiente—. Por aquí no veo nada —murmura—. Tendría que desabrocharte el vestido. ¿Quieres que lo haga?

En otras circunstancias, ante una propuesta así le habría dado un puntapié como hice con Ferus, pero ahora me limito a respirar hondo cuando otra punzada de dolor me abate.

—No me importa, Nate. Tienes mi consentimiento.

Me desata la parte de atrás del vestido y lo deja caer. Sus dedos recorren mi piel desnuda, con tanta suavidad como el humo de una llama, hasta que presiona un punto que me abrasa tanto que unos destellos blancos estallan detrás de mis ojos.

—Sí, sí. Aquí tienes algo. Lo tienes bajo la piel. Parece enfadado. Está negro y… ¿palpitante? No tiene buena pinta.

Los dientes me castañetean, y eso que el sudor recorre cada minúsculo rincón de mi cuerpo. No lo soportaré mucho tiempo más. Siento que voy a perder la consciencia por momentos.

—Tendrás que sacármelo como sea.

Las manos de Nate abandonan el contacto con mi espalda.

—Lo siento, no puedo hacerlo. Soy la persona más aprensiva del mundo. Si ni tan siquiera soy capaz de ver las series sobre hospitales. Me resultan muy gore.

Lo maldigo en silencio.

—¡Venga ya! No es más que piel y sangre, Nate. Si no, ese trozo nunca me saldrá por sí solo, y, si lo dejamos ahí, me matará a mí o nos matará a los dos.

Se muerde el labio superior y levanta la cabeza.

—Vale, vale. Pero ni se te ocurra dejarme aquí tirado si me caigo

redondo.

—No prometo nada. —Me gustaría sonreírle, pero, cuando voy a hacerlo, otra punzada de dolor me destroza y me doblo sobre mis rodillas. Apoyo las palmas en el suelo y las piedrecillas de la grava se me clavan en la piel.

—Date prisa, te lo ruego.

—Vale, allá voy. Respira hondo. —Y en ese instante se saca un cuchillo del cinturón y empieza a hacerme cortes.

XVI

El dolor que sentía antes no es nada en comparación con la agonía que desgarra mi piel cuando me hace el primer corte. Cierro los dedos formando un puño y aprieto con todas mis fuerzas la mandíbula para no gritar. La cueva gira a mi alrededor y nuestras sombras se derriten y caen pared abajo como la cera de las velas cuando el sudor y las lágrimas me ciegan.

Nate suelta un gruñido y el dolor se vuelve caritativo conmigo y desaparece. Los músculos se me desentumecen y me dejo caer al suelo.

Lo veo sostener un trocito de vidrio de un tamaño no mayor al de un guijarro. Centellea en naranja y rojo a la luz de la antorcha.

—Diría que ya lo tengo.

Le cojo el diminuto fragmento de cristal y lo coloco en el centro de la palma de mi mano, con cuidado de no cortarme de nuevo. No siento vibrar ninguna voz mágica a través de él. Se ve minúsculo, pero sonaba altísimo.

Pongo cara de sorpresa.

—¿Esto fue capaz de provocar todo eso?

«Devica…», balbucea contra mi piel.

No, salta a la vista.

Miro por la cueva, no hay nadie excepto nosotros y las llamas y

las luces que van y vienen de las antorchas que cuelgan de las paredes. Las antorchas. Me cierro el corpiño y corro hacia una de ellas para lanzar el cristal a las llamas. La voz se extingue con un silbido, y yo vuelvo a hundirme en el suelo, exhausta.

Nate se arrastra hacia mí y agarra mi mano.

—¿Devica?

—¡Chisss! —El único sonido es el crepitar del fuego rebotando en las paredes. Tomo una bocanada grande de aire por primera vez desde que salimos de la parcela 11 y vuelvo a apoyarme contra la pared—. Por fin. Se ha ido.

Me tiemblan las manos, así que las oculto bajo las piernas para que Nate no se entere. Teóricamente era yo la que tenía que ingeniárselas para sacarnos a los dos de aquí, y resulta que casi soy engullida por uno de los castigos de mi padre. Vamos, que no he tenido un gran momento de lucidez por el que enorgullecerme.

Nate carraspea y baja los ojos.

—Creo que… debería desinfectarte la herida y… no sé… tal vez… abrocharte el vestido.

Siguiendo su mirada, abro mucho los ojos mientras echo mano a mi vestido desabrochado, el cual empieza a caer por mi pecho. Consigo agarrarlo antes de que deje al descubierto más de lo que debe, y noto que las mejillas me arden. A continuación me giro para darle la espalda.

—Sí, gracias. Tengo agua y un pequeño botiquín de primeros auxilios en la bolsa.

Va veloz a por mi bandolera y se sitúa detrás de mí. El agua está más bien tibia (es difícil conservar el frío aquí), pero aun así doy un respingo cuando cae sobre mi piel caliente.

Las manos de Nate pierden el contacto con mi espalda.

—¿Te encuentras bien?

Asiento con la cabeza.

—Sí, sigue.

Me limpia la herida con suavidad, dibujando pequeños círculos con los dedos sobre mi espalda. Cierro los ojos y relajo los hombros. Ya casi no me duele la herida del cristal, y el corte sé que sanará solo, pero en ningún momento le digo que pare. Debería apartarme, pero me gusta la sensación de tener a alguien cuidándome.

—No hay duda de que eres una caja de sorpresas —murmura Nate.

Giro el cuello, y lo contemplo asomando la cabeza por encima del hombro.

—¿Qué quieres decir?

Nate me da golpecitos en la espalda con un trozo seco de gasa, y lo hace con tanta delicadeza que es como si el tejido le estuviera susurrando algo a mi piel. Y yo me estremezco al sentirlo. De pronto me enseña el apósito.

—Mira tu sangre, Devica. Es azul… Y… brilla. Por eso no vomité al ver tu corte antes, porque… porque, fíjate, tu sangre es bonita. Como tú. —Entonces es como que se da cuenta de lo que me está diciendo y empieza a farfullar, bajando la gasa y los ojos al mismo tiempo. No estoy segura al cien por cien porque estamos medio a oscuras, pero juraría estar viendo una especie de explosión en rojo escarlata sobre sus mejillas.

Sus palabras envían un hormigueo a mi estómago, similar al del primer sorbo de vino de sangre después de un largo día. Nunca antes nadie me había llamado guapa. Bueno, Ferus me dijo que era

increíble, pero ese ser no cuenta. De la boca de Ferus no puede salir nada sincero.

Lo miro, inquisitiva.

—¿Has dicho que mi sangre es bonita?

Evita mirarme a los ojos y se concentra en volver a anudarme el corsé, aunque esta vez sus manos manipulan las cuerdas con manifiesta torpeza.

—Cuando vi tu sangre, me pareció algo… mágico, poderoso. Fue una cosa extraña. Por primera vez en todo este tiempo sentí que de verdad nos sacarías de aquí y que todo iría bien para los dos.

No se me ocurre qué responderle. Tiene más fe él en mí que la que yo pueda tener después de la que armé en la anterior parcela. Llegados a este punto, podemos darnos con un canto en los dientes si no nos pillan o nos matan.

En cuanto termina con mi corsé, me da una palmadita en el hombro y se da la vuelta otra vez para apoyar la espalda en la pared. Me veo reflejada en él, y cierro los ojos nuevamente. Mi corazón recupera el ritmo normal de sus latidos cuando el recuerdo de su piel acariciando la mía sube por mi espalda.

Permanecemos sentados en silencio tratando de recuperar el aliento.

—¿Devica? —me pregunta, y su voz rebota en las paredes.

—¿Sí? Dime.

Nate se gira para mirarme.

—No me contestes si no quieres, pero ¿qué viste en esos espejos?

Me muerdo el labio inferior y jugueteo con mi manga. Si pudiera borrar aquellas imágenes de mi cabeza, lo haría. Sin embargo, los ojos de Nate son sinceros y, pese a todas las advertencias que me

han bombardeado la cabeza, estoy decidida a confiar en él.

Inspiro.

—Me vi… a mí misma. A la persona, o la cosa, en que me estoy convirtiendo. Cuernos negros, alas rojas. Estaba horrible y furiosa. Lo único que quería era castigar duramente a todo el que se lo mereciera, tú incluido. —Bajo los ojos al suelo que nos separa a ambos—. Ya sabes que esos espejos te muestran las peores partes de ti mismo, y lo único que yo vi es que soy el retrato de mi padre.

—No me lo creo. —Nate se echa hacia delante de tal manera que nuestras piernas se tocan—. Tú no eres así.

Me seco las palmas de las manos en la falda y lo miro con el ceño fruncido.

—Apenas me conoces. Soy la sucesora de mi padre.

—Me da igual que seas su sucesora o no, pero has demostrado que tú no eres así.

Suelto un bufido.

—Pero si casi te ensarto como a un pincho moruno.

—Es igual. Lo que cuenta es que no lo hiciste. —Me aparta el flequillo de la frente y sus dedos vuelven a dejar en mí un hormigueo intenso a su paso—. Y tampoco tienes cuernos. Ni siquiera minicuernitos.

—Ya tengo alas. —Es muy amable por su parte lo de intentar demostrar que no tengo razón, pero sé de sobra a qué voy abocada si no logro salir de aquí—. Y los cuernos probablemente serán lo siguiente.

Alza las cejas, pensativo.

—¿Y de qué color me dijiste que eran tus alas cuando las viste en el espejo?

—Rojas. Del mismo color que las de mi padre.

Nate se inclina hacia mí, tanto que su rostro queda a solo unos milímetros del mío.

—Devica, ¿has visto tus verdaderas alas?

Pongo cara de no querer reconocerle que no.

—A decir verdad, la última vez que me vi en un espejo normal, no eran más que algo parecido a unos muñones.

—Pues te han crecido desde entonces. Ahora mismo de esos muñones te salen unas cuantas plumas. Y puedo asegurarte que no son rojas—. Nate se saca algo del bolsillo delantero de su chaleco—. Aquí tienes una. Se te ha caído cuando te estaba sacando el cristal. Y la he recogido del suelo porque no sabía si la necesitarías.

Me pone la pluma en la palma de la mano y la observo con detenimiento a la luz del fuego. Siento calma al verla bien. En efecto, las plumas de mi padre no son así. De hecho, no se parecen en nada. La pongo a la luz con dedos temerosos.

—¿Es…? ¿Son… son negras?

—Y doradas. —Se apoya en mi hombro y levanta la vista para ver bien la pluma—. Son muy muy bonitas, Devica.

El estómago se me vuelve a poner del revés cuando le oigo pronunciar esa palabra de nuevo. Pero no miente. Son impresionantes. Negras como las de un cuervo y con oro entretejido… como si fueran una obra de arte recién salida de unas manos expertas.

—No puede ser —bisbiseo. Toda la cueva me da vueltas ahora mismo, se centra y se descentra ante mis ojos. Mi corazón se desboca de nuevo y aprieto la mano en torno a la pluma.

Ya he visto un diseño como este antes. No en persona, sino en las

imágenes que calciné en los aposentos de mi padre.

—¿Qué te pasa? —quiere saber—. Ni que hubieras visto un fantasma.

Justo cuando voy a abrir la boca para responder, una voz llega desde el otro extremo de la cueva.

—Por aquí.

Me quedo pálida. Había deseado con todas mis fuerzas no volver a escuchar esa voz nunca más. Y mucho menos tan pronto. Aún no me he recuperado del todo.

—He oído algo por aquí. —La voz se acerca cada vez más. Es exactamente la misma voz que siempre me ha susurrado en la oreja en Dominus. El frío se adueña de todo mi cuerpo.

Ferus.

XVII

No puedo moverme.

La cueva gira a mi alrededor y el suelo trata de absorberme como arenas movedizas.

Ya no hay nada que hacer.

Nate me toca el brazo y cruzamos una mirada. Sus ojos me aportan calma, me liberan del barro que queda a mis pies. Apunta con la cabeza en dirección contraria a las voces, y le digo que sí con un movimiento del cuello.

Cojo la espada del suelo mientras él se coloca mi bolso en el hombro y nos escabullimos en las profundidades de la cueva.

—Tenemos órdenes directas de llevarla de vuelta ante el jefe. —La potente voz de Ferus suena con fuerza a través de las paredes que tenemos detrás. Tengo la piel de gallina—. Está furioso. Le da exactamente igual lo que hagamos con el caminante oscuro. Lo único que quiere es tener a su hija de vuelta en casa ya, cuanto antes.

Sus palabras golpean con fuerza mi cuerpo y me tenso. Es demasiado tarde para declararme inocente. Pero no puede ser que, de todos los demonios que hay por aquí, tenga que ser precisamente Ferus el que me entregue.

—¿Por qué lo habrá hecho? —cuestiona una segunda voz que no

reconozco—. ¿Por qué iba a ayudar a escapar a un asqueroso caminante oscuro?

*¿*Asqueroso*?* Nate me mira con aire insolente.

Me encojo de hombros y lo empujo hacia delante, y avanzo arrancando las antorchas a mi paso y apagándolas contra la piedra. La oscuridad debería darnos tiempo.

—¿Qué más da eso? —replica Ferus, cada vez más y más cerca—. A mí lo único que me importa es que el demonio que la lleve ante el jefe obtendrá un importante ascenso a cambio… Y, como supondrás, yo tengo que ser ese demonio.

No si yo puedo evitarlo.

Le doy otro empujón a Nate para indicarle que acelere, porque voy pisándole los talones. Si logramos perderlos de vista en el siguiente túnel, pensarán que hemos tomado un camino diferente y se darán la vuelta.

Por fin se atisba la luz de la salida, y levanto los hombros. Venga, ya casi hemos llegado. Hay una sombra en el hueco, y abro los ojos como platos al verla. Otro soldado. Vaya, estamos rodeados.

«Joderjoderjoder».

Tiro de la parte de atrás del chaleco de Nate y lo obligo a pegarse a la pared. Y entonces arrimo mi cuerpo al suyo y presiono con fuerza para ganar espacio. Respira fuerte, y el aire que sale de sus pulmones me despeina el pelo que me cae sobre los hombros. Me llevo el dedo índice a la boca y él asiente, y después descansa su mentón en mi sien.

Estamos tan tan cerca que su corazón parece chocar con el mío, y el ritmo acompasado de ambos me aparta de mis pensamientos. Ay, maldito sea mi padre por darles aliento y latidos a los caminantes

oscuros cuando decidió que los castigos serían más tortuosos si aquí abajo los humanos estaban tan vivos como en la Tierra.

No podemos continuar aquí. Ferus terminará alcanzándonos, pero, si tomamos la salida que tenemos justo delante, esos soldados nos arrestarán también. «Venga, venga, Dev. Piensa algo». Me obligo a concentrarme en cualquier cosa que no sea en lo bien que el cuerpo de Nate encaja en el mío.

Algo duro me presiona el muslo.

«El casco de Diripo. Claaaro».

Se me ocurre una idea. No es que sea soberbia, pero, bueno, podría funcionar.

—Nate —le digo por lo bajini—. Necesito que confíes en mí.

Está muy oscuro y soy incapaz de adivinar la expresión de su rostro, pero asiente con la cabeza.

Lo rodeo para llegar al bolso que está contra la pared. Debe de estarse dando cuenta de que la situación es seria, porque por primera vez no hace una bromita de las suyas. Bueno, menos mal que las esposas que le arrebaté a Diripo siguen todavía ahí.

Se las pongo delante de las narices para que pueda ver bien la plata que sostengo en la mano.

—Ahora pónmelas.

—¿Las esposas? —pregunta.

Se las doy sin responderle. La placa con el nombre de Diripo sigue aún prendida de su pecho. Se la arranco de un tirón y la escondo en el bolso. A continuación le tiendo las muñecas.

—Venga, rápido, Nate. Necesito que las cierres hasta que se iluminen.

Levanta una ceja.

—Pero no me has dado ninguna llave.

—El botón verde que tienes en el cinturón es el que las abre. Y ponte el casco. Debes llevarlo puesto y con el visor bajado todo el tiempo. Pase lo que pase, mantente firme en tu papel. A partir de ahora serás un soldado. Un demonio. Y tendrás que dejarte guiar por tus impulsos más oscuros.

Se torna una especie de sombra ante mí cuando se coloca el casco y me esposa. Su respiración es tan superficial como la mía, si bien la suya es amplificada por el visor que le cubre el rostro.

Su miedo debería ponerme aún más nerviosa, pero admito que me siento extrañamente reconfortada al saber que no estoy sola.

Una vez que me ha colocado las esposas en las muñecas, Nate presiona el botón para cerrarlas.

Suena un pitido cuando la cerradura encaja en su sitio y, al instante, en las esposas se ilumina una luz verde. El dolor se propaga por mis muñecas y un repentino agotamiento me deja fuera de juego. Me tambaleo y voy directa a frenar en su pecho, y me pongo roja al sentir que me agarra.

—Este tipo de esposas se crearon para apresar tanto a caminantes oscuros como a demonios —le explico—. Por eso, mientras las lleve puestas, perderé toda la fuerza. Y cuanto más las lleve, más me debilitaré. Así que… eso quiere decir que tenemos que tratar de salir de aquí muy rápido. Y en cuanto estemos fuera, tienes que quitármelas, ¿vale?

Asiente de nuevo, y su corazón vuelve a hacer un ruido sordo contra mi mejilla. Cierro los ojos y respiro entrecortadamente antes de ponerme de pie. Ahora mismo todo depende de él. Mi destino está en manos de un caminante oscuro.

«No la cagues», le ruego en silencio mientras avanzamos a zancadas hacia la salida, con mis rodillas amenazándome a cada paso con no sujetarme más. En cuanto nos hacemos visibles, los soldados vienen a toda velocidad hacia nosotros, con sus cuchillos y porras alzados. Pero frenan en cuanto les enseño mis muñecas esposadas y les pongo cara de pena por la derrota.

Unas botas golpean el suelo tras nosotros causando un gran estruendo, y, de improviso, Ferus sale de la cueva, con soldados flanqueándolo a uno y otro lado. Como es la mano derecha de mi padre, Ferus no está obligado a llevar casco ni el uniforme de soldado que sí luce el resto. Mas incluso sin esos formalismos, tiene una pose desconcertante, ahí vestido todo de negro, con su piel de un rojo intenso brillando bajo la tenue luz del lugar y la boca curvada como rasgo fundamental de su cara de desprecio.

Tenso la mandíbula y noto el sudor cayéndome por detrás del cuello. Los dedos de Nate siguen rodeando mi antebrazo y se acerca aún más a mí. Su roce me infunde valentía y, determinada a plantarle cara a Ferus, aprieto los puños.

Si ya lo gané una vez, puedo volver a hacerlo. Y aunque ahora no logre derrotarlo, siempre tendré conmigo la satisfacción de haberlo golpeado donde le dolía.

—Bueno, bueno… ¿Qué tenemos por aquí? —Ferus chasca la lengua mientras sus ojos recorren mi cuerpo. Me entra un escalofrío, pero aun así no reculo—. Hola, princesa. Cuánto tiempo sin disfrutar de tu presencia.

—No tanto. —Alzo el mentón y entorno los ojos en actitud desafiante—. Y no vuelvas a llamarme «princesa», pedazo de imbécil. Haz el favor de explicarle a Metus que ha cometido un grave

error —pronuncio el primer nombre que se me ocurre, y cruzo los dedos para que el soldado al que estoy mentando no se encuentre entre ese grupo. Normalmente Metus trabaja solo en Dominus, pero soy consciente de que ahora mismo mi padre tiene a todos sus hombres buscándome—. Por algún extraño motivo me ha detenido, y llevo un buen rato tratándole de explicar quién soy, pero ni me escucha ni atiende a razones. —Nate ni se inmuta, así que con disimulo le doy un codazo en las costillas—. ¿Es así o no es así, Metus?

—Oh, sí, sí. Así es. —Nate trata de bajar tanto la voz que le sale una especie de bramido ronco que me cuesta creer que provenga de alguien como él. De una sacudida, me arrastra hacia sí—. ¡Ni te muevas, prisionera! ¡Ya eres mía!

Me encojo y tiemblo de miedo, pero los soldados no reaccionan. ¿Se lo estarán tragando?

Ferus se frota las manos.

—Lo que sucede, princesa, es que tenemos órdenes tajantes de llevarte con tu papaíto. Por lo que parece, has ayudado a fugarse a un pecador de la parcela 13 y habéis tratado de esfumaros juntos. Tu venerable padre no está muy contento contigo, yo diría. Incluso lo he oído hablar de darte un chapuzón en el río Ignis si no vas con una buena explicación de lo sucedido. Por tu bien deseo de corazón que cambie de opinión…

Sus últimas palabras las acompaña de una amplia sonrisa.

Ferus nunca desea nada así.

Al contrario: me arrojaría al río él mismo si pudiera sacar cualquier mínima cosa de ello.

Me mordisqueo la parte interior de la mejilla para ver si de este

modo consigo contener las lágrimas que amenazan con brotar de mis ojos. Es imposible, Ferus no nos perderá de vista a Nate y a mí.

—Ferus, tú ya me conoces. Y me conoces demasiado bien. —Pestañeo coquetamente y lo miro con los mismos ojos inocentes con que miré a Diripo en aquel saliente, por mucho que por dentro sienta que me estoy rompiendo por momentos. Apoyo con suavidad las manos en su pecho y le pongo carita de no haber roto un plato —. Odio a los caminantes oscuros. Los detesto. Son perversos, asquerosos e impíos. —Le recorro el pecho con el dedo, y respiro como tratando de contener la bilis que ya me quema la garganta—. Además, dime, ¿acaso ves a algún caminante oscuro por aquí? Yo también me enteré de que uno se escapó de su parcela, así que fui tras él para tratar de encontrarlo y cepillármelo. —Nate casi se atraganta bajo el casco—. Para castigarlo, quiero decir.

Ferus me mira con un fingido interés y se quita mis manos de encima.

—Buen intento, princesa. Pero tú sabes tan bien como yo que estás mintiendo. Tu padre llamó a Attero para interrogarlo.

En ese instante me desmorono.

«Pobrecito Atty».

Mi padre no es muy venerado precisamente por sus amables técnicas de interrogatorio. Y Atty ha sido víctima de ellas por mi culpa. Entiendo que mi padre pensara que él tendría que saber dónde estaba yo. Hasta donde sabe (o hasta donde le interesa saber), Atty y yo seguimos siendo uña y carne.

Ferus prosigue.

—Tu amiguito admitió que habías dudado de tu padre en lo referente a su sentencia para este caminante oscuro. Y también le

contó que pilló al caminante oscuro en cuestión encima de ti en la cama. —Se inclina hacia mí y me susurra algo al oído. Su vomitivo aliento impregna todo el aire a mi alrededor—. Honestamente, princesa, si no me diera tanto asco, diría que estoy impresionado.

Lo fulmino con la mirada. Puedo llegar a perdonar a Atty por su traición, porque sé bien que nadie puede escapar a la manipulación psicológica de mi padre, pero lo que no tiene un pase es que el demonio más asqueroso, nauseabundo y ruin del Infierno me hable de ese modo. Y no lo permitiré.

—Para empezar —le espeto con las mandíbulas apretadas—, yo a ti no tengo que darte explicaciones. Pero, aun así, si te empeñas en meter tus sucias narices en mis asuntos, te diré que el caminante oscuro irrumpió en mi habitación. Y terminamos… como terminamos porque los inútiles soldados de mi padre no están entrenados para llamar a las puertas. ¡Las tiran abajo directamente! —Doy una patada al suelo—. Por eso salí en su busca. Para que le quedara claro cuál es su lugar aquí abajo. Tú y yo queremos lo mismo, Ferus. Déjame libre, y podremos dividirnos y encontrarlo antes.

Ferus se pasa la lengua por los dientes.

—Me encantaría, princesa, pero tu padre prometió un muy buen ascenso a quien te llevara ante él. —Me acaricia el cuello, y la punta de sus dedos me quema sobre la piel como el hierro candente—. Y ambos sabemos que yo solo aspiro a lo mejor. Mi oferta de unir nuestra existencia sigue en pie. Si la aceptas, estoy convencido de que podré hablar con tu padre respecto de este pequeño desliz que has tenido.

Lo aparto de un empujón mientras Nate tose repetidamente con intención para terminar hablando en un tono tan bajo y controlado

que llego a dudar de que sea él el que está bajo el casco.

—Yo soy quien la ha capturado. Y eso significa que seré yo quien la entregue.

Me pasa el brazo por los hombros y me acerca todavía más a él. Debería estar atemorizado. Ferus sería capaz de cortarle de cuajo las cuatro extremidades con un solo movimiento de espada, y encima disfrutaría haciéndolo. Por suerte, Nate tiene el cuerpo más duro que el de una estatua. Me inclino sobre él, apenas siento las piernas y parece que me voy a caer, ya que las esposas me roban toda la energía. Nate me agarra con más fuerza. Percibo sobre mí sus dedos tiernos y protectores, y me dejo caer sobre él, con la certeza de que me agarrará.

Ferus suelta una risotada.

—No digas estupideces, Metus. El jefe jamás ascenderá a un tipejo como tú. Dámela y ya me encargaré yo de que recibas tu recompensa.

Doy un paso tembloroso hacia Ferus, y me tambaleo cada vez más, pues mis piernas no pueden seguir soportando mi peso.

—Yo no me pienso ir con nadie. Yo soy tu princesa. No me creo que te hayas olvidado de ello si te pasas el rato llamándome así. Y no solo eso. No solo soy tu princesa, soy ya casi tu reina. Y dentro de poco seré yo quien te dé órdenes.

—Un casi no significa nada, *Deeeviiicaaa.* —Ferus pronuncia mi nombre alargando cada sílaba como si estuviera tratando de masticar un trozo de carne demasiado hecho—. El casi nunca es garantía de nada. Es más, después de la idiotez que has hecho, yo que tú me iría despidiendo del trono. Ahora mismo te llevaré ante tu papá y me aseguraré de que me dé lo que es mío. Créeme que te

entregaré a él por las buenas o por las malas.

Las pocas esperanzas que albergaba cuando salí de Dominus de pronto se han desvanecido. Nada ha salido como lo había planeado.

Agacho la cabeza y la derrota pesa sobre mis hombros. Nadie habla mientras yo visualizo mi destino. Nuestra banda sonora son los gritos que llegan de las parcelas que están bajo nosotros. Una puerta que me resulta familiar brilla a la luz del fuego y, sin pretenderlo, mis labios se curvan.

Por supuesto, Ferus tendrá que conseguir llevarnos de vuelta a casa primero.

No hay ni un solo vehículo a nuestro alrededor, lo que significa que los soldados irán a pie. Eso me dará margen para pensar cómo volver a ser libres.

Respiro hondo y miro fijamente los ojos negros del demonio rojo.

—Tú ganas, Ferus. Llévame ante mi padre.

XVIII

A Nate se le corta la respiración y me mira.

—Llévame ante mi padre, Ferus —le repito—. Pero Metus vendrá con nosotros. Me niego a ir sola contigo a ningún sitio.

Ferus considera mi oferta y con un movimiento de hombros me responde que le da igual.

—De acuerdo. Pero aun así yo seré el que me lleve el aplauso. Venga, vamos, rapidito. Ya hemos desperdiciado demasiado tiempo.

Nate y yo encabezamos el descenso por el estrecho sendero, y los soldados nos siguen formando una especie de cuello de botella. Bajamos por un tramo de escaleras derrumbadas que se curvan alrededor del camino por el que vinimos hasta aquí. Nate me sostiene cada vez que me tambaleo, pero yo no lo miro. Lo de las esposas fue cosa mía, pero debo reconocer que se me había olvidado lo mal que se siente uno cuando pierde toda su fuerza. El aire se torna denso y pesado, y trata de llevarme hacia atrás mientras avanzo. Ahora mismo bastaría una ráfaga de aire para derribarme.

Nate podría presionar el botón de su cinturón y liberarme, pero, con Ferus y todos los demás soldados detrás, no llegaríamos lejos ni con toda la fuerza del mundo que yo tuviera.

Cuando ya les sacamos un buen trecho y tenemos la certeza de

que no podrán oírnos, Nate se acerca aún más a mí y me pregunta:

—¿Cuál es tu plan, Devica? ¿En serio vamos a presentarnos ante tu padre?

Esquivo una roca manchada de sangre y me detengo a mirar por encima del hombro. Al percatarse de mi mirada, Ferus alza la barbilla y sonríe. Saca pecho y tensa los músculos para presumir de pectorales. Si tuviera energía, vomitaría aquí mismo.

—Claro que no —le contesto en susurros—. El punto débil de Ferus es su ego. Si los espejos de la parcela \\ me torturaron a mí, imagínate todo lo que podrán hacer sufrir a alguien como él. Por esa razón los demonios nunca pisan esa zona. Las imágenes que verían podrían volverlos locos. La mayoría de los demonios carecen de un lado bueno. Más bien en realidad ninguno lo tiene.

Doblamos la esquina y en la distancia se aprecia el resplandor de las puertas con espejos de la parcela 11. A mi derecha, un laberinto de escaleras sube y desaparece de mi vista.

La altura es de vértigo y, al verla, los pies dejan de responderme y me choco contra Nate con un gruñido.

Enseguida me agarra de los hombros para mantenerme en pie.

—¡Por los pelos! ¿Te encuentras bien?

Ferus esprinta para llegar hasta donde estamos, aparta con violencia a Nate y me agarra de la cintura.

—¿Qué le has hecho, inútil?

Nate levanta los brazos por encima de la cabeza.

—Yo nada, lo juro.

—Son las esposas. —Aunque las palabras salen de mi boca, retumban tanto que parece que vienen desde muy lejos. Forcejeo para tratar de quitármelo de encima, pero no lo consigo—. Sabes de

sobra que debilitan a los demonios.

—¿Quieres que te lleve en brazos, princesa? —Ferus presiona su cuerpo contra el mío. Hago todo lo posible por zafarme, pero mis brazos ya no me obedecen—. No me importaría en absoluto.

—No, muchas gracias —mascullo con la boca pastosa. Me va a costar horrores llegar a la parcela 11—. Pero pienso que sería mucho más fácil ir por aquí. Ahora mismo por esas escaleras me podría caer, y apuesto a que mi padre te bajará la nota si llego lesionada.

Ferus escudriña la resplandeciente puerta con los ojos entornados.

—Los demonios no entran ahí. Y tú eres consciente de ello.

—¡Ayyy! ¿Es que te da miedo? —Mis palabras son para él una gran ofensa, un agravio a la altura de cuando los demonios vierten alcohol en su vino de sangre—. Y yo que pensaba que tú eras un demonio grande y fuerte, y resuuulta que no eeeres más que un cobaaarde.

Los soldados que le cubren las espaldas a Ferus se ríen disimuladamente. Las mejillas de mi rival se tornan todavía más rojas que de costumbre mientras las llena de aire. Les lanza una mirada envenenada y todos callan de golpe.

—Yo no soy ningún cobarde, princesa —ruge Ferus—. ¿Hace falta que te lo demuestre? —Me agarra del brazo y tira de mí en dirección al puente.

Hago una mueca cuando el dolor está a punto de reventarme el hombro. Mis botas dejan huella sobre el asfalto mientras lucho contra él, pero no logro debilitarlo.

Nate y los soldados nos siguen. Mis piernas se mueven con torpeza sobre los tablones de madera del puente, me sale sangre de

las rodillas y toda la piel me escuece a rabiar por las miles de astillas que tengo clavadas. Noto la cara descompuesta por el dolor, pero me aparto de ellos. A sus ojos debo de ser la muñequita de trapo de Ferus, y no pienso permitir que encima me vean llorar.

«Venga, Dev. Vamos. Solo necesitas hacer tres cosas: escapar de Ferus, no perderte y mantenerte lo más lejos posible de esos espejos. Y tienes que aguantar de pie y resistir, claro. Perfecto, sí. ¿Qué podría salir mal?».

Nada más llegar a la altura de la puerta, Ferus me empuja contra Nate y la abre con un bufido. Se vuelve hacia mí en tono burlón.

—Las princesas primero.

Nate pasa su brazo alrededor de mi cintura y yo me refugio en su pecho al entrar en la parcela. Me duele el hombro izquierdo y las rodillas me abrasan. Tengo toda la pierna llena de sangre, y el rojo parece haberse instalado en el empeine de mi bota. Trago con esfuerzo, y abro y cierro los ojos varias veces para eliminar el rastro de mis lágrimas.

Nos adentramos en el laberinto de espejos y suspiro angustiada al ver mi reflejo. Estoy más pálida de lo que ya de por sí soy, y tengo el vestido sucio y estropeado por abajo. La raja lateral de mi atuendo deja al descubierto la herida que tengo en la pierna, de la que mana una sangre azul que cae directa al suelo. La sombra se extiende tras de mí y no puedo evitar ponerme a temblar.

Los brazos de Nate se tensan y me trata de tranquilizar musitándome al oído:

—No mires, Dev. Estás conmigo. Yo te agarro.

Aparto la mirada del espejo y hundo mi cara en su hombro, para dejar que sea él el que me guíe a través de los espejos.

Algo cruje bajo mi bota y me detengo sin previo aviso. Mi respiración se agita en el momento en que la luz resplandece oscilante sobre nosotros y un objeto centellea a mis pies. «Cristales». Una montaña entera de cristales. Claro, dejamos un reguero de ellos cuando escapamos la última vez. Los espejos de las paredes pueden cambiar, pero los fragmentos rotos no se han movido del sitio. Si conseguimos despistar a Ferus y su batallón y alejarnos de ellos, podremos seguir el rastro de los cristales para salir de aquí.

—¿Sucede algo, princesa? —Ferus aparece por detrás de mí—. No me digas que has cambiado de opinión... Fue idea tuya lo de venir aquí.

—No... no... Solo es que... no conozco el camino —le miento descaradamente mientras lo miro por debajo de mis pestañas—. Esssta veeez essstá diffferente... Mejor te sigo yo a ti. A fin de cuentas, tú eres el líder del grupo. Guíanos a todos.

—Está bien. —Ferus deja escapar un suspiro antes de asentir con la mirada puesta en Nate—. Y tú, asegúrate de que no se separe ni un centímetro de ti, Metus. Que no se escape.

—Por supuesto. Delo por seguro, señor —le contesta Nate con enorme formalidad. Cuando Ferus lo mira en señal de aprobación, Nate inclina la cabeza como queriendo mostrarle respeto.

¡Una actuación bárbara! Mentalmente le doy una palmadita en la espalda. Ferus sacude la cabeza y murmura entre dientes algo sobre que un buen trabajo siempre es duro, y, sin mayor dilación, se adentra en el laberinto.

Nosotros dos dejamos que el resto de los soldados nos adelanten y los seguimos, mientras nuestros reflejos se ven en el espejo como

un borrón negro y rojo. De nuevo entierro mi cara en el hombro de Nate, y él desliza con suavidad la mano hasta mi cadera para rodearla y sujetarme. Después de lo que pasó la última vez, entrar aquí es, sin duda alguna, mi peor pesadilla. Al menos esta vez no estoy yo sola con los espejos. Ni se oyen voces a mi alrededor.

—Agárrate bien a mí, Dev —me arrulla Nate. Y le dedico una tímida sonrisa como agradecimiento.

De súbito se escucha un crujido que llega desde debajo de su bota, y Ferus hinca la rodilla para agacharse a inspeccionar el terreno.

—Pero ¿qué...?

—¡Ahora! —le indico a Nate en un susurro, y mi corazón late tan fuerte que llego a oírlo—. Venga, suelta las esposas.

Nate se lleva la mano a la cintura, y las esposas liberan mis muñecas y caen al suelo con un fuerte ruido. Me siento menos mareada y por fin puedo coger una buena bocanada de aire. Todavía noto las piernas débiles, pero, pese a ello, consigo tirar de Nate entre los dos espejos mientras Ferus suelta un bramido.

Tiro del extremo de uno de los espejos y le ordeno a Nate que haga lo mismo con el otro.

—¡Ayúdame a juntarlos! —le pido.

Gotas de sudor caen por mi frente mientras empujo el espejo con todas mis fuerzas. Parece que voy recuperando mi energía, pero aún todo me supone un esfuerzo ingente. Al juntarse, los dos espejos emiten un intenso ruido, y enseguida se convierten en una masa sólida que crea una pared entre nosotros y todos esos soldados.

—¿Por dónde habrán ido? —La voz de Ferus resuena por toda la parcela seguida de un gruñido—. No os quedéis ahí plantados.

¡Encontradlos!

Me tapo la boca para impedirle el paso a mi risilla nerviosa.

—¿Y por dónde tiramos ahora? —me pregunta Nate.

Bajo la mirada y analizo el suelo. Algo resplandece al captar la luz procedente de la antorcha que hay sobre nosotros.

—Por allí —señalo—. Sigue los cristales.

—Da igual lo mucho que corras, princesa —me grita Ferus justo cuando nosotros estamos a punto de torcer la esquina. La furia que encierra su voz me cala hasta los huesos—. Te encontraré, te lo aseguro. Y cuando lo haga, te... te... Espera un momento. ¿Qué es eso? Oh, hola, guapo. ¿Qué quieres de mí?

Ferus continúa gritando cuando por fin llegamos a la salida, un sonido más propio de animales que de demonios. Un berrido que me sacude todo el cuerpo.

—No sé por qué me da... que a Fartus no le está gustando nada lo que está viendo —dice Nate.

La puerta se cierra despacio una vez que la hemos traspasado y, menos mal, deja del otro lado los bramidos. Me apoyo contra ella y respiro hondo mientras la fuerza poco a poco regresa del todo a mis extremidades.

—No podemos seguir por el mismo túnel por el que hemos ido antes. —Observo sin pestañear los acantilados que tenemos a nuestra derecha y los cientos de peldaños que llevan a ellos—. Tenemos que subirlos.

—¿Crees que podrás? —duda Nate cuando me agarro a su codo para recuperar el equilibrio—. Si aún no te ves capaz, yo te llevo.

—De eso nada, monada. El día que necesite que un caminante oscuro me lleve a cuestas, te aseguro que me lanzo al río Ignis yo

misma.

PARTE 2: AGUA

Atravesamos del círculo a la otra ribera,
sobre una fuente hirviente, y que vierte
en un arroyo que de ella deriva.
El agua era muy oscura sin ser negra,
y nosotros, en compañía de las ondas brunas,
fuimos bajando por una inusitada vía.

El Infierno de Dante, Canto VII

XIX

Caminamos durante días y nos escondemos en cuevas cada vez que vemos a las patrullas de soldados. Hacemos turnos para dormir ocultos en las sombras, pegados a las paredes y aferrados a nuestras armas.

Nate no se desahoga ni habla conmigo de su estancia en la parcela 13, pero la revive cada noche, y lo veo agitarse en sueños y despertarse empapado en sudor. Siempre que le pregunto, esquiva el tema con alguna de sus bromas y me dice que en el Infierno lo de transpirar es lo habitual.

Y no lo presiono. Yo también tengo pesadillas y en mis delirios nocturnos veo a Ferus y a mi padre riéndose mientras me lanzan al río Ignis, o revivo la imagen distorsionada de mí misma que me devolvieron aquellos espejos. Así que, aunque quisiera, no podría cargar con el dolor de Nate, al igual que tampoco esperaría nunca que él cargara con el mío.

El agua que traía desaparece enseguida, y tengo el vestido todo el rato pegado al cuerpo. Me reprendo por no haber sido más previsora y haber cogido algo de ropa de recambio; escondo la bandolera, ya vacía, detrás de una roca.

—Casi estamos a mitad de camino —digo con aplomo y con la punta de los pies asomando por el borde del precipicio y apuntando

hacia abajo—. ¿Ves esas islas de ahí delante? Eso es Aquarum, la ciudad del agua. Y te adelanto que las cosas se pondrán más difíciles a partir de aquí. Allí ya no habrá tantas cuevas como aquí en Lapis.

—¿Lapis? —Nate frunce el ceño.

—Sí, es donde estamos ahora, la ciudad de piedra. Pero no todo el Infierno es así. Ya sabes que mi padre creó un mundo entero aquí abajo.

Nate se deja caer al suelo y cuelga las piernas por el borde del acantilado. Entrecierra los ojos para tratar de ver la ciudad desde la distancia.

—Es tan… tan… roja.

—Sí. —Me agacho para sentarme a su lado, y mis doloridos pies me agradecen el descanso.

Desde donde estamos se ve cómo brilla Aquarum. Es la primera ciudad por la que pasaremos que no está iluminada por antorchas. En lugar de ello, tres grandes bolas naranjas flameantes llenan el cielo e iluminan las aguas rojo escarlata del lago Sanguis que tenemos debajo.

Al igual que en Lapis, aquí cada una de las parcelas se sitúa en una isla. Sin embargo, a diferencia de los acantilados negros y las aguas grises que hemos pasado semanas atravesando, en Aquarum solo hay un gigantesco lago de aguas rojas oscuras y orillas embarradas. Las parcelas están rodeadas por árboles altos y retorcidos cuyas ramas forcejean con el cielo como si también estuvieran gritando junto con los prisioneros.

—Es la playa más horrible en la que he estado nunca —suspira Nate.

—Peor que horrible. —Apoyo las palmas de las manos y enderezo la espalda—. Y la única forma de transitarla es por los puentes o en barco, porque no podemos caminar por esas orillas desiertas en las que no hay nada para ocultarnos. La verdad es que preferiría que fuéramos por los puentes siempre que sea posible, porque el camino es más rápido. Lo malo es que seguro que mi padre tendrá guardias apostados en todos ellos. Así que tendremos que ir con las orejas bien abiertas y guiarnos por lo que oigamos.

Mis palabras suenan más seguras y confiadas de lo que yo lo estoy.

Dejar Lapis supone abandonar este minúsculo confort que me quedaba. Crecí con todas estas piedras, así que aprendí a hacerme fuerte para encajar en mi entorno. El granito nunca podrá cambiar ni sorprenderte. Sin embargo, el agua es tan difícil de controlar como el fuego. Está constantemente moviéndose y cambiando, y te arrastra y lleva consigo cuando menos te lo esperas.

—Bueno, hasta ahora se nos ha dado bien —murmura Nate —.Formamos un buen equipo.

No le concedo el gustazo de responderle y darle la razón, pero es cierto que no se equivoca. Hemos pasado mucho tiempo juntos y en ningún momento me han entrado ganas de dejarlo tirado. Al contrario: su presencia a mi lado me ha transmitido una tranquilidad que no sabía que me faltaba. Creo que hasta me sentiré mal cuando pase todo esto y se lo entregue a mi padre.

De pie, me sacudo el polvo del vestido y echo un último vistazo a Lapis antes de descender la rampa. Cuando llegamos abajo y el lago carmesí resplandece ante nosotros, me estremezco y me abrazo a mí misma.

El agua no es algo que me resulte familiar. Mi experiencia con ella es más bien escasa. Supongo que en parte es porque solo la he surcado en el carruaje de mi padre, y también por todas las historias que mi progenitor me contó acerca de que lo que nos acecha en estas aguas da mucho más miedo que los monstruos de los muchos libros que he leído.

—Dev, para. —Nate me da un tirón desde detrás de uno de los postes que indican la entrada del puente, y señala—: Mira ahí.

Sigo sus ojos. Dos soldados flanquean la salida del puente, cada uno de ellos apretando una lanza larguísima. A la espalda ambos llevan arcos de hierro y sacos llenos de flechas.

—¡Joder! —maldigo en un susurro—. Los soldados nunca van armados así.

—Eso significa que tu padre tiene miedo, ¿no? —Nate me pregunta directamente al oído, y el contacto de sus labios sobre el lóbulo de mi oreja me produce escalofríos—. No puede ganarnos si no se provee de mejores armas.

Lo miro, manteniendo la boca en una línea firme.

—Mi padre jamás tiene miedo. Para él todo esto forma parte de un juego. Está jugando con nosotros. Estoy convencida de que esa es la razón por la que hemos tardado tantísimo, porque quiere dejarme ir lo más lejos posible y que crea que lo he vencido para luego contratacar. —Me dejo caer contra el poste—. Tal vez deberíamos tirar ya la toalla.

—¿Después de todo lo que hemos pasado? ¡Ni hablar! —Nate coloca sus manos sobre mis hombros y me mira a los ojos, con seguridad. Su mirada es inquebrantable—. Si hay algo que me ha quedado claro estos últimos días, es que eres más fuerte que el

diablo, y esta vez no pretendía hacer ningún juego de palabras. Creo en ti, Dev. —Sé que me estoy poniendo roja, así que bajo la vista al suelo mientras él continúa—. Son solo dos. Ya hemos vencido a muchos más antes.

—No son solo dos. —Señalo con el dedo hacia el otro lado del puente, donde puntas de metal resplandecen bajo la luz—. Hay bastantes más allí. Y también van armados con flechas. En cuanto nos movamos, empezarán a dispararnos.

—Tú eres inmortal y yo ya estoy muerto. No pueden hacernos nada.

Analizo las espaldas de los soldados que están en el puente. Las puntas de metal de las flechas resplandecen en rojo y plata cuando toman posición delante de la puerta.

—Esas flechas no son como las que conoces. Están fabricadas con sangre de demonio, como mi espada. No podrán matarnos, pero sí nos debilitarán, y nos arrestarán. Y entonces será mi padre el que se encargue de acabar con nosotros.

—Solo si tú le dejas.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—Odio cuando haces eso.

—¿Cuando hago qué? —Sus labios se curvan en una sonrisa ladina.

—Ya me conoces lo suficiente como para saber que odio perder —rezongo. Suelto una bocanada de aire y me pongo a escrutar la zona con atención—. Vale, te has salido con la tuya. Veamos: entonces el puente es la manera más rápida de cruzar el lago, pero no es la única. Tendremos que subirnos ahí.

Nate sigue mi mirada y enarca una ceja.

—¿Estás segura?

Examino el bote amarrado al puerto con una cuerda. En su día debió de ser de color naranja oscuro, pero el tiempo le ha comido el color y ahora es más bien bronce. Lo mismo se parte en dos en cuanto pongamos un pie dentro.

Pero, aun así, es nuestra mejor opción ahora mismo.

—Tendrá que aguantar. —Calculo mentalmente la distancia que hay entre el vehículo y nosotros, y hago una mueca—. No sé cómo vamos a llegar allí sin que los soldados nos vean. No hay ni un solo lugar para escondernos.

—¿Y si les hacemos creer que estamos en otro sitio?

Arrugo la frente.

—¿Y cómo podríamos hacer eso?

Se lleva la lengua contra el paladar y emite un ruido seco.

—Podemos recurrir al fuego.

Miro a nuestro alrededor. No hay ni una sola antorcha por allí. Aquarum, con sus múltiples soles, no las necesita.

—Supongo que sería buena idea si tuviéramos algún fuego por esta zona.

—Te tenemos a ti. —Nate rompe dos trozos de madera podrida de la parte de atrás del único poste que nos mantiene ocultos de los soldados—. Y tenemos esto. Puedes prenderlos con ese truco que sabes hacer con el fuego; luego los lanzamos en dirección opuesta a la nuestra y echamos a correr como alma que lleva el diablo. Y esta vez el juego de palabras sí es intencionado.

Cierro los dedos formando un puño.

—No es tan sencillo, Nate. Mis poderes aún son muy nuevos para mí. No los controlo. Lo más probable es que ardamos nosotros antes

de que logre quemar esa madera.

—Pero ¿qué estás diciendo? —Levanta la muñeca, y la cicatriz del rastreador ya no es más que una línea blanca apenas visible sobre su piel—. Te recuerdo que conseguiste cortocircuitar mi rastreador.

—Y casi te quemo vivo en el proceso.

—Pero no lo hiciste. —Tira la madera al suelo y me agarra las muñecas—. Devica, o acabamos ensartados como un pincho moruno o terminamos con más agujeros que un queso suizo. Y, si te soy sincero, no me atrae mucho ninguna de las dos opciones. Y eso que ahora mismo tengo un poco de hambre. Me parece que tu poder ignífugo va a ser nuestra única salida.

Pego una patada al barro con la bota.

—Lo sé, pero…

Lleva mis manos sobre su pecho, y noto el sosegado latido de su corazón contra mis palmas.

—¿En serio crees que te propondría esto si me preocupara que no fueras a controlarlo? Creo ciegamente en ti, Dev. Y es hora de que tú también creas en ti misma.

—De acuerdo. —Recojo la madera del suelo y mezo los trozos en mis manos, temblorosas—. Pero, si alguno de los dos termina calcinado, la culpa será tuya.

—Lo firmo.

Asiento mirando hacia los soldados que cumplen órdenes en lo alto del acantilado.

—En cuanto haya una chispa, tiraré los trozos en esa dirección. Prepárate para echar a correr. Y espera agachado.

—Sí a todo, jefa. —Me inspira con su media sonrisa—. Puedes hacerlo, Devica.

Sus palabras traspasan mi piel y enderezo la espalda. Cierro los ojos y me concentro en los trozos de madera rotos, su peso en mis manos, los bordes dentados de los tablones que se me clavan en las palmas. Los visualizo en llamas mientras les suplico que lo hagan bajo mi respiración ahogada. Me vengo abajo al abrir los ojos. Nada, ni un triste aro de humo en el aire.

Lanzo la madera al suelo.

—¿Ves? Te he dicho que no podría hacerlo.

—Sí, claro que puedes. —Nate recoge los trozos—. «A una pequeña chispa sigue una gran llama». Hasta el mismísimo Dante creía en ti.

Alzo las cejas al escuchar ese nombre que me resulta tan familiar. El *Infierno* fue uno de los primeros libros que mi padre trajo de la Tierra. Recuerdo que me gritó como un loco cuando se lo robé para leerlo. A mi padre le fascinaban los libros que hablaban de él. Los encontraba divertidísimos. Las únicas ocasiones en que lo veía reírse era cuando los leía.

—¿Has tenido el valor de citar a Dante? ¿Aquí, en el Infierno? ¿A la hija del diablo, nada menos? —Me cruzo de brazos—. Ya sabrás que la mayoría de lo que cuenta es mentira, ¿no?

—Sí, lo sospecho. —Una risotada alegre escapa de sus labios antes de que su rostro se vuelva serio—. Pero te aseguro que en esto no se equivoca. Puedes hacerlo, Dev. Inténtalo otra vez.

Me muerdo el labio inferior y le quito de las manos la madera con un suspiro. Pongo los trozos frente a mí y lo intento aún más fuerte con la mente. Imagino las llamas correr por mis venas; empiezan en mi corazón, siguen por mis brazos, por el dorso de mis manos, y se concentran en mis palmas.

Pongo toda mi atención en la calidez del cuerpo de Nate, muy próximo al mío. Veo la fe brillar en sus ojos, me fijo en cómo se niega a apartar la mirada aun cuando el enemigo está, literalmente, a su espalda.

¿O tal vez su enemiga es la que tiene enfrente? Ya no estoy segura de nada.

Esa manera de confiar en mí sin cuestionarme; está tan seguro de que lo ayudaré a regresar a casa. Sin embargo, lo cierto es que voy a usarlo y a herirlo más de lo que ningún demonio lo hirió en la parcela ١٣.

Yo soy la auténtica villana de esta historia, y él ni siquiera lo sospecha.

De pronto, de la madera saltan chispas; a continuación emerge una llamarada, y noto que las palmas se me doran y parece que se separan del resto de mi piel. Suspiro, pero mantengo un agarre firme. No es como en mis clases ni como me pasa cuando me prendo fuego a mí misma. Ahora soy yo la que controla las llamas y no al revés.

—¡Lo lograste! —me felicita Nate—. Sabía que lo harías.

—¡Corre, Nate, corre! —Lanzo hacia el puente las bolas de fuego en que se ha convertido la madera. Enseguida iluminan el cielo y caen al lago con un chisporroteo. Los soldados gritan y cientos de flechas van hacia la tabla.

Continúan disparando a la nada mientras echo a correr en dirección al muelle, apagando con los dedos cualquier resto de llama que resplandece en mis manos. Una gran sonrisa se dibuja en mi rostro. El señor B estaría muy orgulloso de mí.

Nate ya está en el pequeño bote cuando llego, soltando la cuerda

que lo mantiene atado al muelle.

Las aguas granates chocan contra la orilla y me salpican la falda. Siento frío cuando las gotas se cuelan por un enganchón del vestido y me mojan la pierna desnuda.

Vaya, esto ha sido mala idea.

—¡Devica! —Nate me tiende un par de remos—. Vamos, tenemos que marcharnos de aquí.

Sacudo la cabeza. Ese bote es más pequeño de lo que parecía al otro lado de la orilla y está todo resquebrajado por los laterales. Se hará pedazos en cuanto ponga un pie dentro, y me iré al agua, y los horribles monstruos del agua me devorarán.

—No puedo—digo en un murmullo.

Nate arruga la nariz.

—¡Pero si fue idea tuya! No sé qué te pasa, pero no tenemos más tiempo. Sube o los soldados de tu padre te arrestarán. Tú decides.

Apenas ha terminado de pronunciar las últimas palabras cuando un soldado vocifera desde arriba:

—¡Están aquí!

Su grito me saca del bloqueo y agarro los remos. Siento las pulsaciones en los oídos mientras Nate suelta la cuerda del muelle.

Respiro hondo y subo al bote.

XX

El bote se tambalea nada más pisarlo, pero Nate lo sujeta contra el muelle para estabilizarlo. Una vez dentro, me desplomo en la bancada con las piernas aún temblando.

El eco de otro grito llega a nosotros desde los acantilados, y una flecha silba a su paso por mi oreja y me fuerza a prestarle atención.

—¡Vamos! —Meto las palas en el agua y remo, sin perder de vista a los soldados en lugar de prestar atención al líquido que se arremolina debajo del barco.

El ejército desplegado por mi padre se divide en dos grupos, y uno de los batallones baja corriendo la rampa para llegar a la orilla. Los demás se disponen en una fila perfecta en lo alto del acantilado y cargan flechas de las aljabas que llevan a la espalda. Alzo la cabeza para mirar el muelle, y veo que sigue despejado, pues los soldados aún están dispersos por la orilla.

No conseguimos avanzar lo suficientemente rápido.

—¡Nate! —Con los pies le acerco el segundo par de remos que hay en la cubierta del barco—. ¿Me echas una mano?

—Por supuesto. —Pestañea y agarra los remos. Sincronizamos nuestras brazadas, y por fin el bote coge velocidad, pero no logramos el ritmo rápido que necesitamos. Una flecha apunta directa a la cara de Nate.

—¡Nate! ¡Agáchate!

Suelto los remos, pego un salto y me lanzo sobre él hasta que queda tendido debajo de mí. La flecha nos pasa al lado, tanto que me roza el pelo.

Se me revuelve el estómago con el bamboleo del barco, y me coloco para apoyar los codos a cada lado de Nate.

Nuestros cuerpos yacen completamente alineados. Seguimos sin aliento por la carrera hacia el barco, y jadeamos a la par, tan sincronizados que nuestro pecho sube y baja a la vez, acompasado. De hecho, ya no sé si lo que da contra mi caja torácica es mi corazón o el suyo.

Me regala una de sus sonrisas socarronas.

—Me siento acosado. Si querías intimar tanto conmigo, me podías haber preguntado antes.

Lo miro furiosa, y voy a abrir la boca para replicarle cuando una ola viene directa hacia nosotros y nos golpea con violencia.

Dejo escapar un grito, me agarro sin pensarlo a los antebrazos de Nate y escondo la cara en su pecho. Me abraza, y seguimos así hasta que el barco deja de moverse y yo consigo relajarme agarrada a él.

—Ahora lo entiendo —dice—. Ya sé qué te pasó ahí arriba en la orilla. Tienes miedo al agua.

Levanto la cabeza y lo miro a través del pelo que tengo pegado a la cara.

—Yo no tengo miedo. Simplemente es que… no estoy acostumbrada al agua. En Dominus, la única agua que tenemos es la de los ríos que conducen a la ciudad del pecado, y nunca he tenido que sumergirme en ellos.

Me coloca el pelo detrás de la oreja, y noto ese cosquilleo que me invade cada vez que me roza.

—Tranquila, no quería ofenderte. Mucha gente tiene miedo al agua.

Ruedo hacia un lado para apartarme de él y me quedo tumbada boca arriba mirando absorta las bolas naranjas que giran sobre nuestras cabezas.

—De todos modos… tú también deberías tener miedo de este lago.

—No, yo no. A mí me apasiona el agua. Me paso, o me pasé, casi toda mi vida en la playa mirando el océano. Para mí, su grandeza es sinónimo de libertad. Esa imagen es lo único que me aporta paz.

Un sentimiento de afecto sacude mi pecho como si de un calambrazo se tratara.

—Yo tengo estrellas pintadas sobre mi cama exactamente por el mismo motivo. Siempre he querido saber cómo será eso de mirar al cielo de la Tierra por la noche y perderte observando estrellas. Conocer esa sensación de… infinito. Porque apuesto a que no es un infinito triste como el vacío negro de Dominus, imagino más bien un infinito… libre.

Giro la cabeza a la vez que él gira la suya y nos quedamos mirándonos. Nos comprendemos tan bien que es como si estuviéramos conectados por un hilo invisible. Inclina la cabeza para acercarla más a la mía. En sus ojos ahora mismo no hay ni un ápice de diversión.

—Devica —susurra a solo unos centímetros de mí.

Me aparto un poco y miro la pared del barco, fingiendo concentración, mientras mis dedos tamborilean nerviosos sobre mi

estómago.

Creo que es mi lado humano el que se está relacionando con él de este modo ahora mismo. Desaparecerá cuando Nate también lo haga, igual que se irá mi deseo de juntar mi cuerpo al suyo hasta casi fundirnos en uno solo y no dejar nunca la paz de este barco, aun cuando eso implique quedarnos en mitad del agua.

Otra tanda de flechas pasa sobre nosotros con un chirrido que me saca de mis pensamientos. Impactan contra el agua con un pequeño chapoteo.

«Perfecto». Ahora nos atacan.

—Bueno… —Me aclaro la garganta—. Si de verdad quieres volver a ver los océanos de la Tierra, creo que es mejor que nos movamos.

—Ya… —Y noto un deje de tristeza en su voz.

Me apoyo en los codos para hacerme una idea de nuestra posición, y en ese instante veo una flecha que viene directamente hacia mi cara. Me tumbo enseguida y cojo aire mientras la veo pasarnos por encima y caer justo por delante del bote.

—Pues… me da que debemos remar en esa dirección.

Voy a echar mano de mis remos y suelto un improperio al constatar que ahí no hay nada más que aire.

—Ups, Nate. Me parece que se me han caído los remos. ¿Crees que avanzaremos solo con los tuyos?

—Digo yo —afirma—. Pero sospecho que nos resultará más sencillo si cada uno rema por un lado.

Me tiende un remo. Meto la pala en el agua, agarrándola muy fuerte para que no se me caiga. Si perdemos otro remo, estamos muertos. Condenados a dar vueltas en círculo hasta que los soldados nos alcancen… O hasta que lo que sea que viva en este lago nos

atrape.

—Vale. —Aprieto la mandíbula—. Es importante que rememos a la vez. A la de tres. Una… dos… tres… ¡a remar! —El agua chapotea a nuestro alrededor y el barco es empujado hacia delante. Respiro despacio mientras ejecuto el movimiento y vuelvo a colocar el remo en su posición—. Venga, otra vez.

Otro juego de flechas atraviesa el cielo. En esta ocasión van demasiado alto y caen sobre nosotros, unas zambulléndose directamente en el agua y otras pasando por el hueco que dejan nuestras piernas. Una de las flechas agujerea el casco del barco justo detrás de mí; su punta corta la madera como si fueran dientes. Silbo al sentir que me raspa el hombro y percibo la sangre.

—¿Estás bien? —se interesa Nate, que sigue remando, jadeante.

—Sí, sí. —Ignoro la quemazón que noto en el brazo y me esfuerzo por mantener la velocidad con mi remo—. Ha sido solo un raspón. Venga, más rápido.

Lo hace, y yo lo secundo. Cogemos el ritmo rápidamente, y nuestros remos no dejan de cortar el agua a la par. Cada poco alzo la cabeza para asegurarme de que vamos bien, y vuelvo a bajarla para centrarme en el bote.

Las flechas cada vez caen más cerca y nos mojan. Cuando los gritos de los soldados por fin se convierten en un eco distante, me incorporo.

Lapis ha quedado atrás en la lontananza. Desde donde estamos ahora, las paredes de piedra y las antorchas se ven como edificios en la distancia.

Justo por delante de nosotros emerge la parcela 8. Su tamaño es sobrecogedor. Ocupa casi todo el horizonte, y está rodeada de

árboles que dibujan una silueta espeluznante contra los soles del cielo.

Siento un escalofrío por la espalda y me ajusto bien la capa. Tendremos que rodear el terreno y encontrar una orilla en la que no haya soldados. Si no, no hay otra manera de llegar a la siguiente parcela.

Nate se acomoda en su asiento frente a mí, con la cara contraída mientras sostiene el remo mojado por encima del agua:

—Parece sangre.

—Lo es. —Giro el hombro en un intento de volver a sentir el brazo —. Como ves, mi padre es muy macabro.

—Sí… se ha ganado bien la reputación que tiene en la Tierra. — Nate baja la mirada a la cubierta del barco. Se inclina hacia delante y dice en un tono casi inaudible—: Oh, ¿Devica?

—¿Sí? —Dejo el remo entre mis piernas y me levanto el pelo que me cae sobre el cuello. Y yo que pensaba que en Dominus hacía calor… Al menos allí no tenemos que sufrir esos tres soles espantosos.

—¿Crees que esto podría ser un problema? —Nate sostiene una flecha de cuya punta caen gotas rojas.

—¿De dónde has cogido eso?

—De aquí, de la parte baja del barco. Ha hecho un agujero en la quilla. No entendía por qué tenía el pie mojado, y… ya ves. Me temo que no es la única flecha que nos ha dado.

—¿Qué? —Me levanto el dobladillo del vestido y suelto un suspiro. Como mis botas son de piel, no he notado la sustancia esa viscosa y roja que rodea mis pies. Y que ahora mismo ya me llega a las pantorrillas.

Saco todo el aire de golpe de mis pulmones, y me abrazo y me balanceo en mi sitio.

«No nos puede estar pasando esto».

—Devica. —Nate da una palmada justo delante de mi cara y me sobresalto—. Sé que estás muy asustada, pero, salvo que estés dispuesta a aprender a nadar superrápido, tenemos que encontrar algo con lo que tapar estos agujeros.

Asiento aturdida, y me afano en buscar algo en el bote vacío. No hay nada más que un par de remos y nosotros. Con dedos trémulos, me desato las cuerdas de la capa y la dejo deslizarse por mis hombros.

—¿Esto vale?

—Podemos probar.

La agarra, y me entran ganas de vomitar cuando empezamos a movernos a un lado y a otro mientras extiende el tejido por la cubierta y lo introduce en los pequeños agujeros. Inspiro con resignación mientras veo cómo mi apreciada capa desaparece bajo el mar rojizo.

«Hala, que te jodan».

—El bote está muy dañado, las flechas han sabido dónde dar. —Nate se asoma para mirar el lateral del barco—. Tal vez haya llegado el momento de que aprendas a nadar.

—Aunque supiera, no me metería ni loca en estas aguas. —Señalo las oscuras formas que se distinguen bajo la superficie y las aletas que, desde la distancia, se ven avanzar hacia nosotros. Un par de dientes blancos brillantes rechinan al ver mis dedos frente a ellos, por lo que quito la mano sin dudarlo.

—Son los protegidos de los demonios del agua de mi padre.

—Tienen toda la pinta. —Nate entorna los ojos y gruñe—. Pues nada, venga, vamos a tierra. Y rápido.

Remamos como si la vida nos fuera en ello, y es que nos va. Avanzamos en dirección a la parcela que tenemos delante, y el agua se va volviendo más espesa a medida que nos aproximamos a la isla.

A mis pies hay charcos de un líquido caliente, y arrugo la nariz cuando lo que sea eso se filtra por mi falda y se arremolina entre mis piernas. Deja mancha seguro.

Las criaturas se congregan a nuestro alrededor, rechinando los dientes y subiendo la intensidad de su gruñido con cada centímetro que nos aproximamos a ellas.

Nate grita cuando una de ellas sale del agua y casi le muerde la nariz.

Recuerdo que mi padre una vez me dijo que había dado forma a esas criaturas inspirándose en los tiburones de la Tierra, con la salvedad de que aquí estos especímenes son negros y tienen el cuerpo cubierto de cicatrices. Sus ojos brillan en un tono amarillo, tan intenso que les ayuda a surcar las aguas con facilidad. A sus espaldas, unas aletas mutiladas rompen la superficie y se dejan ver ya encogidas por la edad.

Alcanzamos la orilla con una sacudida del agua, y saltamos del bote justo cuando se parte en dos. Las criaturas agarran los trozos y tiran de ellos hacia abajo, gruñendo y chillando hasta que de pronto todo desaparece de nuestra vista.

Nate se frota la ceja con la mano ensangrentada, que va dejando un reguero escarlata por su frente.

—¡Por los pelos! Siento lo de tu bote.

—No es mío. —Me olvido de su disculpa y me centro en la puerta que se ve justo enfrente de nosotros. Tiene pinta de ser de oro macizo, con un intrincado diseño labrado en oro (muchos de los símbolos se corresponden con la moneda que se usa en todo el mundo). El metal resplandece bajo el brillo de los globos que dan vueltas sobre nuestras cabezas.

Las entrañas se me retuercen como los árboles en la distancia. Solo hay tres vías para salir de esta isla: el puente que está encima de nosotros y que nos lleva directamente a los soldados de los que hemos escapado, el segundo puente que está al otro lado de la parcela y el agua repleta de criaturas muertas de hambre.

Y solo una opción es la respuesta obvia.

Trato de llegar al pomo, pero me detengo cuando Nate me roza la muñeca.

Fija la mirada en mi hombro.

—Estás sangrando. ¿Te encuentras bien?

Bajo la vista hasta el punto de mi cuerpo en el que la flecha me rebanó la piel y, como en modo automático, abro la puerta, que emite un sonoro crujido.

—Estoy bien. Venga, acabemos con esto de una vez. Nathan Reynolds, bienvenido a la parcela 8: Avaricia.

XXI

Entramos a la parcela de una zancada y las puertas se cierran a nuestro paso.

«Allá vamos de nuevo».

—¿Avaricia? —pregunta Nate, curioso—. ¿En plan multimillonarios y todas esas cosas? Bueno, entonces aquí la cosa será fácil. Esa gente no es conocida precisamente por ser violenta. Son más bien ricachones que pagan al primero que pasa por delante para que haga el trabajo sucio.

—Los humanos desean más cosas que dinero, Nate. —Los dedos de los pies chapotean en el interior de mis botas cuando nos alejamos de la puerta, y bajo la mirada para detenerme en las manchas rojas que me cubren las piernas de arriba abajo. Pufff, menuda pinta. Alzo los brazos para echar mano a mi capa y cubrir con ella el desastre de modelito que llevo puesto, pero solo palpo mis hombros desnudos.

¡Es verdad! Mi capa favorita está ahora mismo en el fondo del lago Sanguis.

«Maravilloso todo».

Me rodeo con los brazos y me aprieto la cintura, imitando el modo en que el tejido me arropaba como en un abrazo de terciopelo.

La parcela queda oculta a las miradas, y se llega a ella por un

túnel de árboles oscuros que se curvan sobre nuestras cabezas e impiden el paso de la luz de los soles. Se agradece la sombra después de tanto calor. Ladeo la mandíbula y cierro los ojos ante una oscuridad que me resulta tan familiar antes de estirar los hombros y mirar al frente.

Nate pasa el pie por el barro sobre el que pisamos.

—Entonces dime, ¿qué clase de gente hay aquí?

Nos adentramos en el túnel, y miro a uno y otro lado en busca de señales de vida, bueno, más bien de muerte. Me agarro fuerte a mí misma. Esforzándome por ser optimista, me consuela el hecho de que al menos aquí no habrá espejos. Solo nos toparemos con caminantes oscuros voraces y famélicos que llevan siglos en soledad.

—La avaricia va de desear más de lo que ya tienes —le explico—. Es no tener nunca suficiente.

—¿Acaso eso no le pasa a todo el mundo? —me pregunta—. No se me ocurre ni una sola persona que no quisiera tener más de lo que ya tiene.

—Sí, tienes razón. Pero, a ver, el hecho de querer más no es motivo suficiente para que te envíen aquí. Aquí vienen quienes hacen cosas malvadas para conseguir lo que quieren. Es decir, quienes mienten, roban… En definitiva, quienes dañan intencionadamente al resto para salirse con la suya. —Bajo la mano hasta la empuñadura de la espada mientras continuamos por el túnel, con los músculos tensos—. Vete con ojo. En el Infierno, los caminantes oscuros no tienen nada. Están tan privados de todo que querrán lo que sea que vean que tenemos.

Echa un vistazo a su cinturón y hace un gesto con las manos.

—Yo lo único que tengo son un par de cuchillos y este uniforme.

Me toco el muslo con la mano que me queda libre, y abro bien las orejas para escuchar el más mínimo movimiento.

—Eso es más que suficiente. Te aviso: veas lo que veas, no lo toques ni lo cojas, por muy atractivo que te parezca. Nos tentarán con todo tipo de cosas, te lo advierto.

Nos agachamos para pasar entre los árboles y vamos a salir a una playa. Nate silba por la sorpresa sin querer. Mientras que la parcela 11 era un sitio angosto repleto de recovecos, la parcela 8 cuenta con un territorio amplísimo.

La arena cristalizada aquí ha sido reemplazada por un barro que nos pringa las botas. Y hasta la orilla llega la misma agua sanguinolenta en la que casi nos ahogamos antes. Me doy la vuelta, quejosa. El bosque tampoco es mucho más confortable. En lugar de ver palmeras de esas cuyas hojas llegan al cielo, la isla está repleta de tocones de madera podrida y de moscas revoloteando alrededor de las raíces.

—Me resulta increíble lo distintas que son las parcelas. No hay ninguna similar a la mía. —Nate mueve la nariz—. ¿Qué es ese olor?

—Un poco se debe a este lodo, y otro viene de allí. —Apunto a los miles de caminantes oscuros que yacen en el suelo entre gemidos. Podría decirse que muchos de los cuerpos están literalmente enterrados en la mugre. El barro es una mezcolanza de partes del cuerpo.

—Esto parece sacado de una peli de zombis. —Abre los ojos de par en par para examinar la playa—. Y… y… ¿están, ya sabes, desnudos?

Los ojos se me llenan de lágrimas cuando el hedor de la carne en descomposición se instala en mis fosas nasales. Cojo aire y, como

puedo, reprimo las ganas de vomitar.

—Ya te dije que aquí les quitan todo. Y todo… es todo.

Nate coloca la mano ahuecada sobre las cejas para ver mejor:

—Yo no veo soldados por aquí. Déjame adivinar. Estamos en otra de esas parcelas que a los demonios no les gustan nada.

Me encojo de hombros.

—Mi padre sabía que solo podría emplear a unos cuantos demonios. Por eso hay bastantes parcelas que son autosuficientes. Y, al igual que antes, a nosotros ahora mismo eso nos beneficia. Hay un puente elevado en el otro lado de la parcela que nos llevará a la orilla. Solo necesitamos pasar… desapercibidos.

Un caminante oscuro alza la mirada desde su agujero en el barro cuando señalo en su dirección. Sus ojos multiplican su tamaño al vernos, y deja escapar un gemido antes de ser arrastrado por los brazos.

Me entra un escalofrío y a Nate le viene una arcada.

—Vale, eso es asqueroso —dice—. Creo que prefería los espejos.

—Para ti es fácil decirlo —le espeto con la nariz tapada—. Tú solo viste tu propio reflejo.

—Oye, oye, y también tuve que abrirte y sacarte el cristal ese malévolo.

—Eso es cierto —mascullo—. Y encima me da que fue mucho más desagradable para ti que para mí.

—Pues agradable no fue, no—. Le siguen viniendo arcadas mientras continuamos abriéndonos paso entre los cuerpos—. Pero, aun así, me quedo con aquello antes que con esto.

Los caminantes oscuros lloriquean y se retuercen a nuestro paso. Sus manos cubiertas de mugre se agarran al dobladillo de mi

vestido, tiran de los cordones de mis botas y rozan mi espada.

Pego un brinco justo cuando uno se me agarra al tobillo e instintivamente le doy una patada en la cara.

—¡Suéltame!

Chilla, pero mantiene el agarre. Noto que la bota se me sale del pie.

—Te he dicho que me sueltes. —Desenfundo la espada y la bajo. El caminante oscuro agarra el filo y tira de él. Los ojos se le salen de las órbitas al ver la empuñadura de plata.

Un segundo caminante oscuro grita y me roba el arma, seguido por un tercero que me salta sobre la espalda. Me sacudo tratando de tirarlos al suelo y deshacerme de ellos, pero me clavan sus afiladísimas uñas. Grito con todas mis fuerzas.

Nate está de rodillas, detrás de mí, cavando sin parar entre el barro.

«¿Qué hay ahí más fascinante que el cruel ataque del que estoy siendo víctima?».

Le lanzo barro con el pie para llamar su atención, pero ni caso. Me pongo furiosa, mas, pese a ello, ahogo un grito cuando las uñas del caminante oscuro reabren el corte ya casi curado que tengo en el hombro.

—¡Nate! —vocifero—. ¡Ayúdame!

Aprieto los dientes y hundo los tacones en la mierda; las palmas me sudan y amenazan con dejar escapar la espada.

Grito, lloro y retuerzo todo el cuerpo para tratar de quitarme de encima a esa gente que tengo colgada. El peso que aguanto sobre el tobillo por fin disminuye cuando uno de los caminantes oscuros se escurre y cae inmóvil al suelo. Nate está justo detrás del cuerpo, con

la porra en el aire.

—¿Con que querías asustarme? —Me enzarzo en una pelea con el segundo caminante oscuro—. Quita tus sucias manos de mí.

Nate baja la mirada para contemplar a uno de los caminantes a los que él ha golpeado y empuja su cuerpo inerte con el pie.

—Espero no haberlo matado.

—Ya está muerto, ¿te acuerdas? —espeto entre dientes mientras mis botas resbalan en el barro—. Vamos, Nate, acelera.

Da con la porra al individuo que llevo a cuestas y, como consecuencia del impacto en la cabeza, este cae al suelo. Salgo disparada cuando el peso desaparece y paso el filo de la espada por las manos del último caminante oscuro. Este suelta su espada con un lamento y se agarra la palma con gesto de dolor justo antes de desplomarse tras el tocón de un árbol.

El barro me salpica el vestido y me cabreo.

«Perfecto».

Trato de tirar de mí misma, pero resbalo y caigo de espaldas sobre toda esa mugre con un sonido repugnante.

—¿Necesitas ayuda? —Nate me tiende la mano.

Aprieto los dientes y, muy a mi pesar, la acepto y me agarro de él, que tira de mí para ponerme de pie intentando disimular una sonrisilla.

Las mejillas se me ponen rojas a más no poder, y siento el calor subiéndome por el cuello.

—¿De qué narices te ríes?

—No me río. Simplemente… el barro te favorece mucho, Dev. Tienes un poco… Espera… —Se apresura a limpiarme la mejilla con la manga antes de que lo aparte de un empujón.

—Esto no debería hacerte tanta gracia. —Doy un pisotón y golpeo a los caminantes oscuros que osan ponerse en mi camino—. Esta gentuza casi me quita la espada.

—No te pongas así—. Nate se apresura para llegar a mi lado—.En la Tierra la gente paga dinerales por los tratamientos con barro. Mira, te doy esto para que te pagues uno cuando lleguemos.

Lanza algo dorado al aire y lo cojo. Es una moneda, resplandeciente, con una calavera sonriente y dos tibias cruzadas en la parte de delante. Aprieto el puño con ella dentro y la arrojo a la playa. Explota en una bocanada de humo antes de rozar el suelo. Nate carraspea.

—¿Era esto lo que estabas tan entretenido buscando bajo tierra mientras a mí me atacaban vilmente? Ya te dije que debías tener cuidado en este sitio. Que tratarán de tentarte con lo que sea. Pero, como pasaba en los espejos, aquí todo es una ilusión.

Contempla el espacio y deja la mirada perdida donde la moneda se ha desintegrado hace apenas un momento, y asiente con la cabeza.

—Ya lo entiendo. Tal vez este sitio me afecte a mí pero a ti no. Ya sabes, al revés de lo que pasó en los espejos. Tú sabías que esa moneda era falsa, pero para mí era real.

Abro la boca para contestar, pero la cierro cuando un susurro que parece venir desde detrás de él atrapa todos mis sentidos. Mis dedos bañados en barro rodean la punta de mi espada.

—¿Qué ha sido eso?

—Yo no he oído nada.

—Sí, viene de allí. —Hay un destello negro y algo que se mueve a toda velocidad detrás de un árbol. Solo lo vislumbro una milésima de

segundo, pero lo que veo es suficiente para dejarme sin aliento.

Conozco ese pelo y esa piel. Los llevo viendo en el espejo toda mi vida. Y, hace poco, los vi también en las fotografías que reduje a cenizas.

Doy un paso tembloroso hacia la figura.

—¿Mamá?

XXII

Me adentro en el bosque sin apenas poder respirar.

—¡Mamáää! ¡Vuelve! ¡Ven!

Nate me agarra de la muñeca, pero consigo soltarme y continúo corriendo.

Sigo el rastro de la sombra que va de un árbol a otro, una especie de borrón entre los troncos y las ramas muertas.

Mi corazón martillea en mi pecho.

«Ha venido para encontrarme».

Seguro. Eso es lo que hacen las madres.

—¡Mamá, mamá! ¡Espera! Ya casi llego a ti. —La persigo sin descanso, a tal ritmo que me duelen las piernas de tanto correr entre el barro.

Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo se las ha ingeniado para venir hasta aquí? Es evidente que o está muerta o todo ha sido fruto de mi imaginación. Y ninguna de las dos cosas tendrá un final feliz.

Patino hasta que paro en seco y dejo caer la cabeza sobre el pecho, jadeante.

Otra de las sucias tretas de mi padre. Fijo.

Es como si se me cerrara la garganta mientras las lágrimas me nublan la vista. Esta parcela te muestra las cosas que más deseas. Yo deseaba con todas mis fuerzas tener a mi madre a mi lado.

Ansiaba que necesitara tanto verme que fuera capaz de cruzar el inframundo solo por mí. Pero no ha sido más que una ilusión. Estoy tan sola como Nate.

Siento una horrible taquicardia por la carrera que me he pegado. Me doblo sobre mis piernas para coger aire y frunzo el ceño al ver una rama partida.

Podría tenerla aquí ahora si quisiera. La madre de esta parcela me aceptaría más que la madre que no me está esperando en la Tierra. Esta parcela me dará lo que yo más quiero: una madre que no solo me quiera, sino que me acepte. Un progenitor que sienta cariño hacia mí. Aunque para eso no me importe pasarme el día persiguiendo fantasmas.

Los ojos se me llenan de lágrimas y agito las palmas contra los muslos. Eso significaría quedarme aquí eternamente mientras ella se me mostraría para luego desaparecer una y otra vez. Sin duda, sufriría la tortura que mi padre tuvo en mente al construir este lugar.

No. Por mucho que mi madre huya de mí cuando me vea en persona, prefiero eso mil veces antes que vivir con un fantasma.

—Tú no eres real. —Cierro los ojos y una lágrima resbala por mi mejilla. Cubro la empuñadura de la espada con las manos y siento cómo el metal se me clava en la palma—. Por favor, DÉ-JA-ME. Vete. Quiero estar sola.

El susurro cesa. La brisa me despeina y enseguida para. Cuando abro los ojos, mi madre ya se ha ido. Delante de mí lo único que queda es una madera podrida con las huellas embarradas de los condenados.

Me limpio la cara con el dorso de la mano y me tomo un momento para estabilizar la respiración; luego regreso donde está

Nate con las piernas temblándome de agotamiento.

—Vale, ya está —espeto asomando la cabeza entre los árboles—. Ni se te ocurra decirme nada. Ya estoy lo suficientemente abochornada por haber picado como para que tú ahora… ¿Nate?

No está donde lo dejé. En el suelo aún se ven las marcas de nuestras botas, pero sus huellas siguen en dirección contraria.

Gimo.

«Otra vez no, por favor».

—¿Nate? ¿Dónde te has metido? —sigo sus pisadas, y avanzo dejando que mis pequeñas botas sean absorbidas por la forma de las suyas, considerablemente más grandes—. Vamos, no es momento de jueguecitos. Estoy cansada. Y llena de porquería. Y ya te he dicho unas cuantas veces lo mucho que odio estar en las parcelas.

Lo veo al borde del bosque, de espaldas a mí, encorvado sobre el tocón de un árbol. Exhalo al descubrir la enorme puerta que hay tras él.

—¡Ah, qué bien! Enhorabuena —le felicito—. Veo que has encontrado la salida. Se te dan bien estas cosas, ¿eh? Al final me vas a ser útil en este viaje.

No responde. Y me resulta rarísimo que no apostille mi comentario como suele hacer siempre. Enarco las cejas y me acerco a él.

Está completamente doblado, vomitando y con la mano en el estómago. Las lágrimas resbalan por su rostro, lleno de mugre y sangre.

«¿Qué mierda…?».

Le acaricio la espalda y pega un bote. Su cuerpo tiembla tantísimo

que los dientes le castañetean como cubitos de hielo contra un cristal.

Las palabras se me agolpan en la garganta incapaces de salir.

—Nate, ¿estás bien?

Sacude la cabeza. Su voz suena baja y apática, débil, como si me estuviera contestando desde muy muy lejos.

—Era tan real… que hasta lo olí. El bizcocho de zanahoria que solía preparar mi madre. Una vez que lo sacaba del horno, el apetitoso olor a canela y queso crema lo impregnaba todo un día entero. Y siempre me dejaba rebañar la batidora al terminar.

—¡Oh, no, Nate! —suspiro—. Te lo ruego, dime que no lo has comido.

Se gira hacia mí. Aún tiene en los labios restos del azúcar glaseado, y vomita otra vez.

—Sabía exactamente igual al suyo. ¿Cómo es posible? —gime y se pone en posición fetal para calmar el estómago.

Me pongo de rodillas a su lado y lo zarandeo por los hombros. No se mueve. Me doy golpecitos con los dedos en la rodilla y trato de traer de vuelta a mi mente las clases con el señor B y todo lo que aprendimos sobre esta parcela.

Habíamos visto miles de veces que todos los objetos que los caminantes oscuros ven aquí no son más que meras ilusiones cuyo único objetivo es hacerlos caer en la tentación y luego castigarlos. Pero recuerdo que hablamos de algo más: de lo lejos que pueden llegar los pecadores para tratar de quedarse con esas cosas. Son capaces de enterrarlas, de sentarse en ellas y a veces incluso de comérselas.

No me olvidaré nunca de que, cuando le pregunté al señor B qué

castigo recibirían por eso, él adquirió un tono verdoso muy similar al que Nate tiene ahora mismo.

—Los envenenan —me dijo como si nada—. El ácido corroe sus entrañas hasta que llegan a marearse por el dolor. Es superdesagradable.

—¡Joder, Nate! ¡Joder! —Me froto las sienes con los dedos sucios —. ¡Pero ¿qué has hecho?!

Hasta nosotros llega un grito ahogado procedente del bosque, seguido por gemidos angustiosos, como si los árboles estuvieran retumbando, desesperados.

Despotrico para mis adentros a medida que el sonido se aproxima, giro a Nate hasta dejarlo tumbado bocarriba y lo zarandeo por los hombros.

—Venga, vamos. Tenemos que salir de aquí como sea.

Abre los ojos, y yo me siento sobre los pies y relajo la mandíbula.

—¿Devica?

Le paso la mano por detrás del hombro y lo ayudo a sentarse.

—¿Crees que aguantarás?

—Sin duda.

Se levanta enérgico, pero al instante cae al suelo como un peso muerto.

—Pues no lo parece.

En ese mismo momento un caminante oscuro emerge del bosque seguido de, como poco, otros veinte más. Nada más vernos, avanzan hacia nosotros con sus cánticos resonando entre los árboles.

Suspiro con exasperación, y con la mirada voy de ellos al muchacho seminconsciente que yace en el suelo.

De verdad, ¿es que en este sitio todo tiene que ser tan complicado?

Gruñendo, paso un brazo por encima del hombro de Nate.

—¡Vamos, arriba, chico bizcocho!

Lo empujo para que se levante hasta que consigo que los dos estemos de pie. Nate se vence sobre mí como una carga pesada y me hunde en el barro.

A duras penas consigo llegar hasta la salida, rogándole que ande y arrastrándolo como puedo.

Cuando por fin llego a la salida, me abrasan todos los músculos. Para darme una tregua, lo apoyo en la pared antes de agarrar el pomo y abrir. La puerta rechina a modo de protesta. Se abre una rendija antes de que la madera se atasque en el barro. Maldigo a diestro y siniestro, y tiro lo más fuerte que puedo.

Tengo la espalda empapada. No tengo ni idea de si es barro, agua del lago o sudor. Podría ser cualquier cosa. Aprieto la mandíbula y sigo tirando.

Desde luego aquí querría ver yo al listillo que sugirió poner barro en la salida.

Es evidente que nadie ha abierto esta puerta en años. A diferencia de la que hay en la entrada, está hecha con el acero más duro que existe y su única función es dejar atrapados a los caminantes oscuros débiles.

Lo que pasa es que yo no soy ningún caminante oscuro. Y ni mucho menos soy débil.

—Échame un cable con esto. —Coloco los pies firmes en el barro para ganar equilibrio, y tiro con ganas. Las bisagras chirrían, pero me da igual, ahora ya tenemos hueco para pasar.

Nate apenas ha recuperado del todo el sentido cuando lo separo de la pared. Se le cae la cabeza sobre mi hombro y su mandíbula se pierde en mi cuello.

—Apóyate así en mí, Nate. Aguanta, ya casi estamos.

Tiro de él para sacarlo por la puerta mientras un caminante oscuro intenta, sin éxito, agarrarme de los pelos. El puente que parte de esa maldita isla y continúa sobre el agua queda justo por encima de nosotros, con sus deteriorados listones de madera moviéndose y a punto de partirse por la mitad. Parece que no hay nadie vigilándolo.

Ya era hora de que pudiera darme un respiro.

Una escalera altísima conduce hasta el puente. Me muerdo el labio inferior. Bueno, tal vez no vaya a respirar mucho.

—Nate —intento explicarle—, voy a subirte a este puente, pero necesito que colabores un poco.

Muevo las caderas para cambiarlo a él de posición, y pruebo a colocarlo a mi espalda. Para que no se caiga al suelo, entrelazo sus manos alrededor de mi cuello como si fuera la capa que he perdido.

Llevo el flequillo pegado a la frente, pero hago lo posible por apartármelo antes de agarrarme a la escalera de metal con la mano sudorosa.

—Solo necesito que te mantengas en pie. ¿Podrás? —Nate masculla algo contra mi espalda—. Por la cuenta que nos trae, me lo tomaré como un sí.

Comienzo a subir, maldiciendo entre dientes y agarrada a la barandilla de cada lado mientras Nate sigue tirando de mí hacia abajo. Unos goterones de sudor me recorren la frente y van a parar al ojo, pero no es momento de limpiármelos.

—Mmm, hueles a galletas —me suelta Nate desde detrás de mí—. ¡Qué aroma más delicioso!

Arrugo las cejas al oírlo, pero no aminoro la marcha.

—Sí que era potente el veneno, amiguito. Aguanta un poco más, Nate. En cuanto lleguemos al otro lado del puente, buscaremos algún sitio donde puedas esconderte para dormir la mona, ¿trato hecho?

Ni me responde. Nada más poner el pie en el último peldaño de la escalera, dejo escapar un grito débil pero triunfante. Noto todos los músculos del cuerpo destrozados, y las piernas no paran de temblarme. Me apoyo yo también en la barandilla y respiro hondo.

Nate me dice algo, pero las plumas de mis alas amortiguan el sonido. Y tal vez sea lo mejor después del desafortunado comentario de antes sobre las galletas.

Lo izo de nuevo y comenzamos a atravesar el puente con sus pies arrastrándose por el suelo por detrás de los míos. Las puntas de las botas se le quedan enganchadas entre los listones de madera mientras andamos, y cada poco me tengo que parar para tirar de él. Entonces vuelven a mí las imágenes de Ferus arrastrándome por un puente parecido para ir a dar a la parcela 11, y abro y cierro los ojos unas cuantas veces para deshacerme de ellas. Indudablemente, la situación no es la misma. Ferus solo quería humillarme. Sin embargo, yo lo estoy haciendo para salvar a Nate.

Estamos ya casi al otro lado del puente cuando Nate vuelve a decir algo. Sus palabras resultan confusas, pero su tono de voz suena urgente.

—¿Qué? —le espeto—. Como ves, en este preciso momento estoy bastante ocupada salvándote.

—Sjsfkwopwefkfw. —Es lo único que consigo entenderle.

Dejo escapar un suspiro y me doy media vuelta para que sus brazos continúen alrededor de mi cuello, pero nos quedemos cara a cara.

Nunca antes he visto a alguien jadear de este modo, y en mi rostro siento el aire caliente que sale de sus pulmones.

—La salida, Devica. La puerta no se cerró tras de ti.

Y, nada más decirlo, se desploma encima de mí.

XXIII

Me doy la vuelta y abro los ojos de par en par, aterrada.

La puerta de la parcela 8 continúa abierta y con la parte baja enterrada en el barro. Aun así, eso no es lo peor.

Los avariciosos asoman por la puerta, profiriendo gritos de sorpresa que escapan de sus agrietados labios. A ellos el lodo no los detiene. Cuando consigo arrastrar a Nate hasta el final del puente, ya están en lo más alto de la escalera. Utilizan las barandillas para impulsarse y trepan por el puente hacia mí.

Podría intentar adelantarlos y dejarlos atrás, pero Nate es, literalmente, un peso muerto que llevo a la espalda y me dificulta el avance. Los músculos me palpitan y siento que me falta el aire por la subida. Tiene que haber alguna forma de detenerlos.

Me las ingenio para recostar a Nate sobre la barandilla, y me pongo de rodillas dispuesta a inspeccionar el puente. Los listones van unidos unos con otros con el mismo hilo amarillento que las barandillas, el cual se enrosca y ata en los postes de madera de los dos extremos del puente.

Por debajo de nosotros, en el lago Sanguis, el agua dibuja remolinos entre los que se vislumbran cientos de aletas que cortan el agua arriba y abajo. Me estremezco, y doy gracias por haberme obcecado tanto en llevar a Nate hasta un lugar seguro desde el que

ahora tomo conciencia de nuestra precaria posición.

De rodillas en el embarrado terraplén, tiro de una de las cuerdas y el puente comienza a balancearse. Un caminante oscuro se va de cabeza al agua de un rojo intenso con un notable chapoteo. El líquido cede su sitio a las burbujas mientras todas las criaturas se congregan en torno al recién lanzado y silencian sus gritos.

Me entra una arcada tal que me veo obligada a girar la cabeza. Mejor ellos que yo. Además, todas esas criaturas acabarán volviendo a la parcela 8 cuando se aburran de jugar.

De pie, agarro a Nate y me lo vuelvo a colocar a la espalda antes de respirar hondo y sacar la espada.

«A la de tres».

Piso el barro y pierdo el equilibrio. La primera cuerda es tan fina como el pelo del señor Bellum, por lo que el filo de la hoja de mi acero no tarda en acabar con ella. Sigo dando tajos a la cuerda que está más abajo del segundo poste hasta que también consigo finiquitarla.

Los caminantes oscuros flaquean al pasar, pero no se caen. Se me acercan cada vez más tambaleándose, mientras yo sigo apartándome el flequillo de la frente y limpiándome la ceja.

Nate gime y lloriquea contra mi espalda. Lo hago callar y lo subo otro poco más antes de cortar sin ningún escrúpulo la tercera cuerda.

Ya solo quedan dos. Una vez que las corte, los caminantes oscuros serán problema de esas criaturas y no mío.

El caminante oscuro que encabeza el grupo profiere un grito de sorpresa y trata de hacerse con el rubí que luzco en el dedo.

—De eso nada. Ni se te ocurra.

Estiro la mano para darle un empujón y apartarlo de mí, y, en ese momento, una bola de fuego sale de mi palma y da al caminante oscuro en el pecho. Todos los demás chillan, chocan entre sí y caen al suelo desnudos como las fichas de un dominó humano.

Me miro la palma de la mano con los ojos como platos. «Bolas de fuego. Vaya, eso es nuevo».

La cuerda superior se mueve y cede al filo de la hoja de mi espada. Los caminantes oscuros avanzan dando traspiés por los tablones irregulares con el cuerpo resbaladizo por la suciedad. Dos caen de espaldas antes de deslizarse por las tablas y precipitarse al agua. Los demás miran, petrificados por el miedo. Algunos se agarran con fuerza a la barandilla y aúllan, con ojos suplicantes.

Siento que me quema la parte de atrás de la garganta y cierro los ojos ante su lastimosa mirada.

—Lo siento —susurro—. Vosotros ahora ya pertenecéis a esas criaturas.

Justo entonces blando la espada y hago saltar por los aires la única cuerda que queda.

El puente se viene abajo con un ruido seco, y los caminantes oscuros desaparecen debajo sin hacer el más mínimo ruido. En un instante están rodeados de aletas.

Pesarosa, me cargo otra vez a Nate a la espalda y comienzo a bajar la escalera para llegar a la orilla que tenemos debajo. Me tomo mi tiempo, ya que tengo las suelas de las botas tan llenas de barro que me resbalo sobre el metal. Cuando por fin logro llegar abajo, me duelen los dedos de agarrarme tan fuerte a la barandilla.

Mientras me masajeo la mano, observo los alrededores.

Nos urge encontrar un sitio en el que escondernos para que Nate

pueda recuperarse, y preferiblemente uno que quede lejos de aquí. Los rastreadores de los caminantes oscuros avariciosos alertarán a los soldados, y estos, nada más enterarse de su huida, vendrán directos a por nosotros. Necesitamos salir de aquí antes de que lleguen.

Un fuerte estruendo capta mi atención por la derecha, y se me hace un nudo en el estómago.

Sospecho que ya han llegado.

El navío de los soldados es mucho más impresionante que ese bote que Nate y yo cogimos prestado para venir a la isla. Tiene un techo rígido de metal y es lo suficientemente grande como para transportar, como poco, a diez soldados. Se trata de uno de los barcos más nuevos de la flota de mi padre. Es más rápido que el bote de madera propulsado por carbón, y, además, el casco es a prueba de manchas e impenetrable, por lo que, pese a sus dientes afilados, las criaturas del lago Sanguis no tienen nada que hacer con él.

«Nos servirá».

El barco lleva a los soldados hasta la orilla, que pisan de un salto de dos en dos, y echan a correr tras los caminantes oscuros pringosos que emergen del agua. Los avariciosos gimen y se esfuerzan por hacerse con las armas de los soldados. Uno de ellos consigue la bota de un soldado y la levanta en el aire como si fuera un trofeo.

Aprovechando la distracción de los soldados, acelero la marcha en dirección al barco todo lo que el peso del cuerpo de Nate me permite. No han dejado a nadie haciendo guardia. «De maravilla».

Respiro hondo y subo la pasarela de embarque que lleva hasta el

barco. Este es lo bastante grande como para que los dos nos tumbemos en el suelo y ni nos toquemos. Las paredes son muy altas, y el metal está a prueba no solo de las criaturas del agua, sino también de las flechas de los soldados.

En cuanto a nuestro vehículo de fuga, nos podría haber ido peor. De hecho, en otra ocasión ya nos fue infinitamente peor.

Dejo caer a Nate sobre el suelo vacío y voy a toda prisa a los mandos de control. Solo hay un timón y una palanca, así que, al menos, la embarcación no parece complicada de manejar. Aunque, bien pensado, aquí nunca hay nada fácil.

Llevo la palanca hacia delante y no pasa nada. Noto cómo el sudor me baña la nuca. Inspecciono atentamente el resto de la proa, y suspiro al descubrir las puertas metálicas que hay bajo el timón de acero.

«Bien». Lo primero es arrancar la cosa esta.

Abro el compartimento en el que se almacena el carbón y arrugo la frente. No hay cebador. Busco un cebador o una antorcha encendida, pero no hay nada ni entre la hulla ni junto al timón de acero. Ya lo entiendo: por eso los soldados no se han molestado en dejar a nadie aquí. Se han llevado el cebador con ellos.

O al menos uno de los cebadores.

Bajo la vista a las palmas de mis manos. Me ha funcionado antes en el puente. Venga, consíguelo otra vez, por favor. Con los ojos cerrados, extiendo el brazo e imagino unas brasas ardiendo. Las dibujo en mi mente con todo lujo de detalles, y entonces el calor me empieza a recorrer todo el brazo y me atraviesa la palma de la mano. Las brasas sueltan chispas, sale un resplandor naranja y el motor ruge al arrancar.

Una sonrisa de oreja a oreja se instala en mi rostro. Nos va a venir de perlas.

—¡Oye, oye! —vocifera un soldado desde la orilla—. ¡Fuera de ahí ahora mismo!

Levanto la cabeza de golpe, doy un rodillazo a la puerta para cerrarla y echo mano a la palanca antes de respirar hondo.

Allá vamos.

XXIV

Tiro de la palanca hacia delante y salimos disparados sobre el agua. Me caigo para atrás, pero me agarro con fuerza al timón y no lo suelto.

A mi espalda, Nate rueda en el suelo. Se golpea contra la pared con un ruido sordo y se oye un quejido débil. Cuando los soldados desaparecen de mi vista, reduzco la velocidad de la embarcación, me apoyo contra el panel de control y consigo recuperar el aliento por primera vez desde que hemos salido de la parcela 8.

—¿Devica? —murmura Nate desde el suelo. Ahora está tumbado bocarriba, con el ceño fruncido.

Exhalo un largo soplo de aire al oír su voz.

—Eh, menos mal, te has despertado ya.

Quejicoso, se lleva una mano a la frente y sisea:

—¿Qué ha pasado?

—Te comiste un bizcocho envenenado. He tenido que cargar contigo para sacarte de la parcela 8.

Reprimo las ganas de reprenderlo por su imprudencia. A fin de cuentas, no ha sido el único que ha caído en la tentación allí detrás. Aunque sí el único que se ha tragado su tentación.

Por suerte ya ha recuperado la conciencia. Por lo que tengo entendido, el efecto del veneno podría haber durado días. Me siento

extrañamente reconfortada por el sonido de su voz, aunque no puedo permitir que se entere.

Con bastante esfuerzo, Nate logra sentarse. Se agarra el estómago y vuelve a gimotear por el dolor.

—Ya, de ahí mi necesidad de echar la pota.

—Pues, en cuanto te entren ganas de devolver, saca la cabeza por la borda y apunta bien al agua.

El viento me alborota el pelo y me lo coloco detrás de la oreja. Al menos en este barco no vamos dando tumbos como en el bote. Si consiguiera no mirar al lago, ni siquiera me daría cuenta de que vamos por el agua.

—Tranquila, estoy mejor. Y parece que mi estómago se va asentando. —Se rasca la frente—. ¿Cómo has conseguido este barco?

—Se lo he robado a los soldados. Es mucho más rápido que el bote. De hecho, ya debemos de estar saliendo de Aquarum.

Nate me mira y parpadea, y yo me encojo de hombros.

—¿Qué?

—Nada, nada —contesta—. Simplemente… que no te pareces en nada a lo que yo pensaba.

Seguimos surcando el agua con el piloto automático encendido; las parcelas se difuminan a nuestra derecha, y la orilla se atisba a nuestra izquierda. Nix debería de estar en línea recta desde aquí.

Me agacho a su lado para estar a su altura, y dejo la espalda contra la pared. Mis músculos han perdido fuerza y me froto las pantorrillas, que las tengo doloridas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Cuando nos conocimos, eras muy fría. Esa chica de entonces

jamás habría estado dispuesta a salvarme la vida.

No soy capaz de mirarlo a los ojos, así que me centro en mis dedos mientras me masajeo la pierna.

—Tú también me salvaste a mí en la parcela 11. Te debía una.

—Yo diría que es más bien al revés. Yo te debo a ti una por sacarme de este sitio. —Lleva la cabeza hacia atrás y baja los párpados—. Y aún no logro entender por qué estás haciendo esto. Insistes en que piensas que soy inocente, y, al mismo tiempo, sigues diciendo que todos los humanos somos unos burros asquerosos y repugnantes. ¿Cómo se come eso?

Escudriño el suelo, tratando de determinar el grado de honestidad que puedo permitirme tener. ¿En qué momento verá más allá de mis actos y se enterará de que no lo estoy sacando de este sitio porque sí? En cuanto lo sepa, dejará de ayudarme y todo esto que estamos pasando no habrá servido para nada.

—Digamos que no vas muy desencaminado… —le digo despacio, sopesando cada una de mis palabras—. Yo también tengo mis razones para querer ir a la Tierra. Pero son personales.

—Desembucha, venga. —Apoya la cabeza en la pared y me mira, con los ojos ensombrecidos por el techo que nos cubre—. Tú lo sabes todo sobre mí. ¿O es que ya te has olvidado de esa carpeta gigante que descansaba en tu escritorio? Apuesto a que ahí dentro estaba recogido cada detalle ínfimo e insignificante de mi vida.

Las mejillas me arden. Sí, había pasado noches y noches acurrucada en la cama con su expediente, obsesionada con resolver el misterio que rodea a este extraño humano, y frustrada por la falta de respuestas en esas páginas.

—Sinceramente, no me la leí entera —le miento—. Solo ojeé las

páginas relativas a tu castigo. Y he de decir que sigo sin entender cómo es posible que acabaras con la pistola que mató a tu padre en la mano si tú no lo mataste.

—A mi padre de acogida. Se llama, se llamaba, Gabe. Y yo no tengo más que un vago recuerdo de lo que vi. —Se pasa los dedos por el pelo y entrecierra los ojos como si así fuera a acordarse de más cosas—. Ese día me había quedado en casa porque estaba enfermo, con un gripazo de aúpa. Yo pensaba que todo el mundo se había ido a ver el partido de béisbol de mi hermano de acogida, pero, cuando me desperté, oí como una especie de estallidos. Corrí hacia la parte de la casa de la que parecía venir el ruido, y me encontré a Gabe tirado en el suelo de su dormitorio cubierto de sangre. Y vi un arma a su lado. —Se humedece los labios secos y traga saliva—. La cogí sin pensar. No sé el motivo. Supongo que tenía la cabeza aturullada por la fiebre, estaba como confundido, llevaba días sin comer y… no sé, no pensé. Y entonces fue cuando la pasma echó la puerta abajo. Recuerdo que me dijeron que tirara el arma. Pero yo pensaba que estaba teniendo una pesadilla por culpa de la fiebre, así que simplemente los miré sin soltar el arma. Entonces hubo un disparo, y ya lo siguiente que recuerdo es estar haciendo cola en una fila de gente tan perdida como yo a la espera de verte a ti.

Sus palabras me sobrecogen y lo examino de arriba abajo. Parece sincero. Pese a su tono desenfadado, es evidente que el dolor invade cada resquicio de su boca.

—Entonces, si no fuiste tú, ¿quién lo mató?

—No tengo ni idea. Solo puedo decir que Gabe era un buen tipo. A lo largo de mi vida tuve algunos padres de acogida terribles y

otros geniales, y, sin lugar a dudas, Gabe fue el mejor de todos con diferencia. Me trataba como a un hijo, como si yo le importara. Yo lo quería muchísimo, y lo echo mucho de menos.

Decenas de gotitas saladas se acumulan en su lagrimal, pero enseguida se las limpia con la mano, y la única prueba de su debilidad es la línea de barro que surca su mejilla.

Trato de ocupar mis dedos sobre mi muslo para reprimir el instinto de tocarlo. No estoy muy segura de por qué quiero consolarlo. Desde luego que consolar a humanos es lo contrario de lo que nosotros tenemos que hacer aquí abajo.

—Debe de haber sido duro —no puedo evitar decir—. Lo de crecer con padres diferentes todo el tiempo, digo. Yo no soporto a mi padre la mayoría de los días, pero al menos ya sé lo que puedo esperar de él.

Se estira contra la pared y deja la mirada perdida en algún punto del barco.

—Mi vida fue diferente. Yo jamás sentí pertenecer a ningún sitio, ¿entiendes a lo que me refiero?

Noto una punzada en el corazón; sus palabras se clavan en mi pecho como una garra afilada.

Me chupo el labio inferior.

—Conozco esa sensación.

De repente fija sus ojos en mí sin disimular la sorpresa.

—¿En serio la conoces? Yo pensaba que tú tenías la vida resuelta. Ya sabes, al ser tu padre quien es…

—Precisamente por eso. —Con el pulgar, me quito el barro que se me ha acumulado debajo de la uña del dedo anular y lo tiro al suelo —. Mi padre está empeñado en que yo sea quien ocupe su lugar.

Pero eso no puede ser. Es decir, yo no estoy destinada a convertirme en quien él quiere.

—¿Y en quién estás destinada a convertirte si puede saberse?

Alzo la cabeza y frunzo el ceño. Hasta ahora nunca nadie me había preguntado algo así.

He soñado miles de veces con todos los lugares que me gustaría visitar, pero jamás he imaginado cómo sería la vida más allá de los muros de piedra de Dominus. Y cuando mi padre anunció que yo lo sucedería en el trono, nadie me preguntó si eso era lo que yo quería. Y mucho menos mi padre.

Trago saliva y doy vueltas al rubí que adorna mi dedo.

—Pues no lo sé, pero, a diferencia de lo que todo el mundo piensa, a mí eso no me atrae. Mi padre es uno de los seres más poderosos del universo, pero también es el más solitario que conozco. Nunca ha querido contacto con nadie. Ni siquiera conmigo. Y yo no quiero convertirme en él, y temo que eso sea lo que pase cuando tenga que ocupar su sitio. Y las cosas ya han empezado a ser así. Por ejemplo, el único amigo de verdad que tenía aquí abajo ahora me evita tanto como vosotros evitáis las plagas.

Nate me mira con semblante serio.

—¿Y qué hay de tu madre? ¿Es que ella es tan terrible como tu padre?

Siento como un latigazo en la garganta y me concentro en el horizonte de color marrón siena que se desdibuja a uno y otro lado de nosotros.

—No la he visto nunca. Mi padre se niega a hablar de ella, pero otros demonios me han contado cosas. Me han hablado de cómo se conocieron y se enamoraron. Y de que mi padre la arrojó al río Ignis

por traicionarlo.

—¿Al sitio ese en el que se mata a los demonios?

Asiento con la cabeza, con los ojos fijos en el suelo, que parece recién pulido.

Nate coge aire.

—Entonces ¿tu padre acabó con la vida de tu madre?

—Eso es lo que me ha llegado.

—Vaya, y yo que pensaba que mi vida era un desastre.

Nate me pone la mano sobre la rodilla.

Ahora mismo estamos hombro con hombro, y no tengo intención de apartarme. Su mera presencia me relaja, sus ojos impregnados de tristeza y algo que yo diría que es bondad. Aún no estoy segura. Nadie me ha mirado nunca así.

Inspiro lentamente al tiempo que saco la foto de mi madre del corpiño del vestido.

Aparte de mi padre y de mí, nadie más sabe nada de ella, ni siquiera Atty. Y al hablar de ello con Nate, sé que me estoy arriesgando a que descubra que lo estoy usando en vez de rescatarlo.

O tal vez ahora estará dispuesto a ayudarme porque sí, porque quiera. Porque él mejor que nadie sabe lo que es perder a un padre.

Temblando, le muestro la fotografía que sostengo entre los dedos.

XXV

Nate estudia con detenimiento la foto con las cejas muy juntas.

—¿Qué es esto?

—Lo encontré en los aposentos de mi padre. Tenía un álbum lleno.

Me araño los muslos con las uñas y jugueteo con un agujero de mi vestido.

El barco se bambolea con suavidad, y Nate se acerca más la foto a la cara.

—¿Es tu madre?

—Eso creo.

—Es muy guapa. Os parecéis. —Se pone rojo, pero sigue con los ojos fijos en la imagen sin pestañear—. ¿Está sacada en la Tierra?

Siento que me pongo roja al contemplarlo por encima de su hombro.

—Me parece que sí. Pero tú lo sabrás mejor que yo. Hay un nombre detrás.

Le da la vuelta y asiente con la cabeza.

—Los Ángeles. Ya decía yo que esas palmeras me resultaban familiares.

Detiene el brazo a medio camino cuando va a darme de nuevo la foto y se la lleva rápido a los ojos otra vez.

—Espera un momento. Es de este año. ¡Pero si me acabas de decir que tu madre está muerta!

Le arrebato la imagen y me la vuelvo a guardar en el corpiño sin mirarlo.

—Es que yo pensaba que estaba muerta. Eso es lo que todo el mundo me ha dicho toda mi vida. Pero justo entonces encontré esto y me enteré no solo de que está viva, sino también de que es humana. Y esa es la razón por la que voy a la Tierra. Para encontrarla. Necesito saber por qué yo estoy aquí y ella no. Necesito saber si… si… si alguna vez me quiso.

La saliva se agolpa en mi garganta con las últimas palabras y a duras penas consigo tragarla, y mis ojos siguen ausentes, como atrapados en una de las manchas de barro que tengo en el vestido.

Nate suelta un sonoro suspiro.

—Pufff. ¿Y no le has preguntado a tu padre sobre todo esto?

Una carcajada se me escapa de los labios y niego con la cabeza.

—Me matará si se entera de que encontré esto. Además, es que encima accidentalmente prendí fuego al resto del álbum. Mi padre no es de los que se sientan a hablar de sentimientos. Ni lo ha hecho ni lo hará jamás.

Nate se gira y permanece sentado con las piernas cruzadas, de tal manera que sus rodillas se clavan en mis muslos.

—Así que tu plan es salir de aquí al precio que sea y luego buscarla. Sabes que la Tierra es gigante, ¿no? Por favor, dime que al menos conoces su nombre.

—Dina. Su nombre de pila y esta fotografía son lo único que tengo de ella para buscarla. —Cojo aire y lo suelto muy poco a poco —. Yo… pensé que podrías ayudarme, puesto que tú también eres

de Los Ángeles. A lo mejor a ti se te ocurre por dónde puedo empezar.

En ese instante se echa para atrás y la oscuridad nubla sus ojos.

—Ajá. O sea que era eso. —Un escalofrío me recorre la espalda, y no solo porque ahora hace más fresco, sino porque presiento un cambio en su actitud—. Así que era por eso, ¿no? —Apoyado contra la pared, fija la vista en el horizonte—. Ya sabía yo que tenía que haber algún motivo por el que tú quisieras sacarme de aquí. Jamás creíste en mi inocencia. ¿Cuál era tu plan, Devica? ¿Que te ayudara a encontrar a tu madre, y luego enviarle un mensaje a tu papaíto para que viniera a por mí y, de paso, te perdonara?

Un calor extremo se apodera de mi cuerpo y se me seca la boca.

«Menuda cagada la mía». Lo de enseñarle esa foto ha sido un error garrafal.

—No, yo… —Abro la boca y la cierro de nuevo. Se me caen los hombros—. A ver, sí, esa era mi idea al principio. Pero… ya sabes, yo no te conocía todavía. Para mí no eras más que un pecador lo bastante ingenuo como para creer que yo quisiera liberarte.

Veo el dolor en sus facciones y tenso la mandíbula.

—¿Y ahora?

—Ahora… ahora no estoy segura de nada. —Mis palabras me pillan por sorpresa incluso a mí. Nunca se me había pasado por la cabeza dejarlo libre al llegar a la Tierra. Pero tampoco estaba cien por cien segura de que fuera inocente… hasta ahora. Me vuelvo hacia él, también con las piernas cruzadas y mis rodillas rozando sus muslos, como imitando su postura de antes—. No vi tu pecado cuando te toqué aquella noche en mi habitación. Y pareces sincero al hablar sobre Gabe. Y me has salvado unas cuantas veces ya.

Honestamente, ya no sé qué plan tengo.

Los únicos sonidos que nos llegan son el del motor del barco y el del agua chocando contra los costados del casco. O quizá el chapoteo es el de mi contenido estomacal, recorriendo arriba y abajo mis intestinos a la espera de una respuesta por su parte.

Si me dijera que preferiría volver a su parcela en el Infierno antes que ayudarme, por supuesto que no podría culparlo de nada. Ahora mismo sabe dos cosas peligrosas y horrendas sobre mí: la ristra de mentiras que le he contado, y que mi padre es el rey de las mentiras. Es evidente que eso no me convierte en una persona en la que sea fácil confiar.

Respira hondo unas cuantas veces, y luego me mira, con el mentón relajado.

—Aunque tu «podría mandarte de vuelta al Infierno, pero aún no estoy segura de ello» no es precisamente lo que a un hombre más le guste escuchar, valoro mucho tu honestidad. Y con independencia de lo que al final decidas hacer, te ayudaré a encontrar a tu madre.

Levanto las cejas, sorprendida.

—¿En serio? ¿Y por qué ibas a hacer eso cuando te acabo de admitir que podría traicionarte?

—Por dos razones. —Me agarra la mano y siento la extrema suavidad de sus dedos cuando se curvan con delicadeza sobre los míos—. La primera, porque sé bien lo que es estar sin tu familia. Te mereces encontrar a tu madre. Y la segunda es porque, cuando dijiste que sientes que este no es tu sitio, que tú no perteneces aquí, estoy completamente de acuerdo. La persona que entró en pánico al ver su reflejo en la parcela 11 estaba luchando contra el monstruo en el que temía convertirse. Y lo mismo la chica que me sacó a

cuestas por el puente. He visto tu dolor al oír esos gritos agónicos. Te dolía porque sabías que a ellos les estaba doliendo. Me cuesta creer que tú vayas a ser capaz de hacer daño a una persona inocente. Y yo sé que soy inocente. Y cuando hayamos encontrado a tu madre, tú también lo sabrás.

Aparto mi mano de la suya y la dejo caer sobre mi regazo mientras examino el suelo. Esa persona a la que está describiendo no puedo ser yo. Ella es justo todo eso que mi padre me entrenó para que no fuera. ¿Cómo puede haber bondad en mí cuando me he pasado la vida rodeada de la maldad más absoluta?

Las lágrimas brotan de mis ojos y trato de limpiármelas.

—No puedo prometerte nada.

—No te estoy pidiendo que lo hagas. —Me acaricia la rodilla—. Y creo que puedo ayudarte. Mejor dicho, sé que puedo ayudarte. ¿No dijiste que todas las fotos que tenía tu padre las habían tomado en el mismo lugar?

—Sí. —Saco la fotografía y se la tiendo de nuevo, aún incapaz de encontrarme con sus ojos—. En todas aparece sentada en ese mismo banco.

—Probablemente viva cerca de allí —comenta—. Conozco bien este parque. Lo frecuenta mucho la gente de allí.

Mi corazón se acelera y levanto la cabeza. Me arrastro de tal manera que mis rodillas quedan por debajo de las suyas, y observo otra vez más la imagen.

—¿De veras lo conoces?

—Sí, está un poco más abajo de la casa de una de mis familias de acogida, justo en la misma calle. He vivido en todos los barrios de Los Ángeles, así que puedes tener la tranquilidad de que me sé

todas las calles de memoria. ¿Ves ese edificio que está detrás de ella, el que pone SALÓN DE FIESTAS? Es un local de eventos donde se celebran un montón de bodas. Trabajé allí un verano. Puedo llevarte un día por allí si te apetece.

Escudriño su rostro en busca de algún rasgo traicionero oculto bajo su piel bronceada y sus ojos brillantes.

—¿En serio harás todo eso por mí?

—Sí, Devica. —Me devuelve la foto y me la guardo en el corpiño —. Además, yo no tengo unos padres a los que buscar. En la Tierra, probablemente acabaría de vuelta bajo la tutela de las instituciones. Y allí todo el mundo piensa que estoy muerto. —Se levanta del suelo y se dirige hacia la parte delantera del barco, con la vista puesta en el horizonte—. Maldita sea, no había pensado en eso hasta ahora mismo. ¿Qué voy a hacer yo? Allí no me queda nadie. No sé por qué narices estoy luchando tanto para regresar.

Mi corazón se parte en dos al escucharlo. Cuando comenzamos este viaje, estaba convencida de que los dos queríamos acabar el juego de la misma manera: saliendo de aquí. Eso era lo único que teníamos en común.

Y resulta que ahora descubro que los dos deseamos lo mismo, y no es libertad. Ansiamos conexión. Contar con alguien que nos quiera y se preocupe por nosotros incondicionalmente. Y eso es algo que ninguno de nosotros sabe si acabará encontrando allí a donde vamos.

Lo único que sabemos es que aquí jamás lo conseguiremos.

Me valgo de la pared para levantarme del suelo y quedarme de pie a su lado junto al timón, con nuestros hombros rozándose. Ambos miramos al agua y respiramos al compás, y nuestras yemas

de los dedos también se tocan. Una especie de descarga eléctrica me recorre el cuerpo cada vez que siento su contacto sobre mi piel.

Su mano baja y se desliza entre la mía, y mis dedos se cierran sobre ella para impedir que se aleje de mí. Por un momento estamos solos, pero juntos, y ya no me importa nada lo lejos que tengamos que ir.

Un grito rompe la calma del cielo. Parece venir de una de las parcelas, y le suelto la mano. Cierro los ojos y aprieto los puños en actitud defensiva. No podemos seguir aquí. Mi padre acabará encontrándonos. Y a mí no me tirará al río Ignis porque, pese a todo, soy su hija, pero Nate no correrá la misma suerte ni lo tratarán con la misma benevolencia.

—Hagamos una cosa. —Intento disimular el dolor que azota mi pecho—. No sabes cuánto te agradezco que me ayudes a buscar a mi madre. Si al final no te delato, tienes que prometerme que desaparecerás. Yo seré quien te saque de aquí, y punto. Se acabó. Nada más. Todo será más seguro si nos separamos una vez que la encuentre.

Ahora que la luz ya ha caído, me vuelve a resultar imposible intuir su expresión. Es más difícil de descifrar que la letra del señor B, y ya es decir.

—Entendido, Virgilio.

—¿Eso te convierte a ti en Dante?

Mira hacia arriba y sus ojos se pierden a lo lejos.

—Quizá.

Me centro en el agua y me entra un escalofrío. La mirada que albergan sus ojos refleja su interior más profundo. Aparentemente calma en la superficie, pero bajo ella hay una oscuridad que

pretende hundirlo.

La misma oscuridad que me acecha a mí.

Y eso significa que, si nos aferramos el uno al otro, nos hundiremos los dos.

—Oye, Dev —me dice, con la mirada perdida todavía más allá de las olas.

—¿Qué?

—Si yo en la Tierra estoy muerto, y al final conseguimos salir de aquí, ¿qué será de mí? Me refiero a si volveré a habitar mi cuerpo y a salir como pueda de mi propia tumba. ¿O acaso andaré por ahí como un zombi tratando de adentrarme en el cerebro de todo aquel con el que me encuentre?

Inclino la cabeza mientras pienso:

—No tengo ni idea. A decir verdad, jamás nadie ha logrado escapar de aquí antes. Pero entiendo que tu otra vida será tan real como el cuerpo que tuviste en la Tierra. Está diseñado para que seas capaz de sentir el dolor o el placer, en función de dónde termines. Pero ninguno de mis libros de texto explicaba cómo enviar a la gente de vuelta. En ellos solo se habla de los castigos que debían recibir en el Infierno.

—Ufff. —Aprieta los labios y se encoge de hombros—. Supongo que no estará tan mal lo de ser un zombi. Sigue pareciéndome mejor que volver a la parcela 13.

Lo analizo brevemente y sacudo la cabeza. No sé lo que es un zombi, pero, si a él le parece bien, a mí también.

Una masa de tierra aparece ante nosotros y reduzco la velocidad. Ahora las orillas que nos rodean están cubiertas de unas bolas blancas y radiantes.

Nate se echa el aliento en las manos y las frota.

—Si llego a saber que en el Infierno uno pasa este frío, habría parado en el puesto de souvenirs para cogerme un pañuelo o algo así.

Aparto la mirada del agua y hago una mueca de asombro.

—¿Puesto de souvenirs?

—Es donde se compran las baratijas de recuerdo de los sitios que uno visita. Ya sabes, la típica camiseta que lleva estampado: ESTUVE EN EL INFIERNO Y LO ÚNICO QUE COMPRÉ FUE ESTA MIERDA DE CAMISETA o pegatinas para el parachoques con un ME ENCANTA EL INFIERNO.

Arrugo la nariz.

—Aquí no tenemos nada de eso.

—Ya me he percatado de ello. —Suspira, y unos cuantos copos de nieve le caen del pelo a los hombros, y se deshacen en su camisa como las piedras en lava.

Chocamos con la orilla y nos inclinamos hacia delante. Suelto unos cuantos tacos al clavarme el timón de acero en el estómago. Cuando llega el momento de parar, tiro de la palanca hacia arriba hasta que la embarcación se detiene del todo.

—Ya estamos aquí —anuncio entre una nube de aliento blanco, y me froto el estómago justo donde he recibido el impacto. Toso unas cuantas veces y extiendo los brazos en un gesto teatral:

—Bienvenido a Nix, la ciudad de hielo.

XXVI

Escondemos el barco detrás de un montículo nevado y nos sacudimos la nieve que llevamos pegada a las suelas.

El blanco se va acumulando en nuestros tobillos a medida que caminamos hacia el interior de la isla, con el crujido de nuestras pisadas y el sonido del viento como la única banda sonora. Me giro y observo el agua una última vez. Ningún otro barco ha salido ileso de la tormenta y exhalo un soplido de aire blanco que me nubla la vista antes de flotar sobre nuestras cabezas. La nieve nos ayudará a pasar desapercibidos hasta que consigamos llegar a un sitio en el que podamos descansar.

Ojalá que lo encontremos.

Nate tirita de frío, sus dientes castañean y se abraza a sí mismo para intentar entrar en calor. De repente me mira y me dice:

—¿Es que tú no estás helada?

Niego con la cabeza y extiendo mi brazo desnudo para que pueda ver cómo los copos de nieve se derriten y desaparecen en cuanto entran en contacto con mi piel.

—Ya sabes quién es mi padre, ¿no? No te olvides de que llevo el fuego en las venas.

—Pues daría lo que fuera por ser también un poco su hijo ahora mismo. —Se echa el aliento en las manos antes de señalar una

puerta resplandeciente de hielo que queda a nuestra izquierda—. Vale, entonces… en El *Infierno* de Dante el hielo era lo peor de lo peor. Sin embargo, aquí lo peor está en mi parcela, ¿no? ¿Qué veremos aquí?

Sigo su mirada y frunzo el ceño al visualizar el mapa del Infierno, colgado de las paredes del Salón de la Justicia. Jamás pensé que llegaríamos tan lejos, por lo que ni había reparado en él.

—Nix alberga a quienes cometieron el pecado de la pereza.

Pone cara de no tener ni idea de qué estoy hablando, y yo resisto mis ganas de poner los ojos en blanco.

—A los vagos, Nate. Mmm, piensa en todos esos holgazanes de espíritu. Ya sabes, en esa gente que cree en las cosas y sabe lo que tiene que hacer, pero nunca lo hace. Ahí delante están los ambientalmente vagos, y luego al otro lado se sitúa la ciudad de los apáticos y los hipócritas. Ninguno de ellos suele causar problemas nunca. Además, todas las parcelas están separadas y cerradas con llave, por lo que podemos recorrer la ciudad de arriba abajo sin necesidad de entrar en ninguna de ellas. Lo peor que nos encontraremos aquí será esta tormenta.

Me froto los músculos de los muslos, que aún me duelen, y tuerzo la cara cuando el vestido se me despega de la piel con un sonido como si me estuviera succionando. Lo más probable es que el intenso frío no afecte a mi temperatura corporal, pero está claro que la tormenta nos dificultará la caminata. Deberíamos salir de aquí cuanto antes. Por si fuera poco, Nate no puede volver a morirse, pero empezará a parecer más una escultura de hielo que un humano.

Me cubro otra vez los ojos con la mano a modo de parasol y

observo la enorme cantidad de nieve que cubre el camino que rodea Nix, el cual queda prácticamente fuera de nuestro campo de visión. Aparece y desaparece según hacia dónde lleva los copos el gélido viento. El aire casi ha parado cuando golpeo el hielo con la punta de la bota, y me doy cuenta de que es tan duro y pesado como el lodo que lo llenaba todo en Aquarum.

Me paso los dedos rápido por la melena mojada, y doy un respingo cuando el calor que emana de la palma derrite al instante todo el hielo que se me acumula en el cuero cabelludo.

«Claaaro. Tenía que haber caído en esto antes».

Sería inútil ponerme a conjurar el fuego ahora mismo. Procuro tener las palmas de las manos hacia abajo. Mis venas se calientan cuando yo quiero, y la nieve se derrite y forma charcos a mis pies, y deja al descubierto el camino helado que oculta debajo.

Sigo hacia delante, deshaciendo las nubes blancas a mi paso, y orgullosísima de mi genialidad.

Nate no parece tan impresionado. Va pisándome los talones entre protestas, y su respiración me rodea como si fuera humo.

—Ya podías haber hecho esto todo el tiempo en lugar de tenerme andando hasta que ya casi ni sentía los dedos de los pies.

—No caí en ello —resoplo—. Además, hasta ahora siempre me ha dado miedo usar mis poderes porque era incapaz de controlarlos.

Nate observa cómo la nieve se va desintegrando a medida que nos movemos, y deja escapar ese silbido de elogio que yo tanto había estado esperando.

—Pues nadie diría que no los controlabas.

—Tú me has ayudado a hacerlo. —Lo miro sobre mi hombro y le dedico una sonrisa—. Eres la primera persona que me ha enseñado

que lo más importante es creer en mí misma. En mi casa nadie jamás creyó en mí, por lo que yo tampoco aprendí nunca a hacerlo.

Está muy rojo, pero no tengo claro si es por mis palabras o por el frío que está pasando.

—Yo pienso que eres mucho más fuerte de lo que crees, Devica.

Me ruborizo como él, así que llevo la mirada de nuevo al camino para que lo único que me vea sea la nieve que me cubre la parte de atrás de la cabeza.

Me he pasado la vida odiando a los humanos con todas mis fuerzas y diciendo que eran unas criaturas egoístas. Sin embargo, Nate es la persona más desinteresada que he conocido. Antes estaba persuadida de que su bondad era su debilidad, pero ahora no puedo evitar pensar que es justo lo que lo hace tan fuerte.

Seguimos caminando en silencio hasta que no puedo más del dolor de pies, y su respiración turbia y el crujido de sus pasos son las únicas pistas de que sigue detrás de mí. Seguir el camino que yo voy creando es mucho más fácil que abrirse paso entre la nieve, pero usar mis poderes me agota. Tengo los músculos de los brazos destrozados, y mis pestañas batallan por no cerrarse cuando no estoy con la atención puesta en algo.

De fondo, el castañeteo de los dientes de Nate.

—Como ya estoy muerto, al menos espero librarme de morirme de frío. Este chavalote de California no está hecho para este clima.

Clavo los ojos en él y enarco las cejas. Tiene los labios de un inquietante tono azul, y los párpados y pestañas cubiertos de nieve. Pobre chico. Necesita entrar en calor. Y pronto.

—Cuéntame más cosas de California —lo animo—. Háblame de su playa. Tal vez, al hablar del calor de allí, se te olvide el temporal de

aquí.

—Es el lugar más bonito del mundo. —Ahora está más cerca, tanto que su aliento me acaricia el hombro antes de desaparecer—. En los días despejados, el océano adquiere un color entre turquesa, verde y azul, y luce una espuma blanca que rompe contra la orilla. Ya sé que odias el agua, pero estoy seguro de que allí te gustaría. Hace calor, pero no es como aquí. Allí el sol te calienta la piel y penetra en tu alma.

Me estremezco, y no precisamente por frío.

—Me cuesta un poco creer lo que me dices del océano, pero, desde luego, todo lo demás suena fantástico. Continúa.

—Y es todavía más bonita al caer el sol, cuando el cielo parece arder en rosas, rojos y amarillos, y se refleja en el agua. La imagen te hipnotiza. Cuando estaba triste o sentía miedo, siempre solía ir hasta el muelle de Santa Mónica y me sentaba allí a contemplar la grandeza del océano. Me gustaba quitarme los zapatos y dejar que la arena se colara entre mis dedos. Y así cerraba los ojos y respiraba hondo. Aquello me ayudaba a mantener los pies en la tierra, me dejaba llevar por el olor de los restaurantes de pescado, el aroma a churros y el perfume del agua salada, todo mezclado. Todo ello me tranquilizaba y me hacía sentir mejor que ninguna otra cosa… Puede que te rías al oírlo, pero para mí aquello era sinónimo de libertad.

—Libertad —repito la palabra despacio antes de mirarlo a los ojos —. Nunca me reiría de ti por eso. Realmente suena como un sueño hecho realidad.

—Te va a encantar, Dev. Estoy como loco por enseñarte todo eso. —Me coge las manos, y sus dedos me pinchan la piel como carámbanos de hielo. Sus palabras me llegan muy adentro. Aunque

no lo envíe de vuelta a la parcela 13, tampoco me llevará jamás a esa playa. En cuanto encuentre a mi madre, tendremos que desaparecer o mi padre me encontrará y se lo llevará a él de vuelta.

Saco las manos de entre las suyas y se las pongo encima para intentar calentárselas.

—Quién sabe, quizá te permita llevarme allí algún día. —Las palabras salen de mi boca contra mi voluntad sin darme tiempo a detenerlas—. Quiero decir… Ya sabes, después de que haya encontrado a mi madre. Y siempre y cuando no te mande de vuelta con mi padre. Eso de tener los dedos de los pies rebozados en arena de playa me parece cuando menos intrigante.

Se inclina hacia delante, y su cara queda a milímetros de la mía. La nieve de sus pestañas se va derritiendo y gotea por su rostro como si fueran lágrimas, pero en verdad está sonriendo.

—Lo firmo. Además, es como si ahora te resistieras a entregarme a tu padre, y eso es todo un placer para mí. Ya sabía yo que acabarías sucumbiendo a mis encantos.

Le suelto las manos y me sacudo la nieve que me queda en el vestido, aunque no sé para qué, puesto que en cuestión de segundos vuelve a estar teñido de blanco.

—Mejor no respondo a tu comentario de sobrado, puesto que ahora mismo no eres más que un cubito de hielo. Pero, aun así, que sepas que tus encantos no son para tanto.

—Sí que lo son. —Me hace un guiño, y yo pongo los ojos en blanco.

Los humanos son imposibles a veces. Y el que tengo delante el que más.

Me quedo atónita al ver el edificio que llevaba buscando desde

que salimos del agua.

Aún sigue allí. No me puedo creer que todavía esté allí.

Nate me sigue la mirada, protegiéndose los ojos de la nieve y dejando escapar un grito ahogado que resuena a nuestro alrededor.

—Me da que acabamos de llegar a la parte de alucinación de nuestro viaje. Juraría que hay un castillo en mitad del Infierno.

Esbozo una sonrisa traviesa.

—Así es. Has visto bien.

XXVII

Exhalamos a la par al constatar que lo que vemos es real, y Nate acompaña su asombro de un silbido suave.

La construcción es impresionantemente enorme y está hecha por completo de hielo. Y lo más llamativo es que, pese a la brutal tormenta, se mantiene en pie. Tiene al menos dos pisos de altura y consta de múltiples torres y parapetos que se alzan sobre el tejado y brillan como un cristal azul bajo el cielo.

Al frente tiene esculpida una puerta inmensa flanqueada por ventanas arqueadas. La luz rebota en los paneles y dibuja esferas de colores sobre la nieve. Un polvo blanquecino cubre el tejado y las torres, y brilla como purpurina en mitad del temporal.

—Diripo me contó que mi padre lo mandó construir para mi madre. —Trato de deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta—. Al parecer, quería regalarle algo bonito aquí abajo. Supuestamente iba a ser su nidito de amor para las vacaciones. Pero mi madre no llegó a verlo. Me dijeron que murió antes de que se lo diera, aunque ahora sé que esa historia no es más que una patraña.

—Debió de estar muy enamorado de ella, ¿no? —El aliento de Nate y el mío se mezclan en el aire, ya que no paramos de respirar al mismo tiempo—. Parece sacado de una película de Disney. De hecho, no me extrañaría nada ver salir a Elsa por esa puerta

cantándonos a voz en grito «Suéltalo».

Me lamo los labios y suelto una bocanada de aire blanquecino.

—La primera vez que lo vi fue de niña cuando mi padre me hizo una visita por todo el reino. Por aquel entonces ya le supliqué que me dejara vivir aquí, pero me dijo que jamás nadie habitaría entre estas paredes. Y me miró con esa cara extraña que ponía y me sacó de aquí a toda prisa. —Le pego una patada al suelo, y mis botas son tan fuertes que hacen mella en el hielo—. Me sorprende que siga existiendo. Pensaba que lo habría destruido. ¿Por qué dejar en pie algo que le enfurece tanto?

Nate se refriega los antebrazos.

—Es posible que tampoco soporte la idea de derribarlo. De hecho, me dijiste que también tenía un álbum de fotos lleno de retratos de tu madre. Es como si nunca se la hubiera sacado de la cabeza.

—Puede ser. —Fuerzo la vista para no perderme detalle del castillo, como si los secretos que con tanto celo atesora mi padre estuvieran allí grabados en el hielo—. Me habría encantado que me contara cualquier detalle sobre ella, pero esas cosas no van con mi padre. Creo que tendría más suerte intentando que tú aguantaras cinco minutos sin soltar un chiste horrible de esos tuyos. —Le sonrío, socarrona.

Me guiña un ojo con sus pestañas cubiertas de nieve.

—Dejando bien claro de antemano que ninguno de mis chistes es horrible, diría que sí, que conmigo lo has logrado.

Niego con la cabeza y, acto seguido, aprieto los labios y estudio bien estudiada la puerta del castillo.

—Nunca he entrado. Espero que ahora podamos hacerlo.

—¿Sabes si está cerrada con llave?

Me encojo de hombros.

—Ni idea. Vamos a tener que adivinarlo los dos juntos.

A medida que nos aproximamos al castillo, la tormenta amaina, y la nieve que cae deja de formar una cortina opaca y da paso a un velo traslúcido.

El fuego que me sale de la mano ya solo chisporrotea, como si se estuviera quejando por el uso excesivo que he hecho de mis poderes. Sacudo los dedos y suelto varios improperios.

Habría estado bien que el señor B me hubiera advertido de que mis poderes iban por pilas… y se agotaban.

Menos mal que ahora la nieve solo nos llega hasta los tobillos, así que caminamos uno al lado del otro, con mi corazón a mil por hora según nos aproximamos a la puerta. Desconozco por completo lo que hay dentro…, no sé si mi padre habrá escondido allí más pistas sobre mi madre o si todo el castillo estará tan vacío como su dormitorio. Lo que sí sé es que podría haber metido allí todo un batallón de soldados para anticiparse a nuestra visita.

—¿Tu padre no te contó nunca qué hizo tu madre para traicionarlo? —se interesa Nate—. No sé, decirte algo aunque te mintiera.

Respondo negativamente con la cabeza.

—Cada vez que la mentaba, me mandaba callar. Pensaba que era porque le daba pena. Pero ahora supongo que lo que le pasaba en realidad era que no tenía agallas para mentirme a la cara sobre ella.

—Ya… —Se mete las manos en los bolsillos de la chaqueta y eleva los hombros hasta las orejas—. Me imagino al Príncipe de las Mentiras mintiendo terriblemente mal.

Doy vueltas al anillo que llevo en el dedo y, mientras me fijo en

cómo el rubí capta el resplandor blanco de la nieve, murmuro:

—Mintió lo bastante bien como para tenerme diecisiete años convencida de que no estaba viva.

—Sí. Eso es muy feo. —Nate se detiene y escucha. Sus ojos se abren como platos cuando se gira muy despacio para ver lo que hay detrás de nosotros.

—Eeeh… ¿Dev?

—¿Qué? —No bajo el ritmo. Ya estamos tan cerca del castillo que me imagino relajándome en uno de los sofás que haya ahí dentro, disfrutando del placer de volver a tener el vestido y el pelo secos.

—¿Te acuerdas de que dijiste algo así como que no teníamos que preocuparnos por los pecadores porque estaban encerrados bajo llave?

—Sí, claro que me acuerdo.

Me agarra del brazo y hace que me gire.

—Pues… me da que aquí las reglas del juego han cambiado.

Inspiro profundamente el aire frío y toso porque me quema los pulmones.

Los caminantes oscuros vienen desde todos los sitios dando traspiés en dirección a nosotros. De su cuerpo cuelgan jirones de tela de un color rojo escarlata, que es lo único que les queda de los monos que les dieron al entrar, los cuales, de lo rotos que están, dejan al descubierto trozos de piel azul y violácea. Los hay que cojean apoyándose solo en una pierna, y otros tienen un solo brazo, pues es habitual que pierdan extremidades por el estado de congelación en que se encuentran. Todos ellos tienen los ojos tan en blanco como la nieve que cruje como si fuera un hueso bajo nuestras pisadas.

—¿Cómo habrán logrado abrir las puertas? —susurro. Mis dedos vuelan hasta la punta afilada de mi espada, y me estremezco cuando el metal helado me punza la piel—. No son lo bastante fuertes. Solo los demonios son capaces de ello.

Analizo la nieve a nuestro alrededor, con la mano agarrando con fuerza la hoja de mi arma mientras aguanto la respiración como si me estuviera anticipando a la aparición de Ferus o, todavía peor, de mi padre.

—En mi opinión, este no es nuestro mayor problema ahora mismo —murmura Nate—. Fíjate allí.

Sigo su mirada por encima de mi hombro, y con lo que se topan mis ojos es con otro gran grupo de caminantes oscuros que salen tambaleándose de sus parcelas en mitad de una enorme algarabía mientras no dejan de espiarnos. En cuestión de segundos estaremos rodeados. Y nosotros solo somos dos, con una espada, una daga empuñada por un chico que no puede dejar de tiritar, y mi poder del fuego, cuyas pilas todavía no se han cargado del todo. En resumen, no contamos precisamente con una plétora de armamento para enfrentarnos a ese ejército que se nos avecina.

—¡Corre, corre, Nate! Ve hacia el castillo.

Me abro paso entre la nieve sin detenerme a comprobar que sigue detrás de mí. La capa de nieve no es demasiado gruesa ahora, pero me pesa demasiado la ropa helada que llevo puesta. Me agarro el dobladillo del vestido y tiro de él a la altura de las piernas hasta que consigo arrancármelo de la piel con un crujido.

Estoy a mitad de camino del castillo cuando el pie se me queda atrapado en un trozo de hielo. Siento tal dolor que me tiro al suelo con un sollozo. La nieve me cubre la nariz y la boca, impidiéndome

respirar. Toso y escupo mientras me limpio la cara.

—¡Devica! —Nate se agacha a mi lado—. ¿Te encuentras bien?

—Eso creo. —Me saco otro poco de nieve de la boca, y pongo la mano en su hombro para que me ayude a levantarme. Nada más apoyar el pie, siento un horrible latigazo de dolor en la pantorrilla, por lo que suelto un grito y me dejo caer sobre él.

—¡Ay, mi tobillo! Debo de haberme hecho un esguince. Dame un minuto, estaré bien enseguida.

—No tenemos un minuto —me apremia Nate—. Son demasiado rápidos para estar criogenizados.

Como una señal, una mano a la que le faltan dos dedos toma posición en mi hombro y suelto un alarido en cuanto ese apéndice helado me pellizca la piel. Nate saca la espada de mi cinturón y le asesta un golpe seco. En ese momento la cabeza del caminante oscuro cae a la nieve, con los ojos abiertos como platos y aún parpadeando.

Lo observo anonadada.

—¡Guau! No sabía que tenías ese dominio.

—Ni yo. ¡Madre mía! —Nate examina la hoja de la espada—. Está más afilada de lo que pensaba. Yo solo quería herirlo, no decapitarlo. Pero pronto estará bien, ¿no?

—Sí, sí, estará bien, tranquilo. —Los caminantes oscuros con su carne putrefacta siguen arrastrándose como pueden hacia nosotros, y están cada vez más cerca. Aprieto los dientes—. Los que no estaremos nada bien seremos nosotros si no vamos dentro y les impedimos el paso.

Detiene los ojos en mi pie.

—¿Crees que puedes andar?

—Por supuesto. —Doy un paso, pero el tobillo me falla y tropiezo. Nate me agarra para que no vuelva a irme de bruces contra el suelo y me coma la nieve. Me llevo la mano al mentón y con los dedos me tapo con fuerza la boca para impedir que salga de ella un grito de frustración—. No pasa nada, iré a la pata coja.

—Entonces sí que nos pillarán seguro. —Nate vuelve a enfundar la espada y a guardármela en mi cinturón—. Sé que me dejaste muy clarito que me tirarías al río Igloo ese por hacer lo que voy a hacer, pero, aun así, tengo que arriesgarme. —Me saca de la nieve, me alza y me coloca entre sus brazos en esa postura en que los humanos acunan a sus bebés.

El tobillo me duele horrores por el movimiento, y estoy a punto de protestar por lo que ha hecho cuando, de pronto, en cuanto me acomodo en sus fornidos brazos, el dolor cesa.

Paso mis brazos alrededor de su cuello y le hablo al pecho:

—Te aseguro que, como le cuentes esto a alguien, te tiraré al río Ignis sin pensármelo dos veces, ¿lo has entendido?

—¡Lo he entendido perfectamente!

Nate se abre paso corriendo entre la nieve, concentrando parte de la fuerza en el mentón mientras se las apaña para sortear un trozo enorme de hielo. Me agarra con seguridad, como si a sus músculos no les costara ningún esfuerzo cargar conmigo por la nieve. Yo me abandono en sus brazos y entierro la cara en su cuello cuando la tormenta se intensifica y nos azota el cuerpo.

Nos persigue el sonido de unos dientes repiqueteando y el chasquido de un hueso tras otro, y no puedo evitar sentirme conmovida ante el dantesco panorama que nos rodea. No me hace falta verlos para sentir su dolor. Ya me atenaza tanto como el de mi

tobillo. Aggg, ese estúpido lado humano que aflora en mí y me hace sentir.

Nate bufa con cada paso que da, y en ningún momento aparta la mirada del castillo, tan solo se limita a parpadear de vez en cuando para quitarse la nieve de los ojos.

Esta es la vez que más vulnerable me he sentido con un humano. Incluso más que cuando el mismo Nate tuvo que rebuscar y sacarme un cristalito de la espalda. En cualquier momento se dará cuenta de que yo soy la responsable de todo esto y me mandará a freír espárragos. Si se llevara consigo mi espada y fuera lo suficientemente rápido, podría estar fuera de Nix antes de que a mí se me curara el esguince. Y todo ello siempre y cuando yo sea capaz de defendernos de los caminantes oscuros que vienen vociferando y clamando por detrás de nosotros.

Pero, a pesar de todo, Nate no me suelta. Muy al contrario, me agarra aún más fuerte contra su pecho para protegerme del viento y de las miles de bolas de nieve que los caminantes oscuros no se cansan de lanzarnos.

No necesito su protección, y los dos lo sabemos de sobra. Sin embargo, una sensación de calidez crece en mi pecho al darme cuenta de que no me importa tenerla.

Llegamos a la puerta, y Nate se detiene con la respiración entrecortada. Me asomo por encima de su hombro y veo cómo las bolas de nieve impactan contra la pared justo al lado de mi cabeza. Los caminantes oscuros ya están solo a unos pocos pasos de nosotros, y van armados no solo con nieve, sino también con trozos irregulares de hielo.

—Nate, date prisa —le digo en un susurro tan débil que es como

si me faltara el aire, y eso que ha sido él el único que ha estado corriendo—. Abre la puerta.

Cambia el brazo con el que me agarra, y aprieto los dientes cuando el dolor vuelve a apoderarse de mi pierna. Entonces coloca la mano sobre la manija de la puerta, la baja y tira de ella, pero no se mueve ni un milímetro. Coge aire y esta vez empuja la puerta hacia dentro, gruñendo y apretando los dientes. Pero otra vez nada.

—Por un casual tú no tendrás una llave, ¿no? Está cerrado a cal y canto.

Trago una bocanada de aire helado y levanto las cejas.

—Lógicamente no. Supongo que mi padre es el único que tiene llave de aquí.

—Ya… Pues eso me temo que no nos vale de nada.

Los caminantes oscuros dejan escapar un sonido inquietante similar a una risa, y se ve cómo los dientes les tiemblan en el interior de la boca. Nate empuja y tira de la puerta sin éxito mientras los gritos van *in crescendo*, y un trozo de hielo se desliza por mi brazo antes de llegar a romperse a sus pies.

Mi cuerpo se pone rígido cuando Nate parece rendirse, deja de intentar abrir la puerta y se queda mirando a los caminantes oscuros.

Y entonces ellos descienden.

XXVIII

El viento arrastra la nieve de la parte más alta del castillo y me impide ver. Un caminante oscuro grita despavorido cuando la pierna se le parte en dos con un ruido seco y un trozo de su extremidad cae al suelo. Se queda mirando el muñón, confundido, antes de que otro caminante oscuro lo saque de la nieve y lo lance hacia donde nosotros estamos. Cae justo a los pies de Nate, aunque ni lo roza.

Se me revuelve el estómago, y me giro para ver bien la cerradura con los ojos entreabiertos. Es un candado, pero parece hecho del mismo hielo denso que el resto del castillo. En circunstancias normales, no me costaría nada acabar con él, pero no sé cuánto tiempo tardan en recargarse mis poderes. La verdad es que habría sido mil veces más útil estudiar eso en la escuela en vez de dedicar tanto tiempo a otro tipo de lecciones, como la 101: Cómo colgar a un humano por las uñas.

—Acércame a la entrada —susurro a Nate directamente al oído—. Intentaré derretirlo.

Cuando ya estoy lo bastante próxima, coloco la palma de la mano en el punto exacto en el que la cerradura se une al marco de la puerta, y cojo aire.

«Que funcione, que funcione, por favor».

El calor brota de mi mano y al instante el hielo se transforma en agua bajo mis dedos. Suelto todo el aire mientras el candado cae al suelo y forma un charco a mis pies. Gracias a quien sea por hacerme estos pequeños favores.

Un caminante oscuro sigue gritando detrás de nosotros, y Nate se apresura a bajar la manija. La puerta chirría contra la nieve al abrirse, un sonido áspero que recorre mi espalda.

Nos deslizamos por el hueco que se forma, y Nate avanza contorsionándose lo que puede para evitar golpearme el tobillo con el marco. Una vez dentro, pega un portazo.

Cierro los ojos para disfrutar del momento: aquí dentro las paredes atenúan los gritos y mi cabeza recupera claridad.

—¿No puedes hacer algo para encerrarnos aquí? —me pregunta Nate casi sin aire.

—Creo que sí. —Sitúo la palma de la mano sobre el hueco que queda entre la puerta y el marco, y en cuestión de segundos fundo los dos para dar lugar a una sólida pared de hielo. Nate prueba a bajar la manija de nuevo, pero no se mueve. Apoyo la cabeza en su pecho y vuelvo a cerrar los ojos.

—Con esto deberíamos estar a salvo por ahora.

Pego un bote cuando algo golpea la puerta, y Nate y yo cruzamos las miradas. Nos observamos el uno al otro horrorizados cuando oímos un segundo ruido tan sordo como el anterior, esta vez como si algo impactara tanto contra la puerta como contra la ventana. A continuación, otro golpe, y otro.

¿Qué está pasando?

—Es como si estuvieran arrojando sus cuerpos contra el castillo —murmura Nate.

—Es que es lo que están haciendo.

Entrecierro los ojos cada vez que los huesos impactan al unísono y los alaridos de dolor penetran las paredes. Nate pega mi cuerpo aún más al suyo, y yo hundo el rostro en su pecho hasta que el sonido va aflojando y, finalmente, desaparece.

—Se han ido —confirma.

Levanto la cabeza y aguzo el oído. Lo único que se oye ya es la respiración profunda de Nate y el suave golpeteo de la nieve contra las paredes. Trato de relajarme en sus brazos y digo que sí con la cabeza sobre su hombro, que está tan helado como el hielo que nos rodea.

—Hemos salido indemnes de esta. Pero tenemos que encontrar algún sitio en el que tú puedas entrar en calor y yo sanar este tobillo.

Emite un chasquido con la lengua para decirme que está de acuerdo, y nos adentramos en las entrañas del castillo, acompañados del eco de sus palabras.

—Este sitio es una pasada.

Abro los ojos todo lo que puedo y analizo de arriba abajo la estancia.

—No sabía que mi padre tenía tan buen gusto.

Llegamos a un enorme recibidor hecho de hielo hasta el último detalle. De allí parte una escalera de caracol que conduce al piso de arriba, flanqueada a cada lado por altos pilares y bancos.

Las paredes son opacas y aquí abajo no hay ni una sola ventana, toda la luz que hay viene de una lámpara de araña que cuelga sobre nuestras cabezas y dibuja círculos de colores en el suelo.

—¿Cómo es posible que no se deshaga nada? —siente curiosidad

Nate, y estira el cuello para estudiar la luz que entra.

—Pues de la misma manera que tenemos un lago de sangre y un río de fuego —le respondo—. Cuestión de magia.

—¿Te parece si subimos? Tal vez haya una cama allí arriba. —Se aclara la garganta y mira al suelo—. Bueno, o dos.

Ahora que los caminantes oscuros ya no nos atacan, parece que por fin estamos solos. No hay señal alguna de soldados ni de trampas. Probablemente mi padre piense que ya me he olvidado de este sitio, puesto que, cuando me trajo aquí, yo era todavía muy pequeña. Sin embargo, nunca he podido dejar de pensar en este castillo y en el motivo de su existencia.

—Sí, claro. —Ladeo la cabeza para rozarle el hombro, y dejo pasar el comentario de la cama—. Aunque debemos estar un poco al quite por si acaso.

Sube las escaleras despacio, con mucho cuidado para que mi tobillo no se dé con la barandilla. Agacho la cabeza al recordar lo superdescuidada que yo fui con él cuando lo saqué a cuestas por el puente. Cargué con él como si fuera una muñeca de trapo; mi única preocupación era escapar de allí, y me daba igual si se golpeaba o no la pierna. No sé, rompiendo una lanza a mi favor, he de decir que él estaba inconsciente, y me estaban persiguiendo. Aun así, se merecía un trato mejor.

Al llegar al rellano, levanto la cabeza y resoplo. Como era de esperar, hay una sola cama. Está en el centro de una habitación, que tiene dos veces el tamaño de la mía. El canapé está hecho de hielo, y el cabecero está adornado con unos copos de nieve cuidadosamente labrados. Está decorada con cojines en un tono verde azulado y una manta gruesa de color aguamarina con hilos de

plata que brillan cuando le da la luz.

Una chimenea integrada ocupa toda la otra pared, y, frente a ella, en una esquina, hay un sillón esculpido. Al otro lado de la habitación hay un tocador, con frascos vacíos aquí y allá en los que, imagino, mi padre vislumbraba que estarían los perfumes de mi madre. Un gran armario está repleto de vestidos en todos los colores del inframundo, desde rojos escarlata hasta negros azabache, pasando por grises ahumados.

A diferencia de la planta baja, aquí sí que hay ventanas, unos arcos de hielo grabados en las paredes que son lo suficientemente finos como para permitir el paso de la luz, pero dejar la tormenta fuera.

Un escalofrío recorre el cuerpo de Nate con tanta violencia que también me sacude a mí.

Algo no va bien.

Examino la chimenea, y siento alivio al ver que en ella hay tres troncos sin usar. Lanzo una bola de fuego a la madera. Primero salta una chispa y enseguida los troncos prenden con tanta fuerza que las llamas iluminan la estancia en un naranja brillante.

—Si no estuviera tan agotado, me habría quedado impresionado —confiesa Nate.

—Deberías estar impresionado igualmente. ¿Imaginas cuántos años tendrán esos troncos? No las tenía todas conmigo de que fueran a prender.

—En todo lo que tiene que ver contigo, siempre acabo impresionado.

Siento un calor abrasador en las mejillas cuando se dobla para tumbarme en la cama. De rodillas, me deshace el nudo de las botas

y me las quita una a una con delicadeza, pidiéndome perdón cuando dejo escapar un silbido de dolor. Coloca mi calzado a los pies de la cama antes de inclinarse sobre mí.

Me examina con atención el tobillo y lo palpa haciendo círculos en la zona de la hinchazón fijándose en mi cara para ver la reacción. Su manera de tocarme es suave pero segura. Un cosquilleo se apodera de todo mi cuerpo cuando sus dedos siguen el recorrido del músculo hasta llegar a la pierna y detenerse en el gemelo. Abre la mano, la apoya entera y empieza a masajearme la pantorrilla como dibujando pequeñas circunferencias sobre la piel. Reprimo un gemido de placer cuando mi cuerpo se relaja ante el contacto de sus manos.

—¿Qué me estás haciendo? —le susurro.

—Ahora mismo estoy tratando de estimular el flujo sanguíneo. Te ayudará a que el tobillo se cure más rápido.

Lo miro por encima de mi estómago con las cejas tirando de mi frente hacia arriba.

—¿Dónde has aprendido a hacer esto?

—En las películas.

—Aaah, claro. —Dejo caer el cuello hacia atrás y mi cabeza se hunde en el colchón.

Incrementa la presión sobre la parte baja de mi pierna y me dejo llevar con los ojos cerrados. Sea lo que sea lo que me esté haciendo, está funcionando. Noto los músculos de la pierna descontracturados, y están provocando una reacción en cadena en el resto de mi cuerpo, porque me siento relajada.

—Además, mi hermano de acogida era un apasionado del deporte —continúa contándome—. Y se hacía un montón de lesiones. Yo no le caía muy bien, así que me pasaba el día intentando demostrarle

que podía ser un buen hermano. Aprendí a tratar lesiones deportivas solo para aplicarlo con él. Pensaba que, si lograba aliviar su dolor, acabaría siendo amable conmigo. Nunca llegó a serlo, pero yo no me cansé de intentarlo.

Me siento apoyándome en mis codos, y lo contemplo con los ojos entornados. Sigue concentrado en mi gemelo con el ceño fruncido y el mentón tenso, pero no logra ocultar el dolor que se instala en sus ojos. En este instante me duele mucho más el pecho que el pie solo de pensar en que alguien hubiera podido tratarlo tan mal.

—Lo siento en el alma, Nate —lo consuelo—. Sé bien lo que es tener a alguien en tu vida a quien no logras complacer hagas lo que hagas. Yo también siempre he hecho todo lo que mi padre ha querido, y aun así jamás ha mostrado interés por saber nada de mí. Si te sirve de algo, me cuesta creer que haya alguien a quien no le caigas bien. Si hasta has conseguido caerme bien a mí, y eso que me criaron para odiar a los humanos.

Me sonríe y le devuelvo el gesto amable. Nuestras miradas se encuentran y sus dedos siguen perdiéndose en la parte de atrás de mi pierna. Tengo la piel de gallina por todo el cuerpo, no solo en los sitios en que me está tocando. Haciendo fuerza con los codos, me incorporo un poco más para verlo mejor. Todavía tiene el pelo mojado por la nieve, y una gota de agua baja desde su frente y se desliza por su mejilla. Me estiro hacia delante para limpiársela.

El fuego crepita y ambos nos sobresaltamos.

Me caigo hacia atrás en la cama, y Nate está también dando cabezazos. Carraspea y me suelta la pierna.

—Deberías descansar un poco.

—Sí. —Aún siento cosquillas por el contacto con su piel, pero del

dolor en el tobillo casi ni me acuerdo—. Los dos deberíamos descansar un rato.

Nate se deja caer en el sillón y se acurruca en un cojín que va a juego con la colcha de la cama.

—Qué maravilla, es sorprendentemente cómodo.

Apoyo la espada en la mesita de noche y me escurro bajo la manta, apretando los dientes cuando el malestar regresa a mi tobillo con el roce de las sábanas y me recuerda que Nate no es ningún curandero milagroso. De hecho, me atrevería a decir que lo único que ha hecho ha sido distraerme del dolor. Y lo ha hecho muy bien.

La almohada se hunde con el peso de mi cabeza y murmuro algo en tono feliz.

—Sí, lo es. A lo mejor es porque he estado meses durmiendo en el suelo, pero para mí esta es la cama más cómoda en la que he dormido nunca.

—Me alegro —añade—. Venga, duerme algo. Yo me quedaré vigilando por si acaso.

Apoyo la cabeza sobre la mano y le digo con cara de sargento embravecido:

—Tú también necesitas dormir.

—Yo estoy bien. Me echaré una siestecilla luego cuando tú te despiertes.

Suspiro antes de girarme y darle la espalda, y me subo la manta hasta la barbilla.

—Si te empeñas…

Los botes que hay sobre el tocador resplandecen bajo el haz de luz y siento una fuerte presión en el pecho.

—¿Nate?

—¿Qué pasa?

—Oye, tú eres un tío, ¿no?

Se ríe socarronamente.

—La última vez que lo comprobé sí.

—¿Por qué alguien construiría un lugar como este para la persona a la que ama aun sabiendo que nunca vivirá en él? Mi padre debió de pensar que su amor era lo bastante fuerte como para retenerla aquí abajo. No alcanzo a comprender cómo pudo ser tan iluso.

Se produce una pausa tan larga que estoy segura de que se ha quedado dormido. Entonces tose.

—No lo sé. Yo no tengo ninguna experiencia en estas cosas, pero en todas las películas se ve que el amor es complicado. No siempre es algo tan sencillo como cuidar de alguien y terminar siendo los más felices del mundo pase lo que pase.

—Supongo que tienes razón. —Arranco una pelusa que cuelga de la manta—. ¿Y si ella también es horrible? ¿Y si es incluso peor que él? ¿Y si se enfada conmigo por haberla buscado cuando ella tal vez no quiera saber nada de mí?

—Bueno, por lo menos la conocerás. —Le quita hierro al asunto—. De todos modos, no creo que pase eso. Estoy convencido de que será una buena persona. Y sucediera lo que sucediera cuando tú naciste, dudo mucho que tu madre te conociera y no quisiera tener en su vida a alguien como tú.

Me doy la vuelta y lo miro, abrumada por su elogio.

—¿Qué te hace estar tan seguro de ello?

Nate cambia de posición y el asiento suena con su peso.

—Por lo que he visto, te has pasado todo este tiempo tratando de demostrarte a ti misma que no te pareces en nada a tu padre. Hay

mucha bondad en ti, Dev. Suerte que no te pareces a él. Supongo que la personalidad la has sacado de tu madre.

Le guiño un ojo y tiro todavía más de la manta para taparme la cara y que no vea lo roja que debo de estar ahora mismo.

—¿Lo dices de verdad?

—Bueno, esa es mi teoría, pero puedo estar equivocado. Aunque no creo estarlo. De todos modos, ya lo averiguaremos. —Baja la mirada—. O ya lo averiguarás tú sin mí. Desde luego, estoy convencido de que te sorprenderá para bien, incluso siendo humana. Todo irá sobre ruedas, ¿vale?

Me regala una sonrisa agotada y se la devuelvo. Tiene el impresionante poder de hacerme creer que todo saldrá bien, incluso estando aquí escondida en el castillo secreto de mi padre en busca de una madre que ni siquiera me espera.

—Es mi mayor deseo —admito—. Gracias, Nate.

—No hay de qué. Venga, durmamos algo. Recuerda: irá bien, Dev. Te lo prometo.

Sus palabras me hacen sentirme aún más a gusto si cabe en el colchón, y libero la tensión que me tenía el cuello y los hombros agarrotados.

La figura oscura de Nate se desdibuja a medida que cierro los ojos y me quedo dormida prácticamente al instante. Su voz consigue envolverme más que la manta que mi padre creó para la única persona a la que fue capaz de amar.

XXIX

Unos ronquidos rítmicos que hacen vibrar las paredes me sacan del sueño en el que estoy inmersa, y me estiro y bostezo para desperezarme.

Nate está despatarrado en el sofá, con la cabeza colgando por un lado y la boca abierta. Entre resuello y resuello murmura algo incoherente antes de moverse y cerrar la boca, con lo que consigue aplacar los ronquidos. La voraz e imponente llamarada de antes ha dado lugar a una modesta candela, por lo que le pongo la manta por encima para que no tenga frío.

Camino de puntillas por la habitación, y compruebo la hinchazón del tobillo tocando con cuidado y a la espera de un dolor que ya no siento.

«Bueno, por lo menos ya no tendré que depender más de que Nate me lleve en brazos».

Aunque tampoco se estaba tan mal.

Me detengo ante el armario, y me tenso al ver los vestidos que cuelgan de las perchas de metal. Mi padre los compró para mi madre, pero ninguno tiene los sutiles tonos beis y marfil de las prendas con que aparece en las fotos.

Puede ser que ella pusiera fin a la relación porque él jamás se molestara en conocerla.

Un vestido de color rojo sangre pende de la parte trasera del armario. Lo descuelgo y me lo pongo por encima para mirarme en el espejo de cuerpo entero. Me queda como un guante, ya que se ajusta a mis curvas antes de caer al suelo en una falda larga. Los tirantes van cruzados a la espalda formando una X entre mis alas.

Mis alas. Ya son lo suficientemente grandes como para dejarme sin aliento. No me las había vuelto a ver desde que salí de Dominus. Noto cómo crecen, me tiran de los hombros al andar y me molestan cada vez que no me siento bien. Pero nunca he dedicado tiempo a examinarlas como estoy haciendo ahora.

Enmarcan con precisión mi figura, circundándome en negro y dorado, subiendo sobre mis hombros y estrechándome los antebrazos. La luz del sol entra por la ventana e ilumina toda la habitación. El oro de las plumas brilla cuando me muevo. Nate no mentía cuando decía que eran bonitas. Nunca antes he visto nada igual.

Respiro hondo. Creo que preferiría que se parecieran a las alas de mi padre. Al menos sabría qué esperar de ellas. Las mías están rodeadas de un misterio que no sé si estoy preparada para descubrir.

Cuando abro la puerta de lo que doy por sentado que es un segundo armario, me río en silencio al darme de bruces con un pequeño cuarto de baño en el que no hay más que un lavabo y un par de toallas de felpa azul bebé. Pongo una de ellas bajo el agua y me sobresalto cuando el líquido toca mi piel. Está tan congelada como el hielo de fuera. De hecho, probablemente sea el mismo hielo de fuera. Por lo que sé, las parcelas en Nix no cuentan con sistema de canalizaciones, por lo que aquí no saben lo que es una tubería.

Me froto a conciencia la piel y el pelo hasta que la toalla está más

marrón que azul, y luego la tiro a un lado, para humedecer la otra aún limpia y volver a la habitación.

Nate murmura algo bajito mientras yo me siento en el borde de la cama junto a su sillón, pero él apenas se mueve. Su rostro transmite todavía más calma cuando está dormido, con los labios más carnosos y fruncidos, y los pómulos menos pronunciados. El pelo le cae sobre un ojo y le hace cosquillas en la nariz. Le despejo la cara para limpiarle la frente y las mejillas con la toalla humedecida. Ahora me parece aún más atractivo, sin toda esa suciedad que me impedía verlo en condiciones. Me tenso cuando se mueve.

Tiene la piel lisa y suave, sin un atisbo de barba incipiente en la barbilla, ya que los caminantes oscuros ni crecen ni envejecen aquí abajo. Carece de las escamas que cubren el cuerpo de la mayoría de los demonios en su verdadera forma y todo él tiene un tono rosado por el frío. Una vez que le quito todos los rastros de lodo, suelto la toalla y me afano en calentarlo con las puntas de mis dedos, mientras mi corazón late descontrolado en mi caja torácica.

—¿Cómo puede haber un humano tan perfecto? Tan cariñoso y generoso, tan divertido y, al mismo tiempo, tan atento y pensativo. Y encima es tremendamente guapo, y eso que lleva meses sin ducharse y caminando entre lodo y nieve.

No puede ser real.

Recorro su nariz y su boca, le sostengo el mentón, y sigo bajando la mano por el cuello. De ahí paso al hombro y llego hasta el bíceps, y me quedo impresionada al ver cómo sus músculos perfectamente esculpidos son capaces de rellenar por completo la curva que dibujan mis palmas. Mis dedos se entretienen en su pecho antes de emprender el camino de vuelta a sus sensuales labios.

Me he pasado toda mi vida evitando el contacto con los caminantes oscuros. Mi padre me insistió mil veces en que eran malvados, y muchos de ellos deben de serlo, porque, si no, no estarían aquí. Sin embargo, Nate es diferente. En ningún momento ha tratado de hacer nada con la intención de herirme. Incluso cuando se enteró de que tenía planeado traicionarlo, permaneció conmigo. A mi lado.

He vivido siempre en los lugares más tórridos del universo, pero ahora junto a Nate es la primera vez que siento calor, calidez. Incluso en mitad de una tormenta de hielo y atrapados en un castillo de hielo.

Abre los ojos de golpe y me agarra la muñeca. De pronto es como si fuera incapaz de coger y soltar el aire. Intento zafarme, pero me agarra con fuerza, y veo la confusión que hay en sus ojos.

—¿Devica?

Con el corazón desbocado y a punto de explotar, me inclino hacia delante y pongo mis labios sobre los suyos.

Suspira sorprendido, pero no se echa para atrás ni un milímetro. Cierro los ojos y aprieto aún más fuerte mi boca contra la suya. Nate me suelta delicadamente la mano y lleva la suya hasta la parte de atrás de mi cuello, que sus dedos recorren hasta enredarse en mi pelo.

Yo nunca había besado a nadie, pero, por cómo Nate me devuelve el beso, apuesto a que él sí lo ha hecho más de una vez. Al contrario que yo, se muestra muy seguro, y me acaricia la mejilla cuando me ve dudar. Poco a poco me coloca sobre su regazo y separa mis labios con su lengua.

Sigue oliendo a hielo y a nieve, y en la chimenea no queda más

que el rescoldo, pero ninguno de los dos sentimos el frío ahora mismo. Cierro las manos por detrás de su cabeza para no provocar un incendio accidentalmente teniendo en cuenta que, en estos momentos, la temperatura de mi cuerpo no hace más que subir.

Ya entiendo por qué a toda esa gente de los libros de mi padre le gustaba tantísimo lo de besarse. Yo solía saltarme esas partes, me parecían ridículas y pura ficción, pero ahora por fin lo entiendo.

Un destello me ciega y, de repente, todo un conjunto de visiones se suceden ante mis ojos. En todas ellas sale Nate, y las veo tan claras que me parecen recuerdos de verdad:

Nate de niño ayudando a otra niña que se ha caído de la bici.

Nate un poquito mayor ayudando a cruzar a una mujer de mediana edad en una rotonda demasiado concurrida.

Nate consolando a otro huérfano en una casa repleta de niños aterrorizados.

Y Nate llevándome en brazos por la nieve mientras los caminantes oscuros nos persiguen.

«¿Qué está pasando aquí?».

Le arreo un empujón en el pecho que hace saltar por los aires el momento beso y me bajo de sus piernas. Mi espada aún sigue en la mesilla de noche, por lo que voy a por ella y se la pongo en la garganta. Es evidente que me tiembla el pulso, por lo que utilizo la otra mano para agarrarla con más fuerza.

—No me mientas. ¿Qué eres tú? —le pregunto con tono amenazador.

Abre los ojos y levanta las manos, aún llenas de barro.

—Soy Nate. Ya sabes, el tipo al que estás ayudando a salir de aquí. ¿Lo recuerdas? Que conste en acta que fuiste tú la que me

besaste a mí, no al revés.

Doy un paso vacilante, le clavo la punta de la espada en la piel y le suelto con los dientes apretados:

—No, contéstame. ¿*Qué* eres tú? Sé que no eres un humano.

—¿Qué? —Se le ve contrariado y hace fuerza con la espalda contra el sillón en el que sigue sentado—. Dev, no sé de qué me estás hablando. Pero, por favor, para. Me estás asustando y me haces daño. Baja la espada y hablemos.

Relajo ligeramente el agarre de la espada y poco a poco voy ejerciendo menos presión sobre su garganta. Lo miro a la cara tratando de leer su expresión. Parece sincero, el mismo Nate que ha estado apoyándome y a mi lado durante todo este tiempo que llevamos de viaje. Pero es que nada de todo esto tiene sentido.

—Vi tu vida —le susurro—. Partes de ella. Todas las cosas buenas que has hecho se proyectaron ante mis ojos a modo de película. Tan real como si yo misma estuviera allí. Se supone que yo no puedo ver esas cosas, Nate. ¿Cómo lo hiciste?

—Yo no hice nada, te lo juro. Tal vez sea otro de tus poderes. Si te das cuenta, se han ido haciendo más fuertes desde que partimos. Tus alas han crecido e incluso ahora lanzas bolas de fuego como una campeona. La noche que estuve contigo en tu habitación, me dijiste que a ti aún no se te daba bien eso de ver. Tal vez hayas mejorado en eso también.

—Tal vez. —Me doy ligeros golpes rítmicos con la yema de los dedos sobre los muslos mientras sigo respirando agitada. Es verdad lo que dice. Hay cosas que ahora hago como si nada y que hace un mes eran imposibles para mí.

Nate junta las palmas de las manos dejando en medio la hoja de

mi espada y me mira a los ojos.

—Dev, no sé por qué te está pasando eso, pero te prometo que yo no tengo nada especial. No soy más que un chaval de acogida que ha pasado por muchas casas y que ha acabado en el Infierno por un crimen que no cometió.

No tiene ningún motivo para mentirme, y parece que está tan sorprendido como yo. Hasta ahora he confiado en él, y no tiene ningún motivo para engañarme.

Bajo la espada.

—Me siento muy confundida —confieso, y me dejo caer en el borde de la cama—. Jamás imaginé estar aquí contigo, y mucho menos besarte. Nada está saliendo como lo planeé.

Nate se pone de pie, desliza con suavidad la espada entre mis dedos y la devuelve a la mesilla antes de sentarse a mi lado en la cama.

—Créeme cuando te digo que cero de todo esto es lo que yo había pensado para mi vida, o para mi muerte. Pero, aun así, por mucho que se escape de tus planes, tienes que admitir que las cosas no han ido ni medio mal.

Enarco las cejas y siento un sofocón que me entra por la parte de atrás del cuello.

—¿Medio mal? Sé que no estoy muy puesta en el tema del besuqueo humano, bueno, del besuqueo en general mejor dicho, pero personalmente pienso que nuestro beso ha sido bastante decente.

Pone una mano sobre mi rodilla y me dedica una pequeña sonrisa.

—No estaba hablando de eso. Los besos estuvieron bien. Fueron

impresionantes, de hecho. Por ponerles un pero… solo me sobraron el susto y el intento de apuñalamiento.

—¡Ayyy! —Le levanto la mandíbula y arrugo el entrecejo al ver la gota de sangre que desciende por su cuello. Con la toalla del suelo, le presiono la herida hasta cortar la hemorragia, incapaz de mirarlo a los ojos. Quizá los espejos tenían razón. Quizá estoy destinada a hacerle daño.

—Lo siento, Nate. Todo esto es tan nuevo para mí que estoy aterrada. Pero te prometo que no fue el beso. Fueron las imágenes que trajo consigo.

—Tal vez eso signifique que tenemos que probar a ver si vuelve a pasar. —Me quita la toalla de entre las manos y la deja en el suelo antes de acariciarme las mejillas—. Ya sabes, por rigor científico.

Me aparto un poco y me quedo mirándolo, completamente desconcertada.

—¿Cómo vas a querer intentarlo de nuevo? Te recuerdo que la última vez acabaste con un agujero en el cuerpo.

Pone cara de «me da igual».

—A lo mejor soy un apasionado de los castigos. A ver, no de los que reparten en la parcela 13. Pero… si el castigo es un beso tuyo… ¡Sí, claro que quiero intentarlo de nuevo!

Sé que me estoy sonrojando, e intento disimular tirando de una pelusilla invisible de mi vestido. Pensándolo fríamente, tiene toda la razón. Debería saber si esto es algo que va a repetirse cada vez que bese a alguien. Que tampoco es que tenga pensado ir por ahí besándome con todo el mundo en el futuro, pero, quién sabe, podría pasar alguna vez.

Cierro los ojos y suspiro.

—¿Estás seguro?

—Del todo.

Esta vez, cuando nuestros labios se encuentran, tenso los hombros como para bloquear mis visiones, pero lo único que siento son miles de mariposas en el estómago. Y cuanto más se acerca él a mí, más revolotean.

Me deja con el beso a medias y clava sus ojos en los míos.

—¿Algo?

Estoy preparada para que las imágenes vuelvan a mí, pero mi cabeza permanece quieta y a mis oídos solo llega el latido de mi propia sangre. Lo observo bajo mis pestañas.

—Nada. Vamos a probar otra vez. Esta vez más largo, a ver. Como bien decías, por rigor científico.

—Por supuesto, que todo sea por la ciencia.

Esboza una sonrisa seductora, y acto seguido me besa, lenta y suavemente. Todo mi cuerpo vibra cuando me pega a él y me envuelve con sus brazos, que no se apartan de mi cintura. Doy rienda suelta a mis dedos para que se enreden entre su pelo, y juego a arañarle la nuca con las uñas. Me vuelvo loca al escucharlo gemir en mi boca embriagado de placer.

Cuanto más nos besamos, más relajada me siento. Sus manos pasean de arriba abajo por encima de mi vestido primero y luego por debajo, pero las imágenes no vuelven. En algún momento del beso, nuestra ropa se une a la toalla en el suelo.

Cuando nos tumbamos en la cama uno sobre el otro, ya me he olvidado por completo de la existencia de esas visiones.

XXX

Nos quedamos en la cama hasta que el sol se pone y sale otra vez, explorándonos mutuamente con las manos y la boca, y parando solo para contarnos cosas, tanto importantes como insignificantes. Le hablo de cómo es lo de crecer en Dominus, y él me cuenta todo lo que recuerda de California y de esos humanos a los que una vez llamó familia.

—Ojalá pudiéramos quedarnos aquí —dice Nate mientras yo sigo apoyada en su pecho desnudo, envueltos por mis alas como si de una manta se tratara y conteniendo la respiración. El fuego se extinguió hace mucho, pero ninguno de los dos nos molestamos en movernos para reavivarlo. Nos basta con el calor de nuestros cuerpos fundidos el uno en el otro y nuestros brazos rodeándonos—. Este se ha convertido en mi sitio favorito del Infierno, y también de la Tierra. Voy a armarme de valor para salir ahí fuera y proclamar a los cuatro vientos que supera con creces a todo el universo.

Hundo la cabeza en su pecho y me acurruco para que no vea las lágrimas que inundan mis ojos. Mi corazón se hace añicos solo de pensar en el momento de abrir las puertas del castillo y poner un pie fuera. Es la primera vez en mi vida que estoy con alguien sin ningún tipo de protección. Y él no solo me ha aceptado como soy, sino que me ha celebrado, y lo ha hecho de esa forma en que he leído en los

libros que se celebra a las mujeres. Precisamente en esos libros que encontré escondidos en la biblioteca de mi padre.

Me levanto de la cama y me siento dándole la espalda. Me meto el vestido por la cabeza para que vaya cubriendo poco a poco mis curvas y trago saliva, para ver si consigo pasar el nudo que tengo en la garganta.

—No podemos. Mi padre nos acabaría encontrando. Tenemos que salir de aquí antes de que eso suceda. Debo ponerte a salvo, y necesito encontrar a mi madre.

Refunfuña y se incorpora para sentarse.

—Odio cuando tienes razón. Quiero decir, que tienes razón muchas veces, pero en esta ocasión no soporto que la tengas.

Le lanzo su camisa, me encamino al armario y busco algo interesante con manos temblorosas.

No debería habernos permitido llegar tan lejos. No debería haberme enamorado de él y —todavía peor— él no debería haberse enamorado de mí. No hay un final para nosotros. No si mi padre nos localiza.

Encuentro una capa y al ponérmela me proporciona el calor y el cariño que sus brazos ya no pueden darme. Me cubro con ella como si fuera la manta que tiramos al suelo. Aún llevo la foto de mi madre en el corpiño de mi viejo vestido, así que me la guardo en el bolsillo antes de atarme el cinturón de la espada. Nate me pasa el arma y la deslizo suavemente en su funda exhalando el aire al volver a sentir su peso, que me es tan familiar.

Nate rezonga porque en el armario no hay nada que le valga, así que, resignado, se conforma con su camisa y la abotona con un suspiro.

—Entonces ¿cuál es el plan? ¿Crees que esa gente seguirá ahí fuera?

De puntillas, miro por la ventana. Nate se pone detrás de mí y coloca su mano en mi cintura. Voy a apartarlo, pero, en vez de ello, entrelazo mis dedos con los suyos. El contacto con su piel me calma más que mi capa y mi espada juntos.

—No veo a nadie. Y ha dejado de nevar. Necesitamos llegar a ese camino de allí. Derretiré la puerta otra vez, correremos en esa dirección y seguiremos por el camino hasta llegar a la puerta. Noto el tobillo mejor y vuelvo a tener las pilas a tope, por lo que podemos enfrentarnos a todos los caminantes oscuros que se nos pongan por delante.

Nate apoya su otra mano en mi cadera, y sus manos la recorren arriba y abajo. Se inclina y me besa el cuello. Siento un escalofrío con cada uno de sus movimientos, y cierro los ojos y suspiro recostada sobre él.

—O podríamos quedarnos aquí —me susurra con sus labios sobre mi melena—. Por mí sería genial.

Lo miro y llevo la palma de mi mano a la parte de atrás de su cuello. Las lágrimas se me agolpan en la garganta y me impiden hablar.

—Sabes de sobra que no podemos. Venga, acabemos con esto de una vez.

Tras parpadear unas cuantas veces muy rápido, bajo las escaleras, pero me detengo cuando sus pasos dejan de seguir los míos. Se queda absorto mirando a través del cristal, con los ojos puestos en algo que ve más allá.

Algo va mal. La última vez que lo vi tan serio, se me había

olvidado cerrar la puerta de la parcela 8.

Doy un paso hacia él con los puños apretados a cada lado de mi cuerpo.

—¿Nate?

—Plummer Park —dice.

—¿Qué? —Contraigo las cejas y me acerco un paso más—. ¿De qué me estás hablando?

Me mira y traga saliva.

—Si me pasa algo, necesito que encuentres a tu madre. El parque de la fotografía se llama Plummer Park. Tendría que salir en cualquier mapa de West Hollywood. Los bancos en los que está sentada están por la mitad del parque. Sigue las señales que llevan al local SALÓN DE FIESTAS. No tiene pérdida.

Me limpio la lágrima que me resbala por la mejilla.

—No te pasará nada, Nate. No dejaré que te pase nada.

Me mira, y mira también a través de mí, como si yo fuera el panel de cristal que se levanta a su lado.

—He pensado que deberías saberlo. Por si acaso.

—De acuerdo. —Me seco la cara con la manga y le agarro la mano.

Sigue despacio, como si estuviera absorbiendo toda la energía posible de este sitio. Nos detenemos frente a la puerta y él coge aire con fuerza.

—Derrite la puerta, corre lo más rápido que puedas y no pares hasta alcanzar la salida.

Le digo que sí con la cabeza, porque me falta la confianza necesaria para responder. En cuanto abra la boca, sé que empezaré a llorar, y no las tengo todas conmigo de que vaya a ser capaz de

parar. Tiro de la capa para taparme la cabeza, pongo la mano sobre la puerta e inspiro profundamente antes de mirarlo.

—¿Preparado? —le susurro.

—No.

—Yo tampoco.

La puerta se disuelve entre mis dedos.

XXXI

No se mueve nada cuando salimos del castillo, y lo único que se oye es el silbido del viento y el crujido de nuestras botas al pisar sobre la nieve que acaba de caer.

Desenvaino la espada y la blando por delante de mí.

«¿Dónde está todo el mundo?».

—Casi que prefería cuando intentaban matarnos —murmura Nate —. ¿Qué piensas tú de esto?

Recorro el terreno con los ojos entornados.

—Tal vez han vuelto todos en manada a sus parcelas mientras nosotros estábamos aquí… —la vergüenza me sube por el cuello— «calentándonos».

Me da la espalda, y está demasiado distraído contemplando la nieve que nos rodea como para escuchar mis últimas palabras.

—Entonces ¿dónde están los soldados? ¿Y por qué han dejado de perseguirnos?

Aprieto los labios y suspiro.

—No lo sé. Pero debemos seguir adelante. No bajes la guardia.

Llegamos a la frontera de Nix al anochecer, después de habernos parado a descansar unas cuantas veces. No nos cruzamos con un alma y nuestras huellas son las únicas en la nieve. A mitad de camino enfundamos las armas de nuevo, pero yo en ningún

momento quito los dedos de la empuñadura de mi espada.

Exhalo una bocanada de aire cargada de humo cuando aminoramos la marcha enfrente de una pared de ladrillos rojos. Es nuestra última línea de defensa y se alza hacia el cielo. Es más, se ve tan alta que es imposible escalarla, con y sin alas. Solo hay una forma de atravesarla, y para ello hace falta un ingrediente único.

Estoy a miles de pulsaciones por minuto, y me froto los muslos, que aún siguen doloridos. Ahí está: la salida de las ciudades del pecado. Nuestra próxima parada será el río Ignis, y, después, por fin, llegaremos a la Tierra.

No puedo creer que lo hayamos conseguido.

Y encima aquí no hay nadie para detenernos.

—¿Dónde están los soldados? —pregunto con extrañeza—. Aquí siempre hay alguien.

—¿Y si están en una reunión? —interroga Nate, con la mirada absorta por encima del hombro—. Porque, no sé, digo yo que aquí abajo aún no estaréis puestos en las reuniones por Zoom y modernidades de esas.

Me froto el estómago, que noto muy agitado.

—No lo sé. Quizá mi padre ha tirado la toalla y los ha mandado regresar a todos.

—No me pega de alguien como él.

—No, la verdad es que a mí tampoco.

Agarro la espada, hago una pausa y pongo la hoja unos centímetros por encima de mi mano. Una vez que estemos fuera de aquí, yo tendré la libertad que ansío, y Nate disfrutará también de la suya, pero dejaremos de tenernos el uno al otro.

El darme cuenta de ello me duele más que el corte que me hago

en la mano temblorosa al pasar el filo de la espada por ella. Apoyo los dedos contra la pared y las gotas de sangre discurren por las grietas y las tiñen de azul. En este instante los ladrillos se separan y crean un hueco lo suficientemente grande como para permitirnos pasar por él.

—¿Cómo has hecho eso? —quiere saber Nate, que no da crédito.

—Se abre con sangre de demonio.

—Espera un momento —suelta mientras pone los brazos en jarra —. Eso quiere decir que, si yo hubiera logrado recorrer todo este camino solo, una vez aquí, no habría sido capaz de salir, ¿no?

Me limpio la mano sanguinolenta en la capa y me encojo de hombros.

—Pues no, salvo que hubieras herido a un demonio y le hubieras robado la sangre. Además, luego necesitarías esto para llegar a la Tierra. —Levanto el dedo anular y el rubí brilla con fuerza—. Digamos que es como una llave. O al menos eso es lo que mi padre me dijo cuando me lo dio.

Siempre he hecho todo lo que mi padre me decía, por lo que estoy completamente segura de que jamás se esperaría que fuera a usarlo antes de que él se jubilara.

Y mucho menos podría imaginarse que me había dado mi libertad para que yo pudiera arrebatarle a él la suya.

—¿Todo este tiempo has sabido que yo nunca podría salir de aquí solo? —Nate enarca una ceja.

Llevo la cabeza hacia delante y arrastro el pie por la nieve.

—Todos los soldados llevan sus propios rubíes implantados bajo la piel una vez que han prestado juramento. Así que supongo que también podrías haber secuestrado a un demonio y traerlo a rastras

hasta aquí. O incluso a mí. De todos modos, ¿qué más da eso ahora?

Arruga los labios.

—Tienes razón, ya da lo mismo.

—Menos mal.

Respiro hondo y voy directa hacia el hueco, pero Nate me agarra la mano y me da la vuelta para dejarme enclavada en su pecho. El fuerte y rápido latido de su corazón penetra en mi oído como si fueran las olas del mar rompiendo en la orilla.

—¿Qué estás haciendo? —susurro.

Me levanta el mentón para hacer que nuestras miradas se encuentren. Siento de qué manera sus ojos estudian mi rostro como si estuvieran leyendo un libro, moviéndose muy muy despacio para memorizar todos los detalles de cada personaje.

Se inclina y me besa. Pego un bote porque sus labios parecen cubitos de hielo después de haber pasado todo el día en la nieve, aunque, cuanto más se pegan a los míos, más calor desprenden. Me besa con pasión, pero, nada más poner mis manos en sus mejillas, me doy cuenta de que tiene la barbilla muy tensa.

Este es su adiós.

No soporto que lo nuestro se termine, por lo que lo rodeo con los brazos y tiro de él más y más hacia mí hasta tal punto que no estoy segura de dónde termina mi cuerpo y comienza el suyo.

Rompe el beso con un suspiro, y recorre mi frente con sus labios.

—Eres una buena persona, Devica. Siempre te estaré agradecido por salvarme, y no solo del Infierno.

—Nate…

Pero se da la vuelta y se adentra a través de la pared antes de

que yo pueda terminar de decirle lo que pienso. Cierro los ojos y cojo mucho aire varias veces seguidas. Me duele el pecho, y en los labios aún siento el cosquilleo que me ha dejado su beso.

Apartar a Nate de mí será lo más duro que haya hecho nunca. Pero, si algo he aprendido estos últimos meses, es que puedo hacer cosas difíciles. Y me lo ha enseñado él.

Y que haré lo que sea por terminar este viaje y dejarlo en libertad. Es lo mínimo que se merece.

Porque, en realidad, se merece mucho más.

Noto que la respiración se me corta al poner un pie fuera de la pared e ir a parar a un largo puente colgante de madera.

Sin duda, el «río de Fuego» hace honor a su nombre. Fogatas de llamas verdes se extienden miles de kilómetros por debajo de nosotros y el aire brilla como un espejismo. El calor me nace en la nuca y desciende por la parte de atrás de mi cuello y por la clavícula.

Al otro lado del puente, arriba en el cielo azul aterciopelado que nos envuelve, el portal a la Tierra resplandece como el sol más brillante que pueda existir.

Nate ya está sobre el puente y contempla todo con la boca abierta.

Yo aún permanezco unos pasos por detrás de él sin dejar de mirar por la barandilla. Nunca antes había estado en esta parte del Infierno, y se me eriza la piel pese al calor abrasador que desprenden las llamas que tengo debajo.

Es posible que mi madre no muriera aquí, pero he conocido a otros que sí lo hicieron. Su recuerdo me clava las garras en la piel como si fuera un fantasma, y me estremezco al imaginar lo mucho

que gritarían antes de sucumbir a las llamas. Si es que pudieron gritar.

Me alejo y trago la bilis que me sube por la garganta. Jamás entenderé cómo puede existir un sitio así.

—Si esto es capaz de matar a un demonio, ¿qué le haría a alguien como yo? —se pregunta Nate.

—Tú dejarías de existir del todo. —Se me quiebra la voz y carraspeo para recuperarla—. Tu alma se quemaría, así que ya no habría vuelta atrás. Por eso… ya sabes, vete con cuidado de no caerte.

Intento sonreírle, pero mis labios flaquean, y opto por mirar para otro lado. Con ese don que tiene para sacar un chiste de las situaciones más peliagudas, siempre hace que todo parezca más fácil de lo que en realidad es.

Nate se limpia la ceja con el dorso de la mano.

—Pillado.

Busco su mano y cruzamos el puente juntos. Las planchas de madera se balancean bajo nuestros pies, y tengo que agarrarme a la baranda y avanzar así, por mucho que la palma de la mano se queme con las cuerdas.

Estamos más o menos por la mitad cuando una voz familiar corta el aire por detrás de nosotros.

—Me temo que esto es lo más lejos que podrás llegar, princesa.

La sangre gotea sobre mis pies y el cuerpo se me entumece, pero, aun así, continúo caminando sobre el puente sin mirar atrás.

—Llegas demasiado tarde, Ferus. Vamos a salir de aquí, quieras o no.

—En eso te equivocas, princesa.

El puente se agita con fuerza bajo nosotros y, de pronto, varias siluetas negras emergen de la oscuridad que tenemos ante nosotros.

No. Otra vez no.

«Soldados».

Descienden en tropel por el puente con las armas levantadas bloqueándonos el camino. Nos giramos, y Ferus sigue gruñendo con otro ejército tras él.

¿Cómo he podido caer en esta estúpida trampa dos veces?

—Ya decía yo que todo estaba siendo demasiado sencillo en Nix —me digo mientras miles de puntos bailotean en mis ojos y me nublan la visión—. Tú querías que llegáramos hasta aquí.

—¡Bingo! —se ríe Ferus maliciosamente, dejando ver unos dientes más blancos que la nieve que se deshace y va cayendo de nuestros hombros—. Abrimos todas las parcelas con la esperanza de que los caminantes oscuros os hicieran desistir. Tal vez esas criaturas hayan sido las más vagas en la Tierra, pero, con tal de encontrar una fuente de calor, hacen lo que haga falta.

El estómago me ruge con fuerza mientras el sonido de huesos fracturándose y cuerpos dando golpetazos llena todos los rincones de mi cabeza.

—Ya me di cuenta de ello.

Ferus continúa:

—Cuando fracasaron en su tarea, decidimos darte vía libre. Después de todo, no hay un sitio mejor que este para arrestarte por traición, ¿no crees? Es el mismo lugar en el que tu madre fue asesinada por el mismo motivo. Tu muerte tendrá lugar en el sitio y en el momento más oportunos posible.

El calor recorre mi cuerpo y entorno los ojos.

—No te atreverás.

—Oh, ¿de verdad lo dudas? —Ferus levanta la espada, otra del gran arsenal de mi padre, como la mía—. ¿Quieres que lo intente ya, princesa?

—No me das ningún miedo, Ferus. —Trato de controlar mi voz para que no refleje la agitación que domina el resto de mi cuerpo—. He de confesar que me sorprende que hayas sido capaz de salir de la parcela 11. Pensé que te quedarías allí eternamente contemplando tu sobrecogedor reflejo.

—Serás zorra. —Ferus avanza con ímpetu haciendo alarde de su carácter violento, pero en ese momento un soldado lo agarra por detrás. Ruge y se abre camino entre sus armas.

Alzando la palma de la mano, lanzo una bola de fuego contra su pecho. La esquiva, y el pobre soldado que había tratado de contenerlo se desploma en el suelo con un chillido.

Ooops. Mala puntería.

Ferus se ríe a carcajada limpia. Apretando los dientes, me empino y disparo otra vez. Una chispa salta de mis dedos, pero enseguida se desvanece en una nube de humo.

¿En serio? ¿Todo un día de descanso y consigo una triste bola de fuego? Hay que ver lo que consumen estos poderes.

Aunque intuyo que a eso tampoco se le puede llamar descanso… Siento un latigazo en la nuca y Nate me aprieta la mano como si me estuviera leyendo la mente. Presión es justo lo que necesito para extender la mano una última vez con un grito de determinación.

Sin embargo, en esta ocasión no consigo ni una sola chispa.

—Bueno, bueno, bueno. Qué espectáculo más bochornoso. —Ferus se troncha de risa a mi costa.

Cómo se atreve a reírse de mí.

Arremeto contra él, pero Nate me agarra más fuerte y me dice bajito:

—No merece la pena.

Ferus se limpia los ojos antes de que su expresión se congele y la oscuridad borre sus rasgos.

—Esto me facilitará muchísimo el matarte. Ha sido un placer haberte conocido, princesa.

Alza la espada.

—¡Ya basta!

Un soldado da un paso al frente desde detrás del batallón y se levanta el visor.

«Atty».

Relajo la mandíbula y bajo la mano, con los dedos aún arqueados y preparados para arañar los ojos de Ferus.

—Attero, deja de molestar —le vocifera Ferus—. ¿Es que no estás viendo que odia a los tipos como nosotros? Mírala. Ahí la tienes, agarradita de un caminante oscuro. Ha llegado el momento de que alguien acabe con este vomitivo festival del amor.

Nuestros dedos se ven obligados a separarse cuando agarra a Nate por el pecho y lo amenaza con una espada en la garganta.

Como en un acto reflejo, me llevo las manos al corazón.

Esto no formaba parte de mi plan. Se suponía que yo iba a ser la única que haría daño a Nate, pero Ferus ha metido a todo el mundo en el fregado.

Doy un paso adelante y envuelvo con mis dedos la empuñadura de mi espada.

—Déjalo en paz ahora mismo, Ferus.

—¿Qué tienes tú con este tipo, princesa? —Ferus atraviesa a Nate con la mirada mientras este se retuerce en sus brazos—. ¿Acaso es este ese cachorrillo herido? ¿Te enamoró con sus ojitos de «Te juro que soy buena persona aunque en realidad sea un asesino»? Sea lo que sea lo que haya entre vosotros, vuestra historia no es más que una de esas de los libros de tu padre que a ti tanto te gustan. Qué bien suena: la hija del diablo perdidamente enamorada de un pecador. Pero no olvides que aquí tú y yo conocemos el final de esta historia, ¿no? Y los dos sabemos que nunca acaba bien para los amantes. Y que uno de ellos tiene que morir. —Presiona el filo de su espada contra la garganta de Nate, y una gota de sangre resbala por su cuello—. Y tú tienes la oportunidad de decidir quién de los dos muere.

Las palabras de Ferus perforan mi pecho como un cuchillo y me dan donde sabe que más me duele. La sangre de Nate me recuerda a ese instante en el castillo de hielo en el que casi lo mato después de nuestro primer beso.

Y ni siquiera esa fue la primera vez que intenté herirlo.

Y aun así, por la razón que fuera, siguió a mi lado.

No aprendió la lección, y ahora los dos estamos pagando un alto precio por ello.

Un soldado me pisa la parte de atrás de la capa, me tira del cuello y hace que me entren ganas de vomitar. Nate se esfuerza en vano por salir de entre los fornidos brazos de Ferus mientras las palabras que más he temido durante todo este tiempo cuelgan en el aire como una amenaza.

No hay un final feliz para nosotros. En realidad nunca lo hubo.

Pero, aun así, podría haber uno para mí.

Plummer Park, me ha dicho Nate. Ahí es donde encontraré a mi madre. Me ha dado todo lo que necesitaba para conseguirlo sin él.

Nate grita mientras Ferus le clava la espada cada vez más dentro, con su dolor atenazándome a mí bajo mi piel al igual que sentí con aquel trozo de cristal de los espejos.

Y aunque Nate consiguió sacármelo, en realidad nunca se fue de mí. Siguió, sigue y seguirá siempre ahí. Esa chica del espejo siempre formará parte de mí, me guste o no. Ya es hora de dejar de engañarme.

Cierro los ojos y me esfuerzo en mantener firme mi respiración.

Y entonces sí, tomo una decisión.

XXXII

—Estás muy pero que muy equivocado, Ferus. —Alzo la cabeza y lo observo fijamente—. Jamás podría enamorarme de un caminante oscuro.

Ferus entorna los ojos con sospecha. Por su parte, Nate pone una mueca de dolor, pero no dice nada.

Tiro de la capa para sacarla de debajo de la bota del soldado y doy un paso para acercarme más a Nate.

—Fíjate en él, triste y malherido. Los caminantes oscuros son débiles, es demasiado fácil jugar con ellos a tu antojo. Ahora ya entiendo por qué mi padre construyó este lugar. Por qué visitaba la Tierra para engañarlos sin piedad. Sin duda, castigar humanos es pura adrenalina para mí. Es como si hubiera sido criada para ello. Oh, espera. Es que lo fui.

Ferus arruga más y más las cejas, y su espada presiona tanto el cuello de Nate que otra gota de sangre viaja hacia su camisa.

—No te creo. ¿Por qué ibas a soportar todo esto de no haber sido por él?

—Oh, ahí está tu error. Es que no fue por él. —Deslizo un dedo por el pecho de Nate hasta llegar a apoyar toda la mano sobre su corazón—. Tú mismo me lo has repetido millones de veces, Ferus. Dentro de muy poco ocuparé el lugar de mi padre, pero

absolutamente nadie cree en mí. Por eso mismo, ¿qué mejor manera de demostrarle a todo el mundo quién soy que castigando al humano imbécil que se coló en mi habitación? No podía dejarlo irse de rositas después de haber hecho eso.

Attero abre los ojos tanto como puede.

—¿Fue todo una farsa?

—Por supuesto. —Mantengo los ojos fijos en Nate. Me cuestiona con su mirada, pero solo le sonrío—. Incluso permití que se enamorara ciegamente de mí. Todo fue muy sencillo. Lo único que tuve que hacer fue fingir un momento de debilidad, y él enseguida se lanzó en picado a rescatarme. Demasiado predecible. Lo más complicado fue simular que me gustaba besarlo cuando en realidad solo quería vomitar.

Nate sisea como si la espada de Ferus se le estuviera clavando en el corazón en lugar de en la garganta.

—En eso no se puede mentir, Devica. Me habría dado cuenta.

Me muestro indiferente.

—Mi padre es el Príncipe de las Mentiras. Lo llevo en la sangre.

—Entonces ¿cuál es tu objetivo, princesa? —Ferus me observa, con la fascinación iluminando su rostro con la misma fuerza que el fuego que tenemos debajo. Afloja el agarre sobre Nate.

—Déjalo salir de aquí, déjalo creer que voy a devolverle su libertad. Luego ya me encargaré de llamar a mi padre. He tomado conciencia de algo: los castigos que aplicamos aquí abajo están desfasados. Llevamos milenios siguiendo las mismas rutinas. Una cosa es hacer daño a los humanos físicamente, y otra traerlos hasta aquí —clavo mi uña en la piel que recubre el pecho de Nate—, esto les duele muchísimo más. Y me resultó aún más fácil hacerlo porque

este humano no tenía a nadie en su vida. Por eso se entregó a mí tan rápido. A fin de cuentas, fui la única que se quedó a su lado en esta patética parodia de la vida. Y ahora también estoy llevándome esa parte de él. Es como ese dolor que se siente al arrancar de cuajo una tirita y que dura una eternidad.

—Maldita sea, princesa. —Ferus tose unas cuantas veces para aclararse la garganta—. Impactante. Estoy impresionado. Bueno, ya sabes, lo estaría si algo de todo eso fuera cierto.

Los ojos de Nate centellean. Una lágrima surca su mejilla, e intenta limpiársela con el hombro, pero Ferus aún lo tiene agarrado.

—¿Qué hay de tu madre? —masculla Nate—. ¿Y de la foto que me enseñaste?

—Todo eso formaba parte de la mentira que ideé. La foto… es la primera que pillé en un libro de un humano. —Para acompañar mis palabras, me saco la fotografía del bolsillo del vestido y la tiro por uno de los laterales del puente. Revolotea hacia abajo y enseguida desaparece entre las llamas verdes—. Mi madre está muerta. Pero tuve que hacer que confiaras en mí como fuera. Imaginé que un pobre huerfanito salivaría en una misión para encontrar a un progenitor perdido. Oh, Nathan Reynolds, es que me lo pusiste todo muy muy fácil.

El cuerpo de Nate se desinfla como un globo recién explotado. La espada que tiene apostada en su garganta sigue haciendo brotar más sangre, pero no parece darse cuenta. Habla con una voz monótona y casi inaudible por encima de las crepitantes llamas que nos amenazan desde abajo.

—Te mentí cuando me preguntaste si yo también veía el monstruo que tú viste cuando te miraste en ese espejo. Sí lo vi. Pero me

convencí a mí mismo de que eso sería parte de la farsa. Y ahora resulta que era la única verdad sobre ti.

Sus palabras me hieren en lo más profundo, pero levanto la barbilla y lo miro por encima de mi nariz, respirando hondo para soportar el dolor.

—Intenté decírtelo.

Se lo advertí un sinfín de veces. No es culpa mía que no me escuchara.

Ferus baja la espada.

—Suenas sincera, princesa, pero necesito tu demostración final. Un acto de prueba. —Empuja a Nate contra mi pecho y, entre improperios, me tambaleo sobre el soldado que aguarda tras de mí —. Arrójalo al río.

Con los ojos como platos, aprieto a Nate a la altura de las caderas.

—No hace falta algo así. Déjame que lo devuelva a su parcela y allí se pudrirá para siempre.

Ferus esboza una sonrisa malvada que deja al descubierto sus dientes de un blanco fluorescente.

—Tíralo, princesa, u os tiraremos a los dos.

Y para hacer más creíble su amenaza, el soldado que tengo detrás me clava su espada en la espalda.

Me muerdo el interior de la mejilla y el sabor salado de la sangre me impregna toda la lengua. Esto no estaba para nada en mis planes. Sí sabía que haría daño a Nate, pero no puedo matarlo. No puedo, soy incapaz de ello. Ni siquiera soy capaz de soportar el dolor que veo marcado en cada una de las líneas de su cara.

Yo soy la razón por la que él está aquí.

El fuego restalla bajo nosotros, y Nate se agita en mis brazos. Echo una mirada por encima de la baranda del puente. La caída es muy pronunciada, y solo está iluminada por el verde que parpadea al fondo.

—Hazlo, hazlo ya —me susurra Nate. Se relaja apoyado sobre mí, tan exhausto como después de devorar aquel bizcocho de zanahoria —. Prefiero dejar de existir antes que recordar nada de esto. Antes que recordarte a ti.

Sus palabras me hacen envalentonarme y lo agarro por el cinturón.

«Lo siento muchísimo, Nate. Por favor, perdóname».

Lo levanto del suelo y lo lanzo sobre las cuerdas.

Y ni siquiera grita.

XXXIII

Mi corazón aporrea mi caja torácica y cierro los ojos mientras cuento mentalmente.

—Bien hecho, princesa. —Ferus chasquea la lengua—. No pensé que fueras a hacerlo. Eres más valiente de lo que pensaba.

Doy un manotazo a la espada de detrás y bramo fuera de mí:

—Ferus, diles a todos estos que bajen sus armas. Ya lo he hecho. Ahora lo único que quiero es volver a casa.

Ferus me radiografía con la mirada antes de hacer un gesto a los hombres que siguen formados detrás de mí, y por fin desaparece la presión que tenía en la espalda.

En cuanto los veo emprender el camino de regreso, me desato las cuerdas por las que la capa se engancha a mi cuello y la dejo caer al suelo. Oigo a mi alrededor gemidos de sorpresa cuando despliego las alas.

Y salto desde el puente.

Distingo a Attero gritar mi nombre al caer, pero no me detengo. El calor y el humo del fuego aumentan a medida que desciendo, asfixiando mis pulmones y llenándome los ojos de lágrimas. Parpadeo para limpiármelas mientras busco a Nate en el verde intermitente de abajo.

«Por favor, haz que no llegue demasiado tarde».

Siento un enorme alivio al divisarlo a lo lejos. Sigue cayendo, pero aún no roza el fuego. Planeo hacia él y estiro mi cuerpo como si fuera una flecha. El calor atiza mi vestido y hace pequeños agujeros en la tela. Las chispas me queman la piel, pero no reduzco la velocidad del descenso hasta llegar a Nate.

Lo agarro con un resoplido justo en el momento en que va a tocar las llamas y tiro de él hacia mi cuerpo. Entonces extiendo las alas.

«Solo espero que funcionen».

Me quedo sin aliento al ser empujada hacia atrás, la misma sensación que si estuviera siendo absorbida por un aspirador gigante.

Lo aprieto menos contra mí, pero él me rodea el cuello con los brazos y se agarra a mí igual que yo me agarré a él en mitad de la nieve.

Surcamos el aire y siento que me voy acostumbrando a usar mis alas: bajo tan cerca de las llamas que me quemo la punta de las botas, pero al instante nos alejamos volando más allá del puente, lo suficientemente arriba como para que se me taponen los oídos.

—¿Devica? —clama con fuerza la voz de Nate contra mi hombro.

—Chis. Necesito concentrarme. Es la primera vez que vuelo, y la verdad es que no me gustaría dejarte caer.

Nate se agarra con más fuerza a mi cuello y yo consigo nivelar la velocidad al pasar por los bordes irregulares de las paredes.

Mis alas son fuertes, pues soportan el peso de los dos sin ningún esfuerzo. Aunque no las he usado nunca, las plumas son tan parte de mí como mis brazos y mis piernas. Hacen lo que les digo que hagan y nos llevan por encima del cauce del río como si lo hubieran hecho millones de veces antes.

Ahora entiendo por qué mi padre añora tanto las suyas. Como él, yo nací para volar. Pero, a diferencia de él, yo me niego a caerme.

Y menos ahora.

Las flechas atraviesan el cielo mientras pasamos volando el puente a toda velocidad, pero las sorteo con soltura y me río de los soldados.

Van de un lado a otro como hormigas, y Ferus no deja de darles órdenes a gritos y golpetazos cada vez que nos pierden de vista.

Me río con la misma grandilocuencia que se rio él cuando de mis manos no salieron más que unas chispas de nada. ¿Quién debe de sentir el bochorno ahora?

—¿Es que ya has quemado todos tus cartuchos? —le grito desde arriba una última vez para divertirme.

Ferus grita y lanza su espada. Le doy una patada con la bota y se va directa al vacío. Maldice y blasfema contra mí, y juraría que está mucho más rojo si cabe que normalmente. Casi que desearía haber contado con más tiempo para rodearlos y seguir tomándole el pelo, pero, sin duda, ya deben de haber llamado a los carruajes.

Attero no se mueve. Nos observa, encorvado, con la tristeza dominando todas y cada una de sus facciones.

Siento que me atraganto de la pena. Jamás volveré a ver a mi mejor amigo.

«No puedo volver aquí nunca más».

He iniciado una guerra entre mi padre y yo. Y es una guerra que no ganaré jamás.

Sigo por el puente hacia la salida, con mi cuerpo vibrando. Los soldados se vuelven como insectos en la distancia y sus gritos se convierten en un mero zumbido que llega a mis oídos.

El portal resplandece ante mí, y me detengo ante él, caminando sobre el aire con las alas.

Portales. Otra cuestión de la que el señor B olvidó hablarme.

¿Cómo entraremos?

No hay pomo, ni manija ni palanca ni nada. No hay ningún cartel de salida. No hay ni una sola luz mágica que indique: este es un portal místico para salir del infierno.

Me muerdo el labio. En los libros los portales no suelen ser sólidos. Los personajes los atraviesan como atraviesan cualquier otra puerta. Es fácil.

Seguro. Será superfácil para mí volar fuera del Infierno a un lugar donde no he estado nunca.

Me tiemblan los brazos, y Nate se me escurre, pero logro cogerlo al vuelo otra vez antes de que caiga.

Bueno, no podemos seguir aquí para siempre.

Allá vamos.

Cierro los ojos y me abro paso en un círculo brillante.

Mierda.

Nos separamos y pierdo el control de las alas. Me empujan por detrás como si fuera un imán. Para lo que veo delante, bien podría tener los ojos cerrados. Todo está completamente a oscuras.

Grito al ser lanzada contra un suelo duro que me raspa las piernas desnudas.

¡Y una mierda que esto era fácil!

La luz me ciega. Me quejo y me tapo la cara, pero ni así es suficiente. Todos mis sentidos están gritando.

Unas bocinas a todo volumen y unos motores rugientes me taladran los oídos mientras un hedor a rancio se adueña de mi nariz.

El suelo me quema la piel. Me hago un ovillo y me envuelvo con mis alas para protegerme.

¿Será que morí en ese río y este es mi Infierno particular?

—Oh, Dios mío. —La voz de Nate es lo primero que reconozco entre el ruido—. Sí, lo has conseguido.

No me muevo. Si abro las alas, tendré que verle la cara, e, incluso con los ojos cerrados, es todo lo que puedo ver. El dolor en sus ojos cuando le he soltado toda esa sarta de barbaridades en el puente. Todo era mentira, pero a él lo herí igualmente.

Si este es mi Infierno, me lo merezco.

Me da en el hombro con delicadeza.

—Mira, Devica. Tienes que ver esto.

Quejumbrosa, abro las alas despacio y parpadeo ante la luz. Tardo un poco en acostumbrarme a ese brillo, pero doy un grito ahogado de asombro al ver lo que nos rodea. Cosas que solo he visto en fotografías o sobre las que únicamente he leído en los libros. Una acera. Un pájaro. El cielo. Un único sol.

—Lo hemos conseguido —susurro—. Estamos en la Tierra.

PARTE 3: TIERRA

Ascendimos tanto, él primero y yo segundo,
que a través de un orificio redondo divisé
las cosas bellas que acarrea el cielo.
Y por él salimos a ver de nuevo las estrellas.

El *Infierno* de Dante, Canto XXXIV

XXXIV

Estamos en un hueco junto a un contenedor de metal al que Nate se refiere como «basura». Arrugo la nariz por el penetrante pestazo a comida podrida (y quién sabe a qué más) que rezuma por un lado.

Nate echa un vistazo a uno y otro lado de la esquina, mientras yo me valgo del contenedor para levantarme del suelo y luego me limpio las manos en la falda del vestido. Hasta el momento la Tierra huele peor que el Infierno. Y ya es decir. Me da que los demonios no se bañan con demasiada frecuencia.

—Conozco este sitio —me dice—. Luces brillantes, aceras abarrotadas, el teatro chino con sus huellas de manos. Estamos en Hollywood.

Tengo una hoja de papel doblada y pegada a la bota. Es el anuncio de no sé qué tipo de carruaje motorizado que te lleva a «ver las casas de las estrellas de cine».

Me lo despego arrastrando la bota contra el suelo con un gruñido molesto y me arrimo a Nate.

—Aaah, vale. Deja que me aclare. —Nate me mira—. La entrada al Infierno está en Los Ángeles. La ciudad de los *ángeles*.

—Sí —le contesto, y frunzo el ceño—. ¿No te lo dije?

—Pues no. Creo que te convino más omitir esa parte. Mejor dicho,

creo que omitiste bastantes partes, Devica.

Su mirada inquisitiva me agujerea el estómago, así que me muerdo el interior de la mejilla y me centro en el mapa que aparece en el suelo, en el cual se indican las instrucciones para encontrar a una tal Taylor Swift. Si es así de fácil encontrar a esa que no sé quién es, a lo mejor lo de dar con mi madre no me resulta tan difícil como había pensado.

Nate suspira.

—Entonces ¿dónde está la entrada al Cielo?

—En Nueva Jersey.

—Yo habría pensado que sería al revés. —Coge del suelo un trozo de papel arrugado con letras negras escritas en él, y de repente pone cara de estar desubicado—. A ver, un momento. ¿Estamos en septiembre?

Me asomo por encima de su hombro. El papel parece relatar los asuntos y las cuestiones políticas actuales que interesan a los humanos, con titulares estridentes y fotografías brillantes.

—No sabría decirte. En el Infierno no tenemos estaciones como tal.

—Morí en octubre. —Palidece y deja caer el papel—. En octubre del año pasado. Sabía que habíamos pasado ahí abajo unos cuantos meses, pero no pensé que hubiéramos estado un año entero.

Empieza a temblar y levanto la mano para calmarlo, pero enseguida la bajo y la dejo a un lado. Tiene marcas de quemaduras en la ropa, lleva la cara cubierta de hollín y se le ven salpicaduras de sangre seca por toda la garganta. Y la única culpable de todo eso soy yo. Lo he hecho para salvarlo, pero, aun así, eso no borra los amargos recuerdos de lo que ha sucedido.

—Lo siento mucho, Nate —murmuro, parpadeando para limpiarme las lágrimas—. Por todo.

Parece no oírme. Está absorto con la mirada perdida en la pared.

—He desperdiciado todo un año de mi vida. Cumplí los dieciocho hace un mes y ni siquiera me he enterado.

—¿Feliz cumpleaños con retraso? —Me esfuerzo en esbozar una sonrisa, pero, al darme cuenta de que mi cumpleaños será también pronto, mis labios se niegan a arquearse. Ya me explico por qué Ferus tenía tanta prisa por demostrarle su hazaña a mi padre. Estoy a punto de heredar ese trono que él ansía tan desesperadamente.

Miro al portal. Es invisible desde aquí, pero la energía que lo rodea es tal que me eriza los pelillos de los antebrazos. Ahora mismo se ve tranquilo, pero no permanecerá así mucho tiempo. Seguro que Ferus y mi padre estarán tramando algo para encontrarme.

—Vamos, deberíamos seguir nuestro camino —le digo en tono suave—. Cuanto más rápido nos alejemos de aquí, mejor.

Nate parpadea y se frota los ojos, y después me mira de la cabeza a los pies.

—¿No deberías hacer algo con…? —Apunta a mis alas y mi espada —. Para ser sincero, no tienen un aspecto muy humano. Van a cantar un poco… Quiero decir que parecerás un medio demonio con alas.

Me cruzo los brazos sobre el pecho y arrugo la frente.

—¿Y qué quieres que haga? La capa se me cayó cuando salté por el puente, y no puedo hacerlas desaparecer. —Me meto las plumas todo lo que puedo en la espalda y enseguida coloco una mano sobre la empuñadura de mi espada—. De todos modos, tú tampoco eres el mejor ejemplo para el anonimato. Por si ya no te acuerdas, el outfit

que llevas pertenece a un soldado demonio del Infierno.

—Tienes toda la razón. —Vuelve a asomarse a la esquina mientras se frota las manchas rojas secas del cuello de la camisa—. A ver, este es el Boulevard de Hollywood. Aquí todo el mundo va disfrazado. Tú sígueme la corriente. Sé que tal vez sea un poco difícil para ti.

Baja la calle dando grandes zancadas sin pararse a comprobar que sigo tras él. Miles de personas pululan por esta zona y yo sigo con la mano bien agarrada a la empuñadura de la espada.

Es la primera vez que estoy entre humanos vivos. Abajo, en el Infierno, yo siempre juego con ventaja. Son ellos los que están en mi casa. Sin embargo, ahora, yo soy la que se ha metido en su sitio, y, por muchos libros que haya leído sobre la Tierra, ellos saben muchísimo más de este lugar que yo.

Cierro los ojos, respiro hondo e intento decirle a mi cuerpo que se calme.

«Son humanos, Devica. Tú eres más amenaza para ellos que ellos para ti».

—¿Nate? —Me abro camino a empujones entre la multitud y echo a correr para alcanzarlo.

Se aparta bruscamente cuando voy a agarrarle la mano, y hago una mueca de disgusto.

Se comporta de un modo muy diferente conmigo desde que escapamos de allí. Todavía no ha llegado a ignorarme del todo, pero tiene una frialdad en su mirada que no reconozco.

¿Sabrá que todo eso que me inventé y solté en el puente era solo para salvarlo? Imagino que no se habrá tragado que yo sintiera todo eso. Y menos después de que me lancé al vacío tras él y hasta me

chamusqué mis botas favoritas en el proceso.

Tal vez este sea el Nate de la Tierra. Tan duro como el cemento que tenemos bajo nuestros pies para así poder sobrevivir a tantos cambios de un sitio a otro. Quizá yo también tenga que volverme así para salir viva de este sitio.

Enderezo los hombros y le sigo el ritmo.

Zigzagueamos por una acera repleta de estrellas rosas con nombres grabados en letras de oro sobre ellas. ¡No me suena ni uno! Nuestro camino está abarrotado de humanos de todas las formas y tamaños. Su vestuario es de lo más variopinto: desde los shorts más cortos del mundo y las minicamisetas más minis posibles que dejan tantísima carne al descubierto que siento que me quemo solo de mirar, hasta faldas largas y negras y hiyabs que protegen todo el cuerpo menos la cara de la luz castigadora que viene de arriba. Casi todos insisten en detener el paso de repente para apuntar a algún edificio, para mirar desde muy cerca unos dispositivos rectangulares que llevan con ellos o para fijarse en las estrellas que adornan el suelo.

Cada vez que alguien roza mi piel desnuda, conecto sin previo aviso con su alma, y sus pecados me dejan sin aliento con la fuerza de un maremoto apagando una llama.

«Fue infiel a su esposa. Engañó en el pago de los impuestos. Trató a sus mascotas fatal. Se comportó con sus hijos aún peor».

Y junto con sus pecados, me llegan imágenes de otros aspectos de sus vidas. Como de las cosas buenas que han hecho.

«Donó dinero a una organización benéfica. Hizo voluntariado en un centro de personas sintecho. Lanzó un programa de reciclaje en el colegio. Ayudó a un extraño en medio de una multitud».

Esto último hace que mi cabeza no pare de dar vueltas. Así que no era solo con Nate. Y tampoco fue por besarlo. Algo raro me pasa. El problema está en mí.

Nate sigue unos cuantos metros por delante, y en ningún momento se le ocurre ir más despacio o darse la vuelta para ver si sigo ahí. Ni siquiera se entera de que paro un momento para coger aire y tratar de encontrar respuesta a las muchas preguntas que me tienen aturullada.

En ese momento se acerca a mí un hombre corpulento con los músculos bien definidos bajo su camiseta. Voy por la calle, así que yo no tengo que lidiar con los pecados que el susodicho en cuestión haya cometido. De pronto me provoca una sacudida el sonido a todo volumen del claxon de uno de los muchos vehículos metálicos que hay por todas partes. Me quedo petrificada, con los ojos fijos en los faros.

Tiran de mí hacia la acera y en ese instante Nate me gira para que lo mire, con los ojos abiertos como platos.

—Devica, no puedes ir andando por mitad de la calle. Te van a atropellar.

—Perdona. —Él baja el brazo y yo me protejo los ojos con las manos—. Me cuesta ver bien. Las luces me hacen daño. Por mucho que en Aquarum haya tres soles, la luminosidad no es como aquí.

Los rasgos serios que se han adueñado de su rostro desde que salimos del portal parece que se han suavizado.

—No había caído en lo difícil que puede llegar a ser todo para ti aquí. Debemos ir a comprarte unas gafas de sol. Aunque supongo que no tendrás dinero encima, ¿no? —Niego con la cabeza y suspira —. Pues entonces lo siento, Dev. Sin dinero, no hay gafas de sol.

Intenta no mirarlo directamente.

Poco después pasamos al lado de una mujer de piel morena con un collar de perlas que lleva al hombro una bolsa con un pequeño animal peludo en su interior y, colgando de la correa, hay unas gafas oscuras. No se entera de que se las quito. El peculiar animal me suelta un gruñido, pero la mujer lo calla con un par de caricias antes de desaparecer entre la multitud.

Me plantifico las gafas en la cara y el dolor que tengo por detrás de los ojos empieza a remitir.

—Mucho mejor así.

Nate se da la vuelta y frena en seco, tan en seco que casi me estampo contra él.

—¿De dónde las has sacado?

Estiro los brazos como si nada.

—Se las he cogido del bolso a una mujer.

—Eso es robar, Devica. —Nate se frota la frente—. ¿No tenéis ahí abajo una parcela entera solo para la gente que se dedica a hacer eso mismo?

Arrugo la frente. Sé de sobra de qué van esas cosas. No necesito que Nate se haga el interesante explicándomelas.

—Es que no las estaba usando —me defiendo—. Además, tú sabes de sobra quién soy yo. Y la verdad es que no creo que lo que he hecho sea un gran problema.

—¿Cómo iba a olvidarme? —Su voz suena oscura y me habla en un tono demasiado bajo—. Me lo dejaste todo clarísimo en el puente, no te preocupes.

Siento que me rompo por dentro. El dolor que refleja su cara me atraviesa la piel e intento hacer de tripas corazón.

—O sea que esto es lo que te pasa. —Me subo las gafas y lo miro a los ojos—. Sabes que todo lo que le dije a Ferus era mentira, ¿no? Necesitaba que confiara en mí. Si sospechaba, no nos dejaría salir de allí nunca. Sí, te lancé al río, pero te recuerdo que yo me tiré detrás.

—Sí, lo hiciste. —Se yergue—. Porque me necesitabas para que te trajera hasta tu mamá. Eso es lo único que he sido para ti en todo este tiempo. Y está bien, Devica. Vale, de acuerdo. Lo acepto. Pero eso no quiere decir que me guste.

Me escondo bajo las alas. Sus palabras me duelen más que este sol cegador. Casi no me sale la voz, y las frases sin acabar me rasgan la garganta.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Que me quedó todo muy claro durante la caída. Vi que lo tenías todo muy bien planeado. Te conoces el Infierno mejor que nadie, pero preferiste que fuéramos por todas esas parcelas. E intencionadamente te hiciste daño en Nix. Pero antes me besaste. Y me invitaste a meterme en tu cama. No sé cómo fuiste capaz de llegar tan lejos. Si ya me había pillado por ti. Si te hubiera ayudado de cualquier forma.

Abro la boca, pero no logro articular palabra. Las lágrimas brotan de mis ojos. Me conoce tan poco que de verdad piensa que lo seduciría por un billete a la Tierra. Veo que el tiempo que pasamos juntos en el castillo no significó nada para él. Mientras que para mí lo significó todo.

Me arde la garganta. Me envuelvo con mis brazos y me clavo las uñas a un lado.

—A mí también me pilló por sorpresa aquel beso. Jamás había

besado a nadie, Nate. Yo solo quería estar contigo, demostrarte lo mucho que me importas. —Respiro, muy nerviosa—. Y yo no conozco el Infierno tan bien como te piensas. Mi padre hizo siempre todo lo posible por ocultarme las partes más crueles porque sabía que, en cuanto viera lo que se hace ahí abajo, jamás querría desempeñar su trabajo. Por eso mismo solo me enseñó hasta donde él quería que viera.

Nate niega con la cabeza.

—Pero lo vi en tus ojos, Devica. Vi lo mucho que odias a los humanos. El asco que te dan los caminantes oscuros como yo.

Me duele el estómago. Sabía desde el castillo de hielo que llegaría el momento de tener que dejarlo ir. Y su enfado me pone las cosas más fáciles. Pero es que no quiero que nos despidamos así, no quiero que se vaya pensando las cosas más horribles de mí. Las más horribles de nosotros.

—Te equivocas. —Le toco el brazo y se retuerce para que lo suelte. Tengo el corazón hecho pedazos—. Me dijiste el nombre del parque cuando aún estábamos en el castillo y me explicaste dónde encontrar a mi madre. No te necesitaba aquí conmigo, quería tenerte aquí, a mi lado. Salté detrás de ti sin saber si mis alas harían o no su función. Podíamos haber muerto ambos devorados por el fuego, pero me dio igual y me arriesgué para intentar sacarte de allí. No podía soportar la idea de que volvieras de nuevo a la parcela 13. Habría hecho lo que fuera por asegurarme de que no volverían a meterte allí, incluso cuando eso significara hacerte daño. Pero lo siento, porque sé que te hice daño. Y te prometo que era lo último que quería.

Baja la mirada al suelo y pasa una y otra vez la bota por la

estrella ya de por sí desgastada del suelo.

—No lo había pensado así.

Vuelvo a quitarme las gafas, y le levanto la cara agarrándole el mentón para que me mire a los ojos.

—Todo lo hice por ti. Siento mucho no haberte contado mi plan antes, pero es que no hubo tiempo. Creo que eres inocente, Nate. Eres uno de los buenos, y te mereces salvarte, y no me importa lo que yo pierda para ayudarte a conseguirlo. Ni tan siquiera me importa perderte para que lo consigas.

Nate busca mi mirada con el rostro tenso.

—Estoy intentando perdonarte, Dev, pero necesitaré tiempo. La chica que vi ahí abajo me aterrorizó, y no estoy seguro de que vaya a ser capaz de confiar en ti de nuevo. Ya conoces mi historia. Todos los que me querían se marcharon. Y mucha gente de la que teóricamente iba a cuidarme veía en mí más una nómina que a una persona. Y el revivir todo ese dolor me mató. Ahora entiendo por qué hiciste lo que hiciste, pero no te viste en ese puente. Tú no viste la frialdad de tus ojos. Te habías pasado todo el trayecto intentando demostrarme que tú no eras la hija de tu padre, y en cuestión de segundos todo el castillo de naipes se vino abajo.

Me suelto la mano y cierro los ojos, y respiro hondo unas cuantas veces seguidas.

—Nate…

—Mira… —Comienza a moverse otra vez—. Te prometí que te llevaría hasta ese parque para que me sacaras de allí. Y tú ya has cumplido con tu parte del trato, y ahora cumpliré yo con la mía. Pero nos ceñiremos a tu plan original y nos separaremos en cuanto estemos allí.

Sus palabras se me clavan por dentro como si un puñal me hubiera atravesado las costillas —que, dicho sea de paso, es un castigo vigente en la parcela 13—, pero en esta ocasión su voz es el filo cortante. Nate ha conseguido partirme en dos sin valerse de ningún arma.

Abro la boca para protestar, pero opto por apretar los dientes con fuerza. Está equivocado respecto de mis intenciones, pero tiene toda la razón en lo de separarnos. Mi padre o Ferus, o incluso ambos, no tardarán en venir a por mí. Y es mejor que no me encuentren cerca de Nate para que no se lo lleven de vuelta a él también. El cabreo de Nate me duele, pero hará más sencilla la despedida. Se merece paz por una vez en su vida.

Y a mí no me quedará otra que asumir el hecho de que la persona que una vez vio algo bueno en mí ya no lo vea.

XXXV

Me subo las gafas de sol, me limpio la lágrima que asoma por debajo de la montura y dejo escapar un largo suspiro antes de seguir a Nate.

—Bien —le digo cuando lo alcanzo—. Si es lo que quieres, no hay más que hablar.

Está tan tenso y tiene el mentón tan contraído que su rostro se llena de líneas muy marcadas y ángulos pronunciados.

Cierro las manos con fuerza y me contraigo de dolor cuando las uñas se me clavan en las palmas.

—¿A qué distancia de aquí está el parque?

—A unos veinte minutos a pie más o menos. Llegaremos enseguida.

Sigue sin mirarme, y yo me muerdo el labio para ahogar la tristeza. Si he estado un año caminando a su lado, puedo soportar veinte minutos más. Aun cuando me cueste reconocer al Nate que está ahora a mi lado.

Me rodeo con los brazos y alzo la cabeza para mirar al frente. Aunque él esté junto a mí, lo cierto es que vuelvo a estar tan sola como estaba en Dominus. Tal vez debería haberme quedado allí. Sí, es evidente que estaba sola, pero aquí también lo estoy. Y ni siquiera sé qué haré en el caso de que mi madre me rechace.

Me siento observada por algunos de los transeúntes, aunque no por tantos como Nate había predicho. Y es que tampoco soy el ser más extraño que pasea por estas aceras.

En dos manzanas nos encontramos con una especie de payaso demonio con un globo rojo, un personaje raro de color rojizo y nariz naranja, y a un tipejo con un ratón en el hombro que no para de exhalar un humo acre de un palito blanco que me hace toser cuando me envuelve.

—¿Y tú qué se supone que eres?

Un chaval se detiene frente a mí. Le echo unos pocos años más que Nate, y tiene los ojos de un tono marrón oscuro similar al del lodo de la parcela 8.

—¿Qué chorradas estás diciendo? —Lo miro cabreada y tenso los brazos sobre mi pecho—. Yo soy una humana normal y corriente, como tú.

Me mira de arriba abajo y sonríe de repente:

—¡Oooh, ya caigo! ¡Claaaro! Eres Ella. ¡Cómo te has currado el disfraz! Pareces Ella de verdad.

—Yo no conozco a ninguna Ella. —Miro a Nate en busca de ayuda, pero va una manzana por delante y no se detiene.

—¡Ella! De *El heredero del diablo*. —El extraño da unas vueltas a mi alrededor y me mira con tal intensidad que me hace sentir incómoda—. Te ha quedado superlogrado. Aunque se te han olvidado los cuernos.

Saco cadera sin dejar de observarlo.

—No llevo puesto ningún disfraz. Y lo último que necesito o quiero son unos cuernos. ¡Vete por ahí!

—Tengo que sacarme una foto contigo para mi página. ¿Cuánto

me cobras?

Me pasa un brazo por encima del hombro y saca uno de esos dispositivos rectangulares que aquí parece que tiene todo el mundo. Salimos los dos en la pantalla; él, radiante, y yo, con cara enfurruñada e intentando que me suelte.

—¡Quítame las manos de encima! —le ladro.

—¡Venga, preciosa! —Levanta aún más la caja esa rara y me pega más a él mientras me clava los dedos en los hombros—. Ríete, por favor. Te pagaré más si quieres. Imagino que ya te he pillado al final del día, que todo el mundo te ha estado dando el coñazo y por eso estás ahora con esa cara de seta.

—No pienso sonreírte. —Aparto su mano de mi cara y le doy un empujón. Empiezo a notar el calor por mi cuerpo e incluso de las puntas de mis dedos comienza a salir un humo ondulante. Tiene suerte de que aún no esté con las pilas a tope, porque, si no, me habría asegurado de fundir ese cacharrito sacafotos—. Que te largues. Te lo estoy advirtiendo. El que juega con fuego…

Pero el tío no pilla la indirecta. En vez de apartarse, apoya una mano sobre mis plumas.

—¿Cómo has conseguido que te queden tan realistas? ¡Parecen de verdad!

Entonces me arranca una de las plumas del ala y siento un dolor en la espalda que me atraviesa.

Pero ¿a este imbécil qué le pasa?

Le pasa como a Ferus: alguien les tiene que explicar alguna vez qué significa el no.

Llevo la mano hacia atrás, la cierro y se la estampo en toda la cara. Se tambalea y cae al suelo al tiempo que se agarra la nariz, de

la que empieza a salir sangre a chorro. Justo en ese instante de debilidad, levanto el pie para darle una patada en el mismo sitio que se la di a Ferus.

—¡Devica! —Nate me agarra por los hombros y tira de mí para apartarme. La gente se está congregando a nuestro alrededor y él me saca de la escena mientras el hombre no deja de increparme y soltarme obscenidades sin apartar las manos de su nariz llena de sangre.

Dejo que Nate me lleve hasta la esquina, con el rostro en ebullición y los brazos temblorosos. Me ha impedido darle a ese idiota lo que se merece, pero al menos se ha acordado de que existo. No estoy muy segura de si debería estar agradecida o enfadada, o ambas cosas a la vez.

Cuando conseguimos quitarnos del medio a los mirones, se detiene y me sacude con brusquedad.

—¿Qué carajo haces, Devica? No puedes ir por ahí soltándole a la gente puñetazos en la cara.

Me clava los dedos en la piel hasta que me retuerzo de dolor. Pero enseguida me suelta y me pide perdón tan bajo que cuesta oírlo.

—Me agarró sin mi consentimiento —le digo—. Primero me dijo que sonriera, y después me arrancó una pluma.

—¿Y? —Nate alza los brazos—. No puedes ir por ahí liándote a golpes con todo el que te moleste. Aquí las cosas no funcionan así.

Me estiro el vestido quemado, con el cuerpo en tensión bajo el tejido.

—Tú y tus estúpidas reglas de la Tierra. Puedo entender que no deba quitarle las gafas a nadie, pero ¿en serio quieres que me quede impasible cuando un tío me agarre sin mi permiso? Pues te

diré que en el Infierno tenemos castigos más duros para la gente como él.

Nate se muerde el labio y, a continuación, suspira.

—¿Sabes qué? Que tienes razón. En caso de que vuelvas a toparte con un idiota baboso como el de antes, haz lo que tengas que hacer. Y perdona por haberte gritado. He entrado en pánico.

—Gracias. —Le dedico una tímida sonrisa—. Y disculpas aceptadas.

—Sigamos.

Me voy frotando los nudillos, aún inflamados, mientras seguimos calle abajo, y la multitud se va dispersando a medida que los edificios van dando lugar a zonas verdes. El corazón casi se me sale del pecho cuando veo la misma clase de árboles que aparecían en las fotografías de mi madre.

Ahora que el sol ya no me destroza las córneas, aprovecho para estudiar en detalle los árboles. Se elevan sobre nosotros con sus troncos resplandecientes. Además, sus ramas desprenden una fragancia dulce que enmascara el asfixiante olor a combustible quemado y los gases de escape de los miles de coches que abarrotan la calle.

—¿Has pensado qué harás si tu madre no está en el parque? —se interesa Nate—. O sea…, quiero decir que las posibilidades de que coincidamos en el mismo sitio a la misma hora son muy reducidas.

Bajo la mirada y me mordisqueo una y otra vez el interior de la mejilla, todavía dolorida por habérmela mordido hasta hacerme sangre mientras sobrevolaba el río Ignis.

Lo cierto es que aún no he pensado en ello. Hay infinidad de razones por las que no vendrá. Puede que se haya mudado. Quizá

solo visite el parque una vez al año, a lo mejor en las fechas que aparecen en las fotos. O tal vez me vea desde lejos aquí esperándola, y prefiera darse la vuelta y no regresar a este sitio jamás.

Se me revuelve el estómago y un sabor ácido me recorre la garganta.

—Pues esperaré aquí. No tengo mucha elección. Este es el único lugar que sé a ciencia cierta que visita. Hemos sobrevivido un año en las peores condiciones que uno puede imaginar. Por eso no tengo ninguna duda de que seré capaz de esperar en un banco de este parque hasta que mi madre aparezca.

—¿Y si es tu padre el que aparece por aquí en vez de ella?

Agarro la empuñadura de mi espada mientras el nerviosismo se apodera de todo mi cuerpo.

—Me preocuparé de ello cuando llegue el momento. Si es que llega. ¿Y tú? ¿A dónde irás?

Le pega una patada a una piedra, que sale disparada rodando por el pavimento hasta llegar a pararse detrás del bolso de una mujer que está sentada en un banco.

—No lo sé. Antes solo quería salir de aquel sitio. Pero no me paré a pensar en que, al llegar aquí, ya no tendría nada. Pero es igual, no pasa nada. Ya estamos aquí. Este es el parque de tu foto.

XXXVI

Me quedo sin aire al ver un cartel en el que pone PLUMMER PARK.

En todo este tiempo he deseado con todas mis fuerzas llegar aquí, pero nunca pensé que lo conseguiríamos. Las letras giran y giran en mi cabeza, y parpadeo hasta que por fin lo veo bien.

Avanzamos por un camino de cemento flanqueado por hileras de árboles de un color verde esmeralda y edificios en tonos beis. Ya no tengo conmigo físicamente la fotografía, pero la imagen está grabada en mi memoria. Recorro con la mirada todo el jardín hasta ver unos bancos formando un cuadrado justo enfrente de nosotros. Mi corazón se acelera al reconocer los arbustos de detrás y el cartel de SALÓN DE FIESTAS.

—Hemos llegado al sitio exacto —anuncio en un susurro—. Aquí es donde mi padre le hizo la foto. Año tras año la misma foto. —Se me caen los hombros al analizar una por una a todas las personas que nos rodean—. Pero ella no está.

Nate va a consolarme, pero rectifica y baja la mano enseguida para dejarla colgando a un lado del cuerpo.

—Lo siento, Devica.

Ahora mismo doy gracias por llevar puestas las gafas de sol, ya que me permiten ocultar las lágrimas que amenazan con nublar mi visión. Muevo la cabeza a un lado y a otro.

—Estoy bien, da igual. Ya sabíamos que esto podría pasar, ¿no? Que mi madre estuviera aquí sería un auténtico milagro. —Me siento en su banco y pliego las alas detrás de mí. Noto agujetas en las piernas; sin duda, el largo trayecto me está pasando factura en los músculos—. No tienes que quedarte aquí conmigo. Me dijiste que me traerías al parque y ya lo has hecho. Los dos hemos cumplido con nuestra parte del trato.

Nate me mira sin decir ni una palabra. Ya no consigo leerle la mente. Lo que una vez vi tan claro se ha vuelto tan extraño para mí como el parque en el que estoy sentada. Me cuesta horrores no tocarlo ni besarlo. Cada centímetro de mi cuerpo añora el confort y el bienestar que compartimos en el castillo de hielo. Ese calor que paradójicamente hallamos en el lugar más frío del universo.

Pero es mejor así, me recuerdo a mí misma. Lo estoy haciendo por él. Como en el puente. Él ahora no lo ve, pero lo verá.

Nate se pasa la mano por el pelo y me da la razón despacio con la cabeza.

—Sí, me voy. Suerte con tu madre. Deseo de corazón que venga por aquí. Ojalá la veas, de verdad.

—Gracias. —Se me quiebra la voz y respiro hondo para tratar de controlarla—. Por todo.

—Gracias a ti también. —Me dedica una sonrisa que se parece más bien a un ceño fruncido levantado a la fuerza—. Adiós, Devica.

Intento devolverle la sonrisa, pero me duelen las mejillas y mis labios no consiguen dibujar una línea curva.

—Adiós, Nathan Reynolds.

No puedo verlo marcharse.

Me pongo las gafas de sol y me concentro en la hierba que hay

junto a mí; hasta me obceco en contar las briznas mientras sus pasos se alejan.

Cuando levanto la vista, ya no está. Me llevo la mano al pecho y me agarro el cuello del vestido con los dedos en pinza.

Una parte de mí desearía que se quedara pese al peligro que eso entrañaría para los dos.

Solo espero que a él se le haga tan duro marcharse como a mí verlo partir. Pero no puedo culparlo por ello. Para él fue fácil quedarse a mi lado en un mundo atestado de monstruos. En el Infierno, yo le recordaba todo lo que le faltaba aquí arriba. Sin embargo, en la Tierra, para él no soy más que el recordatorio de lo que perdió allí abajo.

Me llevo las piernas al pecho, me las abrazo, apoyo en ellas la cabeza y cierro los ojos.

Echo de menos todo lo que he abandonado para estar aquí. Mi casa, a mi padre, a Attero y ahora a Nate. Me he pasado la vida impidiéndome sentir. Jamás derramé una lágrima por mi madre. Nunca me disgustaba cuando mi padre me ignoraba o me criticaba. E incluso el día de mi cumpleaños accedí a ocupar su sitio porque sabía que era lo que se esperaba de mí.

Después conocí a Nate, y la coraza que con tanto cuidado me había ido fabricando para tener mi corazón a salvo poco a poco empezó a resquebrajarse. Entonces arremetí contra mi lado humano. Pero, en realidad, la razón era él. Su manera de mirarme, de tocarme y de escucharme. Su modo de permitirme ser yo sin tener que pedir perdón.

Y ahora se ha ido, y tengo el corazón roto y no hay nadie conmigo que pueda enseñarme a unir las piezas. Me entra el hipo y moqueo

contra mis rodillas.

Mi vida habría sido infinitamente más fácil si él no se hubiera puesto en mi fila de registros. Ahora mismo yo seguiría en Dominus, desperdiciando mi tiempo en unas clases que aborrezco y pasándome las noches sola en mi habitación. Sí, claro que sería infeliz, pero no estaría sola sentada en un banco en un mundo que no conozco de nada y perseguida por demonios que en su día fueron mis amigos.

Cuando levanto la cabeza, ya casi ha caído la noche y el cielo se extiende sobre mí en tonos amarillos y rosas. Me bajo las gafas y suspiro. Puedo asegurar que me leído docenas de libros que hacen lo que pueden para describir atardeceres, pero ninguno de ellos es capaz de hacer justicia a los matices dorados que se funden con los rosas. Me quedo tan prendida de lo que veo que hasta se me olvida respirar.

Cuando el sol se pone, llegan unos extraños que, tras merodear a mi alrededor, acaban compartiendo asiento conmigo.

No puedo evitar fijarme en ellos con detenimiento. Están tan vivos. Los veo tan distintos a como se presentan ante mí en el Infierno. En la Tierra parecen más despreocupados.

Y, de alguna manera, andan también más ligeros.

Están solos, en parejas o en grupos, cada uno tiene un color de piel y habla un idioma diferente, pero todos parecen ir equipados con esas extrañas cajitas rectangulares que bañan sus rostros en luz a medida que la noche se va oscureciendo.

La gran mayoría me ignora.

Hay quienes tratan de entablar conversaciones hablando del tiempo, pero yo finjo no entender ninguna de sus lenguas pese a

dominarlas todas. Y es que en el Infierno no me queda otra.

El agotamiento me vence cuando el cielo oscurece del todo y se instala la noche cerrada. Por fin tengo todo el banco para mí, por lo que me tumbo a lo largo y me tapo con las alas como si fueran una manta. La luna sustituye al sol, y las estrellas inundan el cielo con su luz. No hay tantísimas como en el techo de mi habitación, pero, aun así, aquí también hay unas cuantas.

Inspiro profundamente una vez más mientras una lágrima me cae por el rabillo del ojo.

A diferencia del dibujo de mi habitación, el cielo de aquí es infinito. No hay ni una sola pared que limite su belleza y tampoco se oyen los gritos que allí me taladran los oídos. Los únicos sonidos que hay a mi alrededor son los que emiten unos insectos cantarines y el vaivén de los árboles en la suave brisa que me despeina las plumas. Aquí no hay nada entre la inmensidad y yo.

Mis pulmones se llenan de aire cuando inhalo de nuevo, y el dulce aroma del césped y de los árboles me hace cosquillas en la nariz.

«Lo conseguí».

Estoy bajo el cielo abierto tal y como siempre soñé. Cierro los ojos y me acomodo aún más en el banco.

Soy consciente de que me he quedado dormida cuando una mano me toca el hombro y me saca de una pesadilla en la que volvía a estar sobre el puente junto a Ferus, y este me agarraba y me impedía que saltara detrás de Nate.

—No —murmuro—. Tengo que salvarlo.

—¿Devica? —Una voz femenina irrumpe en mi sueño y Ferus se desvanece en una nube de humo rojo—. Es hora de despertarse, Devica.

Bostezo y abro los ojos, y poco a poco enfoco la forma que se cierne sobre mí. Mientras me quito las gafas de sol, me siento y estudio la figura que tengo delante. Se me cierra la garganta y dejo de sentir el cuerpo.

Nunca la he visto, pero la reconocería donde fuera, aunque jamás hubiera visto su foto.

Tiene mi nariz. Mis labios. Mi pelo.

O, bueno, mejor dicho, yo tengo los suyos.

Me froto los ojos para cerciorarme de que no sigo soñando. Me sonríe, y su sonrisa tiene tanta luz que podría alumbrar en la noche más oscura.

Es tal la quemazón que tengo en la garganta que apenas me sale un hilillo de voz.

—¿Mamá?

XXXVII

Mi madre vive en una sencilla casa blanca con tejado rojo de arcilla, no muy lejos del parque en el que me encontró. Caminamos juntas sin hablar, y yo tengo un nudo en el estómago que se me hace cada vez más grande cuando la miro de reojo.

No se la ve enfadada como yo presagiaba. Al contrario, se echó a llorar cuando me desperté, y me abrazó tan fuerte que temí que mis huesos se rompieran en mil pedazos. Luego fue cuando insistió en que fuera con ella a su casa para hablar allí tranquilas, sin humanos cotilleando alrededor y sin esos animales raros y peludos que abundaban en el parque al empezar el día.

Tengo la sensación de que me falta el aire cuando abre la puerta y pongo un pie en el interior. Su casa me envuelve tanto como su abrazo, que me calma y me asfixia al mismo tiempo. Todas las paredes están pintadas en azul y amarillo pastel, nada que ver con los grises y rojos de Lapis. Además, el aroma a cítricos y flores impregna el aire de camino al salón, al que mi madre me invita a pasar.

Una vez dentro, me tiende una taza llena de un líquido de color ámbar y se sienta en la silla que está enfrente del sillón que yo ocupo, el cual, por cierto, está almohadillado y es más suave que cualquiera de los asientos tallados en piedra de Dominus. Entre eso

y la taza caliente que sostengo en la mano, tengo la tentación de cerrar los ojos y seguir durmiendo para descansar del viaje.

Pero no puedo parar de mirarla.

Es idéntica a la de la fotografía, solo que el objetivo de la cámara no fue capaz de captar la gracia e intencionalidad de cada uno de sus movimientos, sus ojos de color oro líquido como la miel que me está sirviendo en el té, así como tampoco la luminosidad que irradia su piel, y eso que aquí la única fuente de luz disponible en toda la habitación es la pequeña lámpara de pie de la esquina. Para ser humana, tiene una belleza impactante.

No he vuelto a pronunciar palabra tras el «mamá» que ha salido de mis labios en el parque.

Todo lo que tenía pensado decirle se marchitó en mi garganta nada más verla aparecer. Me había preparado para su enfado y su rechazo, pero nunca pensé que se alegraría de verme tanto como lo hizo.

Deja el bote de miel sobre la mesa entre las dos sin apartar su mirada de mi cara.

—Aún no me puedo creer que estés aquí. Había soñado miles de veces con este día, pero jamás pensé que fuera a hacerse realidad.

Su voz es más suave que la mía, más melódica y dulce.

En realidad todo en ella es más suave. Desde la manera en que el pelo le cae sobre los hombros hasta la elegancia con que su blusa holgada le cubre las caderas, pasando por la postura informal con que descansa en la silla, con la taza de té sobre la rodilla. Hasta huele dulce, tanto que, cuando nos abrazamos, enseguida me dejé cautivar por la dulce fragancia a vainilla y almendra que desprendía.

Sin embargo, yo… soy su polo opuesto. Estoy sentada rígida y me

apoyo en los cojines, tengo el pelo enredado, el vestido se me ajusta demasiado a la cintura, y los codos y las rodillas los tengo doblados de la manera menos femenina posible mientras me esfuerzo por quedarme quieta. Y respecto de mi olor…, digamos que es el esperable después de haber pasado un año sorteando todos los obstáculos habidos y por haber en el Infierno. Pero en otras ocasiones sí he olido mejor.

No estoy nada segura de si su encanto natural es algo que a mí me falta por genética o si fue mi padre el que se encargó de sepultarlo.

—Ya somos dos. —Alzo las cejas—. ¿No estás enfadada por el hecho de que me haya presentado aquí así?

—¡Claro que no, Devica! ¡Para nada! Me quedé devastada cuando tu padre te llevó con él. Pensé que jamás volvería a verte. Estaba convencida de que ni siquiera te hablaría de mí.

—Y no lo hizo, la verdad. —Jugueteo con la etiqueta de Earl Grey que cuelga de un lado de mi taza. Nunca había oído ese nombre, pero debe de ser un té bueno para tener tan currado el cartoncito—. Siendo sincera, mi padre solo me dijo que estabas muerta. Pero encontré fotos tuyas en su habitación, y entonces descubrí que seguías viva y que estabas en la Tierra, pero… ¡Espera un momento! ¿Que me llevó con él? ¿Es lo que has dicho? Entonces ¿eso quiere decir que no fuiste tú la que te deshiciste de mí al enterarte de quién era?

—¿Y quién eres? —Cierra los ojos e intenta controlar la respiración—. Oh, Devica. Cuando naciste, ya sabía quién es tu padre y de dónde venías tú. Y te aseguro que lo que más he deseado en toda mi vida ha sido tenerte aquí conmigo. Siento

mucho que pensaras algo diferente.

Trago el nudo que tengo en la garganta y que llevaba allí desde que Nate se marchó. El saloncito en el que estamos se torna borroso en cuanto las lágrimas inundan mis ojos.

Mi madre no me abandonó. Es más, siempre me quiso.

Durante todo este tiempo he pensado que estaba muerta, pero estaba en la Tierra, y ansiaba tenerme a su lado.

Doy un sorbo al té, y me inclino un poco hacia atrás porque está tan caliente que me quema la punta de la lengua.

—No entiendo nada. Mi padre viene a la Tierra a castigar a los humanos. ¿Cómo es posible que se enamorara de uno de ellos?

—Porque yo no era humana cuando nos conocimos.

Asiento con la cabeza y soplo el té cuando el alivio me hunde aún más en el sillón. Con lo preocupada que había estado por ser medio humana, y resulta que ahora mi angustia sale de mi cuerpo como el humo que desprende la taza que sostengo.

—Entonces te había enviado a la Tierra como castigo, ¿no? Mi padre condena a muchos demonios a venir aquí.

Junta los labios.

—No exactamente, Devica. No era humana cuando conocí a tu padre, pero tampoco era demonio. Y yo nunca he estado en el Infierno. —Apoya la taza en la mesa y se pone de pie. A continuación se gira para mostrarme la espalda, se desabrocha la blusa de color melocotón y se la baja.

Suspiro, sin dar crédito, cuando la lámpara que tengo detrás me revela las cicatrices que le bajan desde las escápulas a cada lado de la columna vertebral. Se ven dentadas y en relieve, y recuerdo que ya he visto algo así antes. Sí, ya sé, esa vez en que sorprendí a mi

padre cambiándose. Justo antes de que me gritara hecho una furia para que me fuera.

—Alas. —Se me seca la boca y solo siento el dolor de la lengua escaldada por el té hirviendo—. Pero, si nunca has ido al Infierno, eso significa que eres…

—Un ángel. —Vuelve a colocarse la blusa sobre los hombros y a abotonársela antes de dejarse caer de nuevo en la silla—. O lo fui. Perdí las alas cuando me acosté con tu padre. Y no es que me arrepienta de ello. El resultado de esa unión fuiste tú.

Pego la taza a mi sien palpitante. Los pocos sorbos que le he dado al té amenazan con salírseme por la boca. Cierro bien la boca para evitar vomitar en la acogedora alfombra beis sobre la que tengo los pies.

Ya era lo bastante malo pensar que era humana… Pero ¿un ángel? Eso es aún peor.

Millones de veces peor, según mi padre.

Culpa a los ángeles por expulsarlo a él de sus dominios. Dice que son la razón por la que está destinado a una vida de fuego y oscuridad. Insiste en que, si de verdad creen tanto en el bien y el perdón, tendrían que haberlo dejado volver a su sitio después de la guerra.

—Los ángeles son viles y malvados, Devica —solía advertirme de niña—. Jamás te fíes de ellos. Fingen ser amables por delante, y te dan la puñalada trapera cuando menos te lo esperas. No hay ni un ángel bueno.

Nunca le pregunté por qué estaba tan seguro de ello. Simplemente me fie de sus palabas, convencida de que él lo sabía todo cuando, en realidad, lo que sucedía era que yo era demasiado

pequeña para comprender lo poco que en verdad mi padre conocía.

Me costaba creer que la mujer que tenía delante pudiera hacerme daño, pero tampoco pensé nunca que Nate pudiera ser tan frío como el chico que me dejó tirada en el parque.

Intento tragar, pero tengo la boca tan seca que lo único que consigo es una tos ahogada.

—Pero sigo sin entender nada —confieso—. ¿Cómo os conocisteis si tú no eres un demonio?

—Fue hace mucho tiempo. Yo bajé a la Tierra para poner a prueba a los humanos y él apareció por allí para hacer lo mismo. Por supuesto, ambos íbamos camuflados para pasar desapercibidos, y eso fue lo que nos engañó a los dos.

Se reclina en su asiento, con los ojos fijos en el bol de plástico que hay sobre la mesa.

—Lo vi en el parque en el que te encontré a ti. Él al principio no reparó en mí, y menos mal, porque yo no podía dejar de mirarlo. Era superatractivo, muy moreno de pelo y con las cejas de un marrón oscuro casi negro. Cuando por fin se fijó en mí y me sonrió, casi me desmayo. Yo no era más que un ángel joven, de tu edad, y nadie me había preparado para lo seductores que podían llegar a ser los humanos. Se me presentó como Lucas, y yo le dije mi nombre real sin dudarlo. Mi única obsesión entonces era llegar a conocerlo mejor.

En ese momento el rostro de Nate se dibuja ante mis ojos, pero parpadeo para apartarlo de mi cabeza.

—Sí, a mi padre a encantador no hay quien lo gane. Por eso los humanos caen rendidos ante sus mentiras con tanta facilidad.

—Hasta yo era impotente frente a él. —Recorre con el dedo el borde de su taza—. Fuimos a cenar y nos pasamos horas hablando.

A los dos se nos olvidó nuestra misión. Ya no me acuerdo de qué hablamos, pero sí sé que ninguno desveló quién era en realidad. Pienso que a ambos nos daba miedo espantar al otro, que es lo que posiblemente hubiera pasado. Desde luego yo habría salido corriendo de allí de haber sabido quién era aquel chico. Pero me hizo reír. Nunca nadie me había hecho reír de esa manera. Aunque el Paraíso es un lugar bonito, es bastante sobrio.

La voz de Nate resuena en mis oídos. Sus chistes tontos. Su risa reverbera en la piedra y desata la mía. Bebo un buen sorbo de té y siento una especie de bocanada de fuego en el pecho a medida que baja.

—Luego fuimos a bailar a una discoteca y nos quedamos sentados en el suelo hasta que nos echaron de allí a patadas —continúa—. Así que salimos y seguimos bailando en la calle hasta que la luna se fue y apareció el sol. Encontramos una habitación de hotel y nos pasamos semanas allí. —Mamá agacha la cabeza, con las mejillas tan sonrosadas como las rosas del parque—. Una mañana, al despertarme, vi que se había ido, y mis alas también habían desaparecido. Fueron sustituidas por el bebé que llevaba en mi vientre. Por ti.

Dejo la taza con un golpe seco en el trozo de mesa que hay entre las dos y entorno los ojos:

—¿Pasó de ti después de dejarte embarazada? Típico.

—Él no sabía nada de tu existencia. Y yo tampoco. Desconocía lo que era normal en un cuerpo humano. Pensaba que a lo mejor eso de vomitar seis veces al día era algo habitual para las personas de carne y hueso. Hasta que mi barriga empezó a crecer y crecer no tuve ni idea de lo que me estaba pasando.

Se acaba el poco té que le queda y apoya su taza junto a la mía.

—De pronto ahí estaba yo. Humana, abandonada por el hombre del que me había enamorado, repudiada por los míos y embarazada. Jamás me había sentido tan perdida. Recé a todos mis amigos del Paraíso, les rogué que me dijeran por qué me había tenido que pasar a mí todo eso, por qué había tenido que perder mis alas. Pero la respuesta no llegó. Habían pasado casi nueve meses cuando, un buen día, tu padre volvió.

Me siento y me agarro las rodillas con los puños apretados. Ese no es mi padre. Mi padre es más un tipo de esos que se olvidan de que alguien existe en cuanto sale de la habitación. O tal vez solo sea así conmigo.

—¿Volvió a por ti?

—Así es —contesta antes de que se le quiebre la voz—. Pero me miró la barriga y cayó de rodillas al suelo. Entonces me confesó quién era y me contó que, en nuestra última noche juntos, se despertó de madrugada y vio mis alas. Supongo que al estar dormida me relajé con el camuflaje. Me admitió que no pudo evitar entrar en pánico al descubrir quién era yo. Y que se fue a casa, pero que no logró dejar de pensar en mí. No sabía nada de que tú estabas creciendo en mi interior.

Las lágrimas se acumulan en las comisuras de sus ojos hasta que, al final, no logra retenerlas más y comienzan a caer por sus pestañas. El dolor aún brota de todos los poros de su piel. Me llevo la mano al pecho mientras la sigo escuchando.

Se aclara la garganta y se limpia las mejillas humedecidas.

—Cuando me dijo quién era, pensé que me rompería en dos. Yo pensando que estaba prendada de un humano, lo cual para un ángel

ya era bastante ofensivo, y resulta que todo era mucho peor de lo que había imaginado. Y encima llevaba un hijo suyo dentro de mí. ¿Cómo iba a conservar mis alas?

—¿Había pasado algo así alguna vez antes? —le pregunto—. Me refiero a lo de que un ángel se encariñara de un demonio.

—Que yo sepa no. He leído muchas historias similares, pero todas eran de ficción. Por naturaleza, los ángeles y los demonios se repelen tanto como el aceite y el agua. Jamás deberíamos habernos mezclado como lo hicimos. Tu padre me suplicó que me fuera con él, pero yo no podía soportar la idea de vivir en la más absoluta oscuridad. Yo, que había nacido en un mundo repleto de luz. Por eso me quedé aquí en California. Me negaba a permitir que mi bebé creciera allí abajo. A mí me daba igual que en ti hubiera una parte de él. Y ahora me sigue dando lo mismo. Yo quería criarte aquí, y le advertí de que no cambiaría de opinión.

Mi corazón se acelera mientras sus palabras calan muy hondo en mí.

Inspecciono la habitación. Las plantas de la esquina, disfrutando de la luz del sol que entra por la ventana al amanecer. Los dibujos enmarcados de la pared, en los que se ve a ángeles bailando por los cielos. Ese podría haber sido mi hogar en lugar de la piedra, el acero y la sangre. Ya entiendo por qué jamás me sentí a gusto en Dominus.

—Tu padre se puso furioso —prosigue—. Se dio cuenta de que eras más que su primogénita. Serías su vía de escape. Un ser que llevaría su sangre y que heredaría el trono que él había llegado a odiar. No paraba de insistir en que le pertenecías. Pero era yo quien te había llevado en mi interior durante nueve meses, y sabía que

estabas destinada a quedarte aquí conmigo. Me pegabas patadas cuando nos bañábamos en el océano. Y te dabas la vuelta dentro de mí cuando me sentaba al sol. Tu sangre no era de su mundo. Estabas destinada al mío. Y por mucho que yo hubiera perdido mis alas, sabía que tú eras un regalo. Los ángeles son estériles, es decir, se supone que no pueden engendrar. Tú fuiste un verdadero milagro, fuiste concebida por alguna razón. Estaba persuadida de ello.

Sus palabras me atraviesan como una corriente eléctrica a medida que voy asimilando lo que me está diciendo. Mi estómago vuelve a amenazarme con vomitar sobre la alfombra.

Estudio cada uno de sus gestos buscando una señal de traición, y siento el latido de la sangre en los oídos. Si me está diciendo la verdad, soy peor que un demonio. Soy peor que un humano incluso.

Soy un ángel.

XXXVIII

Mitad ángel.

Pero eso explica el motivo por el que mi padre me rechaza. Por el que mis alas no se parecen a las otras que he visto. Por el que siento el dolor de la gente que me rodea, incluso de los caminantes oscuros. La empatía es la característica más definitoria de un ángel. Mi padre y los demás demonios perdieron la suya en la caída. Sí, aún queda algún soldado como Diripo y Attero, pero son una minoría.

—Tu padre se fue poniendo más y más furioso a cada minuto —continúa mi madre—. Me amenazó con llevarte con él. Estaba acostumbrado a salirse siempre con la suya, y mi desafío lo enfureció. Su glamur terrestre comenzó a desaparecer. Por primera vez, vi el monstruo que era y me sentí aterrada. Le pedí que se marchara y que no volviera jamás. Y entonces empezaron las contracciones. —Se lleva las manos al vientre, y lo acaricia despacio —. Empecé a sangrar de tal manera que supuse que algo no iba bien. Tenía mucho miedo de perderte. De pronto me mareé y quedé inconsciente a los pies de tu padre. Cuando desperté, estaba en un hospital, y tu padre y tú habíais desaparecido.

Con cada revelación se me iban contrayendo con fuerza todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo. O sea que me secuestró. Y

mientras mi madre estaba inconsciente, nada menos.

A partir de ese momento decidió criar mi mitad demonio y me enseñó a odiar el resto de mí. Él sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Me tiemblan tanto las piernas que, porque estoy sentada, si no, me caería al suelo. El salón se desfigura ante mis ojos mientras sus palabras me impregnan la piel.

Se seca la cara dándose unos toquecitos suaves con un trozo de papel.

—Me dijeron que naciste muerta, pero no los creí. Sé que, si hubieras muerto, yo lo habría sentido, pues tu pérdida se me antojaba insoportable. Sabía de sobra que te había secuestrado y que había manipulado los recuerdos de los médicos. Durante un tiempo esperé que cambiara de opinión, recé para que te trajera de vuelta, pero no lo hizo. Fui cada día a ese parque en el que nos hemos conocido con la esperanza de que apareciera. Algunas veces juraría haberlo visto allí, pero, en cuanto levantaba la cabeza para mirar, ya no estaba. Cinco años después de que nacieras, me encontré esto en el banco.

Abre un cajón de la mesa y saca una fotografía. Mis pulmones son incapaces de seguir respirando cuando me la enseña. Soy yo de niña, sentada en el trono de mi padre. Salgo riéndome con algo que está fuera del objetivo de la cámara —imagino que sería Attero—, y parezco del tamaño de una muñeca en ese sillón tan inmenso. Al darle la vuelta a la foto, me topo con esa letra de mi padre que me resulta tan familiar: «Devica, cinco años».

—Me dijo tu nombre —continúa—, y para mí en ese momento eso fue todo un mundo. Y te veía feliz, lo cual era lo más importante.

Incluso llegué a pensar que quizá al final estabas mejor allí con él.

Llevo el mentón a uno y otro lado mientras trato de buscar las palabras sepultadas por la furia que recorre todo mi cuerpo.

Los odio a los dos con todas mis fuerzas. A él, por llevarme de esa manera, y a ella, por permitírselo. Y, lo que es peor, me odio a mí misma por sentirme como me siento. «Maldita sangre de ángel».

De la palma de una de mis manos sale una columna de humo, y la cierro con fuerza. Con lo enfadada que estoy, no me extrañaría nada prender fuego a la casa de mi madre.

En cuanto tengo la certeza de que mi fuego se ha enfriado, agarro la foto que sostiene con dedos temblorosos.

—Era feliz. Entonces no conocía nada mejor. No sabía que existía algo más allá de Dominus y tampoco tenía ni idea de lo que mi padre hacía desde ese trono. No era consciente de mi papel allí.

Mi madre cierra el cajón de golpe y nuestras tazas tintinean al rozarse en la mesa.

—Lo que quiere decir que ahora ya no eres feliz. No sé cómo, pero lo presentía. Por eso empecé a venir al parque otra vez todos los días. Esperaba que se hubiera dado cuenta de su error y que te enviara de vuelta conmigo. —Toma una taza en cada mano y se dirige con ellas hacia la cocina—. Cuando te encontré en ese banco, sentí un alivio enorme al comprobar que tu padre había hecho lo correcto.

La sigo y me apoyo en la encimera.

—Él no me trajo aquí. Fui yo la que escapé de allí.

—¿Que te escapaste? ¿Del Infierno? —Se queda petrificada, con la puerta de la nevera un poco abierta. El aire frío sacude mis piernas desnudas—. Oh, Devica. Tu padre se pondrá furioso con las

dos. —Mira en el frigorífico, y parpadea antes de sacar algo del estante del medio—. Bueno, lo hecho, hecho está. Quiero que me sigas contando todo, ya sabes, tu vida con él, cómo supiste de mí, cómo fue tu viaje hasta aquí, pero ahora mismo me muero de hambre. Y, no te ofendas, pero tú deberías darte una buena ducha. ¿Qué te parece si preparo el desayuno mientras tú te adecentas un poco? —Hace una pausa mientras se dispone a dejar un cartón de huevos sobre la encimera—. Sí comes huevos, ¿no?

Mi estómago ruge a modo de respuesta, y me limito a llevarme la mano a él como si así fuera a calmarlo.

—Yo nunca he sentido hambre en el inframundo. Comíamos porque a mi padre le fascinaba la comida humana. Pero, en cuanto has mencionado el desayuno, mi estómago se ha vuelto loco.

—En la Tierra es así, a mí también me pasó. Freiré beicon y unos huevos. Llevamos casi toda la mañana hablando, ni siquiera te he dejado acomodarte. Corre, ve a asearte un poco mientras yo me ocupo de esto. —Saca de la nevera un paquete de beicon—. Supongo que preferirás cambiarte, ¿no? Así a ojo, creo que tenemos las dos más o menos la misma talla. Rebusca en mi armario con toda confianza y coge lo que quieras. El baño está al fondo a la izquierda, y mi habitación es la siguiente puerta. Tienes toallas limpias en el armario de la ropa de cama que hay en medio.

Asiento con la cabeza. Apenas me he enterado de la mitad de lo que me ha dicho, y avanzo por el pasillo, aturdida.

Todo lo que me ha contado parece sacado de una de las novelas de mi padre. No me puedo creer que sea mi vida.

Hace un año fui marginada como la demonio Devica en ese camino a ocupar el lugar de mi padre. Y ahora mismo soy un maldito

ángel, un destino infinitamente peor que la muerte según mi padre.

¿Qué coño hago yo ahora con todo esto?

Encuentro el baño y me quito la ropa antes de meterme en la ducha. El agua caliente se clava en mi piel como agujas y devuelve a la vida a mis músculos entumecidos. Me lavo el pelo con champú y arrugo la nariz ante el fortísimo aroma floral que desprende.

El lodo y la suciedad caen por mi cuerpo a modo de río, y dan vueltas en torno al desagüe antes de desaparecer. Alcanzo el jabón y me froto la piel hasta dejármela al rojo vivo. Aprieto fuerte los dientes. Me clavo de tal manera las uñas en la piel que me queda llena de marcas.

La suciedad visible ya ha desaparecido, pero no consigo quitarme toda la que queda en mi interior.

Sangre de ángel. Un padre que, pensando solo en su beneficio, me robó y me apartó de una madre que me quería. El dolor que se apoderó de los ojos de Nate cuando le solté todas esas cosas horribles en el puente. Ese malestar que se instaló en mi pecho cuando se marchó y que no me abandona desde entonces.

La pastilla de jabón se me escurre de las manos y cae al suelo de baldosas. Me cubro la boca y suelto un grito, el sabor amargo del jabón burbujea sobre mi lengua. Me dejo deslizar apoyada en la pared hasta sentarme en el suelo alicatado de la ducha y rompo a llorar.

Permanezco allí hasta que toda la piel se me arruga y el agua empieza a salir helada. Hasta que la más mínima mota de polvo que había sobre mi piel se cuela por el desagüe y no me quedan lágrimas.

XXXIX

El olor a carne mechada y café me abre aún más el apetito cuando me siento a la mesa redonda de la cocina.

Noto los hombros más relajados desde la llorera bajo la ducha, como si las lágrimas que había estado reprimiendo bajo la piel durante todo el trayecto por fin hubieran logrado abrir mis venas para escapar.

La luz del sol calienta mi cabellera húmeda a través de la ventana y cierro los ojos cuando la luz penetra en mi piel.

Nate tenía razón. El calor de aquí es distinto al de Dominus. Allí abajo, el aire era asfixiante. Aquí, sin embargo, el sol roza mi cuerpo con la suavidad del terciopelo, y calienta todo lo que toca sin quemarlo.

Mamá me pone delante un plato de comida y una taza de café.

—No estaba muy segura de si lo tomas. Si no, puedo preparar más té. Sé que a tu padre le encantaba. Podía beberse diez tazas al día.

Afirmo con la cabeza.

—Sí, en casa tenemos café. Mi padre usa abanicos para propagar el olor por las parcelas muchas veces. Es otra de sus formas de tortura. Tienta a los caminantes oscuros con el olor de algo que ni les acerca.

Suspira.

—Aún no entiendo cómo pude enamorarme de un hombre así.

—Yo tampoco. —Me llevo un trozo de beicon a la boca y mastico, con la cabeza a mil revoluciones—. Entonces ¿yo soy mitad ángel? Porque, si tú eras un ángel cuando te quedaste embarazada…

—Posiblemente. —Se asoma por encima de mis hombros—. Desde luego, tus alas indican que eres una mezcla. Los ángeles suelen tener un intrincado de oro entre su plumaje. Pero nuestras alas suelen presentar distintos tonos de blanco. Sin embargo, nunca he visto nada parecido a lo que tú tienes.

—Me hacen muy complicado caminar por la Tierra. Algún gracioso incluso me ha arrancado una pluma.

Bebe un sorbo de café y alza una ceja.

—¿Tu padre nunca te enseñó a camuflarte? Así es como él visita la Tierra y como yo me mimetizaba aquí abajo hasta que te tuve.

—No, para nada. —Pongo los ojos en blanco y clavo el tenedor en el centro del huevo. La yema se rompe y se esparce sobre la clara como la lava sobre las rocas—. Me enseñó a hacer fuego, a ver, a luchar… Pero no aprendí nada que me fuera a ser útil aquí abajo. De hecho, hasta me prohibió visitar este sitio, y ahora ya entiendo por qué. Lo avergonzaba.

«Lo avergonzaba yo».

He ahí el motivo por el que tiene tantas ganas de abandonarme en el Infierno. Para que nada le recuerde la abominación que creó.

Aplasto el huevo hasta dejarlo irreconocible. Mi madre pone cara seria.

—Yo no sé nada sobre fuego, pero sí puedo enseñarte a pasar desapercibida. De hecho, es lo a lo que me dedico. Soy profesora.

—¿Te dedicas a enseñar a humanos? —Levanto la cabeza sorprendida, y la yema salta desde mi tenedor y salpica la mesa blanca.

—Es algo que me sale natural. Una especie de don. —Me guiña un ojo y limpia con su servilleta los restos de huevo esparcidos sobre la mesa—. Supongo que tu padre no te enseñó mucho sobre los ángeles, pero todos tenemos nuestra pequeña virtud. Yo soy, bueno, era, el ángel del aprendizaje. Así que evidentemente estoy más que capacitada para enseñar a mi hija a hacer desaparecer sus alas. —El color dorado de sus ojos titila cuando se levanta de un salto de su silla y mueve la mano invitándome a seguirla—. Ven, acompáñame.

En ese instante noto el estómago del revés. Para mí esto es nuevo, nunca he tenido un progenitor que quisiera enseñarme algo.

Aparto el plato a un lado, me levanto de la silla y me quedo de pie detrás de mi madre. Ahora que me he quitado las botas, veo que somos de la misma altura.

—Lo de camuflarte es muy sencillo —dice—. Solo tienes que visualizarte a ti misma de una manera distinta. Por ejemplo, a ver, sin tus alas. Si quieres que desaparezcan, desaparecerán. Eso sí, recuerda que es algo temporal y que solo funcionará mientras tú conscientemente trates de esconderlas. Te darás cuenta de que luego se vuelve algo natural. Prueba, ya verás.

Cierro los ojos y sigo sus instrucciones. Noto una especie de revoloteo y los hombros poco a poco se van volviendo más ligeros. Cuando me miro por detrás, las alas ya no están.

Maldiciendo en silencio, me llevo las manos a las caderas.

—¿En serio? ¿De verdad que podía haber caminado sin ese estorbo todos estos últimos meses? ¿Sabes lo horrible que es ir con

este par de alas por todo el Infierno?

—Imagino que por eso es por lo que tu padre no te quiso enseñar. El hecho de ser capaz de cambiar tu apariencia ante los humanos te otorga un gran poder sobre ellos.

—No te imaginas lo que me alegra no tener que preocuparme ya de que esa mierda de plumas se me vayan quedando por ahí atascadas todo el tiempo. —Hace una mueca al escuchar el taco, pero me hundo en mi silla y cojo el último trozo de beicon que me queda en el plato—. En serio, ahora todo empieza a cobrar sentido. Ya entiendo por qué no encajaba en casa, por qué tenía esas plumas y por qué me abrumaban todas esas visiones extrañas que me venían a la cabeza. Solo una mitad de mí pertenecía a ese sitio.

Mamá envuelve la taza de café con sus manos.

—¿Has tenido visiones?

—No sé cómo llamarlas exactamente. —Ladeo la cabeza—. El señor B dice que es mi visión. Se supone que puedo ver los pecados de la gente. Sin embargo, muchas veces veo también sus buenas obras. Sobre todo cuando…

Carraspeo para despejarme la garganta. A ver, no tengo intención de hacer partícipe a mi madre de mi pasión desenfrenada por Nate. Y no solo porque ese tiempo que pasamos juntos forma parte de nuestra privacidad, sino porque, cada vez que lo recuerdo marchándose como lo hizo, me entran ganas de encerrarme en una habitación oscura, esconderme bajo la cama y no volver a salir de ella.

Se ríe con timidez y se echa para atrás en su asiento.

—¿Cuándo empezaste a tenerlas?

—Hace poco.

Me mira, y yo me remuevo en la silla.

Solo espero que su otro don angelical no sea el de leer mentes.

Tamborilea con las uñas sobre la taza, con la sonrisa todavía dibujada en sus labios.

—¿Quién es el afortunado?

—¿Quién es quién?

—Perdona, perdona —se disculpa—. No debería dar por sentadas este tipo de cosas. ¿Es afortunada? ¿O tal vez hay más de un afortunado?

Mi cuchillo chirría contra el plato mientras raspo un trozo de yema dura con el entrecejo contraído.

—¿De qué estás hablando?

El sol hace brillar mi cuchillo e ilumina los ojos de mi madre. Sus iris dorados centellean divertidos.

—Tus habilidades propias de ángel, como eso de ver lo bueno de una persona para poder juzgarla, no son algo innato. Al contrario, tienes que ganártelas.

Frunzo aún más el ceño.

—¿Cómo?

—Solo desarrollamos todo nuestro potencial como ángeles cuando logramos experimentar la forma más pura de amor. Como es obvio, el Paraíso está lleno de amor por todas las esquinas, por lo que allí arriba es fácil enamorarse. Pero supongo que en donde tú vivías las opciones serían infinitamente más reducidas. De hecho, tu padre, aunque estoy segura de que llegó a amarme, no era ni de lejos la persona más romántica del globo.

—Eso es ridículo. Yo jamás he estado enamorada.

Mueve la cabeza a uno y otro lado y me mira, sin pestañear.

Dejo caer el cuchillo con un ruido metálico.

—A ver, estuvo ese caminante oscuro que se escapó del Infierno conmigo, Nate. No me resultó tan insoportable como pensé que me resultaría, pero eso no es amor. Eso es… tolerancia. Lo toleré, sin más.

Otra sonrisa pícara se dibuja en su rostro.

—Oh, oh…

Volteo los ojos y siento el estómago casi en la boca.

—Yo no me enamoré de Nate. Sí, era divertido, y valiente, y atractivo…, y besaba de maravilla, pero también me sacaba de quicio.

—Suele ser así, querida. Te sacan de quicio pero…, aun así, quieres tenerlos contigo. En ese momento es cuando te das cuenta de que estás enamorada.

Me cubro las mejillas con las palmas de las manos y recuerdo el tiempo que compartimos en el castillo. La manera en que me hacía reír. Sus besos, y cómo el besarlo me hacía sentir en casa por primera vez en mi vida. El dolor que sentí cuando se marchó. Mi autoconvencimiento de que era por su bien porque jamás me perdonaría que le pasara algo.

—¡Oh, no! —susurro, y me tapo la cara—. Me he enamorado de ese tío que me saca de quicio.

—Te lo dije. —Mamá da un sorbo al café, satisfecha con mis palabras, y luego se queda inmóvil. Se inclina hacia delante y apoya con fuerza la taza sobre la mesa—. Espera un momento. ¿Has dicho que lo ayudaste a escapar del Infierno? Dime que no te lo trajiste contigo a la Tierra. ¿O sí?

—Sí. Sí, claro —respondo—. Pero es que él no pertenecía a ese

mundo de ahí abajo. Es inocente.

—Esa no es la cuestión. Por el amor de Dios, ¿es que tu padre no te enseñó nada de nada? ¿Acaso no sabes lo que les pasa a las almas cuando intentan escapar?

—Lo único que me enseñó es que los humanos dan asco. —La observo por encima de mi taza vacía—. Casi tanto como los ángeles.

Se pasa los dedos por el pelo.

—Mejor voy a olvidar eso último que has dicho por ahora, porque en este instante tenemos algo más importante entre manos, pero volveré a ello en cuanto podamos. Verás, Devica, tú no puedes sacar a alguien del más allá. Hay unas reglas.

Me encojo de hombros.

—Cualquier regla que castigue a Nate por un crimen que no ha cometido es errónea.

—Sí, estoy de acuerdo contigo. Pero, aun así, eso no cambia el hecho de que te has cargado el equilibrio al traerlo de vuelta a la Tierra. —Recoge los platos en que hemos comido y los lleva a la cocina—. ¿Dónde está él ahora?

Jugueteo con el dobladillo de mi, su, vestido con estampado de limones. La gravedad que destila su voz me pone los pelos de punta.

—Pues no lo sé. Nos despedimos en el parque. Pensé que eso sería lo mejor por si acaso mi padre nos encontraba. No quería que Nate fuera castigado por mi incumplimiento de las normas. Él ya ha pasado suficientes penurias. ¿Por qué? ¿Qué va a pasar?

—Cuando sacas a alguien del más allá, siempre sucede algo que lo lleva de vuelta. —Deja los platos en el fregadero y me mira con las cejas levantadas—. Devica, el chico al que amas va a morir otra vez.

XL

Su voz se apaga, y la habitación empieza a girar como un caleidoscopio de azules y blancos. Trato de echar mano a mi taza a ciegas, y me tiembla tanto la mano que se me cae.

—¿Qué? —pregunto en un susurro.

—Que morirá otra vez. —Deja su taza y se sienta a mi lado—. E irá al Infierno de nuevo.

«Me está mintiendo».

Eso es lo que los ángeles hacen. Yo no lo saqué de ahí y le hice atravesar lo peor del Infierno para que tenga que volver allí.

—P-p-pero… —tartamudeo—, si es así, es como si nunca lo hubiera salvado. Bah, todo esto es una treta tuya. Estás intentando hacerme daño. Mi padre ya me avisó de que los de tu especie soléis hacer estas cosas.

Me alejo de la mesa tirando la silla al suelo, y voy a toda prisa hacia la puerta principal. El aroma a cítrico que, al llegar, me resultó acogedor ahora me ahoga. Abro la puerta y me trago el aire fresco californiano.

—¿Devica? —Mi madre coloca una mano sobre mi hombro, y la deja caer cuando la miro—. No es ninguna treta mía. Prefiero no saber todas las mentiras que tu padre te ha metido en la cabeza sobre los ángeles, pero te recuerdo que tú eres mi hija. Jamás haría

nada para hacerte daño. El cuerpo que este chico tenía en el más allá no le vale para estar en la Tierra. Por eso será enviado muy pronto de vuelta al Infierno.

Un animal peludo de color marrón cava en el jardín y luego trepa a un árbol. Noto el cuerpo tan entumecido que me aferro al marco de la puerta y clavo las uñas en la madera hasta que el dolor se apodera de mis dedos.

—Entonces, si de verdad no me estás mintiendo, todo lo que he hecho no ha valido para nada. He traicionado a todo el mundo: a mi padre, a Attero, a los soldados que se habían pasado su vida protegiendo la mía… Me he desterrado a mí misma, y ahora Nate volverá allí de cualquier modo.

—Lo siento muchísimo, cariño. Ojalá pudiera hacer algo.

—No. —Contengo las lágrimas que funden el cielo azul con la hierba verde que tengo ante mí, como en un cuadro—. No puedo dejar que vuelva a caer en manos de mi padre. Tenemos que evitarlo como sea.

Se muerde los labios, pensativa.

—Creo que deberíamos empezar por encontrarlo. Tal vez aún esté a salvo. Llevo casi dos décadas sin ser ángel y puedo equivocarme. ¿Estás segura de que no sabes dónde está?

Se me escapa una lágrima y me la limpio con el dorso de la mano.

—Sus padres fallecieron cuando él era un niño, y ahora todo el mundo piensa que mató a su padre de acogida. No tiene ningún sitio al que ir. Podría estar en cualquier parte.

Coge aire.

—No me dijiste que este chico acabó en el Infierno por un asesinato. Devica, ¿estás segura de que aun así quieres salvarlo?

—Él no lo hizo. —Abro los ojos y le sostengo la mirada—. Me salvó la vida en múltiples ocasiones. Un asesino nunca haría eso.

Me aprieta el hombro.

—Tal vez sabía que tú eras su única salida.

Frunzo el ceño. ¿Me vería así, como su única salida? Cuando estuvimos en el puente, dije que yo estaba jugando con él, pero también podría haber sido al revés.

Veo su sonrisa, el recuerdo de estar tumbada a su lado mientras él calienta lo más hondo de mí y la luz del sol baña mi piel. La suavidad de sus labios contra los míos, el modo en que se tensaron cuando me dijo el nombre del parque, convencido de que aquel era un adiós.

Sacudo la cabeza.

—Conozco su corazón mejor que el mío. Cuando atravesamos la parcela 11, que es esa que te muestra la peor parte de ti mismo, fui yo quien vio al demonio que llevo dentro, no él. Y cuando me lesioné, podría haberme dejado por ahí tirada, pero prefirió cargar conmigo para sacarme de allí. —Tras cerrar la puerta, me dejo caer en la silla de la cocina y entierro la cara entre las manos—. Él me necesitaba a mí para salir de allí, pero yo lo necesitaba a él. Y todavía lo necesito.

—De acuerdo. —Suelta un suspiro y se guarda el manojo de llaves que hay sobre la encimera—. Entonces primero vamos a encontrarlo y luego ya pensaremos lo que hacemos. Si no tiene a nadie aquí, ¿dónde podría haber ido?

—Ya te he dicho que no lo sé. —Me tiro de los pelos hasta que el dolor del cuero cabelludo me obliga a parar—. La Tierra es tu territorio, no el mío.

—Tuvo que decirte algo en algún momento.

—Me dijo muchas cosas. Ese chico era incapaz de cerrar el pico. —Frotándome las sienes, doy un repaso a nuestras conversaciones para tratar de separar la información valiosa de sus horribles chistes.

De pronto enderezo la espalda y se me escapa un grito:

—Espera un momento. ¿Sabes dónde está el muelle de Satán Monico?

Me mira parpadeando unas cuantas veces y luego estalla en carcajadas.

—El muelle de Santa Mónica está a una media hora de aquí en coche. Pero me extraña que haya llegado andando hasta allí desde el parque, la verdad. Tardaría horas.

Tamborileo con los dedos sobre la mesa y sacudo la cabeza.

—En el Infierno anduvimos mucho más. Y ese sitio es importante para él. Me contó que solía ir allí a encontrar paz.

—Sí, vale, un sitio como cualquier otro por el que empezar a buscar.

Recojo el cinturón y la espada que dejé tirados en la esquina y me dispongo a colocármelos alrededor de la cintura.

Mi madre me mira con cara de «pero ¿qué haces?».

—Aquí no te va a hacer falta nada de eso, Devica. Donde vamos no es más que una playa.

Tenso la mandíbula y aprieto los labios con fuerza.

—Estoy en un mundo que no conozco con un ángel al que acabo de conocer. Esto va conmigo a donde yo vaya.

—Si es lo que necesitas… —Se encoge de hombros—. Pero no te lleves por delante a nadie con eso sin pensar bien antes, ¿de acuerdo?

—Tendré en cuenta tu consejo. —Me pongo de puntillas enfrente de la puerta—. ¿Podemos irnos ya? Ya hemos perdido suficiente tiempo.

La teórica media hora en coche se convierte en una hora de reloj.

Cuando no voy concentrada mirando por la ventanilla en busca de Nate, estoy con la mirada fija en el reloj iluminado de dentro del coche, deseosa de que el tiempo avance más despacio.

Por favor, que no lleguemos demasiado tarde.

En cuanto veo la curvada señal en color blanco y azul que anuncia MUELLE DE SANTA MÓNICA, llevo la mano a la manija de la puerta, pero mi madre se apresura a agarrarme las rodillas.

—Devica, primero tenemos que aparcar. Nunca te puedes bajar de un coche en marcha.

—Entendido. —Suelto un soplo de aire que me despeina el flequillo—. Malditas normas de la Tierra.

Aunque el reloj del coche marca las nueve y media de la mañana, la playa se ve abarrotada. Avanzamos sobre unos listones de madera a los que mi madre se refiere como «pasarela» y que cubren la arena, y vamos esquivando a decenas de humanos casi sin ropa que pasean a unos animales emocionados atados con correas o conversan sentados cada uno en un rectángulo.

Recorro la playa con la mirada, cubriéndome los ojos con la mano mientras mi respiración se acelera.

El agua es tan azul como Nate me había asegurado, y tan ominosa como yo había temido. Llega hasta el horizonte y más allá, toda una superficie formada por un mosaico de azules y blancos que se balancea a merced de la brisa. La arena brilla como si en ella hubiera gemas. Sin duda, es al mismo tiempo la cosa más bonita y

más aterradora que he visto nunca.

Como la primera vez que vi a Nate.

Tengo el corazón en un puño. Él debería estar aquí.

No debí dejarlo marchar en el parque. Estaba persuadida de que le estaba haciendo un favor, pero lo único que hice fue condenarlo a morir solo. Otra vez.

Mi madre me pasa un brazo por el hombro. Me muevo con intención de apartarla, pero, en lugar de ello, acorto la distancia que hay entre nosotras. Su roce es nuevo para mí, pero de algún modo me resulta tan acogedor como mi capa favorita, esa de la que tuve que prescindir en el lago.

—Devica, lo lamento muchísimo. Ya imaginaba que esto sería como buscar una aguja en un pajar. Esta playa es inmensa. Podría estar en cualquier lado.

Pego una patada a la arena, que sale desperdigada por el aire antes de volver a caer a mis pies.

—Todo esto es culpa mía. Fui yo la que lo dejé marchar.

—No. Tú solo tratabas de protegerlo, y tu padre nunca te contó lo que sucede cuando alguien escapa del Infierno.

—Sí, lo sé. Ojalá lo hubiera hecho. —Me detengo cuando mis ojos aterrizan en un grupo de gente que rodea algo tirado en la arena a nuestra izquierda. Un hombre me embiste por detrás, murmurando algo entre dientes a su paso.

Me quedo sin aire cuando la gente rompe el corrillo en que se congrega.

Reconocería ese uniforme en cualquier sitio. Siempre estuve rodeada de él. Y salí de mi casa con él entre mis brazos.

Nate.

XLI

Echo a correr hacia él, pero mis botas se hunden en la arena y caigo de bruces sobre esa suave tierra de la playa. La boca se me llena de arena, tanta que casi me ahogo. Mi madre me agarra de la muñeca y me levanta mientras yo no paro de toser y escupir diminutos guijarros arenosos.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta.

—Sí, sí. —Me limpio la lengua con la manga—. Vamos.

La arena me obliga a caminar despacio, y siento que tardo una eternidad en llegar hasta la multitud. Está claro que Nate sobrevaloró mucho esto de la arena. No solo resulta imposible caminar por ella, sino que encima sabe fatal.

Me abro paso entre el gentío, haciendo caso omiso de sus protestas. Nate está tumbado de espaldas, con los ojos cerrados y apenas se mueve.

Se me doblan las piernas y caigo de rodillas a su lado.

«No. No puede ser tan tarde. Por favor, que aún no sea demasiado tarde».

¡Joder con esa asquerosa arena!

Él gime y yo suspiro. Siento que el corazón se me va a salir del pecho.

Está bien, está bien. Mi madre se equivocaba. No se va a ir a

ningún sitio.

Ya sabía yo que me estaba mintiendo. Me quería toda para ella.

Le acaricio la mejilla con la mano, y me sobrecojo al notar que está ardiendo. Está mucho más caliente que yo. Esto no puede ser normal.

—¿Nate? —Mi voz se rompe al pronunciar su nombre—. Nate, ¿puedes oírme?

Abre los ojos y me mira a través del sol que me da en la nuca.

—¿Estoy en el Cielo?

El sonido de su voz es como si aligerara la presión que siento en el pecho. Ese tono familiar con un toque de humor que se entremezcla con los matices oscuros. Antes solía pedirle que se callara. Ahora no quiero que lo haga nunca.

—No, Nathan Reynolds —me río despacio—. No estás en el Cielo. ¿Cómo iba a estar yo allí contigo si no? Estás en la playa de Satán Monico.

Cierra los ojos, y el cuerpo le vibra por la risotada que no puede evitar y cuyo sonido me quema el pecho.

—Santa Mónica.

—Como se llame. —Le guiño un ojo y paso su brazo alrededor de mi hombro para ayudarlo a sentarse poco a poco.

Mi madre lo agarra del otro brazo y tira de él sin mucha dificultad hasta que entre las dos conseguimos ponerlo de pie.

—Deberíamos irnos, Devica. Necesita descansar.

Está empapado en sudor y tiene las mejillas rojas y la mirada ausente.

—¿A dónde vamos? —Las palabras le salen atropelladamente de la boca y se traba al hablar como si hubiera bebido demasiado.

La sonrisa que me fuerzo a esbozar muere en mis labios. Esto es mucho peor que cuando tuvo aquel incidente con el pastel de zanahoria. Al menos aquella vez yo tenía la tranquilidad de que el efecto del veneno iría pasando y Nate volvería en sí. Sin embargo, ahora, lo que sea que tenga me lo arrebatará para siempre.

Intento tragar el nudo que tengo en la garganta.

—A casa de mi madre.

Nate se gira y por fin cae en la cuenta de quién es la persona que nos está ayudando.

—Así que la encontraste.

—Más bien me encontró ella a mí —le contesto.

Le fallan las piernas, se tambalea y, en consecuencia, yo pierdo el equilibrio, pero mi madre nos agarra a los dos como si juntos no pesáramos más que una de mis plumas. La miro con los ojos como platos sobre la cabeza de Nate.

Mi madre sigue.

—¿Dev? —murmura Nate—. Gracias por encontrarme. Me has salvado. Una vez más.

Mamá enarca las cejas, y yo me muerdo el labio pero no digo nada. No tengo el coraje de confesarle a Nate que, en realidad, yo no lo he salvado de nada. Al contrario, lo he condenado a volver a pasar por lo mismo.

La vuelta en coche se me hace más rápida que la ida, pero, cuando llegamos a casa de mi madre, casi no me quedan uñas por todo lo que me las he mordido y me duele muchísimo el cuello de tanto girarme para ver qué tal estaba Nate, que iba tumbado en el asiento de atrás.

Lo llevamos entre las dos a una habitación vacía y lo tumbamos

en una cama decorada con una colcha de flores.

Le desato las botas, y le quito el chaleco y la camisa, lo que le hace gimotear porque el tejido se le pega a la piel sudada. Bromea con algo sobre lo de que le esté desnudando, pero no tengo fuerzas para reírme.

Si me lo arrebatan, no estoy segura de si alguna vez recuperaré la sonrisa.

Mi madre regresa con un paño húmedo y se lo pone en la frente antes de taparlo con una sábana. Murmura algo que solo él puede ver.

Me siento al borde de la cama y con el pulgar le acaricio arriba y abajo la palma de la mano hasta que sus gemidos dan paso a unos tímidos ronquidos

«Nate, quédate conmigo, te lo suplico. No hemos sobrevivido al Infierno juntos para que ahora tú mueras en la Tierra». Al menos todavía no. Nos merecemos más tiempo.

Una lágrima se desliza por mi mejilla y me giro para decirle a mi madre:

—¿Qué más puedo hacer?

Ella me pone la mano en el hombro y me aprieta con calidez.

—Nada. Su vida es necesaria para restaurar el equilibrio. Simplemente quédate con él para que no esté solo.

Los dedos de mi madre se clavan como alfileres sobre la piel y la aparto de mí. No puedo quedarme ahí sentada sin más. Eso no es lo que Nate haría. Él cargó conmigo en mitad de una terrible tormenta de nieve mientras caminantes oscuros congelados lo perseguían. En ningún momento se le pasó por la cabeza abandonarme.

Moqueo y me limpio las lágrimas que bañan mis mejillas.

—¿Y si volviera al Infierno y le dijera a mi padre que ocuparé su lugar? Una vez que yo esté en el trono, podré perdonar a Nate.

—Devica, sé cuánto te importa este chico, pero esa no es la solución. Tu padre no te ascenderá, tu padre te encerrará allí abajo. —Alza mi rostro asiéndome por el mentón—. No puedo perderte otra vez. Por fin te tengo a mi lado.

Bajo la cabeza. Tiene razón. La principal prioridad de mi padre es su propio ego, y es evidente que se lo he herido con mi engaño.

El dormitorio se oscurece cuando las nubes cubren el sol por fuera de la ventana. Mi madre se acerca al escritorio y enciende una pequeña lámpara, cuya luz ilumina la pila de libros que hay a su lado.

Cruzo de una zancada la habitación y cojo uno de los libros de arriba del montón, con el corazón a punto de salírseme del pecho. Lo conozco. En la cubierta aparece un hombre enfundado en una gabardina con una pipa y una lupa. *Las aventuras de Sherlock Holmes*, se lee a sus pies.

Mi padre tenía ese libro. Yo misma leí unas cuantas historias antes de que, de la noche a la mañana, un buen día desapareciera de la estantería. Recuerdo que incluso marqué por dónde iba con un bolígrafo negro. Paso rápido las páginas, y casi se me salen los ojos de las órbitas al ver esa estrellita en tinta negra que aparecía en la esquina superior izquierda del comienzo de la quinta historia.

—¿De dónde lo has sacado? —le pregunto en un susurro.

Mira por encima de mi hombro.

—Lo tengo desde que conocí a tu padre. Me lo regaló él. Lo compró en una de las librerías a las que lo llevé en nuestra primera cita. Pensaba que lo había perdido, pero un buen día volvió a

aparecer aquí, en el mismo lugar. De hecho, es algo que me pasa con muchos libros. Digamos que no se me da muy bien eso de guardar las cosas en su sitio.

Parpadeo. El texto se emborrona y enseguida vuelvo a enfocarlo bien. «Así que era suyo. Todos los libros eran suyos».

Durante todo este tiempo yo pensaba que había estado ahí abajo sin tener nada de mi madre conmigo. Sí, estoy segura de que mi padre se llevó esos libros para él, pero, sin ser consciente de ello, también fue acercándome a mí retazos de ella.

Mientras miro entre todas esas obras literarias, una pequeña caja de madera cae a mis pies con un ruido sordo. Me agacho y la recojo de la alfombra.

—¿Qué es esto?

—Joyas. —Me quita la caja y la mete a toda prisa en uno de los estantes de un armario—. Tu padre siempre me compraba baratijas durante el tiempo que estuvimos saliendo. Y, pese a todo lo que pasó, nunca he sido capaz de desprenderme de ellas.

Nate se queja, así que dejo el libro y regreso corriendo a su lado para refrescarle de nuevo la frente con el paño húmedo.

«Este no es el momento, Devica. Por muchas cosas que quieras averiguar de tu madre, ahora no. Y leer cómo Sherlock resuelve los crímenes te aseguro que tampoco va a arreglar nada».

Dejo caer la mandíbula. A menos que…

Mis ojos recorren a toda prisa la alfombra color melocotón que está al lado de la cama, y suelto sin pensar lo que me viene a la cabeza de repente.

—¿Y si mi padre no se puede volver a llevar a Nate al Infierno porque yo demuestro que es inocente? Si alguna otra persona

admite haber cometido el asesinato, ya no podrá castigar a Nate por él, ¿no? Eso tiene que ir contra algún tipo de regla.

—Querida hija —dice mientras dobla y desdobla el trapo sobre su regazo—, es un razonamiento sin duda fantástico, pero te recuerdo que solo tienes diecisiete años. Y que eres nueva en la Tierra. Con esto quiero decir que, ya sabes, no estás muy entrenada que digamos para resolver homicidios.

Nate tose, y una gota de sangre asoma por la comisura de su boca. Se la limpia con el paño.

Me agarro el estómago y miro al suelo. Jamás me acostumbraré a ver su sangre.

—No puedo quedarme aquí sentada sin hacer nada. No puedo quedarme mirándolo mientras se muere sin ni tan siquiera intentarlo.

—No hay duda de que tienes la cabezonería de tu padre. —Mi madre vuelve a apoyar el trapo sobre la frente de Nate y tira de mí para sacarme de la habitación. Una vez fuera, cierra la puerta con cuidado de no hacer ruido—. Vale, imaginemos que haces lo que me estás diciendo. ¿Podrías decirme por dónde empezarías? Dudo mucho que la Policía vaya a darte sus expedientes, la verdad, por mucho que te plantes allí y se los pidas.

Apoyo los dedos en la pared. No pude terminar el libro de Sherlock, pero todas las historias seguían el mismo patrón. Y resolver un asesinato no puede ser tan complicado si un personaje de ficción ha sido capaz de resolver tantos.

—Empezaré en el escenario del crimen. Hablaré con quien quede de la familia de acogida de Nate. En una ocasión mencionó a un hermano. Tal vez pueda tener una idea de quién apretó el gatillo.

Nate deja escapar otro quejido y mi madre echa un vistazo a la habitación antes de volver a clavar su mirada en mí.

—¿Acaso sabes dónde vive? Ahora mismo dudo que Nate esté en condiciones de decírtelo.

—Salía en su expediente.

—Dime la dirección. —Coge sus llaves de la encimera de la cocina —. Venga, vamos, te llevaré hasta allí.

—No —rechazo la oferta, y apoyo mi mano sobre la suya—. Necesito que alguien se quede aquí con él. No podría soportar que muriera solo… otra vez. Iré yo.

—¿Y cómo piensas llegar hasta allí? No tienes carnet de conducir.

Me concentro tal y como ella misma me enseñó a hacer antes, y mis alas aparecen en mi visión periférica.

—Iré volando. —Frunce el ceño, pero, consciente del gesto, la agarro aún más fuerte—. No te preocupes, volaré muy alto para que nadie pueda verme.

—Devica, podría ser muy peligroso. Si tienes razón en lo que dices, podría haber un asesino suelto ahí fuera.

Me esfuerzo en restarle importancia.

—¿Y qué va a hacerme a mí? Soy inmortal. Y ya me he visto en otras peores. —Aún llevo la espada a la cintura y pongo la mano sobre la empuñadura—. Además, tengo esto conmigo. Estaré bien.

Mamá se apoya en la encimera y suspira.

—No voy a conseguir hacerte cambiar de opinión, ¿verdad? — Suelta las llaves y se saca del bolsillo uno de esos dispositivos rectangulares que aquí todo el mundo lleva encima—. Te mostraré cómo llegar allí en mi teléfono. Dime la dirección, ¿te la sabes?

Le digo de carrerilla el número y el nombre de la calle. Lo escribe

en la pantalla y me enseña el destino antes de alejar la imagen para permitirme ver la ciudad como si estuviera sobrevolándola. Trazamos muchas veces mi trayectoria desde su casa hasta donde vivía Nate, y me la aprendo de memoria.

Ese dispositivo podría ser útil en el Infierno. Es mil veces más fácil diseñar un recorrido sobre esto que hacerlo sobre el mapa desgastado que cuelga del Salón de la Justicia.

Cuando ya estoy segura de por dónde debo ir, regreso junto a Nate. Se me encoge el corazón al verlo.

«Oh, Nate. Lo siento. Todo esto te ha pasado por mi culpa. Pero voy a salvarte. Te lo prometo».

La sábana que lo cubre está bañada en sudor, y el paño se calienta bajo mis dedos. Ni siquiera reacciona cuando le agarro la mano.

—Aguanta, Nate. Voy a arreglarlo. Pero necesito que te agarres a la vida un poquito más. ¿Podrás hacerlo?

El silencio es su única respuesta.

Respiro agitada antes de soltarle la mano y salir de la habitación, y solo me detengo para mirarlo una vez más. Por si acaso es la última vez que vuelvo a verlo.

XLII

El sol está en lo más alto cuando despego del patio de la casa de mi madre y me elevo a toda velocidad hacia las pocas nubes que pueblan el cielo.

Esta es la segunda vez que uso mis alas, pero las sigo notando tan fuertes como cuando salvé a Nate en el puente. Siento un dolor punzante en el estómago al recordarlo. Tal vez habría sido mejor que lo hubiera dejado caer al fuego. Al menos así su vida en el más allá nunca transcurriría en la parcela 13.

Aunque en ese dispositivo diminuto la casa de Nate no parecía quedar muy lejos de la de mamá, lo cierto es que pasa una barbaridad de tiempo hasta que consigo ver el conjunto de edificios que ha rodeado en la pantalla con el dedo índice.

Desciendo a toda velocidad y aterrizo con un gruñido, para, a continuación, dirigirme al número 287, ese que me había aprendido de memoria de tanto leer el expediente de Nate.

La casa en la que vivió, y murió, es más alta que la vivienda de un solo piso de mi madre; sin embargo, a diferencia de esta última, que se ve muy cuidada, con una pintura prístina y un jardín perfectamente podado y atendido, la de Nate parece abandonada. Es evidente que nadie ha cortado en mucho tiempo toda esa hierba que me voy sacudiendo del vestido. Es tan alta que me pincha los

pies, pues se cuela por el calzado con los dedos al aire que mi madre ha insistido en que me pusiera mientras ella aprovecha para limpiarme mis botas.

Un cartel oxidado de SE VENDE cruje al ser mecido por el viento. Las ventanas están cerradas y todo se ve a oscuras, y nadie responde pese a la insistencia con la que aporreo la gruesa puerta de roble de la entrada.

Encorvo los hombros y dejo caer las manos a los lados.

Y todo esto solo por tratar de interrogar a la familia de Nate.

Me doy la vuelta para marcharme, pero algo me hace detenerme.

Sherlock no se rendiría con tanta facilidad. Examinaría la casa en busca de pistas. Incluso aunque para ello tuviera que romper la puerta y entrar. Además, ¿acaso sería delito teniendo en cuenta que ahí no vive nadie?

Estoy totalmente perdida en lo que a las leyes de la Tierra se refiere, pero, si Sherlock puede hacerlo, yo también puedo.

La puerta principal está cerrada con llave, por lo que rodeo la casa y voy probando cada ventana hasta que por fin una se abre con un chirrido con solo tocarla. Me impulso por encima del saliente, metiendo la barriga y contoneando las caderas para pasar. Salto al suelo y caigo hecha un ovillo antes de quedar tumbada bocarriba en mitad de la habitación, jadeando.

Cojo aire y espero, pero el único sonido que se oye a mi alrededor es el de los latidos acelerados de mi corazón.

Me apoyo en el suelo para levantarme y miro a mi alrededor.

La estancia está a oscuras a excepción del rectángulo de luz que entra por la ventana por la que he saltado. Huele a humedad, es el mismo olor que el de las cuevas de Lapis. Me muevo palpando la

pared hasta que mis dedos localizan un interruptor y lo enciendo. Una única lámpara situada sobre mi cabeza baña toda la sala con una luz amarilla.

Si alguien ha decidido abandonar este sitio, parece haber olvidado gran parte de sus pertenencias aquí.

Por todos los lados hay cajas apiladas contra las paredes y debajo de unas escaleras; las primeras sobresalen despachurradas por el peso de las de encima. Cada una de ellas lleva pegada una etiqueta con letras escritas en un rotulador permanente negro: claras y cuidadas, todas en mayúsculas. Palabras como HALLOWEEN, NAVIDAD y JUEGOS DE MESA están pegadas a las cajas.

Una de ellas llama especialmente mi atención. Es más pequeña que el resto, y está escondida al fondo, como si albergara un secreto. Las letras de su pegatina tampoco se parecen en nada a las de las otras cajas: los bordes se ven desiguales y la mayoría de las veces no terminan donde deberían. Además, es evidente que quien sea ha apretado tanto al escribir que ha quedado la marca en el cartón. Se me eriza la piel mientras recorro con los dedos el nombre que conforman las letras negras: NATE.

«Al menos no ha caído en el olvido».

Me arrodillo ante la caja y la abro para fisgonear en su interior. Una cara que me resulta demasiado familiar me sonríe desde lo alto de una pila de fotos, y siento cómo la sangre me bulle en la cabeza. Es esa sonrisa con la que he convivido este último año de mi vida y la cual me muero por volver a ver.

Nate aparece pasando el brazo por encima de otro humano entrado en años, con el pelo cano y un bigote frondoso. Ambos miran a la cámara; el flash los baña con una luz blanquecina. Justo

enfrente de ellos se ve un suculento pastel de chocolate decorado con un glaseado azul en el que se lee: FELIZ CUMPLEAÑOS, NATE.

Aunque Nate jamás me describió a Gabe, nada más ver al hombre de la imagen sé que tenía que ser él. Tiene un brillo especial en la mirada, ladea la cabeza hacia Nate y el amor se ve tan marcado en sus facciones como las letras lo están en la caja.

Una punzada de celos me oprime el pecho. Daría lo que fuera por tener a alguien que me mirara de ese modo.

Entorno los ojos para estudiar la foto con detalle. Se tomó el mismo año en que murió Nate. Y ahí estaba, con el brazo sobre los hombros de aquel hombre mayor, con los dedos bien apretados sobre su piel. Era como si tuviera miedo de dejarlo ir.

Estoy a punto de soltar la imagen cuando, de pronto, algo al fondo capta mi atención. Miro con detenimiento y la acerco a la luz para verla aún mejor.

Atrás, en la sombra, de pie entre los dos, se ve a un chico un poco mayor que Nate. Tiene cara de malas pulgas, lo que me hace pensar que quizá no sea consciente de que la cámara está captando su malestar. O tal vez ni siquiera le importa que lo haga. Incluso en la semioscuridad de la foto, puede apreciarse que sus rasgos son claramente una versión atenuada del rostro arrugado de Gabe. Su cabellera rubia reluce a la luz de la lámpara que está tras él, y sus ojos se clavan en los míos.

Ese debe de ser el hermano de acogida de Nate. Ya en una ocasión me confesó que nunca había sido muy amable con él, pero Nate no mencionó ni una palabra de las malas vibraciones que desprendía solo con verlo.

O quizá es solo cosa mía.

Dejo la fotografía tras de mí y busco en el fondo de la caja. Casi todo lo que hay son prendas de ropa y libros, todo desgastado por el uso. Pese a la tristeza que me invade, no puedo evitar una sonrisa al sacar de entre esos cartones La *Divina comedia* de Dante. Paso rápido todas las páginas referentes al *Infierno* y voy a parar a la parte del *Paraíso*, donde alguien ha subrayado varios pasajes. Una línea destacada en amarillo me obliga a detenerme en ella: «A una pequeña chispa sigue una gran llama». Nate me recitó esa misma frase en el Infierno, cuando yo, desesperada, trataba de prender los listones de madera en la zona próxima al río.

Me río entre dientes.

Muy típico de alguien como él citar algo del *Paraíso* en mitad del *Infierno*.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

Levanto la cabeza, sobresaltada, y el libro se me escurre entre las manos y va a parar al suelo.

No he oído a nadie entrar en la casa, y mucho menos me he enterado de que ha ido a parar hasta el salón en el que yo estoy. Es el muchacho de la foto de cumpleaños. Se apoya contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados y la diversión revoloteando por su rostro. Lo que tengo ante mí no es exactamente la silueta de alguien que se acaba de encontrar a un extraño en su casa husmeando entre todas sus cosas.

Y no es que lo culpe por no preocuparse. Presenta dos veces mi tamaño, es alto y fornido, tiene el mentón y la nariz afilados como navajas, y las mejillas se le curvan hacia arriba al sonreír.

Vistos los estándares que imperan aquí en la Tierra, podría decirse que es atractivo, pero lo cierto es que, para mí, tiene una

frialdad en los ojos que me atenaza por dentro. No sé, como esa indiferencia e insensibilidad que veo en Ferus a diario.

Me pongo de pie, me sacudo el polvo del vestido y lo contemplo con los ojos abiertos de par en par, con ese «Soy inocente» en la mirada con el que los caminantes oscuros me suplican a mí en el Salón de la Justicia.

—Me llamo Devica. Soy una amiga de Nate. ¿Y tú eres…? —Extiendo la mano para estrechársela de acuerdo con el saludo humano tradicional, y me doy cuenta de que mi palma rezuma sudor.

El chico me mira de tal manera que parece que me perfora la cara con los ojos. No hace el más mínimo ademán de agarrarme la mano, por lo que la dejo caer a un lado del cuerpo.

—Alex —espeta.

Es una frase seca y cortante con la que trata de dejarme claro que no hay cabida para nada más, pero aun así lo intento.

—Encantada de conocerte, Alex. —Fuerzo los labios para que se curven y den paso a lo que espero que sea una sonrisa, y miento con el descaro que me ha enseñado mi padre—. Nate me habló mucho de ti.

Los ojos de Alex radiografían todo mi cuerpo, y se detienen en exceso en algunas partes concretas. Me trago las ganas de envolverme con los brazos para que me deje de mirar tan obscenamente. Así, aguanto el tirón y trato de mantener la sonrisa falsa que he conseguido instalar en mis mejillas. Le veo relamerse los labios y llevo la mano a la empuñadura de mi espada.

—¿Así que eres amiga de Nate? —quiere saber.

—Podríamos llamarlo así.

—Nate es un asesino. —La voz de Alex suena tan plana como la baldosa que estamos pisando—. Mató a mi padre. —Como no respondo, baja los ojos a la caja que hay a mis pies—. Debí tirarla cuando enterramos a mi padre. No sé para qué sigo guardando sus mierdas. Quién sabe, quizá mi mente era capaz de prever que un buen día entraría por la ventana a por ella una preciosidad como tú.

Da un paso hacia mí y, por instinto, yo doy otro hacia atrás.

Los humanos no deberían ponerme tan nerviosa. Yo soy más fuerte que él. Si hasta podría lanzarle una bola de fuego contra su pecho hinchado.

«Pero imagino que debería intentar dialogar con él primero».

—Nate no mató a tu padre —le escupo a la cara—. De hecho, he venido aquí para eso, para limpiar su nombre.

Alex alza las cejas y avanza enervado hacia mí.

—¿De veras? A ver, ¿acaso has encontrado algo aquí que lo demuestre?

Frunzo el ceño.

Esa caja repleta de tonterías de Nate no contiene nada que lo exculpe. Mi padre jamás aceptará las citas subrayadas de Dante y su ropa usada como prueba de su inocencia. Y a Alex no se le ve muy por la labor de ayudar. Medio cierra los ojos a la espera de mi respuesta, y su gesto es más que suficiente para dejarme un mal sabor de boca.

«Lo siento mucho, Nate». Hasta el mismísimo Sherlock Holmes habría estallado aquí.

—No. —Levanto la caja de Nate del suelo y la aprieto fuerte contra mi pecho. Al menos le llevaré alguno de sus recuerdos antes de que se marche de esta vida para siempre—. Lamento mucho

haberte molestado. Si me disculpas, cogeré esto y me voy.

—Tú no vas a irte a ningún sitio. —Alex me agarra con fuerza del brazo y la caja se desparrama a mis pies mientras yo me introduzco en su alma.

Los recuerdos de Alex no tienen nada que ver con los de Nate.

Mientras que, en el caso de Nate, pude ver todas sus buenas obras a través de una neblina blanca, la mente de Alex es oscura, tanto que me da la sensación de que estoy atrapada en un túnel.

Ni siquiera de niño fue bueno.

Apaleaba a otros menores antes de hacerse experto en maltrato animal. Se me revuelve el estómago al verlo de adolescente acosando a las chicas por la calle, y sus miserables y lúgubres pensamientos se me meten en la cabeza con una virulencia tal que necesito taparme los oídos para protegerme. He visto muchas cosas malas de donde vengo, pero reconozco que sigo sin estar preparada para enfrentarme a una mente tan perversa.

Alex no es que sea solo malo. Es un auténtico demonio.

Retrocedo en el tiempo hasta llegar a un estudio en el que me veo de pie y rodeada de libros encuadernados a mano. Yo soy Alex y levanto una pistola con la que amenazo al hombre de la foto del cumpleaños de Nate. Mientras Gabe, con el rostro desencajado y con lágrimas resbalándole por las mejillas, implora a su hijo que baje el arma.

Me esfuerzo por escuchar lo que está diciendo, pero sus súplicas son interrumpidas por dos disparos. De repente de su cuerpo brota un río de sangre que mancha por completo su camisa de cuadros. Gabe cae al suelo cubriéndose el pecho con las manos, y yo tiro la pistola y echo a correr, despavorido.

Regreso a la realidad con un grito y me suelto del gélido agarre de Alex.

El señor Bellum trató de explicarme lo que vería una vez que alcanzara la visión que perseguía; sabía que los pecados del resto se volverían tan explícitos y nítidos para mí como mis propios recuerdos. Y me había advertido de que, si tocaba a la persona, lo que vería sería aún más intenso. Ya lo había experimentado ligeramente con Nate y por la calle nada más llegar a Los Ángeles, pero hasta ahora no había sido nada comparable a esto.

Estoy temblando y siento ganas de vomitar de los horrores que he vivido siendo Alex.

Si esto es lo que mi padre siente cada vez que juzga, ya entiendo su deseo de castigar.

—Fuiste tú —lo acuso con la garganta casi cerrada—. Tú mataste a tu padre.

XLIII

Alex baja la mano y ladea la cabeza como si, en vez de llamarlo asesino, le hubiera dicho que el cielo es azul.

—Interesante. ¿Y qué te lleva a decir eso?

Me tiemblan los brazos mientras me rodeo con ellos y doy un paso atrás para aumentar la distancia entre los dos.

—Tú mataste a Gabe y cargaste a Nate con ello. Nate murió por tu culpa.

Me agarra por los hombros y me atrae hacia él clavándome las uñas en la piel.

—¿Quién te ha dicho eso?

Escapo de sus manos y me froto los brazos, que me ha dejado marcados.

—Nadie. Lo he averiguado yo sola.

Suelta una risotada.

—Vaya, estoy impresionado. Ni siquiera los agentes que se presentaron en mi casa sospecharon de mí. Fíjate, debo de ser buen actor. Todo el mundo se ha tragado mi papel de víctima inocente. —Alza la voz y finge un gemido—: «¡Oh, no, no, mi padre no! Nate, ¿cómo has podido?». Puedo asegurarte que los polis ni se sorprendieron cuando les dije que había visto a ese niño de acogida tan problemático pegarle un tiro, y que yo me había escondido aquí

para salvarme. Al momento se personó la policía, y lo único que oí fue un disparo. Ya ves, yo que rezaba para que lo encerraran de por vida… Eso de matarlo fue para mí como un regalo caído del cielo.

Siento una enorme presión por detrás de los ojos. Tengo delante al culpable de que Nate fuera al Infierno. Y la razón por la que está a punto de volver.

—¿Por qué lo hiciste?

Alex se encoge de hombros sin saber qué contestar.

—Mi padre me quería hasta que Nate vino a vivir con nosotros. Entonces, de repente, fue como si yo me hubiera vuelto invisible. De un día para otro, ese donnadie de acogida que ni siquiera llevaba nuestra sangre se convirtió en su hijo favorito. Era injusto.

Abro los ojos atónita y un suspiro se ahoga en mi pecho.

—Entonces ¿mataste a tu padre porque se llevaba bien con Nate?

Se apoya en la pared y mira por la ventana a un pájaro que vuela descendiendo en picado.

—La verdad es que no lo había planeado así. Hice todo lo posible para que Nate se largara de nuestra casa. Ya sabes, le rompí sus cosas, le destrocé su ropa, lo amenazaba un día sí y otro también… Pero no debió de pillar nunca mis indirectas.

—Es que es una persona demasiado buena —le digo—. Lo más probable es que Nate pensara que podría ganarse tu cariño.

Y lo sabía a ciencia cierta… porque había pensado lo mismo respecto a mí. Y claro que había terminado ganándose mi cariño. Y ahora estaba pagando un precio muy alto por ello.

Alex ni siquiera parece escucharme. No para de ir de la ventana a la puerta y de la puerta a la ventana. Como tiene las piernas tan largas, cruza la habitación en tres zancadas.

—Cuando mi padre se perdió mi primer partido de béisbol con el equipo de la universidad porque Nate estaba enfermo, sentí que me había roto el corazón. Hice dos *home runs* espectaculares y logré la victoria de los míos, y él no estuvo allí para verlo. —Yo no había oído en mi vida eso del *home runs*, así que simplemente me quedé mirándolo sin abrir la boca—. Me enfrenté a mi padre en su despacho, y encima me dijo que no entendía por qué estaba tan enfadado. Le tuve que recordar que Nate no era nada nuestro, que ni siquiera era de nuestra familia, y le pedí que lo echara de casa. Y en vez de pedirme perdón, lo que me dijo fue que ojalá Nate fuera su hijo biológico y no yo.

—Ya. Eso debió de dolerte —le regalo los oídos con las palabras exactas que sé que aplacarán a Alex, pero lo cierto es que no estoy tan segura de poder culpar a Gabe por pensar así teniendo en cuenta todo lo que he visto en el alma de ese muchacho. Para el pobre Gabe debió de ser durísimo asumir que su hijo fuera tan despiadado. Era evidente que los modales burdos y las facciones afiladas de Alex no podían compararse con la bondad y el enorme corazón de Nate. Supongo que Gabe vería enseguida la diferencia… ¿y cómo no se le iba a pasar eso por la cabeza?

Sé lo que se siente.

—Exacto. —Alex alza los brazos—. ¿Cómo le puedes decir algo así a tu hijo? Si yo lo único que hacía era estar todo el rato tratando de demostrarle que era el mejor.

Seguro. ¿Qué padre no se quedaría impresionado con ese historial de acoso y tortura animal?

Bueno, sí, mi padre estaría orgullosísimo, pero es que lo suyo es lo anormal.

—No recuerdo el momento en que cogí la pistola y disparé —continúa, con la mirada perdida a lo lejos—. Es como si se hubiera borrado de mi mente. Lo siguiente que recuerdo es que me quedé encima de mi padre, con el arma del crimen en la mano. Nate gritó para preguntar qué estaba pasando, y en ese instante pensé en cargarle a él con el marrón. Así mataba dos pájaros de un tiro, era genial.

La expresión apenas le cambia cuando habla, ni siquiera mínimamente. Tanto es así que se me pone la piel de los brazos de gallina, no soy capaz de comprender su frialdad, capaz incluso de volver el aire gélido.

Sin duda, si alguien pertenece a la parcela 13, es Alex. Y ahí es justo donde va a ir a parar.

Pero primero debo librar a Nate de ella.

—Eres un auténtico monstruo —le espeto tensando la mandíbula y mirándolo con los ojos entrecerrados—. Y vas a venir conmigo. Tú y yo vamos a tener una breve charla con mi padre y limpiarás el nombre de Nate.

Frunce el ceño.

—¿Es que tu padre es policía?

—Si eso ayuda, sí, lo es. Desde luego, digamos que desempeña un papel clave en eso de encerrar a la gente… para siempre.

—Entiendo… entonces ahora ya me cuadra tu instinto detectivesco —se cachondea—. Pero yo no pienso ir a ningún lado contigo, bonita de cara. Pírate a tu casa.

En sus ojos veo el reflejo de todas esas veces en que Ferus se burló de mí de mala manera, y no puedo evitar que la rabia hierva en mi interior y recorra desde mi pecho hasta las palmas de las

manos. Antes de darme cuenta de lo que está sucediendo, una chispa salta a las cajas que hay a mi alrededor y estas prenden. Con todo el polvo y el papel que hay en ese salón, el fuego se propaga en cuestión de segundos.

Alex abre los ojos anonadado y da un paso atrás, presa del terror.

—¿Quién diablos eres?

—La diablesa que te va a llevar al Infierno.

Trato de echarle el guante, pero me esquiva y escapa, escaleras arriba. Lo persigo a tientas por la casa, en la que no hay más luz que la del fuego que me pisa los talones. Unos goterones de sudor me caen por el cuello, y toso por culpa del humo que ya invade todo el primer piso. Las llamas nos siguen. Desde luego, quien construyera esta casa no se preocupó mucho por la calidad.

Una sombra se desliza enfrente de mí y grito al verla:

—¡Alex! ¡Alex, para!

Debemos salir de aquí. La estructura no parece que vaya a durar mucho.

Un crujido perfora el aire, y, tras él, un grito sonoro. Corro hacia el lugar de donde creo que procede el ruido y me freno en seco al llegar al borde de un agujero abierto en el suelo. Alex gime desde abajo al verse rodeado de llamas, como atrapado en el interior de un anillo de fuego.

Me doy media vuelta. Allá se las apañe. Alex se calcinará a la vez que toda su casa e irá él solo a cantar ante mi padre. Qué detalle por su parte lo de ahorrarme el viaje.

—¡Ayudaaa! —Alex grita y araña las paredes con las uñas. La agonía de su voz es tal que me hace detenerme justo cuando iba a saltar por una ventana que estaba abierta. Tose y lloriquea—. Por

favoooor.

Alzo las cejas justo cuando tengo ya una pierna colgando por el alféizar.

Nate adoraba a Gabe. Y trató una y mil veces de querer a Alex, pese a todas las ofensas y jugarretas de su hermano de acogida. Por eso Alex no logró apartarlo de su vida por muy vilmente que lo intentara, y por eso mismo también Nate nunca me habló de la maldad que le había demostrado Alex. En la cabeza de Nate, Alex aún podía redimirse.

Nate odiaba con todas sus fuerzas estar en el Infierno, pero jamás habría cambiado su suerte por la de Alex, simplemente porque él no es así. Prefería sufrir él. Y yo quiero que Nate esté conmigo para siempre, pero no a costa de su dolor y su culpabilidad.

Mierda, joder.

Vuelvo a meter la pierna en el salón.

Nate ni siquiera está aquí conmigo, pero su mentalidad de ser buena persona y hacer siempre las cosas bien continúa influyendo en todas mis decisiones.

Alex tose de nuevo cuando pego un salto y me agacho a su lado. Con los dientes apretados, me lo cargo al hombro ignorando sus gritos de dolor y echamos a volar por la ventana. Empiezan a oírse muchas sirenas que parecen venir en esta dirección y su estruendo me recuerda a las alarmas que saltaban donde había crecido siempre que algún fugitivo trataba de huir.

Dejo a Alex en el suelo en el jardín de delante de la casa y lo escucho quejarse y soltar chillidos ahogados cuando la hierba roza su cuerpo magullado. Está ya casi inconsciente, y abre y cierra los ojos muy rápido, pero, aun así, me inclino hacia él y le susurro al

oído:

—Recuérdame bien, Alex. Recuerda que te salvé cuando debería haberte dejado morir. Me debes una confesión. No lo olvides. Mi padre estará allí esperándote para oírla.

Justo cuando los vehículos de emergencia se detienen enfrente de la vivienda, yo ya estoy en el cielo, volando a toda velocidad para llegar al lado de Nate.

A mi vuelta sigue en la cama, con una camiseta gris que le queda muy ajustada con las letras UCLA en amarillo.

Mi madre debe de haberlo cambiado de ropa. Pero ya está otra vez chorreando de sudor. No paran de darle escalofríos, y tiembla y aparta con los pies las mantas que habíamos dejado en el extremo de la cama para taparlo.

Oh, Nate.

Este no es el chico que estaba todo el tiempo contando chistes mientras aguardaba su turno en mi fila para el registro. Ni tampoco el que me sacó el cristal de la espalda y me llamó guapa. Ni el que no paró de besarme en el castillo de hielo.

Y ahora que he dejado a Alex con vida, no estoy segura de si volveré a verlo de nuevo.

Me duele la garganta y siento una enorme presión en el pecho cuando le tomo la mano:

—¿Nate? ¿Nate? ¿Puedes oírme? —No me contesta, pero yo sigo hablándole—: Lo he encontrado. He dado con la persona que mató a Gabe. Fue Alex, tu hermano de acogida. Le vi el alma, y te aseguro que es horrible… Ni siquiera se arrepiente de nada de lo que hizo. No tiene ningún remordimiento.

Mi madre se queda en la puerta, pero no dice nada. Yo sigo al

lado de Nate, le aparto de la cara un mechón de pelo y le acaricio las mejillas como hice la primera vez que lo besé.

—Tenía que haberlo matado, Nate. Alex pertenece al Infierno, ese es su sitio. Y estuve a punto de hacerlo, porque pienso que eso podría haberte salvado a ti, y yo lo único que quiero es tenerte aquí a mi lado para siempre. Pero fui incapaz, no pude matarlo. Solo veía tu cara y sabía lo mucho que tú querrías que hiciera las cosas bien.

Los ojos se me llenan de lágrimas y me nublan la vista hasta que me caen por las mejillas y me mojan la camiseta. Me tiembla todo el cuerpo por el esfuerzo que hago para mantenerlo pegado a mí.

Aunque ya no está del todo aquí, me niego a venirme abajo mientras algo de él siga a mi lado. Ya tendré todo el tiempo del mundo para derrumbarme una vez que se haya ido del todo.

Por ahora, necesita entera a la chica que lo llevó a cuestas inconsciente por el puente.

—La cosa es que —continúo— no tengo del todo claro si salvarlo a él y perderte a ti es lo correcto. Pero sí que conseguí que confesara, así que ahora mismo estará en el universo y quiero pensar que eso será suficiente. —Sostengo entre mis manos la de Nate, para transmitirle mi calor—. Ojalá pudieras decirme que todo irá bien. Por mucho que estuviéramos atrapados en miles de parcelas o que tuviéramos que huir de los soldados o que nos tocara volver a llevar un barco por un río de sangre, yo siempre sabría que todo iría bien porque tú estarías conmigo, y para mí eso es lo único que importa.

Me inclino y lo beso antes de deslizarme a su lado en la cama y apoyar mi cabeza en su pecho.

El corazón le late demasiado rápido directamente en mi oído, y

una lágrima me resbala por el rostro y va a caer sobre la L de su camiseta.

—Gracias. Gracias por creer en mí cuando nadie más lo hacía —le digo en un susurro—. Viste algo bueno en mí cuando ni siquiera yo era capaz de verlo. Y también me enseñaste a ver todo lo bueno que hay en los demás. Siempre te estaré agradecida por ello. Ahora resulta que lanzarme al vacío tras de ti no fue hundirme como entonces me temía. Fue volar. Te quiero, Nate. No sabes cuánto siento haber tardado tantísimo en darme cuenta.

No quiero perder ni un solo momento a su lado, pero no he pegado ojo desde que mi madre me encontró en el banco, por lo que, pese a mis intentos por mantenerme despierta, doy cabezadas. Mi madre va y viene, entra y sale de la habitación, y el único sonido que anuncia su llegada es el chirrido de la puerta y sus pisadas sobre la alfombra.

En un momento dado, la respiración de Nate se vuelve progresivamente más lenta, y levanto la cabeza.

—¿Nate?

Emite un gemido ahogado y sacude el cuerpo. Ufff, menos mal, sigue aquí. Sin embargo, de pronto, como tengo la mano sobre su corazón, no tardo en notar que deja de latir del todo.

No. No, no, por favor. Todavía no. Aún no estoy preparada.

—¿Nate? —susurro de nuevo.

En un parpadeo, su cuerpo desaparece de entre mis brazos, y mis lágrimas mojan el colchón vacío en el que hasta hace un momento había estado descansando.

Pero ¿qué…?

Lo busco, lo siento, pero allí no hay más que aire.

No se ha ido, no se ha ido. No puede haberse ido.

Lloro y grito desconsolada, agitando las sábanas fuera de mí hasta que mi madre me agarra entre sus brazos.

Chillo e intento soltarme, pero tiene mejores reflejos que yo y consigue retenerme hasta que me rindo y me rompo sobre su hombro.

Me abraza hasta que al otro lado de la ventana cae la noche. El dormitorio se oscurece, pero no le dejo encender la lámpara de la mesilla de noche. Prefiero las sombras. Me recuerdan a mi hogar.

En la habitación de al lado, un reloj da las doce. Ya es medianoche. Y entonces recuerdo que es mi cumpleaños.

Acabo de cumplir dieciocho.

Logré llegar a la Tierra a tiempo para escapar de mi destino en el Infierno.

Pero ahora ya todo me da igual, porque Nate no ha conseguido escapar conmigo.

PARTE 4: AIRE

«Ahora bajemos a mayor castigo;
caen las estrellas que salían cuando eché
a andar, y han prohibido entretenerse».

El *Infierno* de Dante, Canto VII

XLIV

El sol ilumina con un cálido y amarillento resplandor las hileras de piedra que tengo frente a mí, pero, aun así, los negros y grises del cementerio me recuerdan mucho a mi casa, y me sacude un escalofrío a pesar de los 32 ºC a la sombra que marca el mercurio.

Ya han cavado un agujero en la hierba para introducir la urna vacía de Nate. Me arrodillo junto a él, sin importarme el rocío que humedece mi falda.

Le he dicho a mi madre que me parece absurdo enterrar una urna que no contiene nada y fingir que ahí dentro está Nate. Pero ella se ha empeñado en que lo hiciéramos porque, dice, es más la importancia del cierre que conlleva el gesto que del enterramiento en sí.

Como si una simple tradición terrenal pudiera aliviarme ni siquiera una pizca del enorme dolor que me ha roto el corazón en dos.

Mamá me aprieta el hombro con cariño:

—Date tiempo, querida.

—Es que no sé para qué estamos haciendo esto —me digo más a mí misma que a ella—. Ambas sabemos dónde está ahora mismo, y no es aquí. Gracias a mí, probablemente en este instante estará de vuelta en la parcela 13. Y apuesto a que será mi padre el que se

esté encargando de torturarlo como solo él sabe hacerlo.

La voz se me quiebra y me vengo abajo al pronunciar las últimas palabras. Tengo los ojos llenos de lágrimas que resbalan por mis mejillas con la fuerza de un torrente de agua hasta formar charcos en el suelo junto a mis rodillas.

—Devica… —Mi madre se agacha a mi lado y me agarra la mano —. Tú no has tenido la culpa de nada de lo que ha pasado. Tú no has enviado a Nate de vuelta al Infierno.

—Bueno, pero tampoco lo salvé de él. —Me zafo de ella y apoyo la palma en el lateral de la urna—. Si hubiera sido lo bastante fuerte como para matar a Alex, Nate ahora seguiría aquí.

Me he pasado estos últimos días reviviendo las horas que estuve en casa de Alex, cerrando los ojos y tomando una decisión diferente.

Si hubiera hecho eso entonces, en este momento Nate estaría en mis brazos y no de vuelta en el Infierno.

—No sabes si eso hubiera servido para arreglar las cosas —trata de consolarme mi madre—. Tal vez matar a Alex no habría servido para nada, y, de haberlo hecho, probablemente ahora seguirías sin Nate y encima te sentirías culpable por haber acabado con la vida de Alex. Incluso tú misma admites que Nate nunca habría querido que acabaras con su hermano de acogida por salvarlo a él.

Me siento sobre mis talones y me recojo la falda con la mano.

—¿Y si estoy equivocada? ¿Y si Nate hubiera estado encantado de renunciar a la vida de su hermano Alex para evitar ir al Infierno?

Mi madre se sacude la hierba que se le ha quedado pegada a los pantalones negros.

—Las dos sabemos que nunca se habría escogido a él. Eso sería imposible si se parecía en algo a ese chico del que no has dejado de

hablarme toda la semana. Hiciste lo correcto, Devica, por mucho que ahora te duela.

Asiento con la cabeza, pero me aferro a la urna aún más fuerte si cabe.

Nada de todo esto es lo correcto.

Me revuelvo por dentro mientras introduzco la urna en el agujero. Mi madre me tiende una rosa del ramo que lleva y por gestos me dice que la coloque encima. A continuación me sigue y ella hace lo mismo con una flor de un color rojo tan vivo como la sangre, y después coloca lo que queda del ramo junto a la tumba.

Mi madre se pone lentamente de pie y me aprieta una vez más el hombro.

—Te dejaré a solas con él. Tómate el tiempo que necesites.

Escucho las pisadas de sus chanclas de dedo en dirección al aparcamiento y el sonido se va disipando hasta que solo quedamos yo y el fallecido. Supongo que debería estar acostumbrada a este sentimiento, pero reconozco que la quietud de este espacio grita más alto que los caminantes oscuros a su llegada al Salón de la Justicia.

Escaneo con la vista el cementerio, y hablo con la brisa que mueve los árboles a su paso.

—No acabo de entender por qué los humanos insisten tanto en este tipo de cosas. Es una estupidez. Tú no puedes oírme desde donde estás, Nate, pero mamá me juró y me perjuró que esto haría que yo me sintiera mejor. —Me tiembla la voz y me limpio la lágrima que rueda mejilla abajo—. Desde luego, hasta ahora se ha equivocado. No hay nada que consiga llenar el enorme agujero que has dejado en mí.

Cojo impulso para levantarme y me quito la hierba que tengo en la falda antes de dar unos pasos junto a la tumba.

Nunca había estado en este lado de la muerte. Aunque siempre me dijeron que mi madre había fallecido, yo no había llegado a conocerla, por lo que nunca pude llorar por la persona que era. Tan solo lloraba y añoraba la ausencia de esa persona a la que yo necesitaba.

Sin embargo, en esta ocasión es diferente. Ahora mismo echo de menos todo lo que tiene que ver con Nate. Su risa, la tranquilidad y la paz que sentía cuando me tocaba, incluso sus chistes a veces sin gracia.

Todo me duele y se me hace imposible sin él. Me cuesta hasta levantarme de la cama cada mañana. Era la única persona que he conocido capaz de hacerme sentir mejor. Y ha dejado de estar aquí para hacerlo, y no puedo soportar ese dolor.

Sin duda, es mucho más sencillo convivir con la muerte en el Infierno.

—Debería sentirme feliz —continúo—. Mi madre es todo lo que mi padre jamás ha sido ni será. Es dulce, cariñosa, cálida y amable. Pero, yo, en vez de refugiarme en ella, lo único que hago es apartarla. Supongo que no quiero estar con ella si no puedo tenerte a ti conmigo.

Me limpio las lágrimas con un clínex que mi madre me ha dado en el coche antes de bajarnos. Un calor abrasador me nace en el pecho y recorre mis brazos mientras el enfado me hace hervir la sangre que corre por mis venas.

Se me escapa un suspiro al ver que el pañuelo de papel prende y lo tiro al suelo enseguida para pisotearlo y apagar la llama. Los

sollozos me sacuden el pecho con tal violencia que soy incapaz de controlarlos. Aplasto una y mil veces el papel quemado que tengo bajo la bota. Ojalá hubiera sido capaz de hacer esto mismo con Alex. En cuanto lo pienso, me sale un gemido.

No es justo. Tráelo de vuelta, universo. Tráelo de vuelta.

Cuando más hundida me siento, noto unos brazos a mi alrededor. Es mamá, que me abraza y me besa y trata de calmarme.

—Tranquila, cielo, tranquila. Suéltalo todo. Yo estoy aquí contigo.

Forcejeo en sus brazos, y, cuanto más lo hago, más fuerte me agarra. Tras un bramido que se ahoga en su hombro, me rindo ante ella y me sumerjo en su abrazo. Y mi madre me acaricia el pelo mientras yo solo cierro los ojos y lloro sin parar.

—Me duele —balbuceo con la cabeza acomodada en su pecho—. Es un dolor tan inmenso que no puedo soportarlo.

—Lo sé —me peina con los dedos y me pasa la mano por la espalda en un intento de desacelerar los latidos de mi corazón—. La pena es una cosa muy extraña. Es normal volverse loco, es normal estar triste, y todo lo que hay entre medias. Cualquier reacción tiene cabida.

Hundo la cara en su hombro y mis lágrimas calan su blusa gris.

—Odio todo esto. Necesito que pare ya.

—Te sentirás horriblemente mal durante un tiempo. Pero te aseguro que la única forma de aliviar tu dolor será transitándolo y siguiendo adelante. Sé que ahora te parecerá imposible, pero, créeme, hay vida más allá de la pena, y Nate querría que tú la vivieras. Por supuesto, será una vida diferente, porque él no estará en ella.

Mamá saca otro clínex de su bolso y me lo da.

—Vámonos a casa. Te prepararé algo de comer y podrás cambiarte de ropa, que esta está húmeda. No arreglará nada, pero al menos te sentirás un poco mejor. Te lo prometo.

Muevo afirmativamente la cabeza y la sigo hasta el coche, mirando cada poco hacia atrás hasta ver que Nate desaparece de mi vista por última vez.

No consigo despedirme de él. No me sale el «adiós». La palabra se atora en mi garganta y me bloquea la lengua.

Tampoco importa. A fin de cuentas, ya no puede oírlo.

Nada más llegar a casa, hago mi llamada diaria al hospital en que está ingresado Alex fingiendo ser su «hermana». Aún no ha despertado del coma en que está desde que lo ingresaron. La enfermera me informa de que sus constantes vitales no son las mejores hoy, pero por ahora sigue estable.

Me tiro en la cama, me tapo la cabeza con la almohada y grito al maldito ser que considera que merece la pena mantener a Alex con vida mientras que a Nate lo estarán castigando brutalmente, de nuevo, por unos crímenes que nunca cometió.

Trato de distraerme quitándome la ropa lúgubre que llevaba para el funeral, pero me miro en el espejo y compruebo que mi glamur ha desaparecido y que vuelvo a tener unas alas negras y doradas que me nacen en las escápulas. Se mueven arriba y abajo a uno y otro lado de mi cuerpo, me despeinan y consiguen que ese enfado que ya me es familiar vuelva a tensarme el mentón.

Sí, todo esto es por su culpa. Mi madre y su sangre de ángel. Si yo no fuera mitad ángel, nunca me habría importado salvar a Alex. Lo habría enviado convencidísima al Infierno, que es adonde pertenece. Estas alas me recuerdan esas partes de mí que yo jamás

pedí tener. Todas esas cosas que no quiero.

Mi padre es más fuerte sin sus alas.

Tal vez yo también lo sea.

Salgo corriendo en dirección a la entrada y echo mano de mi espada, que dejé colgada por detrás de la puerta principal. El corazón me va a mil por hora.

—¿Devica? —me llama mi madre desde la cocina, pero la ignoro y vuelvo a mi habitación. No tarda en seguirme—. Pero ¿qué pretendes ha…?

Le doy con la puerta en las narices y la dejo fuera, preocupada, mientras yo aprovecho para ponerme ante el espejo y levantar la espada por detrás de mi espalda. Con los dientes apretados, cierro los ojos y me preparo para el dolor que doy por sentado que sufriré.

«Hazlo, Devica, hazlo. Te dolerá solo un momento, y ese dolor no será peor que el que sientes ahora mismo por dentro».

La puerta se abre de par en par y mi madre entra con el corazón en un puño:

—¡Devica, nooo!

—¡Estas alas tienen que desaparecer ya! —chillo—. Cuando me libre de ellas, tendré el coraje que necesito para acabar con Alex de una vez, que es lo que tenía que haber hecho desde el principio.

Mi madre da un paso al frente para interponerse entre el espejo y yo, y le veo los ojos brillantes mientras reprime las ganas de llorar.

—Devica, esas alas no te hacen quien eres. Es tu corazón el que escogió ayudar a Nate y permitió a Alex seguir con vida. Y el corazón no puedes cortártelo.

Ladeo la cabeza y frunzo el ceño.

—No, párate a pensarlo bien. Mi padre cayó cuando perdió sus

alas y tú perdiste las tuyas cuando me tuviste. Eso significa que, si me libro de ellas, dejaré de ser mitad ángel, y por fin me convertiré en el demonio que Nate necesita que sea para salvarlo. Y ahora, apártate, necesito ver bien lo que estoy haciendo.

Abre los ojos todo lo que puede.

—No lo hagas, Devica. Por favor, no lo hagas. Esas alas son parte de ti.

—Pero ¿y si yo ya no quiero ser yo nunca más? —Miro mi reflejo por encima de sus hombros. La chica con el ceño fruncido de ahí es idéntica a la que vi en los espejos de la parcela 11. Se la ve dura, fría y fuera de sí. No me extraña que Nate se aterrara al verla en el puente. Yo también me habría asustado al descubrirla. Pero es más fuerte que yo, y es capaz de hacer todo eso que yo no puedo.

—Hablemos de ello —me anima mi madre—. Tal vez logremos dar con algo que no implique desfigurarte.

—Es lo único que hacemos. Nos pasamos el día hablando. —Me tiemblan las piernas, y noto los músculos abdominales tan tensos como mi barbilla—. Y, ya ves, no hemos logrado nada.

Levanto la espada y empiezo a bajarla. Mi madre me agarra del brazo y consigue detenerme justo antes de que el filo roce las plumas. Entre gritos, le doy un empujón para apartarla de mi camino. En ese momento, sale despedida hacia el espejo con un chillido, y al instante miles de cristales caen sobre ella, que impacta contra el suelo.

El estallido y posterior tintineo de los fragmentos de cristal es lo que me devuelve al presente. Suelto la espada y me arrodillo a su lado, con el corazón casi fuera del pecho.

—¡Mamá! ¡Mamá, ¿estás bien?!

Lloriquea y se lleva las manos a la cara. Se ha hecho un corte en la frente del que le brota aparatosamente sangre, que encuentra su camino por entre sus dedos y sus mejillas. Tiene el mismo azul brillante que la mía. Sangre de ángel. Intento ayudarla, pero se va hacia atrás en dirección al espejo, e intuyo el miedo en su mirada. Marca la distancia entre las dos con la mano salpicada de sangre.

—¡Largo! ¡Aléjate de mí! Ya has hecho suficiente.

—Lo siento —me disculpo con un nudo en la garganta—. En ningún momento quise hacerte daño. No sé qué me ha pasado.

—Yo sí sé qué te ha pasado. —Se toca la mejilla—. Tienes miedo de tu lado de ángel, pero han sido los genes de tu padre los que han provocado todo esto. No te hace falta cortarte las alas para convertirte en un demonio. Ya lo eres, Devica: lo llevas dentro.

Sus palabras son para mi corazón como un látigo para su carne humana.

No, no soy como él. De hecho, no tengo nada que ver con él. Él escoge hacer daño. Esto no ha sido más que un accidente.

—No, no digas eso —le imploro en un susurro.

Retrocede aún más hacia el espejo evitando que sus ojos se encuentren con los míos.

—Sé que sientes dolor, pero yo he procurado hacer todo lo que está en mi mano para ayudarte. Y, en vez de agradecérmelo, me haces daño. Sabía que estaba metiendo en mi vida a una adolescente cuando te dejé vivir conmigo, pero se me había olvidado lo mucho que hay en ti de él. Es evidente que tuviste un buen maestro, Devica. Los dos sabéis bien cómo herir a la gente de la manera más cruel.

El enfado y el miedo que percibo en ella me hacen más daño que

los miles de trozos de cristales que se me clavan en las rodillas. Apesadumbrada, cierro la mano y me la llevo al pecho.

—Si de verdad es lo que sientes, tal vez lo mejor sea que regrese a casa.

Mamá alza la cabeza. Sobre ese corte que le sigue sangrando, veo el intenso tono ámbar de sus ojos, de una oscuridad inquietante sobre su piel radiante.

—Sí, quizá sea lo más conveniente.

La garganta se me cierra, y me alejo de ella balanceándome a uno y otro lado mientras los trozos de cristal crujen bajo mis botas.

Ella tampoco me quiere.

Yo siempre había estado convencida de que me había abandonado porque le daba miedo quién soy ahora. Sin embargo, ahora resulta que no tenía ningún miedo… hasta que me conoció.

Mi cuerpo se desinfla contra la pared del pasillo y me trago las lágrimas. Ahora por fin comprendo lo perdido que debió de sentirse Nate al darse cuenta de para qué lo había traído a casa.

Ni me puedo quedar aquí, ni puedo regresar con mi padre. No pertenezco a ningún sitio.

La luz del sol hace brillar las llaves del coche de mamá que descansan en la mesa de la cocina, y me quedo mirándolas antes de agarrarlas y salir corriendo por la puerta.

No tengo ni idea de adónde iré.

A cualquier sitio menos aquí.

XLV

A lo lejos vislumbro la famosa noria del muelle de Santa Mónica, y respiro aliviada cuando consigo aparcar el coche, aunque torcido, entre dos líneas en el aparcamiento.

He logrado llegar hasta aquí después de estar a punto de colisionar unas cuantas veces y tener un puñado de conductores maldiciéndome. No obstante, apenas consigo oírlos entre todas las imágenes y voces que se me agolpan en la cabeza, y no puedo parar de revivir el instante en que arrojé a mi madre contra el espejo y de recordar la tristeza que había en su voz cuando me pidió que me marchara.

Al menos debo sentirme afortunada por haber conseguido llegar. Bajo andando hacia el muelle con la cabeza gacha, tratando por todos los medios de hacer oídos sordos a los comentarios y las risitas que me rodean. A todos estos humanos de aquí se les ve superfelices, ajenos a todo lo que se han perdido con la muerte de Nate, a lo que yo he perdido. Ninguno de ellos es consciente de que voy caminando con el corazón roto y una herida enorme que jamás sanará porque me falta un trozo de mí.

Sin duda, los odio más ahora que en el Infierno.

Cuando me acerco al borde del muelle, me detengo y me inclino, con los codos apoyados en la barandilla.

Las olas se agitan bajo mis pies y golpean con fuerza los postes que hay debajo del muelle. Cierro los ojos, y mi cuerpo se balancea cuando la fuerza del agua hace vibrar los tablones que estoy pisando y ahoga las voces del resto de la gente.

El aire salado hace que el pelo me golpee la cara y respiro entrecortadamente. Todavía sigo enfundada en el vestido negro que me puse antes de atacar a mi madre, y el sudor hace que el tejido se me pegue a la espalda. Me cubro los ojos con la mano y contemplo el agua a lo lejos.

Nate tenía razón en lo que me dijo sobre el océano.

Es sobrecogedor.

Pequeñas olas envueltas en burbujas blancas llegan hasta la orilla y se alejan de ella una y otra vez. El sol se refleja en la superficie y emite una luz amarillenta que ilumina a los pocos nadadores que se aventuran a meterse en el agua. Un velero de velas blancas se desliza como un ángel por el horizonte, y entorno los ojos para enfocarlo mejor.

Al final Nate tenía razón en muchas cosas. Incluso en lo que me dijo justo antes de marcharse en el parque.

Que por mucho que yo intentara impedirlo, siempre habría una oscuridad en mí, y que, si no le plantaba cara, seguiría apartando de mí a toda la gente que de verdad me importara.

Los rayos de sol se concentran en el anillo que llevo en el dedo y lo vuelven rojo. Se ha ido tornando más y más pesado desde mi cumpleaños, y no deja de tirar de mí hacia casa como un imán. Me lo tapo con la otra mano.

Es mi único camino de vuelta. Sin él, me quedaré atrapada en la Tierra para siempre. Pero, mientras lo lleve puesto, mi padre será

quien controle esa parte de mi historia. Al igual que mis alas son una parte de mi madre, este anillo siempre me mantendrá conectada a él.

Se me resbala del dedo con un chasquido, pues el sudor lo vuelve resbaladizo por debajo. Me lo pongo en la palma de la mano y lo froto. El rubí apenas pesa y, sin embargo, soporta todo el peso del inframundo. Lo rodeo con los dedos como hace la venus atrapamoscas, que es la planta favorita de mi padre, cuando se enrolla alrededor de su presa.

Hago rodar el anillo por mi palma, y vuelvo a cerrar la mano.

Ahí está, el último trozo de él que aún poseo. Si lo destruyo, puedo volver a casa de mi madre y decirle que en mí ya no hay nada de él, que se ha ido todo, que ya no tiene que temerme. Tal vez así consiga que me perdone, y podamos vivir como madre e hija para siempre.

Tampoco me costaría mucho. El océano es inmenso. El anillo desaparecerá y nadie volverá a verlo, a excepción de algún submarinista curioso que ni se imaginará su importancia.

Pero, si lo tiro, se habrá ido y no habrá vuelta atrás. Ni para Nate ni para el trono. Y encima nada me garantiza que mi madre vaya a quererme a su lado. Ha sido ella quien me ha dicho que me marchara. Al final terminaré convertida en una sintecho. En una huérfana como Nate.

Se me clava en la palma hasta que me hace sangrar, y unos destellos azules me recorren la muñeca. Inspiro el aire fresco del océano. Es un riesgo que tendré que correr.

Levanto la mano y la llevo hacia atrás, preparándome para liberarme del anillo, y de mi casa, para siempre.

—¡No, no lo hagas!

Detengo el brazo a mitad de camino con el anillo aún en la mano. Podría reconocer esa voz en cualquier sitio. Me he pasado todo un año recorriendo el Infierno con ella. Y la he echado infinitamente de menos todos y cada uno de los segundos de la semana pasada.

Pero no puede ser. Él ya no está. Estoy teniendo alucinaciones otra vez. Igual que me pasó con los espejos de la parcela \\. Ya hice pedazos uno de casa de mi madre. Tal vez los espejos de la Tierra estén también trucados.

Una mano me rodea el puño y, de pronto, lo veo ahí, justo detrás de mí, envolviéndome con su aroma, tan sutil que casi se funde con el océano, con la arena y con el mismo sol.

Su nombre sale de mi boca en un susurro:

—¿Nate?

XLVI

Me gira para que nos quedemos cara a cara, y no hay duda de que es él. El brillo de sus ojos cuando me mira. Los latidos de su corazón acompasados con los míos. Ese mechón de pelo que se niega a quedarse detrás de su oreja.

Todo mi cuerpo reacciona al verlo. Siento un hormigueo en los músculos y la sangre se apresura a concentrarse en mi rostro. Mi corazón se acelera cuando mis ojos se encuentran con los suyos, y sonrío. La sonrisa que me devuelve me calienta más que el sol en una de esas tórridas tardes de verano.

No alcanzo a entender cómo puede estar aquí, pero me da igual.

Me mira y esboza una sonrisa:

—Ey, hola, Devica.

Mi nombre apenas ha terminado de salir de su boca cuando mis labios lo interrumpen. Lo rodeo con los brazos y lo acerco a mí todo lo que puedo, para saborear en condiciones este momento en que tengo su boca sobre la mía. Sus besos son los mismos y, a la vez, diferentes. Sus labios me siguen resultando familiares, pero su boca me sabe aún más dulce que antes. Su corazón palpita fuerte contra mi pecho y se le corta la respiración en los escasos segundos en que nos separamos.

Suspiro.

Este no es el Nate del más allá que yo había conocido. Este vuelve a estar vivo aquí en la Tierra.

Tengo muchísimas preguntas que hacerle, pero en ese instante Nate separa mis labios con su lengua, y me olvido de todo excepto de lo mucho que me gusta. El muelle desaparece de mi vista, la brisa del océano es reemplazada por sus manos jugueteando entre mi pelo, y el aroma a pescado de los restaurantes y el olor a churros de los carritos que nos rodean ceden todo el protagonismo a su aroma bañado por el sol. La risa de los niños también se borra de mis oídos, atentos solo a los jadeos que salen de nuestras bocas, que no paran de fundirse en una sola.

—Pero ¿cómo…? —quiero saber cuando finalmente nos separamos, aún sin respiración. Recorro su cara con la punta de los dedos para cerciorarme de que está aquí y es real—. No es que no me alegre de que hayas vuelto, pero ¿cómo has conseguido hacerlo?

—Ha sido todo un infierno. Y nunca mejor dicho. —Me acerca todavía más a él y apoyo la cabeza en su pecho. En mi cerebro, el latir de su corazón compite con el relajante sonido de las olas al romper—. De repente estaba en casa de tu madre y, un segundo después, aparecí en la parcela 13. Ese amigo tuyo, Ferret, se plantó delante de mí, e insistía en que tú nunca me quisiste mientras me aporreaba y se liaba conmigo a puñetazos y me daba con lo que sea que tuviera en las manos.

Me entran ganas de vomitar solo de oírlo y siento el calor por las venas. Bajo los dedos y cierro la mano para impedirle el paso al fuego que me suplica salir. Juro que, si algún día vuelvo a ver a Ferus, le enviaré una bola de fuego directa a lo que sea que tenga en el pecho en lugar de corazón.

—Ferus no es amigo mío.

—Lo sé. Intentó que me tragara una trola y empezó a contarme que vosotros dos estabais prometidos y os ibais a casar, pero hasta yo me di cuenta de que le sobraba palabrería.

Me abrazo a él con más fuerza aún si cabe.

—Jamás me casaría con alguien tan detestable. Lo siento mucho.

Nate me besa en la coronilla.

—No ha sido culpa tuya. Luego, de pronto tengo delante al Flatulencias ese intentando matarme con una horca, y un instante después abro los ojos en la cama de un hospital conectado a infinidad de máquinas.

—¿Qué? —Me inclino hacia atrás y muevo el cuello para mirarlo, con las cejas enarcadas.

—Sí, sí. Ha sido todo extrañísimo. Había enfermeras muy nerviosas que no paraban de preguntarme que qué había hecho con Alexander. Les contesté que el único Alexander al que conocía era mi hermano de acogida, y que llevaba sin verlo más o menos un año. Eso sí, omití que había sido porque había estado disfrutando de unas tranquilas y calurosas vacaciones en el Infierno. Aprovechando que estaban distraídas, me agarré a los carritos que había detrás de mi cama y salí pitando. Ni siquiera me quité el camisón del hospital. Imagínate la escena, en la parte de atrás de un autobús de West Hollywood con el culo al aire. Aunque lo bueno era que la gente, al verme, ni se acercaba a mí. Solo quería llegar cuanto antes a casa de tu madre; me fui directo hacia allí. Me moría de ganas de verte.

Lo suelto, me apoyo en la barandilla y vuelvo a dejar la mirada perdida en el agua.

—Supongo que te contaría que nos peleamos. —Abro y cierro los

ojos, que los tengo llenos de lágrimas, y noto un pinchazo en la garganta—. Le hice daño y la asusté tanto que me dijo que me fuera. Y no la culpo.

—Me contó que habíais discutido, sí. —Me pasa un brazo por la cintura—. Pero la verdad es que parecía más asustada por ti que de ti. Estaba aterrada porque te habías ido en el coche. Le daba miedo que hubieras tenido un accidente, y temía aún más que te hubieras marchado sin haber tenido tiempo de hablar contigo.

Trago saliva y clavo la uña en la barandilla de madera. Me metí en su coche tan a la carrera que ni me paré a pensar en que pudiera estar preocupada por mí. A fin de cuentas, la otra vez, cuando literalmente tuve que echar a correr para salvar mi pellejo en el Infierno, era de mi otro progenitor del que huía. Y a él yo no le preocupaba en absoluto, lo único que le aterraba era no tenerme por allí alrededor para que le sacara las castañas del fuego.

—Por suerte, tu madre tiene un coche de esos con GPS antirrobo —continúa Nate—, por lo que te rastreamos con su teléfono y averiguamos que estabas por aquí, y pillamos un Uber para venir a buscarte. Después de que me prestara algo de ropa, por supuesto. Creo que tu pobre madre se ha hartado de ver mi culo.

Le doy un codazo.

—Ya decía yo que me estaban despistando un poco tus mallas rosas y tu camiseta ajustada.

—Sí, sí. Ahora mismo, en cuanto pueda, me quito el modelito —se ríe—. Además, vosotras deberíais hablar. Yo pensaba que encontrarte aquí sería algo imposible, pero te reconocí nada más ver a lo lejos a una chica vestida de negro en mitad de una ola de calor.

—Es que me marché superrápido. —Con un pellizco, me separo la

parte de arriba de mi vestido de mi piel mojada, y pongo una mueca —. Y no tenía planeado lo de acabar en una playa. Pero, no sé, es como si algo me hubiera llamado para venir hasta aquí.

—Ya te advertí de que el océano suele hacer esas cosas.

—Y no te equivocaste en absoluto. —Aún tengo el anillo en la palma de la mano, y lo aprieto, dejando al descubierto la sangre azul seca que se ve sobre mi piel—. Entonces ¿en serio que mi madre no está enfadadísima conmigo?

—Prueba a hablar con ella y lo compruebas tú misma. Está ahí en el aparcamiento esperándote. No quería interrumpir nuestro reencuentro.

—Reencuentro. —Me quedo de espaldas a la barandilla para mirarlo a los ojos y dedicarle mi mayor sonrisa—. Me encanta cómo suena.

—Y a mí. —Me vuelve a besar, esta vez con más suavidad—. Aún no me creo que haya conseguido volver aquí. Otra vez. Tu madre piensa que de alguna manera me gané el retorno a la vida. Pero dice que es la primera vez que ve algo así, por lo que no está segura de cómo lo he logrado.

Me muerdo el labio inferior.

—Es posible que yo sepa algo, pero no te gustará.

Mira por encima de mi cabeza, con la vista fija en el mismo barco que yo he estudiado antes con detalle.

—Alex murió en el hospital y ocupó mi lugar en la parcela 13. No sé, lo deduje yo solito en ese viaje superextraño que hice en bus. Tengo un vago recuerdo de que me contaste que él había sido quien había acabado con Gabe, y me suena que me dijiste que lo habías salvado de un incendio antes de que yo muriera, la segunda vez, ya

sabes.

—¿Así que me estabas escuchando cuando te decía todo eso? —Me resulta increíble—. No estaba segura de que te estuvieras enterando.

—Sí. Lo oí todo. —Me besa en la frente—. Y tenías razón en lo que decías. Jamás habría querido que Alex perdiera su vida para recuperar yo la mía. Y sé que la chica de la que me enamoré sería incapaz de matar a alguien, por mucho que se lo mereciera.

Levanto bruscamente la cabeza y siento como si el corazón se me fuera a escapar del pecho.

«Perdona, ¿qué has dicho?».

—¿De la que te enamoraste?

—Sí. De la que me enamoré con locura. —Me acurruca de nuevo en su pecho, y me susurra al oído—: Y tú también me quieres. Fue una de las últimas frases que escuché antes de ir a parar enfrente de Fetus.

Le pego un empujoncillo de broma y lo miro con los ojos entrecerrados:

—¡Nooo! No puedes haber oído algo así. Estarías delirando.

—Mmm —masculla mirándome con picardía—. Bueno, tú sigue autoengañándote con eso. Y yo seguiré recordándome a mí mismo que dijiste que lanzarte tras de mí fue realmente echar a volar.

Me arden las mejillas, y entierro la cara en su pecho.

—¡No puedo creerme que también oyeras eso!

—Pues ya ves, lo oí. Y te aseguro que es lo más bonito que alguien ha dicho de mí. —Me envuelve con sus brazos y apoya el mentón sobre mi cabeza—. De todas formas, fui atando cabos a medida que iba leyendo los gráficos de Alex en el autobús. Sé que

inhaló mucho humo y que se hizo añicos varios huesos. Lo tuvieron en coma inducido, pero no eran muy optimistas. Y supongo que acabó muriendo por todas las lesiones que tenía.

Me echo hacia atrás y levanto los ojos para mirarlo.

—Y luego el universo se corrigió a sí mismo. E intercambiasteis vuestros sitios. Él ahora probablemente estará en la parcela 13, ya sabes, con un Ferus confuso ante sus narices.

—Pues buena suerte a los Palitos de pez. Alex es un tipo difícil de manejar. —La tristeza se apodera de su rostro—. Aun así, no puedo evitar sentirme mal. Estaba muy confundido, pero formaba parte de mi familia. Y ahora mismo yo estoy aquí solo porque él no está.

—Vi su alma, y es nauseabunda, Nate. —Apoyo la cabeza en su hombro—. Podría haber hecho cosas aún peores de haber seguido aquí. Es evidente que el mundo es un poquito más brillante sin Alex en él. Y el Infierno un poquito más oscuro con él ahí dentro. Si es que eso es posible. —Abro la palma de la mano y contemplo el anillo que brilla sobre mi piel.

Ahora ya sí que no lo necesito. Con Nate y con mi madre aquí, jamás volveré. Sí, echaré de menos a Atty, pero mi padre seguirá adelante sin mí. Y Ferus ocupará mi lugar hasta donde mi padre le permita.

—¿Por qué ibas a tirarlo tan lejos? —me pregunta Nate—. ¿Es que eso no era tu billete de vuelta a casa?

Me doy media vuelta y me quedo mirando el océano.

—Pienso que, mientras lo tenga, tendré la opción de regresar. Que siempre habrá en mí una parte de mi padre llamándome a gritos, instándome a sustituirlo en el trono. Bueno, si no me mata nada más verme.

Nate apoya su mano sobre la mía.

—Para empezar, nadie puede obligarte a hacer nada que tú no quieras. ¿Te has visto, Devica? Eres la persona más fuerte y determinada que he conocido. Me sacaste del Infierno. Y dos veces, aunque la segunda vez fuera indirectamente. Si en algún momento decidieras ocupar el lugar de tu padre, no me cabe ninguna duda de que sería porque estás preparadísima, no porque lleves este anillo. Y para seguir, yo pienso que debes seguir teniendo la opción de regresar. Quién sabe, puede que alguna vez quieras volver a casa.

—No —respondo moviendo la cabeza a izquierda y derecha—. No quiero ser como él. Nunca.

—Pero ¿quién ha dicho que llevar eso te haga parecerte a él? —Me acaricia la mejilla con un dedo—. Tú no eres una joya, Devica. Eres lo que está dentro de ti, en tu corazón.

Vuelvo la cabeza y lo miro con detenimiento.

—¿Acaso estuviste hablando con mi madre? Me dijo lo mismo cuando intenté cortarme las alas.

—¿Que intentaste qué? Oh, Dev. —Me arropa entre sus brazos—. Tú no eres tus alas. No eres ese rubí. Eres una persona de carne y hueso con una sangre centelleante. Eres valiente y fuerte, bonita y amable, y sorprendentemente divertida, incluso cuando no pretendes serlo. Ah, y tienes un gusto impecable para los hombres.

Se me escapa una carcajada.

—Eh, ¿no querrás hacerme dudar ahora de esto último?

—No, claro que no. Eso puedes darlo por sentado.

Intento sonreír, pero la sonrisa apenas es capaz de dibujarse en mis labios. He hecho daño a Nate. He hecho daño a mi madre. Aún hay oscuridad en mí, está ahí, en mi interior, dispuesta a salir

cuando menos me lo espere.

—Tengo miedo. —Ladeo la cabeza para encontrarme con sus ojos —. Y estoy hecha un lío. Ya no sé cuál es mi sitio.

—No pasa nada por tener miedo. Y la mayoría de los humanos de la Tierra tampoco saben nunca cuál es de verdad su sitio. Todos nos pasamos la vida tratando de averiguarlo.

—Gracias. —Dejo que el anillo se deslice por mi dedo para volver a ponérmelo. Su peso se acomoda en mí como si de una segunda piel se tratara—. Estoy feliz de que hayas regresado. No sé cómo siempre consigues hacerme sentir mejor, pero lo haces una y otra vez. Aún me parece casi irreal tenerte aquí a mi lado. —Me voy hacia atrás para preguntarle—: Porque eres real, ¿verdad?

—Tal vez deberíamos comprobarlo una vez más para asegurarnos. Ya sabes, por eso del rigor científico. —Me guiña un ojo, y luego baja la cabeza y me besa. Primero despacio, luego ya con más urgencia. El mundo que nos rodea vuelve a desaparecer, y quedamos solo nosotros dos. Únicamente nuestros cuerpos sobre ese muelle, sus labios y su lengua entremezclándose con los míos. Lo rodeo con los brazos, enrollo los pelillos de su nuca alrededor de mis dedos, y presiono sus caderas contra las mías.

Cuando nos separamos, me acaricia la mejilla con la yema de los dedos, y me mira con unos ojos de un azul todavía más intenso.

—¿Y bien? ¿Cuál es tu conclusión?

—Que no podrías ser más real —sentencio con una risa—. Y no eres un zombi ni nada de eso, ¿no? No vas por ahí sorbiendo cerebros, ¿verdad?

—No, aún no —me sigue el rollo—. Y, por suerte, tampoco he tenido que salir a duras penas de una tumba. De hecho, le pregunté

a tu madre si creía que mi cuerpo seguiría por ahí enterrado en algún sitio, y me dijo que no podía estar muy segura, pero que pensaba que no. Siempre podríamos ponernos a cavar por todos los lados para salir de dudas, pero, la verdad, creo que es mejor que algunas cosas sigan siendo un misterio.

Levanta los hombros y me entra un escalofrío pegada a él.

—Totalmente de acuerdo.

En cuanto llegamos al aparcamiento, veo a mi madre apoyada en su coche mal aparcado. Siento una punzada en el pecho al contemplar el corte que tiene en la cara. Se lo ha limpiado ya, pero no lo lleva tapado. No se ve muy profundo, y siento un cierto alivio por dentro cuando pienso que no le quedará cicatriz. No obstante, la culpa me retuerce las entrañas cada vez que me acuerdo de que fui yo la que le hice eso.

Nate me da unos golpecitos cariñosos en la parte baja de la espalda y camina hacia el otro lado del coche para concederme unos segundos a solas con mi madre.

Cuando llego a su altura, bajo la cabeza y me fijo en la rueda que he dejado pisando la raya amarilla.

—Hola.

Mi madre me estrecha entre sus brazos y me abraza con todas sus fuerzas.

—Oh, gracias a Dios, Devica. Cuando vi que te habías llevado el coche, entré en pánico.

Me tenso, sorprendida por sus palabras, y a continuación vuelvo a perderme entre sus brazos.

—Lo siento mucho, mamá. Lamento muchísimo todo.

Me pone una mano en los hombros y me mira a los ojos.

—No, quien lo siente soy yo. No debería haberte dicho todas esas cosas horribles que te dije. No las sentía. Estaba enfadada, y me asustaste. No me dio miedo de dónde venías ni quién es tu padre. Sentí miedo porque no estabas siendo tú. En ese momento veía que te estabas odiando muchísimo a ti misma, y yo, como tu madre, no podía soportar verte sufriendo de esa manera. E hice exactamente lo contrario de lo que tenía que hacer. Te aparté de mí en vez de refugiarte en mis brazos. Por favor, perdóname.

—Pero… —le toco la mejilla justo por debajo del corte—. Yo te hice eso. Y rompí tu espejo.

Me agarra la mano y se la lleva al corazón.

—Bueno, espejos hay muchos. Puedo comprar otro. Lo que no puedo volver a tener si te pierdo es a otra hija como tú.

Arrugo la frente.

—¡Vaya, qué cursi!

Mi madre observa a Nate, que alza los hombros.

—Conmigo hace igual —dice—. Dev tiene un serio problema con los mimos, y yo soy como un osito amoroso. Pero, bueno, uno se acaba acostumbrando a sus miradas de «pero ¿qué haces?».

Mi madre se ríe y me alborota el pelo.

—Me da que no me quedará otra. Venga, vámonos ya. Pero ahora conduciré yo. —Se va al otro lado para entrar por la puerta del conductor, y me tiende la mano. Le devuelvo las llaves—. Por cierto, cuando lleguemos a casa, vamos a tener una charla tú y yo sobre eso de robarme el coche y conducir sin carnet.

Hago un gesto con la cara y miro al suelo.

—Me la merezco…

Nate se tira de la camiseta.

—Ahora que por fin voy a poder quitarme esta cosa, ¿qué os parece si paramos un momento de camino y me compro algo de mi talla?

Mamá asiente con la cabeza, y yo me pongo de puntillas para plantarle un beso en la boca a Nate.

—Y entonces ¿ahora qué? ¿Cómo va a ser nuestra vida de ahora en adelante?

—Vayamos día a día. Primero debemos encajar los dos en esta versión de la Tierra. —Me apretuja contra él, y su corazón, su corazón de ahora, el vivo, golpetea contra mis oídos—. Y luego, Devica, te prometo que viviremos felices y comeremos perdices para siempre.

Me descuelgo de su cuello y me salta una chispa del dedo. Contemplo mi anillo por encima de su hombro y veo que el rubí va adquiriendo un tono oscuro, similar a la sangre seca.

«No me había pasado antes».

El estómago me da un vuelco, pero Nate me acerca más a él y bajo la mano.

Bueno, supongo que será un efecto de la luz.

Forzando una sonrisa, alzo el cuello para mirarlo a los ojos.

—Sí. Viviremos felices y comeremos perdices para siempre.

XLVII

Dos hombres van a toda velocidad el uno hacia el otro. De pronto uno de ellos despega del suelo con una sola pierna estirada. En cuestión de segundos su pie conecta con la cabeza del otro tipo, y lo envía de bruces contra el suelo con un grito.

Aparto la mirada de la televisión y me quedo boquiabierta mirando a Nate.

—Sigo sin poder creerme que esto fuera lo que tú creías que estabas haciendo cuando nos enfrentamos a los soldados.

Estamos en el sofá de mi madre, en la misma posición en que ya hemos estado varias noches en el último mes, viendo programas en una aplicación que Nate llama Netflix.

Como la mayoría de los días, hoy hemos pasado toda la tarde en la playa, y aún tengo granitos de arena en el pelo y entre los dedos de los pies, y eso que mi madre me hace sacudirme a conciencia antes de entrar en casa. Lo de quedarme mirando el mar me fascina, pero no estoy para nada de acuerdo en todo eso que decía Nate de la arena. Es más, si en algún momento de mi vida acabo regresando a mi casa, ya aviso de que me llevaré conmigo un poco de esta arena, pues una cantidad nimia es más que suficiente para garantizar horas y horas de tortura.

El simple hecho de pensar en mi casa me hace llevar los ojos al

anillo que sigo luciendo en el dedo, el cual se ha vuelto casi tan oscuro como el carbón. Desde que Nate regresó, se ha ido volviendo cada vez más negruzco y más pesado en mi mano. Intenté quitármelo esta misma mañana para meterlo al fondo de un cajón y sacármelo así de la cabeza, pero no me salía de ninguna manera. Es como si estuviera adherido a mí, como el recordatorio constante de que existe por ahí otro lugar en el que debería estar. El aviso de que estos momentos de ensueño que estoy viviendo no durarán para siempre.

Nate me mira risueño y con las mejillas aún sonrosadas después de tantas horas a pleno sol. Su sonrisa consigue alejar al instante los pensamientos más tétricos de mi mente con ese don mágico que solo él parece poseer.

—Es kung-fu.

Resisto a la tentación de poner los ojos en blanco.

—No quiero ser yo quien te hunda en la miseria, pero siento en el alma decirte que eso no es lo que tú te pusiste a hacer. Esto de ahora será kung-fu, pero tú simplemente te pusiste a dar volteretas de un lado para otro como un loco.

Me aprieta la mano.

—Pero si tú me dijiste que había estado impresionante.

Apoyo la cabeza en su hombro y por la comisura de mis labios quiere asomar una sonrisa.

—Lo que fue impresionante es que no consiguieras dar a nadie.

Mi madre estalla en carcajadas desde el sillón tapizado de la esquina en el que está sentada metiéndome el bajo de una falda que me compré ayer. Para mí estaba perfecta tal cual, pero, al parecer, no resultaba tan adecuada para el calor de Los Ángeles.

—Como madre y tutora legal tuya, se supone que tengo que decirte que no vayas demasiado seria para tu edad. Sin embargo, como observadora imparcial, te diré que me pirra.

—¿Pirra? ¿Esa no era la hija de no sé qué dioses griegos? ¿Qué tiene que ver con mi falda?

—Aquí significa que le pareceremos adorables. Y es que lo somos. —Nate me da un beso en los nudillos. Después del arrebato de cariño, sigue bajando por la pantalla de inicio de Netflix y las imágenes revolotean por el televisor. Me acomodo bajo la manta con la que me tapo el regazo y cierro los ojos. Me llevó un tiempo acostumbrarme al silencio de la casa.

Aquí no hay gritos ni alarmas que me despierten en mitad de la noche. Y nadie me llora ni me suplica durante el día. Ni el señor Bellum va por ahí regañándome por prenderle fuego a su pelo una y otra vez.

La mayoría de las noches me sobresaltan miles de pesadillas. Suelo soñar que un montón de manos invisibles me ahogan en un lago de fuego. Me despierto jadeando, y con un picor en el dedo anular como si algo me quemara.

A mi madre y a Nate no les he contado nada ni de los sueños ni del anillo. Seguro que se preguntarían si eso podría significar algo más, y yo no quiero arriesgarme a discutir y romper la bonita familia de tres que hemos creado.

Mi madre es inflexible respecto a lo de que asistamos a la universidad cuando empiece al nuevo año, pero aún no sabe cómo ingeniárselas para que una exresidente del inframundo y un muchacho que en realidad está muerto entren en el sistema. Pero es cabezota e insistente, así que estoy convencida de que dará con la

fórmula para hacerlo.

Estoy aterrada y emocionada a partes iguales ante la posibilidad de convertirme en universitaria. No sé, lo de ir a la universidad parece una experiencia como muy normal para los humanos. Dudo mucho que de las paredes de las clases cuelguen instrumentos de tortura. Y, a malas, si los hay, al fin sentiré que encajo en algún sitio.

Fuera de casa, una extraña tormenta californiana invade el cielo. La lluvia choca contra los cristales de las ventanas y un trueno hace temblar la casa. Pego un respingo, asustada, y busco refugio en Nate.

Entierro mi cara en su cuello; él se ríe, vacilón, y noto su pecho vibrar contra mi hombro.

—No te darán miedo las tormentas, ¿no? No puede ser teniendo en cuenta dónde te has criado.

—No es que les tenga miedo. —En ese instante el fragor de más truenos sacude las ventanas y me subo la manta hasta la barbilla—. Pero no me gustan nada.

Nate selecciona una película que lleva por título *Constantine* después de decirme que piensa que me va a gustar. Justo cuando le está dando al «Play», suena el timbre y los tres nos quedamos mirando a la puerta.

—¿Quién será? —pregunta mamá.

Sacudo la cabeza, aún sintiendo la taquicardia que me ha provocado el ruido atronador del tormentón.

—A mí no me miréis. Las únicas personas a las que conozco están aquí conmigo.

—Tal vez se hayan equivocado de casa —sugiere Nate—. O puede que se hayan adelantado a la noche de Halloween.

El timbre vuelve a sonar y me quito la manta de las piernas con un gruñido.

—Hala, no os mováis, que ya voy yo.

Mi madre y Nate protestan, pero los ignoro. Echo mano de la espada por si las moscas, y la oculto detrás, en la espalda, antes de abrir la puerta.

Casi se me cae cuando un rayo de luz divide el cielo en dos e ilumina al hombre de aspecto familiar que aguarda al otro lado de la puerta.

Abro los ojos como platos cuando lo reconozco.

—¿Attero?

Esboza una media sonrisa mientras la lluvia le cae del pelo sobre su uniforme de soldado.

—Muy buenas, Devica.

No le devuelvo la sonrisa. La última vez que lo vi, estaba apostado en el puente del río Ignis, viéndome cargar con Nate en busca de nuestra libertad. No se unió a Ferus para atacarme, pero tampoco le impidió hacerlo.

Me agarro al marco de la puerta y entrecierro los ojos.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Otro trueno nos pilla por sorpresa, y los dos saltamos al unísono.

—¿Puedo pasar?

—Depende. —Aprieto los dedos alrededor de la empuñadura de mi espada—. ¿Has venido solo?

—Sí. Y no he venido hasta aquí para herirte ni para capturarte. —Y para demostrármelo, me señala su cinturón, del que no cuelga ni una sola arma—. Te lo prometo.

—¿Quién es? —pregunta a gritos mi madre desde el salón.

Attero trata de ver por encima de mi hombro, y abre los ojos, sorprendido.

—¿Esa es tu madre?

—Pues sí. —Me apoyo contra la puerta, sin apartarme de su camino—. Está viva, como ves. Y ha estado viviendo en la Tierra todo este tiempo. Pero tal vez tú ya lo sabías, ¿no? ¿Quizá estabais al corriente de ello tanto tú como todos los demás diablos que me mintieron?

La tristeza se instala en su rostro, y hace un gesto de resignación con las palmas de las manos hacia arriba.

—Me he enterado ahora, pero te juro que no tenía ni idea de todo esto hasta hace unos pocos días, cuando me metí en el despacho de tu padre sin que me viera. Encontré unas cartas dirigidas a ella que no debió de mandarle nunca. Hay cientos de ellas, todas escritas desde que naciste. Ahora mismo lo sé todo sobre ellos. Sé cómo se enamoraron, cómo te tuvieron y quién eres tú realmente. Gracias a todas esas cartas he podido dar contigo, y por eso he venido hasta aquí. En todas las cartas aparecía esta dirección.

Frunzo el ceño, haciendo un esfuerzo por imaginarme a mi padre inclinado sobre un escritorio, escribiéndole cartas de amor a la mujer que está ahora mismo en el salón, pero sin el valor necesario para enviárselas. Y yo que pensaba que a mi padre no lo desestabilizaba nada... Y resulta que sí hay algo capaz de conseguirlo: mi madre.

Un escalofrío me recorre de pies a cabeza cuando el agua de la lluvia rebota en el asfalto y aterriza sobre mis pies descalzos.

—¿Y mi padre no te pilló rebuscando en su despacho? Ha sido muy valiente por tu parte lo de mirar entre sus cosas.

—Eso es justo lo que he venido a decirte, Dev. —Attero se limpia

la cara, que la tiene toda mojada—. Tu padre ya no está en el Infierno. Se marchó.

Se me entumece el cuerpo y tengo que agarrarme aún más fuerte, si es que es posible, al marco de la puerta.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo?

—Que se ha ido. Y creo que para siempre. Ha dejado a Ferus al mando.

—Pero ¿en qué narices estaría pensando? No puede hacer eso. —Doy un paso hacia el interior de la casa con la puerta aún abierta de par en par—. Ven, será mejor que entres.

XLVIII

Attero me sigue hasta la cocina, y yo llamo a Nate y a mi madre para que vengan con nosotros, y los presento. Nate mira con desdén el uniforme de Attero, supongo que porque no puede evitar revivir esos últimos momentos sobre el río Ignis. No puedo culparle por no confiar en él, pero ahora mismo tampoco es plan de ponerme a contarle ahí los pormenores de nuestra amistad.

—Pero ¿cómo puede haberse marchado tu padre? —me interroga Nate mientras se sirve una galleta con virutas de chocolate de las del plato que mi madre ha puesto en el centro de la mesa—.Yo pensaba que tenía que quedarse ahí abajo para siempre. Ya sabes, para castigar a la gente y llevar las riendas del sitio. Además, ¿ese no era también su castigo? El que recibió por liderar una guerra contra Dios y todas esas cosas, ¿no?

—Así es —afirmo mordiéndome una uña—. Pero puede beneficiarse de indultos para venir aquí de visita. Es lo que hacía cuando conoció a mi madre.

Nate traga como puede el trozo de galleta.

—¿Y entonces eso no significa que al final en algún momento será obligado a volver? Digo yo que no podrá dejar a Faces pendiente de todo lo de ahí abajo para siempre. Tu padre y tú lleváis la misma sangre, pero él no.

—Eso pienso yo. —Extiendo las manos—. Sería lo lógico. Habrá que esperar a ver qué hace.

Attero se aclara la garganta.

—Es que aún hay más.

—¡Oh, no! —espeta Nate—. No me digas que Lucifer se va de casa justo un día antes de Halloween, y que las cosas se vuelven peor a partir de entonces.

Attero lo ignora y busca mi mirada.

—Como te he dicho, ahora, en vez de tu padre, es Ferus quien se encarga de juzgar a todos los caminantes oscuros que son enviados al Infierno. Y sus poderes son más débiles que los tuyos y que los de tu padre, porque él no tiene vuestra sangre. Y como para él ningún humano puede ser inocente, pues directamente está metiendo a todos en el Infierno sin ni siquiera juzgarlos. Está condenando a todas y cada una de las almas con que se cruza en el camino. Las parcelas están abarrotadas, ya no cabe un alfiler. Y a Ferus le da igual, no le importa nada. Él lo único que hace es sentarse en el trono de tu padre, se pasa allí todo el día, y se limita a castigar a todo el que se le pone por delante, sin preocuparse por sus delitos.

—¿Y qué esperas que haga? —cruzo los brazos sobre el pecho y me reclino en la silla—. Me da la sensación de que has venido aquí a decirme que ese es mi problema. Y yo no pienso regresar, Atty. Ahora tengo mi vida aquí, con mi madre y con Nate. Este es el sitio al que pertenezco.

—Pero tienes que volver. —Attero se inclina hacia mí y me agarra la mano—. Te necesitamos. Eres la única que tiene el poder necesario para derrotar a Ferus. Tú puedes quitarle el trono. Te pertenece. Y luego ya te ocupas de mandar a las almas rebeldes a

donde pertenezcan.

A su casa, no te fastidia.

Yo no le debo nada a Atty. Ni a mi padre. Que se encargue él de desenredar su enredo.

Escapo de su mano y frunzo las cejas.

—¿En serio esperas que yo te ayude después de que tú y los demás soldados me abandonarais y luego me persiguierais cuando intentaba huir? Te vi en el puente. Eras tú, Atty. Te quedaste allí plantado junto a los demás soldados mientras Ferus me atenazaba y me forzaba a arrojar a Nate al fuego. No diste la cara por mí. No dijiste absolutamente nada. Ni siquiera se te pasó por la cabeza defenderme. Permaneciste allí, mirando en silencio, como un auténtico cobarde.

Attero baja la cabeza.

—Sí, tienes razón. Fui un cobarde. Tenía mucho miedo de lo que Ferus y el resto de los soldados pudieran hacerme si me rebelaba contra ellos. Y no sé cómo se las ingenió, pero de alguna manera logró convencerme de que te pondría las cosas más fáciles en el trono si no tenías que preocuparte por dar órdenes a tu mejor amigo. Me lo metió en la cabeza, Dev. Lo siento mucho, de verdad.

—Yo daría órdenes a quien hiciera falta. Y sin ningún problema —mascullo. Nate resopla y le lanzo una mirada asesina—. Pero bueno, todo eso ya da igual. Mi casa ahora es esta.

Attero se pasa la mano por su pelo húmedo.

—Si Ferus continúa cogiendo almas, la Tierra también correrá peligro.

Me tenso en mi asiento.

—¿Qué quieres decir?

—Te lo acabo de explicar: estamos sobrepasados. —Attero dobla los dedos—. Los diablos están renunciando a sus puestos. Todo son dimisiones. Es cuestión de tiempo que tanto ellos como los caminantes oscuros intenten escapar a través del portal.

—Los caminantes oscuros ya no podrían vivir aquí arriba por eso del equilibrio del universo. —Muevo la mano—. Se desplomarían nada más subir y morirían, como mucho, en veinticuatro horas. Eso lo he visto con mis propios ojos. —Nate me acaricia la rodilla por debajo de la mesa.

Mamá añade desde el umbral de la puerta de la cocina:

—Cierto, pero piensa en la gente que está ahora ahí abajo y en lo que ha hecho para estar allí. Y ahora imagina todo lo que serían capaces de hacer solo con un ápice de libertad después de haberse pasado décadas castigados. Siglos incluso.

—Esto sería como en *La noche de las bestias* —opina Nate.

Todos nos sobresaltamos al mismo tiempo cuando un trueno sacude la casa y las ventanas resplandecen con la luz de un rayo.

Me levanto de la silla, me pongo de pie sobre mis piernas temblorosas y descorro la cortina. La lluvia impacta contra el cristal y cae al suelo como la sangre de una herida.

No se equivocan, no. El Infierno alberga lo peor de lo peor. Aunque solo pasaran unos minutos en la Tierra, los pecadores podrían llegar a causar tal daño en Los Ángeles que eso parecería el apocalipsis.

Pero yo he peleado lo indecible para llegar hasta aquí. He batallado para escapar del Infierno y encontrar a mi madre. Salvé a Alex para que Nate pudiera vivir. Y ahora estoy disfrutando de ese final feliz del que hablan todos los libros que leía. No puedo ser la

única capaz de arreglar aquello. No es justo, ni para mi madre ni para Nate ni para mí.

Me apoyo sobre el cristal y cierro los ojos para impedirle el paso a las lágrimas que pugnan por salir.

—No —sentencio después de que un enorme trueno haga temblar la ventana—. No lo haré. Lo siento, Attero. No puedo volver a casa. Si los pecadores se escapan porque mi padre se ha largado y Ferus es un estúpido incompetente, pues que se escapen. Ya puedes irte.

Giro sobre mis talones y recorro a zancadas el pasillo que conduce a mi dormitorio. Pego un portazo con tanta fuerza que las ventanas vibran más que con los truenos. Me tumbo en la cama, oculto la cabeza en la almohada y grito.

No es justo. Ahora que por fin me había hecho a este extraño lugar y que me siento más en casa que entre las frías piedras de Dominus. Cómo no, mi padre tenía que aparecer de alguna manera para fastidiarlo todo.

Nate abre la puerta, se sienta a mi lado y me acaricia la espalda.

—¿Estás bien?

Me doy la vuelta para mirarlo y me limpio la cara con el dorso de la mano.

—¿Tú crees que debería ir?

—Claro que no. —Me coge la mano y se la lleva al pecho—. Te quiero. Eres lo que más quiero del universo, y te quiero a mi lado. Sin embargo, también te conozco. Eres la chica que salvó a un chico al que apenas conocía de una tortura eterna. Eres la que rescató a un asesino y evitó que se calcinara en un incendio, aun a sabiendas de que eso significaría perderme a mí. Yo no quiero vivir sin ti, pero tampoco te imagino viviendo aquí y sabiendo que más inocentes

serán condenados al sufrimiento eterno porque no hiciste nada por ayudarlos.

—Tiene toda la razón, cariño —opina mi madre desde el marco de la puerta—. No se trata de que nosotros queramos que te vayas. Lo que desde luego no queremos es que te pases el resto de tu vida lamentándote, y arrepintiéndote, de haber escogido quedarte.

Me cubro la cara con las manos y les doy la espalda. Cómo se atreven a ponerme entre la espada y la pared. Es como si me estuvieran poniendo en contra de mí misma. Ambos saben lo mucho que he peleado para eliminar lo que había de mi padre en mí... y ahora me piden que acepte esos retazos de él con que cargo y que ocupe su lugar.

Me están asfixiando. Y esta habitación también me está asfixiando.

Quiero marcharme de aquí, siento que el cuerpo me arde más y más mientras sus palabras perforan mi piel. Me saltan chispas de las palmas, y cierro los dedos formando un puño para evitar el avance de las llamas por mi interior

—Necesito salir un rato. —Empujo a Nate a mi paso mientras él intenta agarrarme por la cintura, pero tengo los reflejos necesarios para zafarme—. Me apetece salir a dar un paseo.

—Pero está lloviendo —se preocupa Nate.

—Me da igual.

Mi madre se ha adelantado y ha abierto el armario empotrado del hall de entrada, y ya me espera en la puerta con un chubasquero amarillo en la mano.

—Al menos ponte esto. Y llévate mi paraguas.

—¿No quieres que vaya contigo? —pregunta Nate mientras me

enfundo en el impermeable y me pongo las botas.

—No. Quiero estar sola. Necesito pensar. Volveré pronto. —Abro la puerta sin esperar respuesta, despliego el paraguas y me adentro en mitad de la tormenta.

Las calles están casi desérticas, y camino hasta que el agua me moja tanto las botas que me duelen los pies.

Las súplicas de Attero resuenan en mis oídos.

Y se enfrentan a mi propia voz, que me recuerda lo mucho que me he entregado para conseguir lo que ahora tengo con mamá y con Nate. El bienestar y la satisfacción que siento cuando nos sentamos juntos a hacer algo tan mundano como ver la tele. Lo mucho que me excita y emociona el simple roce de la mano de Nate. Cómo cada parte de mí responde a sus besos. El latido de mi corazón en mi oído cuando nos abrazamos en la playa. Me he ganado a pulso todo ello. ¿Cómo puede atreverse ahora alguien a quitármelo?

He llegado a una zona del vecindario por la que nunca antes había transitado. Por aquí las casas tienen un estilo diferente al de la vivienda de mi madre, y las calles parecen más tranquilas y silenciosas, incluso ahora en mitad de la tormenta. La acera se va volviendo más oscura, y levanto la cabeza para comprobar que las farolas están apagadas. En el interior de las casas tampoco se ve más luz que la de unas velas parpadeantes y el destello esporádico de una linterna.

Tuerzo para emprender el camino de vuelta a casa, tan perdida respecto a lo que debo hacer como cuando salí, y, de pronto, me llama la atención una sombra que me resulta familiar en el tejado de un edificio. Ya la he visto lo suficiente como para saber lo que

representa.

Una luz naranja titilante resplandece por detrás de una de las ventanas indicando que hay alguien dentro.

Analizo el panorama un momento, respiro hondo y cruzo la calle en dirección al último lugar al que jamás pensé que podría ir en busca de ayuda.

XLIX

Nunca jamás he pisado una iglesia. Mi madre me sugirió algún que otro fin de semana que la acompañara, pero siempre rechacé su propuesta muy educadamente, diciéndole que lo mismo estallaba en llamas o algo similar nada más cruzar la puerta.

Por eso, en cuanto veo que no escupo fuego al poner un pie dentro, suelto un suspiro y miro con detenimiento todo lo que hay a mi alrededor.

El interior del edificio es sombrío, la única luz que lo alumbra es la que procede de unas velas votivas que rodean la circunferencia de la sala en la que están, la cual se desvanece en las vidrieras de colores y las estatuas.

Unas veinte hileras más o menos de bancos de madera conducen hasta el altar, que no está iluminado. El aroma de la cera de las velas se mezcla con el del incienso y el del detergente de limón que supongo que se emplea para limpiar los bancos.

Mi abrigo va goteando y moja la alfombra roja sobre la que camino despacio hacia el frente, con la mirada puesta en un cuadro que cuelga del rincón abovedado situado a la izquierda del altar.

En él se ve a un ángel ataviado con una túnica azul y dorada, y con un ramo de lilas blancas en la mano. Mira al observador, como si supiera un secreto. No obstante, lo que más me llama la atención de

él son las alas blancas que le nacen de la espalda. No se parecen en nada a las mías, otro recordatorio más de que yo tampoco soy uno de ellos.

—Es bonito, ¿a que sí? —Me doy la vuelta al escuchar una voz desconocida. Me he quedado tan absorta mirando la pintura que ni siquiera lo he oído acercarse. El hombre tiene la piel arrugada por la edad, pero, a la luz de la palmatoria que porta en la mano izquierda, se le ve un brillo divertido en los ojos.

Coloca el portavelas en lo alto del atril dorado que hay en la parte central del pasillo, y luego se sienta con un quejido en el extremo de una de las filas de bancos.

—¿Tú crees en los ángeles, niña?

Me echo a reír, y mi voz hace eco, retumba en las paredes y regresa a mí más fría de lo que esperaba.

—Sí. Pero al mismo tiempo creo en algo peor.

—Yo también. —Extiende las manos—. Es que sería imposible tener luz si no tuviéramos también oscuridad. Igual que no habría Cielo sin Infierno. —Toca el asiento que queda libre a su lado—. Tal vez yo pueda ayudarte a encontrar tu camino.

Miro el espacio vacío que hay a su lado mientras el agua se acumula a mis pies y oscurece la alfombra, que se vuelve de un rojo intenso, similar al de la sangre que formó un charco alrededor del cuerpo de Gabe después de que Alex le disparara, una imagen que, muy a mi pesar, se me quedará grabada en la mente para siempre. El hombre me sonríe y vuelve a invitarme a ocupar el asiento con un gesto.

Cruzo el pasillo y me dejo caer en el banco. Apoyo la cabeza en el respaldo para alzar la vista y contemplar el techo abovedado, repleto

de estrellas doradas pintadas.

—¿Y si no tengo escapatoria?

—Oh, querida, siempre hay opciones. Te abrirás tu camino, pero mientras estoy deseoso de escuchar tu historia y guiarte en la dirección adecuada.

Respiro hondo y lo escudriño en las sombras. Su ofrecimiento parece sincero.

—Es demasiado larga.

Asiente mirando a la ventana. La lluvia cae a un ritmo constante sobre los cristales. Un rayo ilumina momentáneamente la habitación, dando lugar a un caleidoscopio de colores sobre los muros.

—Se ha puesto terrible ahí fuera —me dice—. Y la electricidad se ha ido hace unas cuantas horas. Así que luz no tengo, pero tiempo tengo todo el que quieras.

—Si está seguro... —Me desabrocho el impermeable, que lo tengo empapado, y me lo quito—. Es que ni siquiera sé por dónde empezar.

—Pues por donde empiezan todas las historias, pequeña. Por el principio. Dime, ¿de dónde vienes?

Arrugo el entrecejo.

—¿Se refiere a dónde nací?

—Bueno, si quieres empezar por ahí... —dice.

Me fijo en la fila de velas encendidas que alcanzo a ver por encima de su hombro, de tal manera que no tenga que enfrentarme a sus ojos.

—Yo vengo de... de ahí abajo. De muy abajo.

—¿De Australia? Pues no tienes acento.

—No, no. De más abajo aún —apostillo—. Vengo de abajo del

todo. De un lugar que nadie quiere ver. De un lugar en el que la gente teme tantísimo acabar que prefiere venir a edificios como estos para ver si se libra.

Sus ojos se abren como dos soles, y la luz de las velas hace brillar sus pupilas.

—¿No estarás hablando de... de...?

—Vengo del Infierno.

Se queda inmóvil.

Durante un segundo llego a pensar que se ha muerto, hasta que veo que se le hincha el pecho y deja salir un suspiro.

Me pongo de pie y me cuelgo el chubasquero del brazo, con las rodillas temblando.

—Bueno, mejor me voy. Esto no ha sido muy buena idea.

Levanta una mano.

—Yo no te he dicho que te marches, ¿no? Sigue, por favor.

Cambio el peso de una pierna a la otra, con los pies chapoteando dentro de mis botas.

El hombre aún no ha echado a correr, lo cual me resulta confuso. Sus ojos siguen invitándome a compartir mi historia con él, mientras las sombras suavizan sus facciones.

Y ahora mismo permanecer aquí dentro es mil veces mejor que plantarle cara a la tormenta y enfrentarme a Attero.

Coloco el chubasquero sobre el banco y me acomodo al lado, cruzando los tobillos antes de volver a respirar hondo.

Tardo horas en contarle todo.

Pierdo la noción del tiempo a medida que le voy describiendo mi huida con pelos y señales, a excepción, por supuesto, de nuestra pasional estancia en el castillo de hielo. También le cuento quién es

mi madre y le digo que Attero se ha presentado en nuestra casa.

Para cuando acabo, tengo el pelo completamente seco y estoy afónica.

Los truenos y los rayos han acabado hace ya bastante rato, pero la lluvia sigue cayendo sobre el tejado. Muchas de las velas se han consumido del todo, mientras que de otras sigue saliendo un hilillo de humo.

Pese a todo lo que le estoy contando, el hombre no dice más que los típicos «ya veo» y «sigue, sigue». Mueve afirmativamente la cabeza, se frota el mentón y se acomoda en el asiento, pero en ningún momento me interrumpe mientras hablo ni trata de detenerme. Y aunque sus ojos en algunas partes se abren como platos, jamás se echa para atrás ni hace el intento de marcharse. Desde luego, si este hombre me tiene miedo, lo disimula de maravilla.

Me humedezco los labios, que los tengo agrietados, y lo estudio de arriba abajo.

—Y así es como he terminado aquí.

Se pone de pie con un gemido y recorre el pasillo de extremo a extremo un par de veces, con la cabeza gacha y mascullando unas palabras que no alcanzo a escuchar, antes de volver a sentarse y mirarme a la cara.

—Aún no me has dicho tu nombre, chiquilla.

Parpadeo, mirándolo, y me froto las sienes.

—Y de todo lo que le he contado... ¿en serio que solo quiere saber mi nombre?

Espera y deja escapar un soplo de aire.

—Me llamo Devica.

—Vale, encantado entonces, Devica. ¿Puedo preguntarte una cosa más?

Le hago un gesto con las manos.

—Sigue aquí a mi lado y aún no me ha dado una patada para echarme de este sitio, así que supongo que tiene derecho a preguntarme lo que quiera.

Se inclina hacia delante.

—¿Qué es lo que te ha hecho venir aquí?

—Ya imaginaba que me lo preguntaría. —No dice nada, así que me pongo el chubasquero sobre el regazo y jugueteo con uno de los botones—. Supongo que quería encontrar alguna prueba que me demostrara que soy tan malvada como mi padre. No sé, esperaba que el altar se incendiara en mi presencia o que usted empezara a gritar y tratara de hacerme un exorcismo. Así, si tuviera la certeza de que soy un monstruo, sabría que tendría que irme a casa porque es allí a donde pertenezco.

—Pero, querida, la maldad no es algo tangible —me explica—. Simplemente es la ausencia del bien. Y, por todo lo que me has dicho, tú no eres malvada. De hecho, eres todo lo contrario.

—Pero ya ha oído quién es mi padre, de dónde vengo y qué se me pide que haga. ¿Cómo puedo llevar a cabo ese trabajo y, aun así, ser una buena persona?

—El castigar a la gente mala no te convierte en una mala persona. Una cosa no tiene que ver con la otra.

Estiro las piernas en el pasillo para ver si así vuelvo a sentirlas y doy al paraguas con la bota. Me quedo mirando la alfombra con el ceño fruncido.

—Pero yo también he hecho cosas malas. Hice daño a mi madre.

Y el hermano de acogida de Nate está muerto por mi culpa.

Asiente con la cabeza.

—Nadie es perfecto. Pero tú intentaste salvar a ese joven. Y le pediste perdón a tu madre. Y salvaste a ese tal Nathan Reynolds. A mí me parece que hiciste todo lo que estaba en tu mano en cada circunstancia.

Mi corazón late al compás de la lluvia, que sigue dando en las ventanas.

—Entonces ¿me está queriendo decir que no debería volver allí? ¿Que no pertenezco a ese lugar?

Se gira por completo para mirarme a los ojos.

—Lo que te estoy diciendo es que eres tú quien debe ocupar el lugar de tu padre.

Me apoyo en el respaldo del banco, boquiabierta.

—¿Qué? ¿Cómo? Pero eso no tiene ningún sentido.

El hombre arquea la espalda y un leve crujido retumba en la iglesia.

—Eres la persona adecuada precisamente por tu bondad. Porque has demostrado que eres justa y amable. Piensa en ese muchacho al que salvaste, recuerda que estaba condenado al castigo eterno pese a ser inocente. Con alguien como tú ahí abajo, eso no volverá a suceder. Tú misma me dijiste que puedes ver tanto las buenas acciones como los pecados de la gente. Y eso es algo que tu padre no puede hacer. Tendrás que asegurarte de que la gente que acabe ahí abajo se merezca de verdad estar en ese lugar.

Las visiones de Alex se abren paso por mi mente. Esos recuerdos suyos que no quiero volver a ver. Los delitos que me quebraron por dentro. Y el hecho de que ninguna parte de mí siente pena por el

lugar en el que está ahora mismo. Si alguien se merece estar en la parcela 13, es él. Después limpio mi mente con los recuerdos de Nate. Con su manera de ayudar a los desconocidos como podía. Con su rostro rogándome que lo ayudara a recuperar su libertad. Con la paz y el alivio que sentí al darme cuenta de que lo había sacado de un lugar al que no pertenecía. Y con el horror que se apoderó de mí cuando volvió a ser enviado allí.

Me paso la lengua por los labios porque los noto muy secos.

—Nunca me lo había planteado así.

La iglesia está ahora más oscura, y nos envuelve el susurro de las velas al apagarse poco a poco. Él permanece tan en la sombra que me resulta difícil verle la expresión, pero su lenguaje corporal se ve relajado cuando se echa hacia atrás en el banco.

—Todos tenemos la costumbre de ver las cosas como queremos verlas. Tú querías creer que eras incapaz de ocupar el lugar de tu padre porque lo considerabas una llamada a la maldad. Y si bien aquel es un sitio que espero no conocer nunca, siempre lo he considerado necesario. Tal vez a ti no te encante tu casa o puede que no entiendas por qué naciste allí, pero es evidente que tiene su porqué, y que desempeña su función. —Se pone de pie y se saca otra vela y una caja de cerillas del bolsillo del pantalón. Se acerca a una de las velas extintas y la reemplaza—. Como te he dicho al principio cuando has entrado, la oscuridad es imprescindible para que haya luz. —Enciende una cerilla y la aproxima a la mecha hasta que prende—. Y eso no hace que la oscuridad sea peor. Ambas, la luz y la oscuridad, trabajan a una para lograr el equilibrio. Así, se puede decir que las dos son igual de buenas.

Sigo la llama danzante con los ojos.

—Entonces me está diciendo que debería regresar a mi casa.

—Lo que te estoy diciendo es que deberías ir donde más te necesiten. —Agita la mano hasta que la cerilla se apaga.

—¿Y qué hay de Nate? —pregunto—. ¿Y de mi madre? ¿Se supone que tengo que renunciar a las dos personas a las que amo solo por mi genética?

Se mete el paquete de cerillas en el bolsillo.

—Mencionaste que tu padre visitó este sitio muchas veces a lo largo de los años. ¿Por qué tú no podrías hacer lo mismo? Si tu amor por ese Nate es tan fuerte como dices, encontrarás la fórmula para que funcione.

Me rodeo a mí misma con los brazos, y lo miro.

—Pero ¿podrá él seguir queriendo a alguien que vaya a hacer lo que se espera de mí?

El hombre sonríe.

—Por lo que yo interpreto de tus palabras, él ya te ama por quien eres, lo cual es mucho más importante que lo que haces. El amor es capaz de superar incluso las situaciones más oscuras.

Lo analizo a la luz de la vela. Sus ojos bailan con las llamas flameantes, y sus labios dibujan una sonrisa que no tiembla ni amenaza con desaparecer ni siquiera cuando se acerca más a mí.

—Creo que nunca he conocido a nadie como usted —le confieso.

Agarra el paraguas y me guiña un ojo.

—Yo podría decir lo mismo sobre ti.

—Eso es verdad. —Nos echamos a reír, y abandono el banco mientras el eco de nuestra risa reverbera por toda la iglesia—. Muchas gracias. Me ha brindado una enorme ayuda; probablemente esta haya sido la mayor sorpresa que he recibido desde que llegué a

la Tierra. Y eso que aquí me he encontrado con una madre a la que daba por muerta; con un novio que estaba muerto, y que murió dos veces; con un hermano de acogida asesino, y con un diablo que se ha presentado de improviso en mi puerta.

—Pues sé bienvenida, chiquilla. —Me acompaña hasta la puerta—. Además, me has regalado tu compañía durante la tormenta. Cuídate mucho. Y, por favor, no te lo tomes a mal, pero espero no volver a verte nunca.

Le estrecho la mano y todas sus buenas obras me pasan como una película por los ojos.

—Dudo mucho que vaya a volver a verme. Siga así. —Le guiño un ojo y le suelto la mano en el preciso instante en que la luz empieza a iluminar la iglesia—. Me da que ya ha recuperado la electricidad.

El hombre observa las lámparas doradas que cuelgan del techo.

—¿Lo ves? De la mayor oscuridad nace la luz. Pero te aseguro que he disfrutado mucho este rato de oscuridad. Me ha permitido reflexionar largo y tendido. Buenas noches, Devica.

—Buenas noches... —Arrugo las cejas—. ¡Espere, un momento! ¿Cuál es su nombre?

—Malachi —sonríe—. Pero puedes llamarme Mal.

Y sonrío yo también.

—Gracias... Mal. Me ha resultado de gran ayuda.

Ya solo llovizna cuando salgo de la iglesia, así que no me preocupo del paraguas.

Acelero el paso para llegar antes a la casa de mi madre, y el corazón me late con tanta fuerza como el trueno que ha hecho tambalear la iglesia.

Por primera vez en mi vida, sé adónde pertenezco.

L

Cuando llego a casa, ha dejado de llover. Todos siguen alrededor de la mesa de la cocina, con una taza de té humeante delante. Al entrar, voy dejando un reguero de gotitas de agua sobre el suelo de madera.

Nate salta de la silla como un resorte y viene corriendo a abrazarme.

—Devica, estábamos muy preocupados. Has estado por ahí horas.

—Lo sé, perdonad. —Le devuelvo el abrazo antes de darle a mamá su chubasquero mojado y el paraguas—. Me ha llevado mucho tiempo y me ha hecho falta parar en un sitio poco convencional para poder decidir qué hacer.

Nate se echa para atrás y analiza mi cara.

—¿Y ya lo sabes?

Digo que sí moviendo arriba y abajo la cabeza, y una punzada me atraviesa la garganta.

—Debo regresar a casa. Me necesitan allí, y no solo esta noche. Creo que existe un motivo por el que mamá se quedó embarazada pese a que los ángeles no pueden concebir, y por el que papá recibió una heredera que él jamás creyó posible.

Nate me invita a sentarme en su silla para que pueda desatarme las botas.

—¿Y cuál es?

Me quito el calzado y lo lanzo a un rincón, apoyo los codos en la mesa y bebo un sorbo de una taza de té caliente que mi madre me ha puesto al lado y que me sabe de maravilla. Es como que me reconforta y me quema por dentro al mismo tiempo, exactamente igual que las palabras que necesito soltar ahora como sea.

—Mi padre lleva ya tantísimo tiempo ahí abajo que se ha olvidado de cómo ser imparcial —le explico—. Se pasa cosas por alto, tal y como le sucedió contigo, Nate. Pero, claro, ahora ya no lo pueden desterrar. Por eso llegué yo, alguien con el don de ver tanto lo bueno como lo malo de las personas.

Mi madre me agarra la mano y la mece en su regazo.

—Eso es una enorme responsabilidad para ti.

—Sí, lo es. —Levanto la barbilla y le sonrío—. Pero yo soy fuerte. He sobrevivido a muchas cosas y aquí sigo. Me siento capaz de hacerlo.

Nate me besa la coronilla.

—Estoy muy orgulloso de ti, Devica. No te imaginas cuánto voy a echarte de menos, pero te aseguro que estoy tremendamente orgulloso de ti.

Ladeo la cabeza para que nuestros ojos se encuentren. Sus ojos azules se llenan de lágrimas que se quita de encima parpadeando unas cuantas veces.

—Yo también te echaré mucho de menos, pero, si pienso en esa parte demasiado, no me iré.

Attero me mira y esboza una tímida sonrisa.

—Ya sé que no es lo mismo, pero te prometo que al menos tendrás un muy buen amigo allí abajo. No volverás a sentirte sola

nunca más.

Le devuelvo la sonrisa.

—Te agradezco mucho tus palabras, Atty.

—¿Y en qué podemos ayudarte nosotros? —se ofrece Nate.

Tracé un plan mientras volvía a casa. Bueno, tal vez lo de «plan» sea demasiado para lo que tengo en mente.

—Armas —suelto—. Yo ya tengo mi espada, pero eso no será suficiente para derrotar a Ferus. Él es fuerte y decidido. Y esa es una pésima combinación.

—Creo que en eso puedo ayudarte —responde mi madre—. ¿Por qué tú no te vas a cambiar y te quitas toda esa ropa mojada, y volvemos a vernos aquí? Nate, Attero, ¿podéis acompañarme un momento?

Atty me mira y asiente con la cabeza antes de seguir a los demás por el pasillo. En cuanto cierro la puerta de mi dormitorio, apoyo la frente sobre la madera y respiro hondo. Una lágrima desciende por mi mejilla y me la limpio con el dorso de la mano.

Pronunciar las palabras es una cosa, pero hacer lo que digo es muchísimo más difícil que sacar a Nate del Infierno. Voy a dejar todo lo que siempre he querido por algo que siempre he detestado.

Me dirijo al armario y escojo el vestido que encontré en el castillo. Mi madre me lo ha remendado y ha cosido todos los enganchones, por lo que ahora cuelgan a modo de lazos sobre mis piernas.

Además, me ha cortado un poco el bajo y me ha añadido al corpiño un ribeteado en dorado que combina a la perfección con mis alas y que resplandece a la luz. Y como retoque final, me ha cosido a la tela unas presillas para que me cuelgue las armas.

Me recojo el pelo en una coleta alta con uno de los trozos de tela

que me quitó del vestido y voy hacia la cocina.

Nate abre la boca en cuanto me ve. Se aparta el pelo que le cubre la frente y exclama:

—¡Joder, Dev! Estás... De verdad, estás absolutamente increíble. ¡Guau! Pero te falta una cosa. —Me tiende mi espada y el filo se ilumina bajo el resplandor de la luz.

—Gracias. —La cojo sin mirarlo, convencida de que tendré la cara del color de mi vestido por su comentario. La espada se desliza por la presilla sin ninguna dificultad. Por supuesto. No podría esperar menos de las manos de un ángel. Trago el nudo que tengo en la garganta y que amenaza con ahogarme, y señalo el cofre de madera que descansa sobre la mesa.

—¿Qué es eso?

Nate se echa a reír.

—Como ves, tu madre está bien provista de armas.

—¿Qué? —la interrogo—. ¡Pero si eres un ángel!

—Tal vez los diablos sean más conocidos por su violencia —aclara mi madre—. Pero nunca subestimes a un ángel. No somos precisamente venerados por nuestros movimientos pacíficos. De hecho, algunas de estas armas incluso se usaron en esa famosa guerra contra tu padre, me parece.

Levanta la tapa del cofre y a mí se me escapa un suspiro cuando la luz de la cocina ilumina el contenido. La caja está llena hasta arriba de armamento, hay una barbaridad de espadas que brillan por sí solas. Y hay arcos fabricados en plata con sus flechas a juego. E incluso pequeñas dagas con diamantes incrustados en el mango.

—¡Menuda sorpresa!

—Literalmente —se reafirma Nate, levantando un puñal con una

cruz grabada en la empuñadura—. ¡Tu madre es una caja de sorpresas! —Asesta una puñalada al aire, con las cejas fruncidas y diciendo en un amenazador susurro—: ¡Venga! ¡Agárrala! Ya te dije que no eres rival para mi espada. Hoy no, Satán. Hoy no.

Sacudo la cabeza y apoyo mi mano sobre la suya.

—Esta no es una de esas películas de acción que a ti tanto te gustan, Nate. Ferus no se va a tragar ninguna de tus bromas.

Nate se encoge de hombros y pone el filo de la espada sobre la mesa.

—Bueno, no es culpa mía que él no tenga ningún sentido del humor.

Saco una espada enorme del cofre. Parece de plata auténtica, pero algo resplandece en color blanco en la hoja cuando la toco. La empuñadura está cubierta de plumas, lo cual facilita notablemente el agarre, pues los dedos se encajan en los huecos. Una espada tan enorme como esta debería ser muy pesada, pero en realidad es tan ligera como las plumas que la decoran.

—¡Qué bonita es! —suspiro—. ¿Por qué brilla así?

—Todas estas armas que ves aquí están hechas con sangre de ángel, que es especial para hacer desaparecer el mal —explica mi madre—. Te harán el trabajo muy rápido en el Infierno.

Me la coloco en la segunda presilla del vestido mientras ella echa mano a una bolsa redonda llena de flechas de plata con su respectivo arco, se la cuelga del hombro y pasa los brazos por entre las cuerdas.

Frunzo el ceño.

—Mamá, sabes que Nate y tú no vais a venir conmigo, ¿verdad? No es seguro para vosotros. Ahora los dos sois mortales. Podrían

heriros en el Infierno o algo incluso peor.

—Nosotros podemos ayudar, Dev. —Nate se coloca la daga en su cinturón—. Algo me dice que tu madre sabe bien qué hacer con todas estas cosas y yo me defiendo de maravilla. Sé kung-fu, ¿te acuerdas?

—El repetir una cosa mil veces no la convierte en realidad. —Le saco el arma del cinturón y le apunto al pecho—. Lo siento mucho, pero no estoy dispuesta a poner en riesgo tu vida, Nate. Lo di todo para asegurarme de que la tuvieras. Y si hago esto es precisamente para cerciorarme de que también disfrutes de tu vida en el más allá.

Nate hace una mueca, poco convencido.

—¿Eso no te parece un poco morboso?

Me pongo una mano en la cadera y levanto las cejas.

—Estoy a punto de enfrentarme a un diablo rebelde en el mismísimo Infierno para convertirme en su mandamás. Creo que no exagero al decir que la parte del morbo la tengo ya bien cubierta.

Rodeo la mesa para llegar hasta Attero y darle el puñal. Suelta un grito cuando su piel chisporrotea y se deja caer al suelo, con la mano en el pecho.

—¿Atty? —Le pongo la mano en el hombro—. ¿Qué ha pasado?

Se toca el cuerpo, lleno de ampollas, y aún con olor a chamuscado.

—La sangre de demonio ha entrado en contacto con la sangre de ángel. Y no se llevan nada bien la una con la otra. Excepto en ti, por lo que se ve.

Mi madre le da un paño de cocina para que se envuelva la mano.

—Debí decírtelo. Tu mitad ángel te protege a ti, Devica, pero Attero no podrá usarla.

—Vale, de acuerdo. —Me saco la espada que llevo a la cadera y se la doy a él—. Usa tú la mía, Atty.

Sostiene el arma en la mano, y recorre despacio con el dedo la hoja curva.

—¿Estás segura? Esta espada te ha acompañado siempre.

Cojo el puñal que está sobre la mesa y le digo, con calma:

—Ya me la devolverás cuando estemos en casa y todo esto haya acabado. A fin de cuentas, te convertirás en mi diablo mano derecha.

Levanta la cabeza para que nuestras miradas se encuentren:

—¿De verdad eso es lo que quieres?

Dejo escapar un soplo de aire.

Aunque Attero casi me convirtió en mi padre, también cambió de opinión. Fue el único de todos los que estaban en el puente que no nos lanzó bolas de fuego mientras nosotros tratábamos de llegar a toda prisa al portal.

Y no le importó ponerse en peligro para venir aquí.

Si yo no consigo vencer a Ferus, Atty será asesinado por traición. Tuvo sus momentos de debilidad, sí, pero al final supo hacer las cosas bien.

Le sonrío.

—Necesitaré a mi lado a alguien en quien pueda confiar en la batalla. Y necesitaré a un amigo junto a mí en el trono. Y tú has demostrado ser ambas cosas al venir hasta aquí y advertirme de lo que está pasando. ¿Aceptas el trabajo?

Se levanta de la silla y me abraza.

—Será todo un honor para mí. Me hace muy feliz tenerte de vuelta, Dev.

Le devuelvo el achuchón, y siento una especie de pellizco de afecto en la barriga cuando ambos reconectamos.

—Yo también me alegro de recuperar nuestra amistad.

Nate carraspea y, en cuanto me doy cuenta, suelto a Attero, que gesticula con la mano que tiene sana.

—No tienes nada de lo que preocuparte, Nathan Reynolds. Estaré pendiente de ella ahí abajo y me quedaré al mando cada vez que venga aquí a visitarte.

—Llámame Nate. —Toma la mano de Attero y se la estrecha—. Y gracias por cuidar de ella. Aunque la verdad es que los dos sabemos que se las apaña muy bien sola.

Me miran mientras me escondo el pequeño puñal entre la coleta y les guiño un ojo.

—Sin duda. —Attero se inclina hacia Nate y le murmura al oído—: Si te soy sincero, a veces hasta me da miedo.

—Y a mí —le responde Nate—. En ocasiones pierde la cordura...

—Os estoy oyendo. Y lo sabéis. —Cierro el cofre de golpe, con las mejillas más que rojas—. Si ya habéis terminado de intimar..., es hora de irnos.

Nate me lanza una mirada de aprobación y Attero se guarda mi espada en el cinturón. Mamá me mira asintiendo con la cabeza y se dirige hacia la puerta, con los otros siguiendo sus pasos.

Yo soy la última en dejar la casa, y, antes de salir, me giro un momento y dejo que mi mirada recorra sin prisa esas paredes que evocan el cielo. Noto un dolor en el pecho. Este es el único sitio en el que me he sentido como en casa.

Aquí he vuelto a conectar con las personas más importantes de mi vida: Atty, Nate, mi madre. Aquí es donde he aprendido a amar y

a proteger y cuidar lo que amo. Por mucho que las temperaturas de Dominus sean capaces de hacer saltar por los aires los termómetros terrestres, nada es comparable al calor que siento entre estas paredes.

Mientras cierro la puerta, me seco una lágrima que me resbala por la mejilla.

Nadie es capaz de decir una palabra durante todo el trayecto. Imagino que el saber lo que está a punto de suceder silencia incluso la verborrea de Nate. Me aprieta la mano e intenta con todas sus fuerzas dedicarme una sonrisa tranquilizadora, pero se pierde en la tristeza de sus ojos.

El anillo se me va clavando cada vez más en la piel a medida que nos aproximamos al portal, y a duras penas consigo tragar la bilis que me sube hasta la garganta. No soy lo suficientemente fuerte para eso. No sé decir adiós.

Mi madre aparca el coche y libero los dedos del agarre de Nate antes de abrir la puerta y bajar la mirada para ver el portal.

—Attero, ¿puedes ir tú delante para inspeccionar la zona? Necesito un minuto.

—Voy para allá. —Attero se dobla, salta al interior del remolino de aire y desaparece.

Por mi parte, me giro para mirar a los ojos a las dos personas que voy a dejar atrás y respiro hondo. Me tiemblan los hombros. No puedo hacerlo.

Mi madre me abraza y pega su frente a la mía. Sus ojos dorados están llenos de lágrimas.

—Te echaré de menos más de lo que puedas imaginar, pero me siento muy orgullosa de ti. Te has convertido en una joven

maravillosa.

—Lo he aprendido de ti. —Atrapo una lágrima que le recorre la mejilla e intento sonreír—. Te quiero mucho, mamá.

—Yo también te quiero. —Me estruja una última vez y da un paso atrás—. No olvides nunca que puedes volver siempre que quieras. Aquí siempre tendrás las puertas abiertas. Sigue haciéndome sentir tan sumamente orgullosa de ti, Devica.

Trago con esfuerzo.

Lo intentaré.

Nate abre los brazos y corro a perderme en ellos y hundir la cara en su pecho. Lleva puesta una camiseta que dice MI NOVIA ME SALVÓ DEL INFIERNO Y LO ÚNICO QUE ME REGALÓ FUE ESTA MIERDA DE CAMISETA. Se la pedí personalizada por internet y se la regalé por el aniversario de su muerte, que además era el aniversario del día en que nos conocimos. Y me dijo que era el mejor regalo que le habían hecho nunca.

Gimoteo sobre las letras.

—No sé cómo despedirme de ti.

Me quita un mechón de pelo de la cara.

—No será para siempre. Nos volveremos a ver muy pronto. En cuanto le des una buena patada en el culo a ese Fungus. Lo cual no dudo que será lo que harás.

Le obsequio con una media sonrisa.

—Me da que tú tienes demasiada fe en mí. Mucha más de la que yo tengo en mí misma.

—Lo único que sé es que en mi corazón nuestra historia no termina así.

Nate agacha la cabeza y me besa, despacio y con dulzura. Me

rodea el cuello con los dedos y me acerca más y más a él antes de enredarlos entre mi pelo. Murmuro algo contra su boca mientras el sabor a sal de las lágrimas se apodera de mi lengua. Ya no sé si son suyas o mías. No podría distinguirlas.

Mi madre tose repetidamente y yo corto el beso de sopetón, roja de la vergüenza por cómo me mira.

Nate me acaricia la cara.

—Siempre te estaré muy agradecido, Devica. Me salvaste la vida, dos veces. Mi corazón late de nuevo, y no solo gracias a ti, sino por ti.

Le doy un golpecito en el pecho.

—A veces eres taaan patético.

—Pero te encanta.

—Pues sí —admito, mirándolo—. Me encantas tú.

—Tú también me encantas. —Me besa una última vez—. Ahora corre y ve a salvar tu casa. Estaré aquí esperándote para cuando puedas venir a visitarme. No tardes mucho, ¿vale?

Miro a mi madre por encima del hombro de Nate, tratando de reprimir las lágrimas.

—¿Cuidarás de él?

Le pone la mano en el hombro.

—Como si fuera mi hijo. Lo cual, por supuesto, significa que seguiré adelante con mi plan de que se saque el examen de acceso a la universidad para que pueda empezar a estudiar una carrera.

Nate se queja y me lanza una mirada suplicante:

—¿Es demasiado tarde ya para cambiar de opinión e irme contigo?

—Lo lamento en el alma. —Me encojo de hombros—. Hice lo

imposible por sacarte de allí. Así que ahora te quedas aquí quietecito.

Nate mira a mi madre y ambos intercambian una sonrisa.

—Bueno, supongo que no está tan mal eso de encontrar una familia para siempre.

Mi madre le pasa un brazo por encima.

—Pues claro que no.

—Qué envidia me dais. Eso sí, no se os ocurra comeros una *fondue* vosotros dos solos mientras yo esté fuera. —Suspiro de nuevo y doy un paso al frente para atravesar el portal—. Debo irme ya. Attero me estará esperando.

Mi madre se aferra aún más a Nate.

—Adiós, cariño. Y no te preocupes por nosotros. Estaremos bien.

—Adiós, Dev —susurra Nate.

—Esto no es un adiós, Nathan Reynolds —le recuerdo—. Dime mejor: «Hasta pronto». Os quiero mucho a los dos.

Alzo la mirada. Las nubes por fin se han ido, y puedo ver bien el brillo de las estrellas que adornan el cielo de California. No hay muchas, y están tan lejos que tengo que entrecerrar los ojos para mirarlas, pero las llevo grabadas en mí junto a los miles de recuerdos que tengo con mi madre y con Nate.

Acto seguido cierro los ojos y doy un salto en dirección al portal.

LI

Desciendo al Infierno, y no con los pasos cuidadosos de Dante, sino como una bala. El portal me deja en el puente, lo golpeo con la virulencia de una roca, y ruedo hacia el extremo. Attero me agarra de la coleta y tira de mí hacia atrás. Noto un fuerte dolor en el cuero cabelludo, me agarro a la barandilla con un grito y me paro justo a tiempo antes de caerme de bruces sobre las llamas que tengo debajo.

—Perdona, lo siento. —Attero suelta la mano—. Quería agarrarte el brazo.

Me arreglo la coleta y me coloco bien la daga que había metido en ella.

—No pasa nada. Gracias por tu ayuda.

—A tus órdenes, jefa. —Me guiña el ojo y blande la espada delante de él en el momento en que nos disponemos a cruzar el puente.

Jefa. Aún no estoy acostumbrada a que me llamen así.

El corazón me late con fuerza mientras me saco la espada del cinturón. Sigo a Atty por el puente con los ojos entrecerrados. Nate tenía razón. Está todo superoscuro aquí abajo. Creo que me he malacostumbrado el tiempo que he pasado entre las paredes amarillas de la casa de mi madre.

El sudor me baja a chorro por detrás del cuello en cuanto el calor de abajo sube en espiral hasta nosotros. Sospechosamente es lo único que parece estar esperándonos aquí.

Frunzo el ceño mientras seguimos abriéndonos camino.

—¿Dónde se supone que está todo el mundo? ¿Por qué no hay ningún soldado aquí? Venía con la idea de que tendríamos que pelear nada más poner un pie fuera del portal.

—No lo sé —contesta Attero con la mandíbula tensa—. Y la verdad es que esta calma no me gusta un pelo.

El silencio sepulcral que nos rodea me revuelve el estómago.

—A mí tampoco.

Saltamos por un muro para adentrarnos en la ciudad del hielo, suspiro y veo que, al respirar, me sale vaho de los labios.

Caminantes oscuros de todos los tamaños deambulan hacia nosotros. Junto a los residentes medio helados de esta ciudad, se acercan otros pecadores procedentes de Avaricia, desnudos y cubiertos de barro, que avanzan tiritando por la nieve. Y a ellos se unen las almas de todos los lugares del Infierno. Incluso los heridos andantes de la parcela de Nate se las han apañado para recorrer todo este camino. Uno de ellos profiere un chillido mirando hacia mí, yo creo que sin ser consciente de que tiene el estómago abierto y de que sus tripas tiñen de rojo el blanco que hay a sus pies.

Nos lanzan todo lo que pueden: bolas de nieve, las porras que les han quitado a los soldados e incluso sus propias extremidades. Me apuesto lo que sea a que no tardará en caerme algún riñón encima.

Puaj, qué asco.

Suelto un soplido que consigue levantarme el flequillo que tengo pegado a la frente.

Desde luego, Atty ha minimizado bastante el panorama.

—¿Cómo ha conseguido toda esa gente llegar hasta allí? —le pregunto a gritos a mi amigo cuando esquivamos un trozo de algo que espero que sea sangre helada.

—Nos dominaron y confiscaron nuestros vehículos —me detalla—. Fue entonces cuando me marché a buscarte. Por suerte, las murallas aún logran contenerlos. Pero no tardarán en derribarlas y escapar.

Aprieto con fuerza los ladrillos que tenemos tras nosotros mientras Attero apunta a un pecador con la espada. Los soldados hacen lo propio al muro que queda justo por detrás de mí, pero están congelados, y no por el frío, puesto que ellos no lo sienten, sino por algo que los mantiene inmóviles.

«¿Qué narices está pasando en el inframundo?».

—¿Qué estás haciendo? —ladro a uno de ellos a la vez que esquivo un pie cubierto de sangre que viene volando hacia mí—. Devolved a todos estos caminantes oscuros a sus parcelas. Ahora mismo.

Los ojos de los soldados se abren como platos cuando se dan cuenta de quién soy.

—No hemos recibido ninguna orden de Ferus, majestad.

«Oooh, joder».

Levanto el pie y pateo a un caminante oscuro en la cabeza. Gruñe y se cae hacia atrás sobre un montón de nieve.

—¿Y quién os ha mandado obedecerlo a él?

—Él está ocupando el trono, majestad. —Se levanta el visor y deja al descubierto las escamas amarillas que rodean sus ojos de color esmeralda—. En ausencia de usted y de su padre, recibimos órdenes de quien sea que se siente en él.

Un caminante oscuro me agarra el brazo y le lanzo una bola de fuego al pecho. Sale despedido y va a caer encima de otro que está sobre una pila de nieve. Se gritan algo el uno al otro.

Como no podía ser de otro modo, Ferus está en el trono en lugar de aquí. Eso es lo único que siempre le ha preocupado.

Estoy deseando apartarlo de él. Extremidad a extremidad si fuera necesario.

Al avanzar hacia el centro de la fila de soldados, cierro los ojos y me preparo para su ira. Ya puedo oír el sonido de las armas bajando y el crujido de la nieve. Cuando abro los ojos, me encuentro a todos los soldados de rodillas, con la cabeza inclinada.

—Pero ¿qué está pasando? —le susurro a Attero.

Me sonríe.

—Están esperando tus instrucciones, majestad.

Entorno los ojos.

—Todos me llaman así.

—¿Qué, Su Majestad?

—Sí, eso. ¿Qué fue de alteza?

—«Alteza» es la fórmula de cortesía que utilizamos para referirnos a una princesa. Y con «majestad» es como nos referimos a nuestra reina. —Attero hace una reverencia. Cuando levanta los ojos para encontrarse con los míos, me hace un guiño—. Ya te dije que todos estábamos deseando que volvieras, Dev.

La nieve se derrite en mi lengua mientras los contemplo boquiabierta, pero ni aun así cierro la boca. Me había preparado a mí misma para su odio y rechazo al verme. Pero parece que ni siquiera el hecho de ser un medio ángel que ayudara a escapar a un pecador me hace tan horrible como Ferus.

Todavía me quieren como su líder, y, por primera vez en mi vida, no defraudaré a quienes confían en mí.

Trago saliva y me cubro la boca con las manos para hacer frente a la tormenta.

—Juntad al resto de las tropas, encerrad en sus parcelas a todos los caminantes oscuros que podáis y aseguraos de que no puedan escapar.

Asienten con la cabeza y se dispersan para enfrentarse, literalmente, a los rebeldes caminantes oscuros en medio de la tormenta.

—No los perdáis de vista —le digo a Attero—. Y avisadme si me necesitáis. Estaré en el Salón del Trono. —Salgo disparada del suelo y me elevo hacia Dominus antes de que mi amigo pueda oír lo fuerte que me late el corazón dentro del pecho.

Me elevo todo lo posible y vuelo alejada de las parcelas para no dejarme llevar por su distorsión del tiempo. Lo que Nate y yo tardamos un año terrestre en atravesar a pie lo recorro por el aire en menos de una hora.

Menos mal que mi madre no me dejó cortarme las alas.

Al llegar a Dominus, desciendo y retomo el contacto con el suelo apoyando todo el peso de mi cuerpo sobre los dedos de los pies.

No hay absolutamente nadie haciendo guardia por los pasillos, por lo que nadie me da el alto cuando avanzo de puntillas hacia el Salón del Trono y me cuelo dentro. Por ahora, todos deben de estar siguiendo mis instrucciones y capturando a los caminantes oscuros que andaban sueltos por ahí.

Ferus, más que estar sentado en el sillón de mi padre, está tumbado en él. Lo veo reclinado hacia un lado, con una pierna sobre

el reposabrazos y apoyado en un codo.

Se me revuelve el estómago al verlo. Tendré que limpiar bien el trono con ozono cuando logre apartar de él a ese asqueroso que carece de todo lo que hay que tener para ocuparlo.

Un soldado permanece de pie a su lado, tan estirado como si le hubieran metido un palo por el culo, con la mirada perdida al frente. No lleva casco, y me quedo de piedra al reconocerlo: Diripo.

Me muerdo el interior del labio. Fue muy amable con Nate y conmigo cuando nos pilló el primer día de nuestra huida. Solo espero que no siga enfadado porque le cogiéramos prestado el uniforme. Ahora me vendría bien tenerlo de mi parte otra vez.

Ferus me enseña toda su plétora de dientes en cuanto entro. Debe de verse obligado a erguirse y se sienta con las piernas colgando hacia delante.

—¡Princesa! Me imaginé que vendrías cuando me di cuenta de que Attero se había ido. Supuse que el cobarde ese habría ido a buscarte. Pero siento decirte que llegas demasiado tarde.

—Ferus —le gruño, sacándome la espada de mi madre de la cadera—. Estás ocupando mi sitio.

Se echa hacia delante, con una mano entre las rodillas y la otra por detrás.

—Ya… Me temo que ahí es donde te equivocas, princesa. Este trono pertenece a quien sea que lleve esa piedra preciosa que tienes ahí, princesa. Por eso mismo lo único que necesito es lucir ese anillo en mi dedo. Una vez que lo tenga, el sillón me concederá oficialmente el título de jefe de todo esto. Fue tu padre el que me lo dijo. Aunque insistió en que tendrías que dármelo tú de buena gana. ¿Qué les pasa a los seres mágicos con toda esa tontería del libre

albedrío?

Cierro los dedos en un puño. Tendría que estar tan condenada como las almas de aquí abajo para que alguna vez se me ocurriera darle algo a Ferus libremente.

—No puedes tenerlo, Ferus. No te lo mereces.

—Me decepcionas, pero lo intuía. —Salta para bajarse del trono y se ríe con sorna—. Y, para serte honesto, princesa, me alegro de que no estés dispuesta a dármelo con tanta facilidad. Me resultará mucho más divertido quitártelo.

Planto los pies en la alfombra y saco la espada.

—Te deseo buena suerte, Ferus. Peleé con fiereza para salir del Infierno. Tú no eres nada en comparación con eso.

Chasquea la lengua bífida y se la pasa por los dientes.

—No sé por qué te empeñas ahora en ponérmelo tan difícil. Durante muchos años me has dicho que tú no quieres esto. Te estoy haciendo un favor. Dame el anillo y podrás regresar a la Tierra y vivir feliz y contenta con ese humano patético.

Por un instante sopeso su propuesta. Podría volver a casa y decir que lo intenté. Y pasarme el resto de mis días, fueran los que fueran, junto a mi madre y Nate.

Entonces recuerdo esa noche en que Nate irrumpió en mi dormitorio, el miedo que vi en sus ojos mientras me suplicaba su libertad. Me juré a mí misma que nunca nadie más volvería a pasar por aquello.

—¡No! —Me muevo entre los asientos vacíos, con la espada levantada a la altura de su pecho—. Este lugar no te pertenece, Ferus. Te lo arrebataré si tengo que hacerlo.

Le sale una carcajada del pecho que rebota contra los muros de

cristal.

—¿Y qué es lo que tienes pensado hacer, princesa? Te recuerdo que soy inmortal. Y tú eres un poco pequeña para llevarme a cuestas hasta el río Ignis.

—¿Por qué no probamos y así salimos de dudas y averiguamos si puedo o no puedo?

Mi espada resplandece en color blanco y baja los párpados para estudiarla.

—¡Oooh! Resulta que la princesita ahora está luchando con armas de ángel. ¿En qué lugar del inframundo te hiciste con esa cosita tan preciosa?

—Me la dio mi madre. —Lo rodeo lentamente, y él gira conmigo, con un brazo por detrás de la espalda—. Ahora ya entiendo por qué razón mi padre la mantuvo en secreto. Es un ángel.

Me estudia, y sus ojos me traspasan como si pudiera verme el alma. Lo que ocurre es que, a diferencia de todos esos condenados injustamente, yo no tengo alma.

—¿Tienes una parte ángel? Asúmelo, princesa, eres un ser atroz que tiene la virtud de decepcionar a todo el mundo al que ama —escupe la última palabra como si fuera basura sobre su lengua.

Todo son mentiras. Quiere debilitarme, pero lo único que consigue es avivar el fuego que hay en mí.

Levanto el mentón.

—Te estás equivocando, Ferus. Yo no soy un demonio perfecto. Y tampoco soy un ángel perfecto. Pero precisamente esas imperfecciones son las que me hacen quien soy, y estoy muy orgullosa de mí misma.

Mis dedos agarran con fuerza la empuñadura de mi espada.

—Para tu información, y siguiendo mis órdenes, los soldados están encerrando a todos los caminantes oscuros que se escaparon. Les da igual de dónde venga yo, porque soy amable, y justa, y, sobre todo, porque no soy tú. Admítelo ya, Ferus. El único motivo por el que siempre me has odiado es porque sabes de sobra que soy más lista que tú, más fuerte que tú y más atractiva que tú.

Me acerco a él, pero ni siquiera se inmuta.

—Y, de ahora en adelante, tengo una esperanza de vida mucho mayor que la tuya.

Bajo la espada y él aprovecha para blandir la que esconde detrás de la espalda. Las armas suenan al chocar, el golpe nos separa y yo salgo despedida a la otra punta de la estancia y caigo sobre una silla. Me desplomo en el suelo, con un dolor punzante en el costado.

—Siempre supe que entre nosotros había una chispa, princesa, pero nunca imaginé algo así. —Ferus se sacude sus pantalones negros y se protege con la espada—. Intentémoslo otra vez, ¿te parece?

El metal que tiene en la mano brilla con un resplandor verde que se propaga por él, como el agua al chocar contra un cristal.

Un escalofrío me recorre la espalda cuando me pongo de rodillas.

—¿Qué es esto?

—Es mi espada. —Corta en dos el aire—. Bueno, un poco mejorada. ¿Te acuerdas de cuando la lanzaste al río Ignis?

—Después de que me la tiraras a mí. —Me pongo de pie y bajo las cejas, mirándolo. —No me eches a mí la culpa por tu mala puntería.

Aspira el aire por entre los dientes.

—Bueno, pues bajé para recogerla y la encontré sobre una

especie de repisa. Y, en ese momento, al ver las llamas, tuve una idea. Todos sabemos que el río Ignis puede matar a los diablos, pero… ¿qué sería capaz de hacerle al arma de uno de ellos? Así que, para comprobarlo, decidí mojar el filo de la espada.

Abro la boca, incrédula.

—¿Que hiciste qué?

Ferus avanza de una zancada hasta la parte frontal del salón en que estamos y sube las escaleras.

—Y no destruyó la espada. Qué va, al contrario. La hizo mucho mucho mejor. Observa.

Sin darme margen a actuar, va él y pasa la espada por la garganta de Diripo, quien gorgotea y se lleva la mano al cuello antes de caer al suelo, sin vida.

—¡Diripo! —Me quedo contemplando boquiabierta el cuerpo del diablo que me había protegido desde niña. Inmóvil, espero a que se recomponga del golpe y se ponga de pie, pero no se mueve. Se me hiela la sangre de la cara y siento un fortísimo dolor en la garganta.

Se ha ido. Se ha ido para siempre. Y ni siquiera he podido pedirle perdón por haberlo traicionado.

Las lágrimas se me agolpan en los ojos, pero trato de parpadear unas cuantas veces seguidas para hacerlas desaparecer.

—¿Por qué, Ferus? ¿Por qué? Si él no te ha hecho nada.

Ferus blande la espada de nuevo, ahora apuntándome a mí.

—Para demostrarte que me necesitas. Soy un innovador, princesa. Tu padre perdió muchísimo tiempo llevando traidores hasta el río Ignis. Imagina lo bien que aguardarán ahora su turno en la fila cuando sepan que tengo un arma que podría matarlos en segundos.

—Tú no eres ningún innovador, Ferus. —Trago la bilis que tengo

en la garganta y analizo el terreno mientras él osa darle un empujoncito al diablo—. Eres un monstruo. Y ya te he escuchado lo suficiente. Es hora de que te largues de aquí para siempre.

LII

Subo corriendo las escaleras, pero se adelanta y se esconde tras el trono, y mi espada corta el aire. Resoplo, frustrada, y me mantengo firme.

—¿Qué problema tienes, Ferus? —le pregunto. Me tiembla la espada, y la agarro con las dos manos para que no pueda ver mi miedo—. ¿Por qué te escondes de mí? Digo yo que una princesita y su espada de ángel no te darán ningún miedo, ¿no?

Salta desde detrás del trono y el filo de su espada roza mi brazo desnudo. Grito cuando el metal araña mi piel y veo la sangre brotar de la herida. Él se ríe triunfante, y yo aprovecho el momento para asestarle un golpe y pegarle un tajo en el pecho. Pero consigue esquivarme, por lo que la hoja de mi espada solo lo rasguña, aunque también consigue rasgarle el chaleco y dejarle la piel a la vista, lo que le hace proferir un grito. Dentro del corte se vislumbra una gota de un líquido naranja.

El verle sangrar no hace sino aumentar mi confianza en mí misma. Ferus baja las escaleras y yo voy tras él, apuntándolo con el arma que sostengo con el brazo que aún tengo sano. Me lanza un zarpazo, pero me agacho y su espada silba por encima de mi cabeza.

Nos rodeamos el uno al otro, con los ojos cerrados.

Apuñalo el aire que hay entre nosotros, pero Ferus es rápido y evita el golpe. Avanza y me acorrala contra la pared.

Me tiemblan las rodillas, y por mi cabeza solo ronda la imagen de cuando me atrapó contra su puerta. Me sonríe con maldad, como si me estuviera leyendo la mente, y se lame los labios. Le hago una mueca, y siento cómo el calor va subiendo por mi pecho. No permitiré que vuelva a derrotarme.

Cuando baja la espada, me lanzo, me doy la vuelta y le suelto una patada en el brazo. Su arma sale volando hasta el otro extremo de la habitación y va a caer a los pies del trono.

Mi corazón se acelera cuando lo esquivo y subo corriendo las escaleras. Le doy una patada al arma para meterla debajo del trono, y lo oigo maldecirme.

El sonido de su voz hace que un escalofrío me recorra la espalda. Y es que, aunque haya conseguido desarmarlo, Ferus sigue entrañando una amenaza. Me limpio el sudor de la ceja con el dorso de la mano y me giro hacia Diripo. Se me revuelve el estómago al ver el charco de sangre que se ha formado alrededor de su cabeza, como el más sangriento de los halos.

«Es un soldado. Tendrá unas esposas. Tengo que intentar hacerme con ellas».

De pronto, mientras le palpo la cintura, contengo la respiración para evitar que me entren arcadas: las esposas no están en su cinturón.

Algo se me encaja en la muñeca y me pellizca los nervios. Suelto la espada y de repente las plumas se vuelven tan pesadas que me caigo al suelo de rodillas

«No. No me puede estar pasando esto».

—¿Era esto lo que buscabas? —Ferus me arrastra por la esposa que ya me ha cerrado en la muñeca—. Se las quité por si acaso. —Se arrodilla junto a mí mientras toda la habitación me da vueltas—. Si no lo recuerdo mal, esta cosa te hacía perder toda la fuerza, ¿no, princesa? Mírate, te han vuelto tan débil que ya no puedes sostener ni tu espada.

Se ríe a carcajadas y me empuja escaleras abajo. Mi cuerpo rebota en el suelo y me golpeo con cada escalón. Me cruje el brazo al aterrizar, y grito de dolor. Toda la cabeza me da vueltas mientras me afano en tirar de la esposa para tratar de sacar la muñeca. Pe-ro me la ha apretado muchísimo, y yo estoy muy débil.

No, no me puede ganar, me niego. He pasado por demasiado para terminar así.

Ferus busca su arma debajo del trono, pero la he mandado demasiado lejos como para que pueda alcanzarla. Se arranca el chaleco, lo envuelve alrededor de la empuñadura de mi espada y baja corriendo hacia mí.

Procuro alejarme rodando, pero el dolor no me permite cambiar de posición, y empeora con cada movimiento. Las lágrimas me nublan la vista, pero abro y cierro los ojos unas cuantas veces. Estaré tan condenada como toda esta gente de aquí abajo si Ferus me ve llorar.

Se agacha a mi lado y me acaricia el pelo. El mero contacto con su piel me da ganas de vomitar.

—Oh, pobre princesa, parece que te duele. Si quieres, puedo cortarte la mano a la altura de la muñeca para que así la esposa se te vaya con ella. Tranquila, ya te crecerá otra mano. Digo yo.

Me zafo de él. Toda la boca me sabe a sangre. La presión me

oprime las sienes con fuerza, como un tornillo de banco.

—Cómo no, intentando engañarme para vencerme. Tú jamás ganarías en una batalla justa, y lo sabes. Eres un cobarde.

Gruñe como un animal herido y me pega un pisotón en el pie. Todo a mi alrededor se vuelve negro cuando mis huesos se hacen pedazos bajo su tacón. Dejo escapar un alarido y parpadeo para huir de la oscuridad. El dolor me sube hasta la pantorrilla como si de fuego se tratara. Gimo entre dientes y cierro los ojos para que no vea las lágrimas que los inundan.

Si no tuviera puesta esta maldita esposa, incendiaría toda la habitación. La furia y el dolor luchan por apoderarse de mi pecho, y apenas puedo respirar.

—Yo jamás he dicho que sea valiente —se mofa Ferus—. Lo que digo es que soy más inteligente. Venga, decídete, ¿qué prefieres? ¿Toda la muñeca o solo el dedo? Yo escogería el dedo, desde luego.

—Sí, mira. Aquí tengo un dedo para ti. —Le saco el dedo al que me refiero y, acto seguido, le escupo sangre en la cara.

—Hay que ver, ese es un gesto demasiado vulgar para venir de la hija de un ángel. Esperaba algo más encantador. —Se limpia la mejilla con la mano—. Aun así, ya sabes que mi propuesta sigue en pie, princesa. Cásate conmigo y gobernemos este sitio juntos. Por supuesto, yo seré quien lleve la batuta, pero tú tendrás el honor de compartir cama conmigo.

Me sube el vómito a la garganta.

«Puaj. No, no y no».

—Preferiría morirme antes que casarme contigo —le espeto mostrándole los dientes.

—Eso se puede arreglar. —Ferus observa su reflejo en las paredes

de cristal y se vale de una punta de su camisa para limpiarse los restos de sangre que le quedan por la cara. A continuación esboza una sonrisa de oreja a oreja—. Huelga decirte que he mejorado más que mi espada, princesa. Quizá eso te haga cambiar de opinión.

Todavía frente al espejo, se rasga la camisa y la tira al suelo.

Me preparo para decirle que no me hace falta ver más partes de su asqueroso trasero para convencerme de que no quiero casarme con él, pero lo único que sale de mi boca es un suspiro horrorizado.

La piel de Ferus resplandece bajo las luces del Salón del Trono, y resalta algo rojo en su espalda. El rojo de las alas de mi padre. Las que antes colgaban de la pared de su enorme estancia, ahora están cosidas a la columna vertebral de un monstruo.

—Pero ¿qué has hecho? —le grito al ver la forma tan burda en que lleva las alas cosidas a la espalda, con hilos negros entrecruzándose. De hecho, se le ve la piel inflamada bajo cada puntada, como si su propio cuerpo supiera la atrocidad de lo que ha hecho y estuviera tratando de rechazar cada punto.

—¿Te gustan? —Ferus mueve las plumas y una agradable brisa me da en la cara—. Cuando nuestro gran hombre se marchó de aquí, supuse que ya no las necesitaría nunca más. No alcanzo a comprender que el jefe nunca pensara en hacer esto mismo. Era tan jodidamente sentimental con estas cosas, que siempre las clavaba en la pared y se quedaba mirándolas con un aire patético. Obligué a un soldado a cosérmelas. No se le daba muy bien lo de las agujas, pero, mira, hacen su servicio. Además, refuerzan el efecto, ¿no crees?

Se acerca tanto a mí que alcanzo a ver que el cosido aún le sangra e incluso tiene pus. Apestan a infección o a algo aún más

siniestro. Como a muerte, a fuego y a sulfuro todo junto.

Me entran náuseas, así que me giro para no volver a ver la barbaridad que ha hecho con eso que mi padre más amaba y detestaba de sí mismo.

Vuelvo a ver el cuerpo de Diripo y se me corta la respiración. Solo me hace falta presionar el botón de su cinturón para abrir las esposas, quitármelas y recuperar mi fuerza.

Me pondré a punto enseguida para la batalla.

El problema está en llegar hasta él.

Mientras Ferus está distraído con su propio reflejo, repto con todo mi cuerpo sobre mi brazo bueno, arrastrándome como los caminantes oscuros llenos de barro de la parcela 8. Gimo cuando los huesos de mi pie roto rechinan tras de mí. Llevo el vestido empapado de sudor y manchado de sangre. Con cada movimiento es como si miles de trozos de cristal se me estuvieran clavando por dentro, pero ni por esas me detengo.

Ferus suelta una risa detrás de mí.

—Princesa, si de veras quieres morir con tanto sufrimiento, cumpliré tu deseo. Pero primero querría asegurarme el trono.

Ya he conseguido llegar al segundo escalón cuando me agarra el brazo que tengo roto.

Grito cuando la agonía me invade y unas luces blanquecinas se encienden y se apagan ante mis ojos. A pesar de mi mareo, me esfuerzo por soltarme de él, pero ahora mismo es demasiado fuerte para mí. Me estira el dedo anular, tira de él y lo apoya sobre el escalón antes de sacar la espada de mi madre.

Cierro los ojos y espero el dolor, pero la espada rebota sobre mi piel como si mi cuerpo fuera de acero. No puedo tener los ojos más

abiertos, y él me mira con los suyos igual de grandes. Una risilla escapa de mi garganta. Aunque me duelen las costillas con el más mínimo movimiento, solo por el horror de su cara merece la pena.

—Oh, ya veo. —Toso sangre azul sobre el suelo que tengo al lado y me limpio la boca con el antebrazo—. ¿Es que no te lo dije? Esa espada no puede herir a alguien que sea mitad ángel.

Ferus lanza mi espada a la otra punta de la habitación.

—Una mierda inútil de un angelucho. Entonces hagámoslo de una forma menos divertida. —Me arranca el anillo y me suelta el brazo. El dolor me sube hasta el hombro y me trago un bramido—. Quédate aquí, princesa. Me ocuparé de ti una vez que tenga asegurado mi lugar en el trono.

Lo contemplo, sin poder hacer nada, mientras sube las escaleras. Bajo la cabeza hacia el suelo y exhalo lentamente. He usado toda mi energía para derrotarlo, y aun así no ha sido suficiente. Tal vez mi padre tenía razón y yo no soy más que un fracaso para todos. Si Ferus me deja con vida, regresaré junto a mi madre y a Nate con la esperanza de que me perdonen por no ser todo lo que ellos creían que era.

Ferus coloca el anillo en el hueco que queda en el reposabrazos. No pasa nada. Deja escapar un gruñido y presiona con más fuerza. Sigue sin pasar nada.

Levanto la cabeza y sonrío. Creo que mi padre omitió decirle algo fundamental.

Ferus me observa.

—¿Qué hiciste? ¿Por qué no me está funcionando?

—Yo estoy tan sorprendida como tú —murmuro.

Pero es mentira.

Cuando me dio el anillo, mi padre me advirtió de que debía recubrirlo de mi sangre antes de ponerlo en el trono. Supongo que era su forma de asegurarse de que su sucesor fuera alguien que llevara su sangre. Veo que, cuando habló con Ferus, se olvidó de contarle ese detallito. Y es probable que eso es lo que quería decir con lo de que lo hiciera por voluntad propia.

Mi padre, el Príncipe de la Decepción, todo el mundo.

Me muerdo la lengua para evitar reírme cuando Ferus gruñe de nuevo y sigue intentando encajar el anillo en distintas partes del trono.

Me está dando la espalda, y se muestra tan entregado para que el anillo funcione que no se entera de que comienzo a arrastrarme escaleras arriba. Estoy empapada en sudor, y siento el vestido pegado a mi cuerpo mientras me deslizo como una serpiente cubierta de terciopelo.

Cada movimiento es para mí una tortura, pero aprieto los dientes para soportar el dolor hasta que por fin consigo llegar hasta el cuerpo de Diripo. Parpadeo para quitarme las lágrimas de los ojos, le miro bien la cintura de nuevo y mis labios se arquean para dar lugar a una sonrisa. Ferus se olvidó de quitarle a Diripo el cinturón cuando le robó las esposas. Un gran error por su parte.

Ferus despotrica y maldice el trono, y le da una patada mientras yo presiono el botón verde para liberarme de las esposas. El metal me deja libre la muñeca y cae al suelo con un ping de lo más satisfactorio, y respiro hondo varias veces hasta que consigo que el dolor me dé un poco de tregua. Noto un cosquilleo en los músculos, y la fuerza fluye de nuevo por mis brazos hasta mis dedos.

—Estoy muy impresionado, princesa.

Pego un salto al ver a Ferus venir hacia mí. No lo había oído darse la vuelta.

—Bueno, te habrás liberado, pero te aseguro que no tienes nada que hacer sin tu espada.

Me levanto apoyándome en el pie bueno, y me balanceo mientras la sangre caliente me gotea de la boca y se acumula en mi cuello. Me limpio los labios con el dorso de la mano derecha.

—Eso es lo que tú te crees.

Me llevo la mano a la coleta y saco el puñal que llevaba escondido. Mueve la cabeza hacia un lado sorprendido al verme bajar la mano.

Fallo en el corazón.

Pero tampoco pretendía darle justo ahí.

Es más, es que no estoy segura de que tenga uno.

Ferus grita y retrocede tambaleándose con la mano en el pecho. Tiene los ojos abiertos como platos mientras la sangre forma un charco sobre su pecho desnudo.

—¡Serás perra!

—La reina Perra, sí. Pero ahora devuélveme mi anillo. —Alargo la mano—. Perdiste, Ferus. Este trono no te quiere, y yo tampoco.

Se le oscurecen los ojos, que se vuelven dos abismos de odio y enfado. Se da la vuelta y se aleja, pisando despacio con un pie detrás del otro.

—En eso te equivocas. Si yo no puedo ocupar el lugar de tu padre, tú tampoco lo ocuparás.

Entorno los ojos y una mano fría me oprime las entrañas ante la calma de su rostro, la misma calma que Alex mostró al hablar del asesinato de su padre.

—¿De qué estás hablando?

—Adiós, princesa. —Sonríe ampliamente mostrando su afilada dentadura—. O a lo mejor ahora ya eres solo Devica.

Sin darme tiempo a contestarle, Ferus extiende sus alas robadas y sale volando del Salón del Trono, con mi anillo en la palma de su mano y mi puñal aún clavado en el pecho.

LIII

Lucho contra mis ganas de desplomarme en el suelo junto a Diripo. Esto debería haberse acabado. El puñal tendría que haberle absorbido toda la energía igual que las esposas hicieron conmigo. Lo que sucede es que ahora ya no está batallando solo con su propia fuerza. Algunos retazos de mi padre son, en este momento, también parte de él, y corren por su sangre con la misma fiereza que lo hacen por la mía.

Salta a la vista que Ferus tiene la fuerza de dos demonios. Y mi cuerpo aún tiembla por el agotamiento. Está claro que no podré derrotarlo. No me quedará otra que dejarlo escapar.

Recorro con la mirada el cuerpo de Diripo y se me cierra la garganta al verlo. Si tiro la toalla y me rindo, Ferus seguirá haciendo daño a la gente que me importa. Irá a por Nate, a por Atty, a por mi madre. Los castigará a todos solo por machacarme a mí.

Al margen de ellos, he de lidiar con el resto de la humanidad. A decir verdad, los humanos no son tan horribles como me habían hecho creer. La sonrisa de Mal se dibuja en mi mente. Y sus palabras, haciéndome entender que mi genética no me convierte en alguien deplorable, sino en quien yo soy.

Y soy infinitamente mejor que un demonio rojo narcisista con músculos donde debía tener un cerebro.

Cierro los ojos y respiro, agitada. Sí, puede que Ferus sea fuerte, pero yo llevo en mis venas la sangre de mi padre y de mi madre. Y me tengo a mí. No necesito nada ni a nadie más.

Estoy preparada para pegarle una buena patada en el trasero.

Me voy encontrando mejor poco a poco desde que me he quitado las esposas. Todavía me duele el brazo, pero ya no lo tengo doblado en ese ángulo raro. Pongo a prueba mis alas. Levanto los pies de la alfombra, y los vuelvo a apoyar con delicadeza.

—¿En serio quieres seguir luchando, Ferus? —grito a la estancia vacía—. Dámelo ya.

Echo a correr hacia donde ha lanzado mi espada y me la coloco en la cintura antes de emprender el vuelo tras él.

No me cuesta ubicarlo.

Las alas de mi padre son enormes, tres veces el tamaño de las mías. Y, como no son suyas, no le permiten volar con sutileza.

Va dando bandazos en el aire, ganando y perdiendo altura. Sube y baja como las personas en esa montaña rusa que Nate me enseñó en el muelle de Santa Mónica. La diferencia es que ellas gritan con cada caída, mientras que Ferus parece más bien saborearlas todas.

Él no grita. Más bien al contrario, se muere de la risa. Deja escapar una especie de sonido ahogado que reverbera entre las piedras de Dominus y me hace sentir escalofríos.

Una vez que lo tengo perfectamente enfocado, estiro el brazo apuntando hacia él e intento lanzarle una bola de fuego. Pero de mis manos no sale más que una bocanada de humo.

¡Mierda! Aún no estoy a pleno rendimiento.

Persigo a Ferus por el Infierno, y veo todos esos sitios que una vez atravesé con Nate.

La parcela 13, donde se concentra lo peor del género humano, y donde yo encontré a uno de los mejores seres que existen. Aunque a veces me saque de mis casillas.

La parcela 11, un lugar que me hizo creer que estaba viendo a una bestia en los espejos cuando en realidad lo único que veía eran esas partes de mí que me hacen poderosa y fuerte.

La parcela 8, donde seguí al fantasma de mi madre por entre el barrizal antes de encontrarla a ella de verdad en la Tierra.

Y justo enfrente, el castillo de hielo. El enclave en el que pasé la noche con Nate y descubrí mi mitad ángel.

Peleé con tanta determinación para escapar de estos lugares… Y ahora, aquí estoy, batallando contra un demonio con un par de alas mal cosidas y una espada en el pecho para poder permanecer aquí para siempre. Y he de reconocer que no me siento mal haciéndolo. No me importa hasta dónde tenga que llegar. Me da igual cómo he acabado aquí y de qué manera tendré que abrirme paso por el aire para perseguir a Ferus. En este momento en que estoy luchando por mi hogar, siento que realmente nací para ello.

Muy por debajo, los caminantes oscuros se están enfrentando a los soldados. Hasta el aire que atravieso llegan gemidos de uno y otro lado, pero los traspaso como si de un hilo se tratara, con los ojos puestos en mi objetivo.

Ferus aterriza sobre uno de los parapetos del castillo de hielo para coger aire, y yo me concentro para lanzarle otra bola de fuego. Ahora sí, ya he recuperado todo mi poder, pero pese a ello la llama no acierta por unos centímetros.

Y en lugar de darle a él, lo que hace es un agujero en uno de los muros del castillo. A través de él alcanzo a ver el dormitorio que mi

padre con tanto mimo decoró para una mujer que jamás dormiría en él. Esa habitación en la que me besé con Nate por primera vez. En la que me enamoré. Pero no puedo hacer nada más que ver cómo la llama se propaga hasta la alfombra que cubre el suelo ante la cama y esta empieza a arder.

Me quedo paralizada.

Tal vez se vaya apagando poco a poco.

Pero en realidad, conozco bien cómo funciona el fuego, y no tarda en engullir la ropa de cama y todo lo que hay en el dormitorio que no es hielo. En cuestión de segundos, todas las paredes se desintegran por el calor.

Suspiro, apesadumbrada. Un trozo de mi corazón se desintegra también con cada bloque de hielo que se derrite.

—Perdiste, princesa.

Mierda.

Me había olvidado de Ferus.

Mi cabeza se sobresalta al oír su voz. Me sonríe burlonamente, con las alas de mi padre batiendo el aire tras de él. La sangre me late con fuerza en el cerebro y le lanzo otra bola de fuego con un grito. Pega un salto para apartarse y emprende de nuevo el vuelo. El fuego atiza el parapeto en el que Ferus se había resguardado, las torretas comienzan a deshacerse y el agua cae sobre el resto de la construcción a modo de cascada.

En segundos, el castillo se derrite por completo y colapsa con un fuerte estruendo.

Mi corazón se quiebra con él, y dejo escapar un grito.

No.

No, por favor, no.

El único lugar en este mundo oscuro que no se hizo para castigar, sino para amar. El único recuerdo que me quedaba de los tiempos bonitos que viví con Nate, mi consuelo hasta que pudiera volver a verlo.

Y ahora se ha ido para siempre.

Sacudo la cabeza y trago el nudo que se me ha formado en la garganta antes de salir volando detrás de Ferus. Ahora no hay tiempo para lloros. Tengo que destruir como sea a ese asqueroso.

Ferus desaparece por el muro que señala la frontera de la parcela en la que estamos, y entonces me doy cuenta de lo que está tratando de hacer. Mi estómago se desmorona igual de rápido que el castillo de hielo.

Quiere lanzar el anillo al río Ignis. Solo busca asegurarse de que ninguno de nosotros ocupe el trono de mi padre antes de insistir una y mil veces en que le pertenece solo a él, pues es lo que mi padre le dijo.

—Oh, claro que no. Te aseguro que no. —Ya estoy sangrando, por lo que esta vez no me hace falta cortarme y derramar mi sangre por esa pared de ladrillo mágica, y aterrizar sobre el puente. Ferus está de pie justo delante de mí, con una mueca que le deforma el rostro. Sostiene el anillo colgando por encima de la barandilla.

—Ferus —le grito—. Has perdido. Asúmelo, como un hombre, como un demonio o como lo que seas.

Abre la boca para contestar cuando uno de los carruajes de mi padre surca el espacio sobre nuestras cabezas con un chirrido. Avanza casi tan fuera de control como Ferus con sus alas robadas. Va hacia delante y hacia atrás a toda prisa, luchando por mantener la dirección mientras se balancea en el aire.

—¿Qué mierd…? —pregunto.

Me he quedado tan obnubilada al ver el carruaje que ni siquiera me he percatado de que Ferus ha soltado el anillo por la barandilla. Cuando quiero darme cuenta de que tiene los dedos vacíos, la gema carmesí está cayendo, brillante, hacia las encendidas llamas de abajo.

—¡Mieeerda!

Me apresuro corriendo hacia el pasamanos, lista para saltar por la baranda, pero el metal continúa su descenso demasiado rápido. Es evidente que no conseguiré echarle mano antes de que se lo coma el fuego. Es excesivamente pequeño para reducir la velocidad.

Miro horrorizada cómo desaparece de mi vista y aterriza con un sonido crepitante.

Ferus me alcanza en solo segundos y se abalanza sobre mí. No tiene armas, pero se vale de sus puños. Por suerte, logro esquivar sus golpes y solo da al aire. Grita y arremete contra mí una y otra vez.

—¡De eso nada, Ficus, de eso nada! —Una voz grita desde el interior del carruaje díscolo a medida que se aproxima.

La voz me golpea casi tanto como Ferus, y parpadeo para reconocer la figura que tengo delante.

—¿Nate? —resuello—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Consigue detener y acoplar el vehículo en el puente, salta y aterriza entre Ferus y yo. Lo miro con los ojos entrecerrados, convencida de que he pasado demasiadas horas en el Salón del Trono y de que su imagen no es más que fruto de mi imaginación.

—Ya ves. Pensé que te vendría bien algo de ayuda. Afortunadamente, al lado de la entrada vi aparcado uno de esos

carruajes. ¡Hay que ver, ya podíamos haber usado uno parecido nosotros cuando escapamos de aquí!

Me sonríe, y siento en el pecho esa calidez que siempre me invade cuando lo veo.

No, no es cosa de mi imaginación.

Entonces la sonrisa se desdibuja rápido de mi cara.

Porque corre peligro. Ferus lo hará pedazos.

—Ya te dije que podrían rastrearnos si subíamos a uno. De todos modos, ahora no tengo tiempo para eso. —Cojo impulso para ponerme de pie, ignorando el dolor que me sube por la pierna, y saco la espada—. Mira, te agradezco muchísimo que quieras ayudarme, Nate, pero tienes que apartarte. Lo tengo todo bajo control.

Pero, mientras lo digo, ya está cargando contra Ferus, con el arco de mi madre en la mano. Dispara una flecha, pero no acierta. Y prueba con otra, pero el resultado es el mismo.

Gruño y reprimo las ganas de entornar los ojos.

Ferus se burla y lo mira con desdén, e intenta sacarse el puñal que le he clavado en el pecho.

El humo se eleva en volutas desde su palma, y sisea antes de arrancarse la hoja que aún lleva incrustada en la carne. Con ella en la mano, va a por Nate, quien trata de hacerse con una flecha que se le ha retorcido en el arco.

Abro tanto los ojos que siento que se me van a salir de las órbitas. Las armas de ángel no me pueden matar a mí, pero seguro que sí que pueden herir a los humanos.

—¡Naaate! —Corro hacia él y extiendo mis alas para cubrirlo. Lo envuelvo para protegerlo del ataque de Ferus, y lo pego más y más

a mí para salvaguardarnos los dos de sus arremetidas.

Mi madre me explicó que el oro de mis alas procede de mi lado ángel, pero jamás me había parado a pensar en todo lo que también hay en ellas de mi padre. Solo espero que nos protejan del arma de ángel igual que mi piel me ha protegido a mí antes. Sin embargo, de pronto el puñal atraviesa mis plumas, y siento un fuerte dolor en el hombro.

Maldigo su puntería, y empujo a Nate para que se coloque detrás de mí en el momento en que una de mis alas cae hacia las llamas que nos amenazan desde abajo.

Dejo escapar un bramido que es más animal que humano.

El dolor y el miedo hacen hervir la sangre de todo mi cuerpo. Ya he perdido mucho en toda mi vida. Diecisiete años que podría haber pasado junto a mi madre. A un padre que existía mucho más en el mundo humano que en el mío. El anillo, la única cosa que me regaló, aunque ahora sé que lo hizo por egoísmo. A Nate, a quien he estado a punto de perder dos veces. Y ahora acabo de perder entre las llamas una parte de mí misma, en el sentido literal de la expresión.

Contemplo horrorizada cómo el oro de mis alas resplandece una última vez. De la herida del hombro me brota sangre azul, que gotea y forma pequeños charcos de color añil a mis pies. Mi cuerpo se tambalea por la repentina pérdida de peso que siento en el lado izquierdo, y Nate me agarra por la cintura para devolverme el equilibrio.

—¿Estás bien, Devica? —me pregunta en un susurro.

Trago, y abro y cierro los ojos creo que por quincuagésima vez en este vuelo. Juré que jamás permitiría que Ferus me viera llorar, y me

esfuerzo al máximo por mantener mi promesa. Ya me lamentaré más tarde por todo lo que he perdido. Primero tengo que detener a Ferus para impedirle que me vuelva a arrebatar nada.

Levanto la cabeza y me coloco la espada por delante del pecho.

—Ya está, Ferus. Voy a poner fin a esto.

—Estás todo el tiempo diciendo lo mismo, princesa —se ríe con disimulo—. Se te llena la boca hablando y amenazándome, pero, a la hora de la verdad, eres demasiado débil para hacerme nada. —Levanta el puñal de mi madre, que sigue abrasándole la carne con un chisporroteo—. Has agotado todas tus jugadas.

—¿Quién, yo? —Una sonrisilla curva mis labios—. Ponme a prueba.

LIV

Avanzamos el uno frente al otro. Me ataca, pero consigo esquivar el golpe. Giro detrás de él y le asesto un golpe con la espada. Lo elude, y seguimos dando círculos amenazándonos.

Tardo unos minutos en acostumbrarme al peso que me falta en el hombro izquierdo, pero me adapto a la extraña sensación enseguida, recurriendo al peso de mi espada para compensar lo perdido y recuperar la estabilidad.

Golpeo de nuevo.

Se aparta, pero no lo suficiente, y el filo de mi espada le hace un corte bajo la caja torácica. Suelta un grito espeluznante y me embiste de nuevo. Parece haberse olvidado de que el arma de mi madre no puede herirme, por lo que esta rebota cuando él se empeña en golpear de nuevo mi hombro ya ensangrentado.

Por alguna razón, Nate está otra vez trasteando con el dichoso arco, y consigue disparar una flecha que rebota en el suelo y se le clava a Ferus en la pierna.

—¡Sí! ¡Lo conseguí! —vocifera Nate sin poder disimular su orgullo.

Ferus se arranca la flecha de la pantorrilla con un bramido y se tambalea hacia Nate.

—¡Oh, mierda!

Nate abre mucho los ojos y se aleja corriendo por el puente.

Tropieza con uno de los tablones de madera y sale disparado hacia el borde.

Todo sucede como en una de esas secuencias a cámara lenta de las películas que le encantan mientras yo lo veo caer sin poder hacer nada. El corazón se me para en el pecho y me oigo a mí misma gritar su nombre desde la distancia. Consigue aferrarse a uno de los tablones con los dedos, y gracias a eso no cae al río que tiene debajo.

Libero el aire de los pulmones, aliviada, pero la tranquilidad me dura poco, puesto que Ferus vuelve sobre él al instante, con el puñal levantado para cortarle los dedos.

Un grito de dolor y desesperación se ahoga en mi garganta. «Oh, no, no, no. Por favor, no». Puede que intentara hacerse con mis dedos, pero a Nate conseguirá arrebatarle los suyos.

—Ey, imbécil —lo increpo—. ¿Por qué no te enfrentas a un diablo de verdad en lugar de aprovecharte de los humanos?

Su rostro se retuerce en un gesto que solo he visto en las películas de terror de Nate. Doy sin querer un paso atrás y siento que se me eriza la piel del cuello. Él profiere un grito que podría ser una palabra, pero, sinceramente, es algo incomprensible en cualquiera de los idiomas que conozco, y solo lo veo cargar contra mí.

Siento toda mi fuerza de vuelta, esta vez sí que estoy lista para luchar contra él. Mientras Ferus se precipita sobre mí, llevo todo el peso de mi cuerpo a mi pierna de atrás. Después adelanto el otro pie, pisando primero con el talón. La patada de kung-fu logra golpear su objetivo: la herida humeante abierta en el pecho de Ferus. Este grita y se deja caer sobre sus rodillas, llevándose las manos al pecho.

Le asesto otro golpe certero en la cabeza y cae tendido a mis pies, susurrando como un niño.

Levanto la espada otra vez y lo miro con el ceño fruncido. Las alas de mi padre tiemblan en su espalda, es como si supieran que ese no es su sitio.

Mi pecho se retuerce por dentro cuando recuerdo todas las veces en que sorprendí a mi padre contemplándolas colgadas en la pared. Antes de enterarme de lo de mi madre, estaba convencida de que esas alas eran su única vulnerabilidad. Y ahora aquí están, viciadas por Ferus y su insaciable ambición.

—Estas alas no son tuyas, Ferus —le espeto en voz baja—. Estoy harta de verte intentar apoderarte de cosas que no te pertenecen. —Levanto la espada sobre mi cabeza, la bajo apuntando a su espalda y le corto las alas que lleva adheridas al cuerpo.

Estas no caen al suelo como yo había anticipado. Me quedo boquiabierta al observarlas flotar en el aire un momento antes de emprender el vuelo tras mi ala, lanzarse por el puente y desaparecer entre las llamas de abajo. Suelto cuantos improperios conozco, y, en la lejanía, escucho un grito de dolor cuando las llamas se apoderan de ellas y un escalofrío sacude mi columna. Trago saliva.

«Así que no es que mi padre estuviera planeando regresar a por ellas ni nada por el estilo».

Pero la culpa sigue oprimiendo mi pecho, mientras mi hombro izquierdo desnudo palpita donde antaño se posaba mi ala. Si mi padre alguna vez vuelve, sin duda tendré que pedirle explicaciones de esto.

Ferus se pone de rodillas, con la mano en el pecho y la espalda sangrando y rezumando pus de los puntos abiertos.

—¿Ves qué bien? —me dirijo a él con desprecio—. No es tan difícil arrodillarte ante tu reina.

Gruñe, pero no se atreve a decir nada.

—¿Todo bien, majestad? —Attero arrastra a Nate por el puente y luego viene hacia mí.

Yo continúo con mi espada fija en Ferus.

—Sí, estoy bien. Pero ¿podrías deshacerte de esta basura? Enciérralo en un calabozo en que esté él solo. Te aseguro que será un castigo sobradamente suficiente para él el no tener más compañía que la suya para toda la eternidad.

—Así lo haré, majestad. —Attero hace una reverencia antes de dejarme atrás para ocuparse de Ferus.

Yo corro tan rápido como puedo hacia Nate y me lanzo sobre él. Lo primero que hago es juntar mis labios con los suyos. Está tumbado bocarriba en mitad del puente, jadeando. Me mira, con la boca abierta.

—Tengo que hacerte alguna que otra pregunta —le aviso mientras lo ayudo a ponerse de pie—. La primera es: ¿por qué me estás mirando así?

—Le diste una patada frontal absolutamente perfecta. La mejor que he visto nunca, te lo aseguro. Y encima, en el Infierno.

Cruzo los dedos para que el esfuerzo del combate me ayude a disimular mi sonrojo por el cumplido.

—Después de que me hicieras ver todas esas películas, decidí investigar un poco las distintas técnicas. Incluso me apunté a un par de clases de artes marciales dos mañanas mientras tú dormías, aunque bien podía haber ido a más, porque tú te quedabas dormido todos los días, dicho sea de paso. El caso es que pensé que uno de

los dos debería saber hacer kung-fu en condiciones.

Me rodea con el brazo, con cuidado de no rozarme el hombro, que me sigue sangrando.

—¿Y por qué no me contaste que lo estabas haciendo?

Levanto los hombros.

—Pues porque habrías querido venir conmigo, y me habría resultado demasiado vergonzoso.

—¡Aaah! —Ladea la cabeza y se detiene a pensar un momento antes de asentir—: Sí, tienes toda la razón.

Attero pasa por delante de nosotros con Ferus esposado y se lo entrega a los soldados que aguardan sus órdenes. Se inclina desde la cintura para mostrarme su cortesía y respeto.

—¿Majestad? Pienso que ha llegado el momento. El trono está esperando la llegada de su verdadera heredera.

—Pues sí, eso suena fantástico. —Miro hacia el abismo de fuego a nuestros pies—. Pero Ferus lanzó mi gema.

—Creo que yo puedo ayudarte con eso. —Nate extiende su dedo meñique. En él se ve un delicado anillo de color rojo con forma de corazón. Sería capaz de reconocer esa piedra en cualquier sitio. Se asemeja a un rubí, pero no existe nada en la Tierra capaz de brillar con esa intensidad. Es casi como si una llama parpadeara en su interior.

Se me corta la respiración.

—¿De dónde la has sacado?

—De tu madre. —Nate se saca el anillo del dedo y me lo muestra —. Tu padre se lo regaló antes de que rompieran. Nunca supo lo que esa piedra era capaz de hacer hasta que vio el tuyo, por lo que lo tuvo guardado en un joyero durante años. Cuando le dije que no

podía quedarme allí sentado en casa, me dio su arco y me dijo que usara su anillo para entrar en el Infierno, y que luego te lo entregara. Queda mejor en tu dedo que en el suyo.

Tengo los ojos tan llenos de lágrimas que veo el anillo borroso. Es mucho mejor que el que Ferus ha lanzado al río Ignis. Este anillo representa el amor que mis padres un día compartieron y se profesaron, por breve que fuera. Ese amor que me trajo a mí aquí y que hoy me hace quien soy. Se lo arrebato a Nate de la palma de la mano y lo deslizo en mi dedo. Me queda perfecto.

—No puedo creer que mi madre lo conservara durante todo este tiempo.

—Me dijo que le recordaba tanto a ti que no podía deshacerse de él. —Nate me pone las manos sobre los hombros—. Y no la culpo.

Me giro, para poder envolverle la cintura con los brazos.

—Muchas gracias. No necesitaba tu ayuda, pero me siento muy feliz de tenerte aquí conmigo.

—Si lo piensas bien, salvé el día con ese anillo —se ríe—. Podría decirse que soy algo así como el héroe de esta historia.

Le doy un puñetazo cariñoso en el estómago.

—¿Perdona? ¿Te recuerdo quién tuvo que sacarte primero del Infierno para que hoy puedas tener una historia?

—Vale, vale, está bien. —Me acerca más a él—. Te dejo ser la heroína, venga. Te pega más. A mí me va más lo de ser tu compañero. Con derecho a roce, eso sí. Y a besos.

—Hablando de… —Me inclino hacia él y le doy un beso largo. Tiene los labios suaves, y lo agarro hacia mí para deleitarme con el aroma a océano de su pelo y saborear el regusto a vainilla del helado que se ha tomado después de cenar.

Cuando nos separamos, balbucea:

—Bueno, solo por ese beso ha merecido la pena ir y volver del Infierno. Sin ninguna duda.

Pongo los ojos en blanco y le clavo el dedo en los pectorales.

—Eres un idiota.

—Habla con propiedad: soy TU idiota.

Attero carraspea para que nos percatemos de su presencia. La verdad es que se me había olvidado que estaba allí, así que le dirijo una mirada arrepentida.

—¿Podemos continuar ya con lo que estábamos, majestad? Cuanto antes subas al trono, antes podremos empezar a reorganizar este lugar.

Miro a Nate con una enorme tensión presionándome los hombros. Cuanto más estoy con él, más me cuesta que nos separemos. Acerco mis labios a los suyos.

—Tengo que ir a trabajar.

Una sonrisa se dibuja en su boca:

—Lo sé.

Ladeo la cabeza y le lanzo a Atty una mirada interrogante. Él pone los ojos en blanco y acto seguido afirma con la cabeza.

—Pero puedes venir conmigo si quieres.

Los ojos de Nate se iluminan.

—¿En serio?

—Por ahora. —Le doy una palmadita en el pecho—. Pero no te puedes quedar. Me niego a que mi madre se angustie pensando qué ha podido pasarte. Además, tienes que ir a la facultad como planeamos. Tienes una vida entera por delante, y luché mucho para que disfrutaras de ella y nadie te la arrebatara.

—De acuerdo.

Aleteo arriba y abajo, y dejo escapar un grito cuando el dolor me atenaza la espalda. Lo único que me queda en el lado en que antes tenía un montón de plumas preciosas es un muñón sangrante. No tengo forma de saber si me volverá a crecer un ala. A mi padre ya nunca le crecieron. Ni a mi madre tampoco. Pero yo soy los dos y ninguno a la vez, por lo que tendré que esperar para verlo.

—No puedo volar —digo en un suave murmullo.

Nate me agarra de la mano y mira hacia el carruaje, que sigue parado en diagonal al otro lado del puente. Me guiña un ojo.

—Sí, sí puedes.

Le dedico una tierna sonrisa mientras nos deslizamos en el carruaje dorado, yo en el asiento del conductor. Los mandos de control son como los del barco que nos llevó hasta Nix, y no tardamos mucho en sobrevolar el Infierno desde arriba, contemplando juntos desde el aire todos esos lugares que recorrimos a pie durante tanto tiempo.

Se le corta la respiración cuando sobrevolamos el lago que en su día fue el castillo de hielo.

—¿Aquí no es donde…?

Le aprieto la mano, trago saliva y asiento.

—Ferus aterrizó aquí, yo le lancé una bola de fuego y… Fue culpa mía. Lo siento muchísimo, Nate.

Me agarra aún con más fuerza.

—Es solo un lugar, Devica. Construiremos miles de recuerdos más juntos en muchos otros sitios.

—¿Me lo prometes?

—El Infierno es el lugar ideal para una cita, ¿no crees? Haré que

lo sea.

Fija sus ojos en los míos y esboza esa sonrisa que ya me es tan familiar y que siempre hace que el corazón me lata con fuerza. Se me escapa una carcajada.

—Más te vale que la próxima sea genial.

—Dalo por sentado.

Llegamos a Dominus enseguida y mi alegría se esfuma.

Ya estamos aquí. El trono y yo, ya no hay nada que se interponga en mi camino. Y he superado tantos obstáculos para llegar hasta él que seguiré aquí toda mi vida.

Después de aterrizar junto al Salón del Trono, Nate salta del vehículo en que hemos venido y se ofrece a ayudarme a bajar. Me tiemblan las piernas, pero le doy un empujoncito para apartarlo y camino por el suelo de granito del que siempre ha sido mi hogar.

Nate hace un gesto de dolor cuando entramos en el Salón del Trono y observa toda la sangre azul que hay por las escaleras y el suelo. Menos mal que los soldados ya han retirado el cuerpo de Diripo, porque no estaba segura de atreverme a volver a mirarlo.

Nate me susurra muy bajito:

—Dijiste que estabas preparada para luchar por el sitio que te corresponde, y lo has conseguido. Te lo has ganado.

La gema brilla bajo las luces del gran salón mientras me saco el anillo deslizándomelo por el dedo y respiro muy hondo.

—Estoy lista.

Me da un beso en la mejilla.

—A por ello, Dev.

Me quito el coletero que me recogía el pelo y me lo suelto para que los mechones me caigan libremente por los hombros antes de

recorrer el pasillo.

Puesto que mi sangre aún no se ha secado del todo de las escaleras, me encorvo para cubrir el anillo con ella antes de llegar junto al trono. Solo tardo un momento en inspeccionarlo para encontrar el pequeño hueco con forma de corazón que sé que está en la parte inferior del reposabrazos. El anillo de mi madre entra sin ningún esfuerzo. Yo me aparto un poco, temerosa de lo que pueda ocurrir.

El trono emite un zumbido y un chirrido.

Una luz emerge del centro.

Cuando se disipa, el sillón se ha encogido hasta adecuarse a mi tamaño. Y resplandece en los mismos colores que el anillo cuando lo he cubierto con mi sangre.

Los colores que me hacen quien soy. El azul, como los mares más profundos que se curvan contra la arena; el rojo, como el río de sangre que brota de un corazón que late por otra persona, y el dorado, como la aureola que mi madre lucía antaño y a la que renunció para que yo pudiera vivir.

Miro a Nate, que me dice que sí con la cabeza antes de inclinarse profundamente ante mí. Respiro hondo y cierro los ojos, y todo lo que me ha traído hasta aquí me inunda tanto como ese océano que he llegado a amar en lugar de temer.

Desconozco si volveré a ver a mi padre alguna vez, pero tengo la certeza de que a mi madre la veré muy pronto.

Y a Nate, porque es demasiado cabezota como para estar lejos de mí mucho tiempo. Ellos serán quienes se encarguen de que continúe siendo humilde y me recordarán la persona que quiero ser. Y serán siempre mi salvación para escapar de esta condena.

Al mismo tiempo, aún hay trabajo que hacer y tengo ante mí todo un sistema roto que reparar. Y yo soy quien puede arreglarlo. La única. Pero eso lo he sabido ahora.

Abro los ojos, exhalo y me siento en mi trono.

EPÍLOGO

Tardo meses en arreglar el desastre provocado por Ferus. Y en todo ese tiempo casi no pego ojo, porque mi día se divide en corregir juicios mal hechos y visitar Los Ángeles.

Según mi madre, a Nate le está yendo muy bien en el grado de cine que está estudiando en la universidad. Se la ve tan entusiasmada con ello que insiste una y mil veces en darme unos libros de texto de su colegio que nunca llegaré ni a leer. Aquí abajo, solo los uso para encender el fuego cuando estoy ahí fuera, reconstruyendo sin descanso el castillo de hielo de mi padre.

Ya he terminado mi último juicio del día y tengo todo a punto para regresar a mis aposentos a disfrutar de una copa de vino de sangre y de otro libro de Sherlock Holmes que mi madre me regaló, cuando Attero entra sin avisar.

—Disculpa, Devica —dice, haciendo una reverencia muy pronunciada antes de verme con las cejas enarcadas y cuadrarse ante mí—. Sé que has terminado, pero tienes un último visitante y parece desesperado. Casi se choca con uno de tus carruajes al venir aquí.

Me pongo de pie y estiro las alas tras de mí. Bueno, mejor dicho, un ala y un muñón del que sale un puñado de plumas que acaban de empezar a crecerme.

—Atty, estoy agotada. ¿No podría ese conductor imprudente esperar hasta mañana?

—Me da que no.

—Vale. Pues dile que entre. Pero adviértelo de que sea rápido. —Me acomodo en la silla, sin poder parar de calcular el número de páginas que podría estar leyendo ahora mismo.

Me yergo cuando Nate entra presuroso en mi habitación.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto mientras echo un vistazo al hueco que acaba de quedar en mi silla y a la cicatriz que tengo en la mano, donde me hice un corte para manchar el rubí de sangre—. Te dije que ese anillo era solo para emergencias. No me hagas arrepentirme de habértelo dado.

Echa a correr por el pasillo hacia mí, entre jadeos.

—Esto es una emergencia, Dev. Es… No es nada bueno.

Me pongo de pie y bajo las escaleras antes de sostener sus manos entre las mías. Se me acelera el corazón al ver la preocupación que reflejan sus ojos. Nate no es alguien que se preocupe fácilmente.

—¿Qué ha pasado?

—Tu madre. —Tiene los iris más oscuros que de costumbre, y se atisba un remolino de problemas en la profundidad de su océano. Le tiembla todo el cuerpo, y sus manos sudan entre las mías.

Respiro, agitada.

—¿Está bien?

—No. —Traga, y tiembla cada vez más—. Ha desaparecido.

Toda la habitación me da vueltas, y siento que las rodillas me fallan. Me dejo caer en una de las sillas, y Nate hace lo mismo a mi lado. Mi voz suena como si viniera de alguien que estuviera muy

muy lejos.

—¿Que ha desaparecido? Nate, cuéntamelo todo.

—Yo estaba dormido y escuché un ruido. Como un disparo en el pasillo. Entonces oí a tu madre gritar. Corrí hacia su habitación y vi a un hombre de pie al lado de su cama. Me estaba dando la espalda, por lo que no pude ver cómo era. Solo sé que era alto y grande. Y que iba vestido todo de negro. Entonces habló y su voz… Devica, fue como si mis venas se congelaran al escucharlo. De pronto me quedé inmóvil.

Noto el cuerpo entumecido, y enseguida me doy cuenta de quién es la persona a la que está describiendo. Solo conozco a un ser capaz de hacerles eso a los humanos:

—Mi padre.

Nate asiente.

—Traté de moverme. Intenté ayudarla. Te lo juro. Pero fue como si el miedo me anclara los pies al suelo.

—Esa es una de las formas en que ejerce su poder —susurro. La sangre me golpea los oídos, los latidos son tan altos que bloquean el paso de mi propia voz—. Para que la gente se entere. Tal vez por eso mi madre tampoco echó a correr. —Me humedezco los labios—. ¿Y entonces qué pasó?

—Satán, tu padre, dijo algo sobre ir a casa. Algo de que ella ahora sería su llave para entrar en París o algo así. Entonces la cogió y saltó con ella por la ventana. No pude detenerlo.

Toma aire y respira.

—Tal vez no sea nada. Tal vez el demonio simplemente tenga el antojo de comerse un cruasán y quiera que tu madre vaya con él. ¿Tú qué crees? ¿Habrán retomado su romance?

—Eso no tiene ningún sentido. Espera. ¿París? —Frunzo el ceño antes de que me puedan las ganas de vomitar. Me vienen a la cabeza miles de imágenes sobre baños y vinos de sangre—. Nate, un momento. ¿Te suena que dijera algo de *Paraíso*?

Nate mira al suelo.

—Pues puede. Desde luego eso tendría mucho más sentido que mi teoría del cruasán. ¿Qué te parece que podría significar?

La sangre no me llega a los pies y se me congelan los dedos. Me levanto de un salto y camino hacia el otro extremo de la habitación, con la cabeza a mil por hora. Desde que lo conozco, mi padre siempre ha tenido un único objetivo en su vida. Sí, nada más empezar a gobernar este sitio ya lo decía. Pero ahora mismo no me resulta solo improbable, sino del todo imposible. Una misión suicida para cualquiera, excepto para un demonio que no tiene nada que perder.

Sabía que lo había oído gritar cuando sus alas tocaron el fuego. No fueron imaginaciones mías. Lo sintió. Sabía que las había perdido para siempre.

—¿Devica? —Nate alza la cabeza para mirarme—. Estás más pálida que habitualmente. ¿Qué está sucediendo?

—No puedo creer que vaya a hacerlo —murmuro—. Pero sí. Está claro que lo va a hacer. Mi padre utilizará a mi madre para regresar al Paraíso. Le cabreó muchísimo que lo expulsaran de allí, pero juró que algún día volvería. Y necesita a un ángel que lo ayude a entrar allí de nuevo.

Nate frunce el ceño.

—Pero tu madre ya no es un ángel, ¿no? Perdió las alas.

—Sí, las perdió. —Me rodeo a mí misma con los brazos mientras

me empeño en reconstruir las pocas historias que mi madre me contó sobre su primer hogar—. Pero por sus venas aún corre sangre de ángel, lo que hace que pueda pasar desapercibida. Y ella conoce el camino y se maneja por allí.

—¡Joooder! —Nate se inclina hacia delante en su silla—. Te juro que intenté detenerlo, Dev. Pero pasó como una media hora larga hasta que pude volver a moverme. Entonces corrí a por el anillo de emergencia y me vine aquí directo.

Me arrodillo frente a él y le agarro la mano. Tiene los dedos tan blanquecinos como los míos.

—Hiciste lo correcto —le insisto—. Quedaste atrapado bajo el poder de mi padre. No fue culpa tuya. Pero ahora no podemos dejarla con él. Tenemos que encontrar la manera de ayudarla.

Se pone de pie y tira de mí para que me levante con él. Una vez arriba, busca mi rostro.

—Sí, por supuesto. Pero ¿cómo?

Recorro con la mirada el Salón del Trono. Por fin me he adaptado lo suficiente aquí como para sentirme como en casa. Cómo no iba a aparecer por ahí mi padre para arruinarlo todo… Muy típico de él.

—Iré tras mi padre.

Llamo a Attero, quien, como siempre, espera al otro lado del umbral de la puerta, y le pido que pase.

—Soy todo oídos, Devica.

Suelto a Nate y me froto las manos para ver si me entran en calor. Ahora mismo no es la mejor ocasión para dejar que el miedo me paralice.

—Necesito que me sustituyas un rato. Debo ir a un sitio.

—Sí, por supuesto. —Me hace una reverencia, pero, en cuanto me

ve la cara, enarca las cejas—. ¿Va todo bien, Dev?

—No. La verdad es que no. —Subo las escaleras para acercarme al trono y recojo la espada que guardo al lado—. Por lo que parece, mi padre debió de pensar que sería buena idea secuestrar a mi madre para intentar regresar al Paraíso. ¿Es que mi familia no puede ser normal aunque sea por una vez en su vida?

—¿Quéééé? —Attero palidece por momentos—. No puede hacer eso.

—Lo sé. —Meto la espada en la funda—. Por eso me voy, para detenerlo y que no se salga con la suya.

Atty echa a correr hacia mí y me agarra la mano.

—No, Dev, no lo conseguirás. No se trata solo de tu madre. Los diablos y demonios… Nosotros no podemos estar en el Cielo. Si tu padre de verdad trata de regresar allí, todo el universo se desmoronará.

—¿Qué quieres decir?

—Todo esto. Absolutamente todo… —Atty gesticula apuntando hacia la habitación—. Nosotros, la Tierra, el Paraíso… Todo colapsará. El demonio no puede estar en el Paraíso. Al universo no le gustará.

Como si fuera una señal, de pronto se escucha un crujido que retumba por el Salón del Trono y uno de los muros de cristal implosiona y nos arroja miles de pequeños fragmentos de vidrio por encima.

Salto para situarme enfrente de Nate y de Atty, pero pego un respingo cuando siento que un pequeño cristal se me clava en la piel. Me sacudo los que tengo entre el pelo y examino concienzudamente a mis dos acompañantes en busca de cortes,

pero, por suerte, no tienen ni un rasguño.

—No puedo esperar más —les urjo—. Tengo que irme ahora.

—¡Devica! —Nate me agarra de la muñeca—. Sea cual sea tu plan, iré contigo. Y no aceptaré un no por respuesta. Tu madre ha sido la primera madre real que he tenido desde que perdí a la mía, y me está matando por dentro el no haber podido hacer nada para impedir que se la llevara.

Considero su oferta. Nate se ha convertido en un luchador de pies a cabeza desde que se apuntó a la escuela de kárate en la que yo había entrenado alguna vez. Y lo cierto es que tampoco me importaría tener su compañía.

—Acepto. —Cojo otra espada de detrás de mi silla y se la tiendo —. Pero no será nada fácil. Ya te resultó duro escapar del Infierno. Y eso que no se estaba desmoronando nada mientras lo hacíamos.

Se le tensa la mandíbula y me quita el arma de entre las manos.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer exactamente?

Me encojo de hombros y me llevo las manos a las caderas.

—Nos vamos a Nueva Jersey.

—¿Qué? ¿Por qué quieres ir al Estado Jardín?

Echo mano de la capa nueva que mi madre me cosió y que tengo colgada del respaldo del trono. Me la pongo sobre los hombros y me la ato al cuello.

—¿Te acuerdas de cuando me preguntaste dónde estaba la entrada al Paraíso?

—Sí. Y tú me dijiste que en Nueva Jersey y… —Se frena en seco, con los ojos abiertos como platos—. Oooh, ¿entonces me estás diciendo que vamos a…?

Cubro la empuñadura de la espada con las manos y muevo

afirmativamente la cabeza.

—Sí, Nate. Vamos a entrar en el Cielo.

AGRADECIMIENTOS

Este libro es el resultado de un viaje de doce años, y eso significa que hoy no existiría sin un número infinito de personas que me ha ayudado a lo largo del camino.

A mi increíble editora, Jen Bouvier: miles de gracias por sacarme del barro tantas veces y por creer en mí y en esta historia. Me siento feliz por haber trabajado codo con codo contigo. Sin duda, juntas hemos conseguido lo mejor de este libro.

Al equipo de Entangled que me ayudó a convertir unas cuantas palabras escritas a ordenador en el libro que ahora tienes entre manos: muchas gracias por vuestro tiempo, vuestro esfuerzo y vuestra fe en esta historia. Siempre soñé con formar parte de la familia de Entangled, y habéis logrado hacer realidad mi sueño.

A la fantástica artista de la cubierta, Elizabeth Turner Stokes: te estaré eternamente agradecida por dar vida a Devica y a Nate, y por crear tanta belleza de un sitio tan oscuro. Tu cubierta ha avivado mi historia.

A mi marido, Marc: jamás dejaste de apoyarme y de creer en mí y en mi carrera como escritora, incluso en esas épocas en que me pasaba días enteros encerrada en mi despacho o te volvía loco hablándote sin parar de lagunas argumentales, arcos de personajes o incumplimientos de plazos. Siempre te aseguraste de que no me

olvidara de cuidarme y no me soltaste la mano a lo largo de este peligroso trayecto que es la publicación. Te quiero.

A mi padre: nunca serás capaz de imaginar el enorme apoyo que me has brindado en estos últimos años. Has sido mi pilar en uno de los momentos más complicados de mi vida, y no te cansas de ser una fuente constante de amor y sanación. Cada día que pasa te estoy más y más agradecida. No sabes cuánto te quiero. Gracias por todo.

A mi madre, mi ángel: este libro siempre fue tu favorito. Incluso en esa última semana que estuviste con nosotros, me juraste que algún día se publicaría. Y aquí estoy, disfrutando de una victoria agridulce, porque ya no estás a mi lado para compartir la alegría conmigo. Solo espero que, allá donde estés, mires hacia aquí abajo, sonrías y me recuerdes que sí, que tenías razón. Una vez más.

Te echo de menos. Siempre te echaré de menos.

A mi crítica literaria por excelencia y mi mejor amiga, Rochelle Deans: he aquí el libro que unió nuestros caminos. No sabes lo agradecida que estoy al universo por haber tenido la suerte de responder a tu llamada cuando tú también buscabas otros ojos. Probablemente te hayas leído este libro muchas más veces que yo, y nunca te rendiste, ni con el texto ni conmigo, ni tan siquiera cuando fui yo quien perdió la fe en sí misma. Me siento tan afortunada de tenerte entre mis amigas. Te aseguro que siempre tendré tiempo para luchar contra dragones a tu lado. TQ, amiga.

A Laurie Flynn: ¡Guau! Aún me parece increíble que lo hayamos logrado juntas. Me alegro infinitamente de haberte conocido y de que ya formes parte de mi vida. Desde nuestros pequeños incidentes entre copa y copa hasta nuestras interminables sobremesas, por no

hablar de nuestros GIF de pandas para apoyarnos la una a la otra... Te aseguro que eres una de las razones por las que nunca tiré la toalla. Me muero de ganas por saber adónde te seguirá llevando tu viaje.

A mi familia y a mis amigos, porque todos en algún momento habéis hecho una parte del trayecto conmigo: Giovanna, Valerie, Lisa, Graham, Sheila, Kim, Andrew, Jolie, Nadaly, Cindy, Adriana, Colin, mi círculo más cercano (y muchos amigos más). Todos y cada uno de vosotros me habéis escuchado hablar en alguna ocasión de este libro y de todo el tiempo que ha pasado hasta que ha visto la luz, o incluso algunos hasta os habéis ido leyendo fragmentos en estos años. ¡Gracias!

A mis grupos de escritura y a otros autores y autoras ya amigos: he aprendido una barbaridad sobre redacción a vuestro lado, y me ha encantado recorrer con vosotros el mundo de la publicación. Habría sido imposible hacer todo esto sola. Gracias por vuestro apoyo e inspiración para cada paso. Me muero de ganas de seguir animándoos a vosotros también.

A Lexi y a Nate: vuestra creatividad es fuente de inspiración para mí. Estoy como loca por conocer todos esos lugares increíbles a los que vais a ir, porque sé de sobra que vais a seguir haciendo cosas fantásticas.

A mi profesora de inglés de noveno curso, la señorita W.: Gracias por prestarme su copia completa del *Infierno* cuando yo insistía en que no me bastaba con leer solo un canto. Usted empezó este viaje conmigo hace tantísimos años y siempre le estaré eternamente agradecida por aquel instante.

Y, por último, a mis lectores: solo espero que encontréis en esta

historia aquello que necesitéis, ya sea una vía de escape, un nuevo personaje al que adorar (u odiar), frustración en el momento culminante (perdón si es esto) o el recordatorio de que, seas quien seas, todos tenemos nuestro sitio en este mundo. Gracias por cada momento que habéis pasado conmigo, con Devica y con Nate. Espero que nos sigáis para la siguiente aventura.

Estoy destinada a gobernar a los condenados, no a enamorarme locamente de uno de ellos.



¿En serio crees que tu vida es un infierno?
Ahora imagínate que eres la única hija del Príncipe de las Tinieblas: una chica de diecisiete años nacida y criada en el Infierno, destinada a heredar el trono y obligada a soportar de forma constante (literalmente) los eternos gemidos y gritos de las almas que se han ganado a pulso su lugar en el inframundo.

Lo único peor que gobernar este sitio oscuro es trabajar en él. Día tras día, aquí solo estamos yo, un puñado de diablos que se sienten tan intimidados por mi padre que reniegan de mi amistad, y una fila interminable de pecadores. Hasta que aparece Nathan Reynolds, con esa sonrisa suya capaz de convertir el azufre en mariposas mientras insiste en su inocencia.

Así que voy a hacer lo único que se supone que no debo hacer: lo ayudaré a escapar. Aunque eso signifique dejar que Nate vea quién soy de verdad.

Porque, si no conseguimos salir de aquí, no solo estaremos condenados. Estaremos perdidos.

Samantha Joyce decidió convertirse en escritora porque prefería escribir sobre otras personas mil veces antes que sobre sí misma. Fue entonces cuando le dijeron que tenía que escribir una biografía de autora para sus libros, y su plan se fue al traste. Vive en Toronto, Ontario, y, cuando no está escribiendo, se dedica a hornear, a hacer joyas con abalorios o a asistir a musicales de Broadway. Lo que más le gusta en el mundo es hacer reír a la gente, así que, si te ríes al menos una vez mientras lees sus libros, esta biografía habrá merecido la pena.



Título original: *Not today, Satan*

Traducción publicada de acuerdo con Entangled Publishing, LLC
a través de RightsMix LLC. Todos los derechos reservados.
Primera edición: septiembre de 2026
© 2025, Samantha Joyce

© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Beatriz García Alonso, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de Penguin Random House a partir del diseño original de Entangled Publishing

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-272-5758-0

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @somosinfinitoslibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: somosinfinitoslibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Hoy no, Satán

Nota de la autora

Parte 1: Fuego

- Capítulo I
- Capítulo II
- Capítulo III
- Capítulo IV
- Capítulo V
- Capítulo VI
- Capítulo VII
- Capítulo VIII
- Capítulo IX
- Capítulo X
- Capítulo XI
- Capítulo XII
- Capítulo XIII
- Capítulo XIV
- Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Parte 2: Agua

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Capítulo XXIX

Capítulo XXX

Capítulo XXXI

Capítulo XXXII

Capítulo XXXIII

Parte 3: Tierra

Capítulo XXXIV

Capítulo XXXV
Capítulo XXXVI
Capítulo XXXVII
Capítulo XXXVIII
Capítulo XXXIX
Capítulo XL
Capítulo XLI
Capítulo XLII
Capítulo XLIII
parte 4: Aire
Capítulo XLIV
Capítulo XLV
Capítulo XLVI
Capítulo XLVII
Capítulo XLVIII
Capítulo XLIX
Capítulo L
Capítulo LI
Capítulo LII
Capítulo LIII
Capítulo LIV

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Samantha Joyce

Créditos